

MABEL DÍAZ
CUANDO
TE FALTE
MI PIEL

D.J.57

ERÓTICA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2019

© 2019 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

En mi descenso hacia el infierno he encontrado un trozo de paraíso.

Valérie Tasso

Capítulo 1

El móvil sonaba insistente, taladrándole la cabeza con su musiquita. Aroa tanteó con la mano por encima de la mesilla hasta que lo encontró. Abrió un ojo y comprobó quién la había despertado.

—¡Joder! —exclamó al ver en la pantalla el número de su superior.

Pulsó para contestar, al tiempo que se ponía el teléfono en la oreja.

—Dime, Alonso. ¿Qué ocurre? —preguntó la inspectora de policía.

Encendió la luz de una lámpara pequeña que había en la mesilla, apartó las sábanas y se levantó. Si el comisario la llamaba a esas horas de la noche era porque había trabajo. Puso el manos libres para escuchar a su jefe mientras buscaba en el armario la ropa que se iba a poner. Vivía sola y, por lo tanto, no había ningún problema en que su superior le diera detalles del nuevo caso a través del altavoz del teléfono. Nadie más que ella iba a escucharlo.

—Es la hija de un amigo de la infancia. La han encontrado muerta. Necesito que descubras quién ha sido y por qué, y que lo encerremos.

El comisario continuó dándole detalles mientras Aroa escogía un traje de pantalón y chaqueta azul marino y una camisa blanca. Le gustaba vestir de manera formal para trabajar. Le daba un aire de seriedad y competencia.

Todo lo que había conseguido en la vida se lo había ganado a base de esfuerzo y sacrificio. Había sido la primera de su promoción, obteniendo la nota más alta. Siempre fue buena estudiante, trabajadora incansable, con ganas de aprender cada día más. Nadie podía reprocharle que le hubieran regalado algo de lo obtenido.

Y ahora se dejaba la piel en el trabajo. A sus cuarenta años, no tenía pareja ni hijos. No había nadie que la esperase al llegar a casa. Ni siquiera un perro o un gato. No tenía tiempo para dedicárselo a otra persona o animal doméstico. Pero no estaba sola por culpa de su profesión. Estaba sola por decisión propia.

Aroa abrió un cajón, del que sacó un conjunto de sujetador y tanga de seda negra. Lo depositó sobre la cama junto al traje y se volvió para coger

unas medias de liga mientras el comisario terminaba su conversación.

—Llamaré a Silvia para que se ponga en marcha —le dijo, refiriéndose a su compañera.

—Quiero resultados inmediatos, Aroa.

—Alonso, lamento decirte que la bola de cristal se me estropeó hace unos días —comentó con sarcasmo y antes de que él pudiera replicar, prosiguió—: Tranquilo, jefe, sabes que nunca fallo. Te mantendré informado.

Cuando colgó, buscó el número de Silvia y, mientras esperaba que esta contestara al teléfono, cogió unos zapatos negros con algo de tacón y los dejó preparados al lado de toda la ropa seleccionada.

—Silvia, en marcha —dijo a modo de saludo cuando la otra mujer contestó al teléfono.

—¿Cómo que en marcha? Son las dos de la madrugada —se quejó su compañera.

—¿Y qué? Tenemos trabajo.

—Pero es que... acabo de acostarme. He dormido... solo una hora. Salí con mi novio a cenar y...

—No me cuentes tu vida. Me ha llamado Alonso para darnos un caso, así que mueve el culo ya y ponte en marcha. ¿No querías ser inspectora de homicidios? ¡Pues andando! Así es la vida de un policía.

«Haberle dicho a tu papá que te buscara otro trabajo, niñata de los cojones», estuvo a punto de soltar, pero se contuvo porque si le decía eso a Silvia tendría problemas.

Su compañera era una joven de veinticuatro años que había terminado de estudiar Psicología en la universidad el verano anterior. Como era hija de un político de renombre y muy aficionada a las series policíacas, le había pedido a su padre que la metiera en el Cuerpo de Policía para ser inspectora, ya que este tenía amigos en él que le debían varios favores.

Aroa despreciaba a los que había en su profesión que eran como Silvia. Hijos de gente adinerada que ingresaban en el cuerpo para jugar al *CSI* o a *Hawaii 5.0* y no habían ascendido con los años y mucho esfuerzo hasta llegar a donde estaban como había tenido que hacer ella. El puesto les había caído del cielo; no se lo habían ganado.

Solo llevaba en Barcelona dos años, pero en todas las comisarías donde

había estado destinada siempre había algún «hijo de papá» como Silvia.

A pesar de esto, Aroa debía morderse la lengua y no soltar todo lo que pensaba al respecto. Cualquiera queja de alguno de estos niños y perdería su empleo, algo por lo que había luchado muchísimo.

Sin embargo, había veces en las que no podía reprimirse.

Cuando llegaron al escenario del crimen, una vivienda cercana a la zona universitaria de Barcelona, un agente las puso al tanto de lo que habían averiguado hasta el momento.

—Mujer blanca, de nacionalidad española, veintiún años, universitaria. Compartía piso con dos compañeras, que han sido quienes han descubierto el cadáver y nos han avisado. Se llamaba Tamara Aragón.

Entraron en la habitación donde el cuerpo desnudo de la joven yacía sobre la cama, con varias puñaladas en cuello, pecho, abdomen y brazos, sobre un gran charco de sangre.

—¿Sabemos la hora de la muerte? —preguntó Aroa.

—Todavía no. Hay que esperar a la autopsia. Las chicas que vivían con ella habían salido a cenar con un grupo de amigos, pero la víctima no las acompañó porque quería estudiar para los exámenes que tenía la próxima semana. Se marcharon sobre las ocho y cuando volvieron, a la una de la madrugada, la encontraron así. Atada a la cama, desnuda y cosida a puñaladas.

—Pobrecilla —se lamentó Silvia—. ¿Quién se habrá ensañado con ella de esta manera?

—¿Dónde están las amigas? —quiso saber Aroa.

—Les ha dado un ataque de ansiedad y se las han llevado para calmarlas. Hay dos agentes con ellas.

—Que las interroguen y me pasen sus declaraciones. Y a los vecinos también. Tenemos que saber si alguien vio u oyó algo —ordenó.

—Ya lo hemos hecho. Nadie vio ni oyó nada.

La inspectora frunció el ceño, disgustada.

—¿El arma homicida? —preguntó.

Otro policía le tendió una bolsa de plástico transparente, precintada, con un cuchillo de grandes dimensiones dentro.

—Según parece el asesino lo cogió de la cocina, pues las compañeras de

piso de la víctima lo han reconocido como de la casa. Lo vamos a enviar a examinar.

—Todo apunta a un crimen pasional —dedujo Aroa—. ¿Tenía novio?

—Las amigas nos han dicho que salía con un chico de vez en cuando; nada serio. A esta edad ya se sabe, van de flor en flor, no quieren comprometerse... —respondió el policía.

—Inspectora Martínez —la llamó una agente—, venga, por favor. Hemos encontrado algo.

Aroa y Silvia caminaron hasta la cama donde la policía científica les indicaba lo que había descubierto gracias a la linterna con luz violeta que usaban para detectar sangre, fluidos corporales y demás.

—Hay manchas de leche por toda la sábana.

—¿Leche? —se extrañó Silvia.

—Quiere decir semen —le aclaró Aroa.

—Al parecer, mantuvo relaciones sexuales antes de morir. O la violaron. Tendremos que esperar a la autopsia para que nos lo aclare —prosiguió la agente.

Aroa asintió afirmativamente y observó a su alrededor el cuarto de la chica. Tenía una colección de perfumes caros en una estantería, varios libros, fotos repartidas por doquier y, en el armario abierto de par en par, se apreciaba un gran repertorio de zapatos de firmas caras. Le llamó la atención que sobre el escritorio no hubiera ningún libro abierto ni apuntes. Si la joven había estado estudiando hasta que le llegó la muerte debería haber algo de esto. Quizá lo recogió todo antes de que el asesino la matase.

La inspectora Martínez se acercó para examinar mejor el guardarropa de la víctima. Halló varios bolsos de marcas como Prada, Marc Jacobs y Fendi. Algunos de ellos conjuntaban con los zapatos.

—También hemos detectado esto en la parte interna de su muñeca —continuó la policía—; es el sello de la discoteca Delirium.

—¡Delirium! La conozco. Sus fiestas son memorables. Estuve en una la semana pasada que... —comenzó a contar Silvia, pero Aroa la interrumpió.

—¿Lo que vas a contar es importante para el caso? —preguntó de malos modos.

Su compañera lo pensó y después negó con un movimiento de cabeza.

—Pues ahórratelo —le ordenó la inspectora Martínez.

Aroa regresó a la cama para observar con atención la marca en la epidermis de la chica. Si no fuera por la luz violeta que usaba la agente, no se la habrían visto.

Recorrió con sus ojos el cuerpo sin vida de la chica. Pudo comprobar que era una auténtica belleza, a pesar de estar cubierta de sangre.

—Tiene el armario lleno de zapatos y bolsos caros; la estantería repleta de perfumes que cuestan un ojo de la cara —comentó Aroa—; comparte piso con dos jóvenes mientras estudia una carrera. Su familia no está mal económicamente, pero tampoco para tirar cohetes, por lo que me ha comentado el comisario. ¿Qué fuentes de ingresos tenía la muchacha? ¿Trabajaba en algo para pagarse sus caprichos?

—Al parecer, trabajaba de modelo eventualmente, según han confirmado sus compañeras —alegó la agente.

—¿Han dicho en qué agencia estaba?

—No.

—Pues habrá que averiguarlo. Y encontrad al chico ese que estaba enamorado de ella. Quiero hablar con él.

La policía asintió a la orden de Aroa y se retiró para volver a interrogar a las dos amigas de la víctima en busca de más información.

Cuando Aroa y Silvia llegaron a Delirium, la discoteca cuyo sello estaba en la muñeca de Tamara Aragón, eran cerca de las seis de la madrugada. Aroa se quedó observando el gran letrero negro con letras doradas preguntándose qué descubrirían en su interior.

En la puerta, un gorila les prohibió el paso hasta que la inspectora Martínez le mostró su placa. El musculoso hombre de dos metros de alto habló por el diminuto micro escondido bajo la manga de su chaqueta contando lo que sucedía y, cuando le dieron la orden por el pinganillo de su oreja, dejó pasar a las dos mujeres.

A esas horas quedaban pocas personas allí dentro pero, por lo que observó Aroa, ya se marchaban, pues estaban poniéndose los abrigos.

Los camareros se afanaban por rellenar las cámaras de las bebidas antes de irse a casa a descansar. La música había cesado.

Delirium sorprendió a las dos agentes. Parecía un palacio hindú. Allí todo era color. Había dos grandes elefantes dorados dando la bienvenida a las personas que accedían a aquella sala. Varias figuras de Buda en la posición de loto repartidas por la estancia y divanes con cojines estampados con los mandalas típicos hindúes. Del techo, colgaban exóticas lámparas que, junto con unos visillos de seda, daban al lugar sensación de calidez. En las mesitas bajas diseminadas por doquier, velas de diferentes colores y tamaños hacían que la estancia pareciese más íntima.

—¡Vaya! Esta noche la fiesta ha debido de ser de temática hindú. Menudo despliegue de...

Un hombre alto y moreno salió al paso de las policías mientras ellas admiraban todo lo que sus ojos veían, cortando el comentario de Silvia.

—Buenas noches o buenos días, como prefieran. Soy Mateo Bosch, el encargado. ¿Qué les trae por aquí, agentes?

—Somos las inspectoras de homicidios Boix y Martínez —dijo Aroa, señalando primero a Silvia y después a ella misma.

—¿Homicidios? —repitió el hombre sorprendido.

—Estamos investigando la muerte de la señorita Tamara Aragón. —Le enseñó una foto de la chica—. Queremos hacerle unas preguntas a todo el personal de servicio que ha estado aquí esta noche y ver lo que sus cámaras de seguridad han grabado.

—No me suena —dijo, devolviéndole la foto de la víctima—. Lo siento. Esta discoteca es una de las más famosas de Barcelona. Viene mucha gente y es imposible acordarnos de todas las caras que pasan por nuestra sala, como comprenderán. ¿Está segura de que esa chica ha estado aquí? —Sonrió con aire de superioridad y a Aroa le dieron ganas de darle un puñetazo en la boca para borrar esa impertinente sonrisa.

—Llevaba el sello de este club en el interior de su muñeca. Lo que significa que ha estado aquí esta noche.

Mateo fue a replicar, pero una voz tras ellos no le dejó.

—¿Trae una orden judicial, inspectora?

La voz grave y varonil reverberó en cada poro de la piel de Aroa, erizándole el vello y acelerándole el corazón. Se volvió para encararse con el dueño de esa voz y contestarle, pero se quedó petrificada al verlo bajar la

escalera con la destreza de un felino estudiando a su presa.

El ejemplar masculino era atractivo y elegante. Se movía con una determinación carente en otros hombres. La fuerza y seguridad que emanaban de él le hacían sumamente tentador.

—Soy Gabriel Serna, el gerente de Delirium. —Le tendió una mano.

Aroa no hizo amago de estrechársela. Se había quedado tan asombrada al verlo que le costó algunos segundos reaccionar.

—No, no traigo una orden judicial, pero puedo conseguirla —respondió cuando recuperó la capacidad de hablar.

Se observaron mutuamente, como si estuvieran batiéndose en un duelo, alerta, esperando a que el otro atacara primero.

El cuerpo atlético de Gabriel estaba cubierto por un fino jersey de cuello vuelto en color gris oscuro, sobre el que llevaba una americana negra y un pantalón del mismo tono. Tenía el pelo moreno muy corto, casi rapado, y una barba de cuatro o cinco días, le recubría el mentón y las mejillas.

Aroa se fijó en que unas tímidas canas asomaban en las sienes, antes de centrar su mirada en los ojos claros que la escrutaban sin piedad, rodeados de espesas y negras pestañas.

—Bien. Cuando tenga esa orden, vuelva —contestó Gabriel, guardándose la mano que ella no había querido tocar en el bolsillo del pantalón.

Notó los iris del hombre recorriéndola entera, desnudándola, haciendo que se sintiera expuesta y vulnerable. Esa sensación no le gustó nada, así que inspirando profundamente, habló de nuevo.

—Volveremos a vernos, señor Serna.

—Seguiré esperándote, Aroa.

Capítulo 2

—¿Me puedes explicar qué ha pasado ahí dentro con ese madurito atractivo? —quiso saber Silvia cuando se subieron al coche para marcharse de Delirium.

—No sé a qué te refieres —contestó Aroa, frunciendo el ceño al tiempo que arrancaba el auto.

—¡Oh, vamos! ¡No me digas que no! Cuando se ha acercado a ti, ha sido como, no sé... como si se creara un campo de fuerza gravitatoria entre vosotros dos que os hacía moveros en sincronía. Como si fuerais imanes.

—No digas chorradas, Silvia.

—Y lo mejor de todo es que parecía que estabais en una burbuja particular, protegida por un aura tan intensa que, si la tocábamos, nos haría rebotar y salir despedidos.

—Como no te calles, tú sí que vas a salir despedida, pero del coche, *so mema* —la advirtió Aroa sin poder contenerse.

—¡Venga ya, tía! Nunca he visto una atracción tan poderosa entre un hombre y una mujer. Podríais causar un incendio con el fuego que emana de vosotros.

—Deja de ver telenovelas. Te están friendo el cerebro. Ves flores y corazones donde no los hay.

Silvia se colocó de medio lado en el asiento para mirar a su compañera a la cara.

—Vosotros os conocéis de antes, ¿verdad? No he pasado por alto el hecho de que te ha llamado por tu nombre de pila cuando tú, en ningún momento, has mencionado que te llamabas así. Y ha dicho «seguiré esperándote». ¿Has tenido algún lío con ese macizorro?

Aroa apretó los dientes. No quería dar explicaciones a nadie sobre su pasado, pero Gabriel había metido la pata hasta el fondo al pronunciar su nombre junto con esa frase. Estaba segura de que lo había hecho con toda la intención para que ella supiera que la había reconocido después de tantos años sin verse.

—Despierta a quien sea y consígueme esa maldita orden judicial ya — ordenó Aroa, cambiando de tema y centrándose en la investigación.

Silvia fue a decir algo más sobre Gabriel Serna, pero la inspectora la atajó.

—Y si vuelves a insinuar que entre ese hombre y yo hay algo o lo ha habido, pediré que te releven de tu puesto y me asignen a otro compañero.

—¿Conoces a la inspectora Martínez? —le preguntó Mateo a Gabriel.

—Ha sido una noche movidita. Me voy a casa, a ver si con un poco de suerte consigo descansar algo.

—No has contestado a mi pregunta. ¿De qué conoces a ese bombón de mujer? —quiso saber Mateo mientras lo acompañaba a la salida de la discoteca.

—Llama a nuestro abogado y a Julio, el detective privado, también. Voy a encargarle una investigación. Diles que me reuniré con ellos hoy a las dos de la tarde, en La Taberna Gallega, en el Puerto Olímpico. ¿Te ocupas de reservar una mesa?

—Sí, descuida, lo haré todo. Pero dime de qué conoces a la inspectora Aroa Martínez.

Gabriel suspiró. Sabía que si no contestaba a Mateo, este no lo iba a dejar tranquilo.

—La conocí hace casi veinte años. —Se paró al llegar a la puerta—. Y desde entonces estoy esperando que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Le dirigió a Mateo una enigmática sonrisa y salió al exterior, donde ya comenzaba a amanecer.

Mientras se dirigía a su auto recordó todos los momentos vividos con Aroa y una punzada de nostalgia le atravesó el corazón.

Cuando se subió a su Maserati rojo, sacó el móvil e hizo una llamada. Al otro lado de la línea, una voz femenina contestó.

—¡Por Dios! ¿Sabes qué hora es? ¡Estaba durmiendo!

—No te habría llamado si no fuera importante.

—A ver, ¿qué ha pasado?

—Tamara está muerta.

Capítulo 3

La joven rodeó con boli rojo el anuncio del periódico en el que solicitaban chicas guapas y sexis para trabajar de camareras en una discoteca de Barcelona.

El año anterior se había mudado a la Ciudad Condal para estudiar en la universidad y necesitaba ganar algo de dinero para poder pagarse sus caprichos. Bastante tenían sus padres, que se habían quedado en Mallorca, con sufragarle los gastos del piso y la matrícula de la facultad. Tenía una asignación mensual para el pago que le correspondía de luz, agua y gas de la vivienda que compartía con otras dos estudiantes y comprar comida. No podía exigirle a su familia que, además, le diera dinero para salir de fiesta y comprarse ropa. Ya había acordado con sus padres que buscaría un empleo a tiempo parcial o los fines de semana para conseguir efectivo para sus caprichos. Hasta ese momento había trabajado de canguro, camarera en un Starbucks y dependienta por horas en una tienda de ropa.

Marcó el número de teléfono que ponía en el anuncio imaginando el dinero que iba a ganar y lo que iba a ligar si conseguía el trabajo. Ella era una belleza morena, de ojos oscuros, labios carnosos y curvas en su cuerpo que hacían salivar a los hombres. Nunca había tenido problemas para hacer caer a sus pies a cualquier tío y le gustaba el sexo muchísimo. Ya hacía tres semanas desde la última vez que se acostó con alguien y sentía que su cuerpo le pedía marcha otra vez. Ojalá conociera a algún tipo rico porque también le encantaban los zapatos y los bolsos de marca, los perfumes caros, las joyas, vestir con ropa de firma...

Cuando contestaron al teléfono, concertó una cita para esa misma tarde con la mujer que había al otro lado de la línea.

A la hora acordada, tocó el timbre del portal. Era un edificio en pleno centro de Barcelona de aspecto señorial, que le había provocado admiración unos minutos antes, cuando llegó, por su noble e histórica fachada.

Entró y se dirigió al ascensor, todo de madera y cristal de principios del

siglo xx, rodeado por una protección de metal. Abrió la puerta de hierro, después la de madera y se metió dentro.

Cuando salió en el cuarto piso se encontró con una chica unos años mayor que ella, que la esperaba con la puerta entreabierta. La dirigió una sonrisa y la chica se hizo a un lado para dejarla pasar a la vivienda.

Le extrañó que no la hubiera citado en la discoteca, pero pensó que a lo mejor en aquella casa era donde estaba situada la oficina y por eso la entrevista iba a hacerla allí.

Una mujer de unos cincuenta años salió a su encuentro, presentándose como Eulalia. La señora iba perfectamente maquillada y arreglada, y ella deseó tener algún día ese aire de elegancia y sofisticación.

—Pero puedes llamarme Lali —dijo, al tiempo que le estrechaba la mano y, acto seguido, le hacía una señal para que la siguiera por un largo pasillo, con varias puertas cerradas.

Por lo que había podido ver la vivienda estaba decorada con gusto y minimalismo. Desprendía una sensación de modernidad y sobriedad al mismo tiempo.

—Bueno, así que buscas trabajo de camarera en mi discoteca, ¿eh? ¿Qué experiencia tienes? —preguntó cuando se sentaron en un amplio despacho con vistas al paseo de Gracia.

La joven le relató su corto currículum mientras la señora repasaba su fisonomía atentamente.

—Eres muy guapa. Una preciosidad. ¿No te gustaría ser modelo? Además de la discoteca, poseo una agencia de modelaje y, precisamente ahora, estoy buscando una cara nueva.

La mujer se levantó de su asiento mientras hablaba y se acercó a ella. La cogió por la barbilla y giró su rostro a un lado y a otro.

—Ponte de pie, por favor. ¿Hablas idiomas?

Ella obedeció, alucinada por la propuesta de la señora. Nunca había pensado ser modelo, aunque tenía un buen físico para dedicarse a ello.

—Sí. Mis padres tienen un pequeño hotel en Mallorca, así que domino el alemán y el inglés. También sé francés, aunque este idioma lo hablo menos.

—Muy bien. Camina hasta la puerta y luego vuelve. Despacio y de una

manera sugerente.

La joven hizo lo que la mujer le pedía, bajo la atenta mirada de esta.

—La verdad es que me encantaría ser modelo —reconoció contenta la chica.

—Y a mí me gustaría tenerte en mi agencia. Eres una belleza, preciosa, y posees un cuerpo de infarto. Seguro que tienes a los chicos haciendo cola para salir contigo. ¿Me dejas que te hagamos unas fotos para el *book*?

Ella abrió los ojos como platos.

—¡Por supuesto! —exclamó con alegría—. Pero ¿con esta ropa que llevo? ¿No sería mejor volver otro día con otro tipo de prendas? —preguntó, mirándose los vaqueros y la camiseta de los Rolling Stones que llevaba. Era una indumentaria óptima para una entrevista de trabajo para una discoteca, pero quizá no lo fuera para una sesión de fotos para una agencia de modelos.

La señora hizo un gesto con la mano mientras rodeaba el escritorio y pulsaba un botón en el teléfono que había sobre la mesa.

—No, cariño. Aquí tengo de todo para que te cambies y poder hacerte las fotos. Así no perdemos tiempo.

Cuando una voz femenina contestó al interfono, la mujer dio una orden.

—Mireia, dile a Luca que venga inmediatamente. Tenemos una nueva candidata para la vacante que ha dejado Elisabeth.

—Enseguida lo aviso.

La señora miró de nuevo a la joven y sonrió.

—Acompáñame al estudio. Nuestro fotógrafo vive cerca y estará aquí en pocos minutos.

Salieron de la estancia mientras la mujer le explicaba que podía probarse toda la ropa que quisiera en lo que esperaban la llegada del chico.

Entraron en un cuarto de paredes negras en el que había distintos fondos artificiales de colores y varios focos de luz muy grandes. En un rincón, un pequeño biombo para cambiarse y, al lado, dos grandes percheros con prendas colgadas de todo tipo. Reconoció algunas de marcas como Chanel, Ives Saint Laurent y Prada. Se emocionó tanto que tuvo que reprimir las ganas de echar a correr y tocar las maravillosas prendas que allí había. Ya se veía desfilando en las mejores pasarelas del mundo con ellas puestas. Era adicta a las revistas de moda y, cuando en la televisión ponían reportajes

sobre desfiles, etcétera, se los tragaba todos.

—Una pregunta. —Se volvió hacia la señora, que la miraba sonriente—. ¿Podré compaginar esto con mis estudios? Estoy en el segundo año de la carrera y aún me quedan otros dos cursos más. No quisiera que mis estudios se resintieran por...

—Tranquila, querida —la interrumpió—, si alguna vez no puedes acudir a un *casting*, no hay problema. O si no puedes viajar, lo mismo. Hay más chicas que pueden sustituirte. Por cierto, ¿tienes novio?

—No, no tengo. He tenido varias relaciones, pero nada serio.

—Bien. Es mejor que estés soltera porque una pareja complicaría las cosas.

Oyeron un carraspeo a sus espaldas y, al girarse, la joven se encontró con un chico de unos treinta años, moreno, de cuerpo atlético y con los ojos más verdes que había visto en su vida. Decir que era guapo sería quedarse corta.

La joven tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse con la boca abierta más tiempo del estipulado mientras pensaba en cómo le gustaría tener a ese hombre en una cama y disfrutar de él.

—Hola, soy Luca —se presentó con un marcado acento italiano, pero hablando castellano correctamente.

—Hola. Yo soy... Kenia —mintió.

No le quiso dar su nombre real porque pensó que si se iba a dedicar a la moda, estaría bien separar esta parte profesional de su vida personal como hacían muchas actrices, escritoras, etcétera, y le pareció bien usar un seudónimo.

—Kenia. Me gusta. Es exótico y bello. Como tú —afirmó Luca repasándola con la mirada mientras la boca se le hacía agua.

Kenia sonrió complacida. Se había dado cuenta de que ese joven la deseaba. Sus ojos hambrientos se lo habían confirmado. Siempre ocurría igual. En cuanto un macho posaba su mirada en ella, desataba el fuego del sexo y ya no podía pensar en otra cosa que no fuera darle placer. Y ella, claro está, se aprovechaba de eso.

Se dijo que, cuando terminasen con la sesión de fotos, le propondría a Luca ir a tomar algo y conocerse mejor. Al fin y al cabo, iban a trabajar

juntos.

Llevaban más de media hora haciendo fotos cuando Luca le sugirió que mostrase algo más de carne y ella asintió contenta.

Cada vez que iba detrás del biombo a cambiarse el modelito, el italiano la seguía con la mirada, repasándose los labios como si acabara de comerse algo delicioso. Ella, como quien no quiere la cosa, no terminaba de colocarse del todo tras la mampara y le mostraba una pierna, un brazo o incluso una parte del trasero, con el fin de calentarlo.

—Antes, cuando he llegado, he oído cómo le decías a Lali que no tienes novio —comentó Luca, arrastrando un diván rosa hasta mitad de la estancia—. ¿No serás virgen?

Kenia salió de detrás del biombo riéndose por la pregunta que tan directamente le había hecho el italiano. ¿Qué tendría que ver el estar soltera con ser virgen a su edad?

—No, no lo soy. Perdí mi virginidad hace muchos años y, desde entonces, no he parado —le soltó sugerente.

Se había puesto un largo vestido de encaje rojo que no llevaba forro debajo y mostraba la ropa íntima sin dejar nada a la imaginación. La prenda tenía una abertura a un lado y Kenia enseñaba toda la pierna al andar.

—Túmbate en el diván y pon una pose lo más sexy que puedas —le ordenó Luca.

Comenzó a hacerle fotos de nuevo mientras hablaban.

—Si no has parado desde que perdiste la virginidad —dijo Luca— es porque te gusta muchísimo el sexo. ¿Me equivoco?

—Me encanta que me den placer.

—¿Y darlo tú?

—También —respondió ella subiéndose el vestido hasta casi enseñar las braguitas que llevaba, al tiempo que se abría de piernas y se inclinaba hacia delante para que el holgado escote rebelara sus redondos y turgentes pechos.

—¿Sabes que el sexo es uno de los mayores negocios que existen? Con él se gana mucha pasta, mueve cantidades ingentes de dinero, sobre todo, si pagan los ricos. —Le guiñó un ojo.

—Si a mí me pagaran por follar, no saldría en todo el día de la cama. —

Se rio Kenia.

—¿De verdad?

Ella asintió con una sonrisa traviesa.

—Pues yo podría conseguirte eso. Hombres ricos que te pagarán una fortuna por acostarte con ellos —le soltó a bocajarro el fotógrafo.

Kenia pensó que estaba de broma, pero al ver que Luca se había puesto serio de repente, supo que no era así.

—Eso me convertiría en una prostituta —afirmó, mirándolo con intensidad.

Luca dejó la cámara en una mesita auxiliar y se acercó a ella despacio. Se sentó a su lado en el diván y la acarició un muslo lentamente. La joven se puso tensa.

—Algunas veces no tienes por qué acostarte con los hombres. Hay muchos que solo quieren hablar con una chica guapa, que los escuchen porque sus esposas no lo hacen. Estar acompañados, ir a fiestas con una mujer atractiva al lado y presumir de ella. Si llegado el momento, ellos quieren ir más allá y tú no, se acaba la cita. Te pagan y te vas a casa.

—¿Seguro? —preguntó Kenia dudosa.

Luca afirmó con un gesto de cabeza.

—Si te unes a nosotros, te convertirías en una *escort*, una acompañante de lujo para hombres acaudalados. Si no quieres, no pasa nada. Encontraremos a otra dispuesta a ganar tres mil euros o más al mes. Limpios. Sin tener que declarar nada ni pagar impuestos.

¿Tres mil euros o más al mes? Al escuchar la cantidad, el cerebro de Kenia comenzó a calcular con rapidez. Podría pagarse todos sus estudios, el piso y la comida ella sola, sin la ayuda de su familia. Además, podría permitirse ropa cara, bolsos y zapatos de firma. Ir a las mismas fiestas que la *jet set*. Marcharse a estudiar a Estados Unidos el último año de la carrera como siempre había soñado...

—¿Cómo funciona esto? —preguntó interesada, relajándose al instante—. ¿Tengo que trabajar todos los días? ¿Y hasta cuándo?

Luca sonrió, sabiendo que ya estaba casi convencida de unirse a ellos.

Deslizó su mano despacio por el muslo de Kenia hasta llegar a la ingle.

—El horario lo pones tú, aunque es mejor trabajar por las tardes y, sobre

todo, las noches. Sería una hora o dos como mucho. No hace falta que vengas todos los días, con un par de veces a la semana, arreglado. Los fines de semana es cuando más peticiones de clientes tenemos, sobre todo el viernes y el sábado por la noche —le explicó Luca, mientras llegaba hasta el borde de las braguitas y metía un dedo por dentro—. Mmm, estás toda depilada. Qué bien —ronroneó acercándose al cuello de Kenia para besarla—. Imagínate que soy un tío rico que se muere por echarte un polvo. Te daría quinientos euros solo por una hora. ¿Lo harías?

La mano de Luca en su entrepierna no la dejaba pensar con claridad. Había llegado al botón mágico de su cuerpo y lo presionaba al tiempo que buscaba la entrada para meter un dedo. Un exquisito calor comenzaba a extenderse por su cuerpo, que Luca había recostado sobre el diván, con el suyo encima.

—Dime, Kenia, ¿lo harías?

—Si todos están tan buenos como tú, lo haría encantada —gimió, tratando de asimilar lo que el italiano le estaba proponiendo.

Sin embargo, a pesar de su declaración, necesitaba meditarlo consigo misma un poco. Ella era valiente, osada, atrevida. Le gustaba la acción y nunca decía «No» a vivir nuevas experiencias. Si estas experiencias iban ligadas al sexo, mejor aún.

Pero en su mente rondaba una y otra vez la palabra «Put». Sin embargo, el morbo de ese mundo desconocido había disparado su imaginación. Era un entorno provocador, transgresor y escandaloso que la atraía. No le importaba convertirse en mujer florero y vender su cuerpo de vez en cuando si la persona en cuestión soltaba una pasta gansa. O ser el objeto de deseo de algún desconocido, como en ese momento con el fotógrafo.

—¿Y dónde sería? ¿En la discoteca o en algún hotel? —preguntó entrecortadamente, pues los dedos de Luca entrando y saliendo de su húmedo sexo, al tiempo que la frotaba el clítoris y derramaba infinidad de besos por su garganta y su pecho, la estaban haciendo perder la capacidad de razonar.

—Te llamaría Lali o, en su defecto, Mireia, la recepcionista. Tendrías que venir aquí, al apartamento, o acudir al hotel de lujo que te indiquen. Es muy sencillo, Kenia. Pasas una hora con el hombre que te digan, hablando o

teniendo sexo, y cuando se acabe el tiempo, agarras la pasta y vuelas. En poco tiempo, te habrás hecho rica.

—¿Cuánto se cobra por cada...? —Kenia no pudo acabar la pregunta porque el orgasmo la barrió entera, dejándola con las palabras colgando de su boca.

Luca se apresuró a enrollarle el vestido en la cintura, quitarle las braguitas y bajarse él los pantalones. Cuando tuvo su miembro liberado de la ropa, se colocó un preservativo y ensartó a Kenia con rapidez.

—La mitad del servicio sería para ti. La otra mitad para la agencia. Según lo que el cliente esté dispuesto a pagar. Normalmente, por una hora tú te llevarías entre doscientos y quinientos euros, depende de lo que se quiera gastar el ricachón de turno. La chica que menos gana de aquí se lleva seiscientos euros a la semana y porque trabaja solo dos días. Imagínate que trabajase tres o cuatro.

—¿Seiscientos euros a la semana por pasar un rato con un hombre? ¡Eso es mucha pasta! —exclamó Kenia, notando que con las sacudidas de Luca en su interior, volvía a calentarse.

—Ya ves, guapa, y todo por hacer lo que estás haciendo conmigo ahora gratis. La cuestión es: ¿cuánto dinero quieres ganar tú?

—Yo... No lo sé... Tengo que pensarlo.

Luca aumentó su bombeo en el sexo de Kenia, buscando su liberación.

—No tardes mucho en decidirte. El dinero está llamando a tu puerta. Solo tienes que abrirla y cogerlo.

De camino a su casa, Kenia pensaba en todo lo ocurrido aquella tarde. Si había sido capaz de follarse a un fotógrafo que no conocía de nada, ¿por qué no iba a acostarse con un tío rico que encima le iba a pagar mogollón de pelotas? ¿O acompañar a una fiesta al cliente de turno para que la pasease delante de sus amigos, igual de podridos de dinero, y ser por un determinado espacio de tiempo el objeto de deseo de esos hombres?

Supo que la decisión estaba tomada cuando se metió en la cama y sonrió ante las expectativas. Además, ya tenía su alter ego. Acababa de convertirse en la sensual y ardiente Kenia.

Capítulo 4

Gabriel no podía dormir, aunque eso no era nada raro en él. Desde hacía varios años solo conseguía descansar cuatro o cinco horas cada noche.

Normalmente, mataba el tiempo leyendo, viendo la televisión, haciendo ejercicio, escuchando música o vigilando que sus negocios marchasen bien. Además de Delirium tenía varias discotecas y *pubs* repartidos por toda la provincia de Barcelona y buena parte de la costa catalana. También poseía dos edificios en el centro de la Ciudad Condal que eran completamente suyos. Los apartamentos estaban alquilados a personas de alto nivel adquisitivo y le reportaban grandes beneficios.

Él vivía en un magnífico ático ubicado en un selecto barrio de la ciudad. Los ciento veinte metros del piso estaban repartidos entre tres dormitorios, cocina, dos baños, salón y una amplia terraza de cincuenta metros cuadrados.

La casa tenía unos acabados de primera calidad y estaba decorada con sofisticación y elegancia.

Tras dormir cuatro horas, se levantó y se preparó un café mientras recordaba el encuentro con Aroa.

Hacía casi veinte años que no la veía, pero la atracción que sintió por ella en el pasado continuaba ahí, como si todos aquellos años transcurridos hubieran sido días o incluso horas.

Al verla, un sentimiento de alegría mezclado con un impulso sexual le golpeó con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerle caer de rodillas.

A pesar de los años, Aroa continuaba siendo una belleza. Su pelo largo, moreno, que llevaba recogido en una cola de caballo, y su cuerpo voluptuoso, enfundado en un traje de pantalón y chaqueta, no habían perdido el atractivo de antaño.

Los ojos oscuros, la nariz pequeña, los labios gruesos y la tez pálida le hicieron recordar los millones de veces que los había recorrido con sus besos.

Cuando escuchó su voz hablando con Mateo, el corazón casi se le sale del pecho. No podía creerse que ella estuviera allí después de tanto tiempo buscándola.

Tuvo que reprimir el impulso de correr hacia Aroa y tomarla entre sus brazos. Llenarla de besos y obligarla a quedarse en su vida.

Sin embargo, con el frío reencuentro que habían tenido, nadie hubiera dicho que hubo un tiempo en el que fueron dueños el uno del otro.

Los recuerdos dolían tanto...

Sacudió la cabeza para despejarse. Terminó el café y se metió en la ducha.

A las dos del mediodía, Gabriel ya estaba sentado a la mesa de La Taberna Gallega, en el Puerto Olímpico de Barcelona, acompañado de su abogado y el detective privado que, normalmente, hacía trabajos para él.

—Podrían acusarte de obstrucción a la justicia —dijo Mauro, el letrado.

—No tenían una orden de registro expedida por un juzgado —se defendió Gabriel—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué las dejase campar a sus anchas, tocándolo todo en mi club y haciendo preguntas a mis empleados?

—Si la policía descubre lo que hay detrás de Delirium... —comenzó a decirle Mauro, pero Gabriel lo cortó.

—Tendrás que esforzarte más en tu trabajo y que no lo descubran. Para eso te pago. Tú eres el que entiende de leyes. ¿O prefieres que me busque a otro abogado y tus ganancias se las lleve él?

El letrado le dirigió una mirada cargada de resentimiento, pero no añadió nada.

El camarero llegó con los platos y, tras dejarle a cada uno el suyo, comenzaron a comer.

—Quiero que investigues a la inspectora Aroa Martínez —pidió Gabriel a Julio, el detective privado.

—Bien. ¿Para cuándo necesitas información sobre ella?

—Para ya —contestó el empresario, indicándole así que debía darle prioridad a ese tema.

—¿Por qué quieres averiguar cosas de esa policía? —preguntó Mauro.

Gabriel pensó unos segundos su respuesta.

—Digamos que... tengo algo pendiente con ella y ha llegado el momento de solucionarlo.

Capítulo 5

El móvil sonó asustando a Kenia, absorta como estaba en sus estudios. Al mirar la pantalla, comprobó que era de la agencia.

—Hola —contestó.

—Hola, querida —dijo Lali—. Me alegré mucho cuando Luca me contó que estabas interesada en unirme a nosotros. Espero que hayas tomado una decisión y sea afirmativa.

—Sí, estoy interesada en probar... durante un tiempo.

Kenia se levantó de la silla que ocupaba y fue a cerrar la puerta de su habitación. No quería que sus compañeras de piso se enterasen de lo que hablaba por teléfono.

—Bien, porque tengo un servicio para esta tarde. ¿Puedes hacerlo?

—¿Esta tarde? —Kenia miró su reloj. Eran las cuatro y media.

—Sí.

—Yo... estoy estudiando...

—El cliente paga muy bien. Seiscientos euros por una hora. Teniendo en cuenta que será tu primera vez... —Lali dejó de hablar unos segundos y luego prosiguió—. Pero si quieres se lo digo a otra de las chicas. Aunque seguro que rebajará la cantidad porque a él le gustan las inexpertas en este ámbito y si no va a tenerte a ti...

¿Seiscientos euros? Sí. ¡Seiscientos euros! Aunque solo la mitad sería para ella, como bien le había explicado Luca.

El corazón de Kenia galopaba cuando contestó a Lali.

—No llames a otra. Yo lo haré. ¿A qué hora y dónde?

—A las ocho. Aquí en el apartamento. Prefiero que tu primera vez sea en un entorno controlado que tú ya conozcas, para que no te pongas nerviosa y lo hagas bien.

—De acuerdo. ¿Cómo debo ir vestida?

—No te preocupes por eso. Aquí hay ropa para ti. Ven una hora antes para que te dé tiempo a cambiarte y maquillarte un poco. Mireia estará esperándote para ayudarte en lo que necesites.

Cuando Kenia colgó, le temblaba todo el cuerpo. ¿De verdad iba a acostarse con un hombre al que no conocía de nada?

«Como si fuera la primera vez que haces algo así», se burló de ella la voz de su conciencia.

Y tenía razón. No era la primera vez que tenía relaciones sexuales con alguien desconocido. El morbo que le producía esa situación hacía que fuera más tentadora.

«Al menos esta vez voy a ganar una buena cantidad de dinero por hacerlo. Quizá me compre ese bolso de Gucci que vi en la tienda de al lado de la agencia», pensó contenta, intentando volver a centrarse en el libro que tenía delante.

Cuando llegó al apartamento, Mireia la esperaba, como le había dicho Lali.

—El cliente se llama Jordi y es banquero. Seguro que le habrás visto en la tele, en algún sarao que organizan los famosos. Tiene cuarenta y tres años, pero está muy bien físicamente. Se mantiene en buena forma, es amable y educado. Y muy normalito. No te pedirá cosas raras. Es de los del misionero y poco más.

—Veintitrés años de diferencia. Nunca he estado con alguien tan mayor —objetó Kenia mientras elegía algo del guardarropa que Mireia le mostraba.

—No te preocupes. En la cama, esa diferencia ni se nota. Solo seréis un hombre y una mujer haciendo el amor. Nada más. —La sonrió para transmitirle confianza—. Él sabe que es tu primera vez, así que deja que te guíe al principio y luego, según vaya la cosa, te lanzas tú. Aunque no creo que te cueste mucho después de lo que pasó con Luca el otro día.

A Kenia se le cortó la respiración.

Mireia ahogó una carcajada.

—¿Creías que no lo sabíamos? —le preguntó a Kenia—. Luca las prueba a todas, para eso lo tenemos. No creas que lo suyo es solo hacer fotos...

A las ocho de la tarde llegó el cliente. En el tiempo transcurrido, Mireia le había dado instrucciones sobre cómo comportarse, de qué temas hablar con

él y algo muy muy importante. A los clientes nunca, jamás, debía darles su número de teléfono. Si querían contactar con ella para un servicio, debían hacerlo a través de la agencia. El pago lo realizaría Jordi al acabar. Mireia sería la encargada de recibir el dinero. Antes de que Kenia se marchase a su casa, le entregaría su parte.

Cuando Kenia vio al banquero, respiró aliviada. Era un hombre bastante atractivo y no aparentaba para nada la edad que tenía.

Se saludaron con dos besos en las mejillas y Mireia les hizo pasar a un saloncito, donde tomaron una copa mientras charlaban los tres juntos. Diez minutos más tarde, la recepcionista de la agencia se disculpó con ellos y abandonó la estancia.

Kenia y Jordi se miraron a los ojos.

—Eres muy guapa —la piropeó él, poniéndole una mano en el muslo—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco. Es mi primera vez y...

—Tranquila. Te trataré bien. ¿Vamos a la habitación?

Kenia asintió y ambos se levantaron del sofá. La joven lo agarró de la mano y lo guio por el pasillo hasta que abrió una de las puertas, que previamente le había indicado Mireia cuando estuvo dándole instrucciones antes de que Jordi llegase, y se metió con él en el dormitorio.

En el centro de la habitación estaba la gran cama, cubierta con una colcha negra de seda. Varios cojines del mismo color decoraban el lecho. A los lados, unas mesitas de nogal y en los pies de la cama una bonita y cara alfombra.

El cliente se quitó la chaqueta y la corbata, desabrochándose el primer botón de la camisa. Cuando se sentó sobre el colchón, dio una palmadita en él para que Kenia se colocase a su lado.

Ella obedeció su orden silenciosa y en cuanto hubo puesto el trasero sobre la colcha, Jordi se inclinó sobre su boca para besarla. La agarró con delicadeza por la nuca y atrapó los labios de Kenia en un lento beso.

Kenia le desabrochó el resto de los botones de la camisa, pensando en lo bien que besaba el cliente. Si todo lo hacía tan bien, iba a disfrutar mucho con él en la cama.

Poco a poco fueron desnudándose el uno al otro hasta que ya no les

quedó nada de ropa. Jordi la tumbó despacio sobre las sábanas blancas, después de quitar los cojines y la colcha. Comenzó a recorrer con ardientes besos el cuerpo de Kenia mientras le decía lo bella que era.

Cada caricia de Jordi y cada beso calentaban a Kenia un poco más. Se dijo que no era justo para el cliente. Él la estaba excitando y ella no le hacía nada a él. Así que comenzó a masajear el miembro de Jordi hasta que logró endurecerlo del todo. Cuando el banquero vio que ella quería llevar las riendas de la situación, se dejó hacer. Kenia bajó su boca para cubrir el largo falo y recorrerlo con la lengua. Jordi no dejaba de jadear y gemir mientras la joven le hacía la felación.

Cuando estaba a punto de correrse, la detuvo. Kenia, sabiendo lo que sucedía, agarró con rapidez un preservativo de la mesilla y se lo colocó. Jordi le dijo que se tumbara sobre la cama y se abriera de piernas.

Se insertó en ella lentamente, disfrutando del momento de unión. Después, bombeó en su interior, adquiriendo velocidad con cada uno de sus embistes mientras Kenia, con la mano entre sus cuerpos, se acariciaba el clítoris para lograr ella también el orgasmo.

Cuando ambos lo alcanzaron, Jordi cayó sobre la joven resoplando. Ella quedó incrustada en el colchón hasta que el cliente se dio cuenta de que la estaba aplastando y rodó hacia un lado para liberarla.

Permanecieron unos minutos hablando y, llegado el final de la hora, se despidieron con un largo beso, prometiéndose volver a verse.

Esa noche Kenia se durmió feliz. No le había costado tanto entregarse a un desconocido. Para ella había sido como los chicos que se ligaba en la discoteca o la playa, solo que esta vez en lugar de follar en unos baños públicos y gratis, había sido en un cómoda cama y ganando dinero.

Capítulo 6

—Quiero esa orden judicial ya —exigió Aroa, quien empezaba a impacientarse por la tardanza—. Y las declaraciones de todo el entorno de la chica. Y, sobre todo, quiero saber a qué agencia de modelos pertenecía.

Estaban en comisaría y la inspectora Martínez no dejaba de dar órdenes a su alrededor.

—No había huellas en el arma homicida —informó un agente—. Y ya han declarado todos sus allegados. Al parecer, la víctima era una buena chica, formal, responsable con sus estudios. Se llevaba bien con sus compañeras de piso y amigas de la facultad. No tenía problemas vecinales ni familiares. Nos falta el supuesto novio que aún no hemos localizado.

—Pues alguien debía de tenerle tirria, porque no se le da a una chica puñaladas mientras está atada a la cama así como así —argumentó Silvia.

—¿Y las coartadas de los interrogados? —quiso saber Aroa.

—Todos tienen. Las hemos comprobado ya. Los vecinos dicen que no escucharon nada en absoluto entre las ocho de la tarde y la una de la madrugada en el piso de la víctima. A partir de esa hora, que es cuando llegaron sus compañeras de piso y descubrieron el cadáver, oyeron mucho revuelo en la escalera. Las chicas salieron gritando enloquecidas y nos llamaron —respondió el agente.

—Había restos de semen... —comentó la inspectora Martínez.

—Están analizándolos en busca de ADN.

—¿Cuándo tendremos los resultados de la autopsia?

—En cuatro o cinco días; una semana a lo sumo —rebeló otro agente.

—Joder. Es mucho tiempo —se quejó Aroa.

Organizó a su equipo mientras pedía a gritos la puñetera orden judicial para revisar las cámaras de Delirium y que alguien encontrase al supuesto novio de la víctima enseguida.

Cuando terminó su turno se marchó al gimnasio al que asistía habitualmente. Necesitaba correr en la cinta para despejarse y deshacerse del estrés acumulado.

Ignoró las miradas provocativas de varios hombres. No le interesaba ninguno en absoluto y, además, ella había tenido tanto sexo en su vida que había acabado harta.

Sin querer, Gabriel se coló en su mente.

Recordó el tiempo pasado con él. Sus cálidos besos, sus atormentadoras caricias, destinadas siempre a enloquecerla y excitarla.

Sacudió la cabeza para alejar los lascivos pensamientos de ella. No quería pensar en él. No debía recordarlo.

Tras una hora de ejercicio, se duchó y se dirigió a su casa.

Cenó un sándwich de pollo con lechuga y mahonesa, y se metió en la cama.

Pero el sueño no llegaba por más que daba vueltas y vueltas entre las sábanas, y dejaba la mente en blanco.

Una y otra vez sus recuerdos volaban para unirse a él.

¡Maldito Gabriel! ¿Por qué había tenido que aparecer precisamente ahora, cuando estaba a punto de olvidarlo?

Cuando por fin consiguió dormirse, soñó con él. Sus largos dedos le acariciaban la mandíbula, con un toque persistente y provocativo. Después se desplazaban por su mejilla con lentitud hasta terminar en la nuca, dónde la sujetaba con posesión.

La mirada azul de Gabriel la hipnotizó mientras con la otra mano tocaba la espalda femenina. Ella estaba desnuda. Él no.

Aroa no podía apartar los ojos de los de Gabriel. Sus dedos jugueteaban en su piel, sonrojada por la excitación y la sensualidad con la que él la estaba acariciando. Extasiada por el suave asalto de su tacto apenas podía respirar mientras los dedos trazaban intrincados dibujos sobre su sensible epidermis.

Lentamente, él se fue acercando a su boca y Aroa supo que se proponía besarla. Cuando cubrió con sus labios los de ella le provocó deliciosas sensaciones que hicieron que Aroa comenzase a arder.

Con el corazón latiéndole con fuerza, ella lo atrajo hacia sí. Necesitaba sentirlo pegado a su piel, dándole su calor. Era extremadamente placentero verse así, contra su duro y protector cuerpo. Sentía como la sangre corría por sus venas, acelerada, y un leve temblor de pasión comenzó a recorrerla entera.

Pero ante su sorpresa y decepción, Gabriel la soltó.

Se quedó mirándola mientras su figura se difuminaba y, lo último que Aroa pudo ver, fue la sonrisa desconsolada que él le dedicó.

Capítulo 7

Kenia repasaba mentalmente todo lo aprendido en la agencia en los tres meses que llevaba como prostituta de lujo. El protocolo a seguir por los clientes era casi siempre el mismo. Elegían a la chica en cuestión por el *book* que Luca les hacía o bien por la descripción física que Mireia o Lali les daba por teléfono. Cuando tenían un servicio, debían acudir una hora antes para conocer los detalles del cliente de turno. Se apuntaban en una agenda los gustos de cada cual y algún detalle más que a las chicas les servía para tratarlos con familiaridad. A ellos les gustaba saber que las jóvenes recordaban sus gustos, conversaciones mantenidas y demás.

Al acabar, el cliente pagaba y cada chica recibía su parte. Antes de marcharse a casa, Mireia, Kenia y si había alguna más en el apartamento en esos momentos, ayudaban a la que hubiera terminado el servicio a arreglar la habitación, después de que se hubiera duchado ella. Limpiaban entre todas, cambiaban las sábanas, reponían los preservativos y, mientras, charlaban sobre cómo había ido todo con ese cliente.

Las más veteranas le contaban a Kenia sus experiencias y le daban consejos sobre otros hombres que acudían a la agencia.

Con el tiempo, fue creándose entre ellas una complicidad y camaradería que a Kenia le gustó mucho. Cada vez le atraía más ese mundo que estaba descubriendo y, como pasaba tantas horas allí porque aquello se había convertido en una droga para ella, fue dejando de lado a sus otras amigas. Ya no le gustaba salir con sus compañeras de facultad y de piso a beber en algún parque o a liarse con algún chico de su edad, carente de la experiencia de los hombres más mayores con los que se acostaba.

Se acostumbró a mentir constantemente. Gracias a Dios, tenía muy buena memoria para recordar todo lo que salía de su boca. De cara a sus amigas, ella trabajaba en una agencia de modelos, por lo que no les extrañaba que tuviera que acudir a varios *castings* —esa era la explicación que les daba cuando debía asistir a un servicio— y volvía a altas horas de la noche. También se inventó algún que otro desfile para justificar los ingresos y, por

lo tanto, el aumento de ropa, zapatos, bolsos y perfumes caros en su poder.

A Jordi, el banquero, le vio un par de veces más, pero él perdió el interés por ella enseguida, puesto que ya no era nueva en este mundo.

Con Luca tuvo otro encuentro, igual de bueno que el primero. Sin embargo, Kenia decidió no acostarse más con él. Si había hombres que pagaban por su cuerpo, ¿por qué el fotógrafo podía hacerlo gratis?

Habló con él y se lo explicó. Luca lo comprendió, pues ya le había pasado más de una vez con alguna otra chica. Desde entonces, su relación fue solo de amistad.

En esos tres meses, Kenia había ganado una pequeña fortuna. Por cada servicio recibía entre trescientos y quinientos euros, después de quedarse la agencia con su parte. Había conocido a ejecutivos de multinacionales, futbolistas, presentadores de televisión, altos cargos de los cuerpos de seguridad y políticos. A veces, eran hombres que le doblaban la edad. Otras veces solo eran unos pocos años mayores que ella. Pero en todos sus encuentros, Kenia disfrutaba dando placer y recibéndolo.

Estaba contenta y tranquila en ese mundo pues, además de pasarlo bien y ganar mucho dinero en poco tiempo, disfrutaba del sexo, que era lo que más le gustaba. Conocía a muchísima gente; famosos y no tan famosos que la trataban bien y ella se sentía como una reina. No le importaba ser mujer florero por unas horas ni vender su cuerpo. Ser el objeto de deseo de aquellos hombres ricos le subía el ego.

Todo el mundo era muy discreto, elegante y sofisticado.

Una tarde, Kenia estaba viendo una película en la televisión junto a sus dos compañeras de piso cuando su móvil sonó.

—¿Diga?

—¡Hola! Soy Mireia. ¿Estás sola?

—Estoy viendo la tele con mis compis de piso.

—De acuerdo. Tengo algo para ti. Esta noche, sobre las diez. ¿Podrías?

—preguntó Mireia.

Kenia miró su reloj. Eran cerca de las cinco.

—Sí, claro. Sin problemas. Dime la dirección donde es el *casting*.

—Será en un hotel, pero pásate antes por la agencia y te explico todo.

—Bien. Nos vemos.

—Besitos —se despidió Mireia.

—Besitos.

Cuando colgó sus compañeras la miraban interrogantes.

—Era de la agencia. Tengo un *casting* a las ocho y media. Seguramente me vaya después a cenar con alguna de las amigas que he hecho en este mundillo, así que no me esperéis levantadas.

Llevar una doble vida resultaba estimulante, pero agotador. Tenía que inventar excusas constantemente y más cuando se trataba de hacer un servicio hasta altas horas de la noche. Debía utilizar recursos como que había hecho amigas en la agencia de modelos y salía con ellas para que sus compañeras de piso y los colegas de la facultad no sospechasen.

Llegó al apartamento con tiempo suficiente para que Mireia le diera instrucciones. Cuando el servicio se realizaba en un hotel o cualquier otro sitio, como asistir a una fiesta acompañando al cliente, los hombres pagaban por adelantado.

Entre consejos sobre el cliente y risas se cambió de ropa y se maquilló.

—Este servicio es un tanto especial. Habrá dos personas: él y su esposa.

—¿Y a quién de los dos me tengo que follar? ¿O tengo que hacerlo con los dos? —Quiso saber Kenia—. Las mujeres no me van, pero si pagan bien estoy dispuesta a probar. Sabes que no me asusta nada.

—La esposa solo va a mirar. Se excita viendo a su marido acostándose con otra. Tú solo tienes que ir y tirártelo. Cuando acabes, te vas y lo que hagan ellos después es cosa suya.

Cuando estuvo lista, Mireia llamó a un taxi para que llevase a Kenia hasta el hotel.

Al llegar, entró en el refinado y lujoso alojamiento, se dirigió a los ascensores y de ahí, una vez en la planta correspondiente, a la *suite* Club.

Kenia llamó a la puerta y cuando se abrió, apareció un hombre de treinta y cinco años que no estaba nada mal. Era alto, moreno, de facciones agradables, pero con una incipiente barriguita.

—Hola, soy Kenia.

—Yo soy Joan. Encantado.

Se dieron dos besos en las mejillas y el cliente la hizo pasar al interior

del saloncito que daba la bienvenida a la *suite*. Allí se encontró con una mujer de la misma edad que Joan, quién se acercó a saludarla y presentarse como Ángels.

—Tengo que llamar por teléfono a Mireia —los informó.

Ese era el protocolo para controlar el tiempo del servicio y, además, para hacerle saber a los clientes que ellas no estaban solas. Siempre había alguien esperando noticias en todo momento, por lo que pudiera ocurrir.

—Sí, claro. Adelante. Llama —contestó Joan, mientras se sentaba en un sofá a esperar que la chica estuviera lista.

Cuando colgó el teléfono, Ángels le puso en la mano una copa de champán, le dio otra a su marido y ella se bebió de un solo trago la suya, que rellenó enseguida. También le ofrecieron a Kenia una bandejita con fresas, que estaban buenísimas y con el efecto del líquido burbujeante se potenciaba su sabor.

Charlaron animadamente durante unos minutos, más bien Kenia y Joan, quién le contó que era promotor inmobiliario y por lo que parecía su empresa marchaba estupendamente. Ángels permaneció en silencio hasta que decidieron pasar a la acción.

Comenzaron a besarse y a desnudarse al mismo tiempo, y cuando ya no les quedó nada de ropa, Joan la cargó sobre sus caderas para dirigirse con ella a la cama, que estaba en la otra estancia de la *suite*.

A Kenia le alegró comprobar el tamaño de su verga y su dureza. Mientras el hombre caminaba con ella anclada a su cuerpo, el falo le rozaba el clítoris, enviando fuertes descargas de placer por todo su cuerpo.

Llegaron a la cama y Joan la destapó de un tirón para tumbarse con Kenia encima. Continuaron besándose, pero como le metía la lengua hasta el fondo y parecía que la iba a ahogar, Kenia decidió bajar por toda la garganta masculina y dirigirse hacia las partes bajas. Seguro que al cliente y a su esposa les gustaría más.

Regó de besos todo el torso, el abdomen y las ingles antes de atacar esa zona deseada. Joan no paraba de acariciarle el pelo y la espalda a Kenia mientras su vista permanecía clavada en su mujer, que se había acomodado en una silla cerca de la cama y los miraba con avidez, empapándose de cada caricia y cada gemido de su hombre.

—Hazle una mamada, pero no dejes que se corra en tu boca —ordenó Ángels.

Kenia se apresuró a cumplir la solicitud de la clienta ayudándose con las manos, pues el miembro de Joan era tan grande que no le cabía del todo en la boca. Masajeó arriba y abajo el largo y grueso falo mientras lo llenaba de saliva para que estuviera lubricado. Con la lengua recorría la corona rosada y se la metía en la boca hasta que ya no podía más.

Joan y Ángels se miraban a los ojos con la excitación del momento recorriendo sus venas.

—¿Te gusta, amor? —preguntó ella a su marido.

—Lo hace muy bien —jadeó el otro en respuesta.

Cuando Kenia supo que el hombre estaba a punto de alcanzar su orgasmo, minutos más tarde, se detuvo. Miró a la esposa esperando órdenes y esta le tiró un paquetito metálico.

—Fóllatelo.

Kenia abrió el envoltorio y colocó el condón en el miembro del cliente. Acto seguido, se subió a su cuerpo y se empaló en él despacio, disfrutando de ese momento. Ella también estaba excitada, pues aquella situación le producía mucho morbo y se había ido mojando conforme pasaban los minutos.

Cuando Joan la colmó, comenzaron a moverse desacompañadamente hasta que alcanzaron un punto en el que se sincronizaron y, a partir de ahí, ya todo fue a mejor.

Los dos alcanzaron el orgasmo, primero él y segundos después Kenia, porque se ayudó con sus dedos en el clítoris. Exhaustos rodaron por la cama y, cuando la esposa comprobó que el pene de su marido quedaba fuera de la vagina de la chica de lujo, se acercó para retirar ella misma el preservativo.

Se tumbó a su lado —la cama era tan grande que cabía otra persona más — y comenzó a besar a su marido, recorriendo su cuerpo con manos codiciosas.

Kenia supo que el servicio había terminado. Además, estaba próxima a cumplirse la hora estipulada. Se levantó, dejando a la pareja haciéndose arrumacos, y se dirigió al baño para darse una ducha rápida y marcharse.

Cuando salió ya aseada y vestida, se encontró con el marido lamiéndole

el sexo a su mujer mientras esta gritaba que quería más y más.

Sin molestar, Kenia abandonó la habitación. Llamó por teléfono a Mireia para que supiera que ya estaba libre y que todo había ido bien.

—Pásate por el apartamento si no estás cansada y cenamos juntas —la invitó la recepcionista.

—De acuerdo. En veinte minutos estoy ahí.

Cuando Kenia llegó a la agencia, además de Mireia, había dos chicas más: Chloé y Dunia, que esa noche habían prestado servicio en el piso.

Cenaron comida asiática, que habían encargado a un wok, entre comentarios de cómo les había ido la noche y risas por las anécdotas que les habían sucedido en el tiempo que llevaban ejerciendo la profesión.

Capítulo 8

Aroa y Silvia volvieron a Delirium ya con la orden judicial en su poder. De nuevo, el gorila de la puerta les impidió el paso. Pero al enseñarle el documento decidió dejarlas pasar, al tiempo que avisaba a su jefe.

Al entrar, otra vez les impactó la decoración del club. Aquel sitio invitaba a relajarse, dejarse llevar a otro mundo y cumplir todas sus fantasías.

A diferencia de la primera vez que estuvieron allí, ahora la sala estaba llena de clientes. Todos parecían pasarlo muy bien.

Mateo Bosch, el encargado, se acercó a ellas rápidamente.

—Buenas noches, inspectoras. ¿Otra vez por aquí?

—Queremos ver al señor Serna. Avísalo —ordenó Aroa.

—El señor Serna está ocupado. Si pudiesen volver más tarde...

—Ya tengo la orden judicial y no me voy a ir de aquí sin ver las grabaciones de vuestras cámaras. También debo interrogar a vuestros empleados —comentó, como si todo el trabajo fuera a hacerlo ella y Silvia no pintase nada allí.

Y en realidad así era. Su compañera tenía poca experiencia, por no decir ninguna, y se limitaba a tomar notas para aprender de una de las mejores inspectoras que había en la comisaría donde estaba destinada.

—Pero es que el señor Serna ha dado orden de que nadie lo moleste hasta dentro de dos horas. Tendrán que esperar —replicó Mateo.

—Bien. Mientras aguardamos, interrogaré a los empleados —informó Aroa, dándole a entender que no se iba a quedar de brazos cruzados.

—De acuerdo. ¿Dónde quiere que se lleven a cabo... las entrevistas? —preguntó el encargado.

—En un sitio donde podamos hablar con tranquilidad, sin oídos ajenos y sin música, a ser posible.

—Entonces tendrá que ser en el almacén de bebidas. Síganme.

Las dos inspectoras caminaron detrás de Mateo hasta el lugar indicado. Una vez allí, el hombre salió para regresar al poco rato con un par de chicos jóvenes.

Les mostraron la foto de la víctima, pero ellos no la reconocieron.

Tras unas cuantas preguntas, los dejaron marchar.

Después, llegaron otros dos y volvieron a salir de allí con el mismo resultado. Nadie parecía conocer a la chica ni haberla visto nunca en la discoteca.

Cuando terminaron de interrogar a los camareros que componían la plantilla, Aroa miró su reloj de muñeca. Todavía faltaban unos minutos para poder hablar con Gabriel Serna.

—Señor Bosch, ¿sería tan amable de traerme una botella de agua? El interrogatorio me ha dado sed. Que esté fría, por favor —le pidió.

Silvia se sorprendió al escucharla hablar con tanta dulzura.

—Sí, claro. Salgamos fuera y espérenme en uno de los sillones que hay aquí cerca. Enseguida vuelvo.

—Yo quiero una Coca-Cola Light —dijo Silvia antes de que el hombre se marchara.

Se giró hacia Aroa, que observaba alejarse al encargado con una sonrisa en la boca.

—¿Qué pasa? ¿Te pone interrogar a la gente?

—Calla y vámonos —contestó la inspectora Martínez.

—¿Cómo que nos vamos? ¿A dónde?

—Al despacho del señor Serna. Uno de los camareros me ha dicho antes donde está —le confesó Aroa.

—Pero ¿y mi Coca-Cola? ¿Y tú agua?

Aroa no contestó y Silvia tuvo que apresurarse para seguirla.

Cruzaron la pista de baile y, al fondo, subieron por unas escaleras.

Cuando llegaron a una puerta oscura, Aroa llamó con los nudillos y esperó.

Sin embargo, con el ruido de la música no pudo escuchar nada al otro lado, así que no aguantó más y abrió la puerta.

Lo que se encontró la dejó sin respiración.

Gabriel estaba sentado en un sofá de cuero blanco rodeado por tres chicas jóvenes. Una de las muchachas le besaba en la boca mientras otra le acariciaba el pecho por debajo de la camisa blanca que llevaba puesta y la tercera, arrodillada en el suelo entre sus fuertes muslos, comenzaba a bajarle

la cremallera del pantalón en ese momento.

Al oír el ruido de la puerta abriéndose, las chicas giraron la cabeza para saber quién los estaba interrumpiendo. Se detuvieron al ver allí a dos mujeres más.

Gabriel miró intensamente a Aroa y una perezosa sonrisa se extendió por su cara.

—Inspectora Martínez, qué grata sorpresa... —Miró a Silvia que al lado de Aroa estaba boquiabierta—. Inspectora Boix...

Aroa consiguió recomponerse en pocos segundos.

Sin embargo, Silvia continuó mirándolo embobada. Dejó escapar un suspiro enamorado y Aroa tuvo que darle un codazo para que recobrase la decencia, al tiempo que ponía los ojos en blanco y maldecía.

—Ya tengo la orden judicial —escupió cabreada.

—Bien. ¿Y? No pretenderá revisar ahora las cámaras, ¿verdad? Estoy reunido, como puede ver. Mi secretaria le dará cita para más tarde.

Aroa dio un paso más, internándose en el despacho decorado en blanco y negro, con un estilo minimalista que contrastaba con el lujo y la opulencia que se veía en la parte baja de la discoteca. Un par de armarios, una gran mesa con un asiento de cuero negro tras ella y el enorme sofá que ocupaban en esos momentos Gabriel y las tres chicas, era todo el mobiliario.

—No me voy a ir de aquí hasta que vea esas malditas grabaciones. Así que despídase de sus amiguitas.

Aroa estaba furiosa. Aunque no tenía por qué.

Pero lo que había visto, encontrarse de esa manera a Gabriel, hacía que la rabia hirviese en sus venas. Y que la hablara con esa prepotencia no ayudaba en nada.

Gabriel miró a sus chicas y, después de darle un beso en los labios a cada una, se levantó del sofá. Llevaba una camisa blanca, con los tres primeros botones desabrochados y las mangas un poco subidas, dejando ver sus fuertes antebrazos. En la muñeca izquierda, un caro reloj y en la derecha, varias pulseras de cuero. Un pantalón de traje gris se ceñía a sus poderosos muslos, cubriéndole las largas piernas. Se subió la cremallera mientras clavaba la mirada en Aroa y le sonreía socarronamente.

Las jóvenes se alzaron a la vez que él.

—Señoritas, debo atender unos asuntos. Si son tan amables de esperar fuera... Después continuaremos con nuestra fiesta privada. —Les guiñó un ojo y ellas sonrieron felices.

Cuando las chicas abandonaron el despacho, Aroa se acercó más a Gabriel.

—Aquí está la orden judicial para revisar las cámaras —repitió, desplegando el documento y plantándose al dueño de Delirium delante de las narices.

Gabriel ni siquiera lo cogió para leerlo. Se dio la vuelta y caminó hacia un gran armario blanco. Lo abrió y le mostró a las dos policías varias pantallas en las que se veía cada rincón de la discoteca.

—Bien. Aquí tienen mis cámaras. ¿Cuál es la fecha que les interesa? —preguntó, dándole la espalda a las dos agentes.

Aroa apretaba los dientes molesta. El muy cabrón ni siquiera había leído la orden. ¿Para eso habían gastado tiempo en conseguirla? ¿Para que luego él les dejase ver lo grabado sin oponer resistencia? Maldito hombre.

Admiró su ancha espalda y su culo prieto luchando contra el instinto sexual y el calor que se estaban apoderando de ella, mezclado con la indignación que sentía por su insolencia al no leer el documento judicial.

Inspiró profundamente para controlarse.

Por el rabillo del ojo vio que Silvia estaba atontada mirándole el culo a Gabriel. Otra vez con la boca ligeramente abierta. ¡Por favor! ¡Vaya imagen de profesionalidad que daba la inspectora Boix! Le dio otro codazo para sacarla de su ensoñación.

—¡Auch! —se quejó Silvia, acariciándose la parte donde Aroa le había propinado el golpe.

La inspectora Martínez sacudió la cabeza a un lado y al otro.

—Cierra la boca, joder, que no tienes quince años... —murmuró lo más bajo que pudo, solo para que la oyera Silvia.

—¿Qué día? —volvió a preguntar Gabriel, girándose hacia ellas.

Contempló unos instantes a Aroa, recorriendo su voluptuoso cuerpo cubierto con un traje crema y una camisa blanca. Sus ojos destellaron de deseo antes de volverse hacia las cámaras de nuevo.

—El viernes.

—Muy bien, Aroa —pronunció su nombre como si fuera algo delicioso deshaciéndose en su boca—. Todo tuyo.

Gabriel se hizo a un lado para dejarla a ella trabajar.

La inspectora Martínez comenzó a mirar las fechas registradas en cada una de las grabaciones, sintiendo los ojos del señor Serna clavados en su cuerpo.

—No están las del viernes —dijo al cabo de un rato.

—¿Cómo que no están las grabaciones del viernes? —quiso saber Gabriel, cubriendo la distancia que los separaba.

—Que no están —volvió a indicar Aroa.

—Eso es imposible. Deben estar —dijo, perplejo.

—¿Quién más tiene acceso a las cámaras y las grabaciones?

—Mateo y yo.

—Llámalo. Quiero hablar con él —le ordenó Aroa.

—Mateo no están las grabaciones del viernes —comentó Gabriel cuando su encargado entró en el despacho—. ¿Me puedes explicar por qué?

El hombre dudó unos segundos sobre qué decir.

—No.

—¿No? —repitió Aroa—. ¿No quiere decirlo o es que no lo sabe?

Mateo se volvió hacia las dos policías, que aguardaban impacientes.

—No diré nada sin la presencia de un abogado. Por cierto, inspectora Martínez, ha sido muy astuta al darme esquinazo antes con lo del agua.

—Joder... —masculló Gabriel.

—Bien, señor Bosch. Si es tan amable de acompañarnos a Comisaria... —comenzó a decir Aroa ignorando su último comentario, pero Gabriel la interrumpió.

—Aroa, él no ha hecho nada malo —lo defendió.

—Si está pidiendo un abogado por algo será, ¿no? —la inspectora Martínez le habló con altanería.

Se giró hacia Mateo de nuevo; sin embargo, antes de poder añadir algo más, Gabriel habló otra vez.

—Iré con él.

—¿Es usted letrado, señor Serna? —preguntó Aroa.

—Sabes que no, Aroa, pero aun así, lo acompañaré. Mientras, llamaré a mi abogado para que acuda a Comisaría y represente a mi amigo.

—Su presencia allí no es necesaria. No voy a permitirle la entrada en la sala de interrogatorios —le soltó Aroa con severidad.

La mirada que le dedicó habría helado a cualquiera.

A cualquiera que no fuera Gabriel Serna.

—Aroa voy a ir te guste o no —pronunció en un tono condescendiente que a la inspectora no le gustó nada.

—Para usted, señor Serna, soy la inspectora Martínez. Convendría que lo recordase a partir de ahora.

Ella se giró molesta y, haciéndole una seña a su compañera Silvia y a Mateo, se pusieron en marcha para salir del despacho.

Mientras bajaban las escaleras, Aroa no pudo evitar echar un vistazo a la juerga que había en Delirium. Todos lo pasaban bien. Los recuerdos que había enterrado hacía años volvieron a su memoria, golpeándola con fuerza. Pero no quiso que ellos ganasen la batalla, así que los desechó y continuó su camino hasta la salida.

Capítulo 9

—Ya sé que estás con los exámenes finales y me dijiste que no te llamase, pero te necesito, Kenia —le suplicó Mireia por teléfono varios meses después.

—A ver, ¿qué pasa?

—Se trata de un alto cargo de una compañía telefónica. Tiene un evento al que debe acudir acompañado y tengo a todas las chicas ocupadas. Paga muy bien y solo serán dos horas. Mañana por la tarde.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —quiso saber Kenia.

—Mil quinientos euros. La mitad para ti.

Kenia emitió un silbido. Con la parte que le quedara a ella más lo ahorrado en todos los meses trabajando como *escort*, tendría suficiente para no preocuparse de los gastos en todo un año. Además, podría irse de viaje a Suiza y Austria como ella quería cuando terminase el curso académico, al que ya le faltaba poco.

—Mil quinientos euros por dos horas... —murmuró Kenia para sí, pensando que llevaba el temario muy preparado y que no le supondría ningún inconveniente relajarse durante ese tiempo—. Vale, acepto.

Mireia suspiró aliviada al otro lado de la línea.

—Gracias, guapa. ¿Te pasas por aquí entre hoy y mañana y te explico todo?

—Si quieres cenamos juntas esta noche y me cuentas —le propuso Kenia.

—De acuerdo. ¿Sobre las diez?

—Hecho. Besitos.

—Besitos.

El cliente resultó ser un sesentón, calvo y al que le sobraban al menos veinte kilos, que la llevó a una fiesta de la empresa y se dedicó a pasearse por allí con Kenia colgada del brazo, presentándola a todos como su nueva novia.

La joven dudó mucho de que los invitados a la fiesta se creyeran aquella

patraña, pero si el hombre era feliz diciendo eso, ella no le iba a llevar la contraria.

Había transcurrido casi una hora cuando apareció una mujer de unos cincuenta años acompañada de un hombre muy atractivo, mucho más joven que ella.

Su cliente, Sebastián, se puso tenso en cuanto los vio. Tiró de la mano de Kenia y fueron a saludar a los recién llegados.

—Hola, Julia, ¿qué tal?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Yo fenomenal. Te presento a mi novia desde hace unas semanas. Se llama Kenia. —Y volviéndose hacia la *escort*, añadió—. Esta es mi exmujer, Julia.

Kenia le tendió la mano a Julia y se la estrecharon con cordialidad mientras la exesposa la evaluaba con ojo crítico. En ese momento, la joven entendió su función allí. O bien Sebastián quería darle celos a su exmujer, o lo que deseaba era que ella viese que había pasado página tras su divorcio y ahora tenía a alguien más joven y guapa que la que había dejado atrás. Tanto una cosa como otra a Kenia no le importaban. En cuanto se cumpliesen las dos horas, se largaría de allí.

—Sebastián, ¿te acuerdas de Breixo, mi novio? —le preguntó Julia, señalando al chico que la acompañaba.

—Sí, claro. —El cliente esbozó una falsa sonrisa mientras alargaba la mano para saludar al joven.

Kenia lo estudió. Era más alto que ella, moreno, con el pelo largo por arriba y corto en los lados y por la zona de la nuca. Lo llevaba peinado hacia un lado, lo que dejaba ver sus ojos, que eran una mezcla entre azul y verde. Iba bien afeitado y tenía unos labios muy tentadores. El de abajo algo más carnoso que el de arriba. Kenia se imaginó uniéndolo su boca a la del chico, mordiendo ese labio inferior y tirando de él para soltarlo poco a poco. Continuó con su estudio bajando su mirada por el cuerpo de Breixo, cubierto por un traje caro, que se amoldaba a sus formas masculinas a la perfección. Llevaba la camisa azul claro con los dos primeros botones sin abrochar e iba sin corbata.

Cuando devolvió sus ojos hacia el rostro del joven, este la miraba con

una socarrona sonrisa. Debía reconocer que era un ejemplar muy atractivo. Tenía una cara de chico malo y de cabrón que a Kenia la excitó sobremanera.

—Encantado —la saludó Breixo, tendiéndole una mano.

—Igualmente —respondió ella.

Sintió cómo, al separar sus manos, Breixo la acarició con un dedo en la palma, haciéndole cosquillas, alargando el contacto al máximo. Por la mirada que él le dirigió, Kenia supo que, o bien se trataba de un caza fortunas y estaba con la exmujer de Sebastián por el posible dinero que ella tuviese, o era un *escort* igual que ella.

En los meses que llevaba como prostituta de lujo, había logrado desarrollar una especie de sexto sentido para identificar a los que pertenecían a su mundo. Casi nunca se equivocaba.

Breixo admiró la belleza de la chica que tenía frente a sí. Alta, morena, labios gruesos, ojos oscuros, con curvas en su cuerpo, sobre todo en la parte superior delantera y en la inferior trasera. Llevaba un vestido morado de manga francesa, largo hasta la rodilla. El escote en forma de V de la prenda acababa rematado en un fruncido por debajo del pecho, que realzaba sus turgentes senos. La chica le pareció *sexy* y elegante a la vez, y tenía toda la pinta de ser una mujer florero. Sebastián la había llevado allí para lucirla. No sabía si para algo más, como le iba a suceder a él en un rato. Pero ¿qué importaba?

Esa joven era como él. Una *escort*. La había reconocido inmediatamente. Sin embargo, a pesar de que había tenido contactos con otras de su tipo, siempre a través de clientes, por primera vez deseó que Julia y Sebastián desaparecieran de allí y los dejaran solos para poder conocerla mejor.

Sebastián tiró del brazo de Kenia para alejarse de su exmujer, despidiéndose con un: «Nos veremos por aquí». Cuando se hubieron dado la vuelta, el hombre bajó su mano hasta el trasero de la chica y, después de manosearlo un poco, le dio un apretón.

—El muy capullo sabe que estoy mirando —oyó decir a Julia con rencor.

—No te preocupes, cielo. Yo te complaceré más que él. ¿Nos vamos a la habitación ya?

Breixo se inclinó sobre ella y le dio un delicado beso en los labios, que duró pocos segundos.

Se despidieron de los invitados y, al abandonar la sala, el joven buscó con la mirada a la prostituta de lujo. La encontró en un rincón, sonriendo amablemente por algún comentario que le hacían unos caballeros que rodeaban a Sebastián.

Por un instante, sus miradas se cruzaron y ambos sintieron una conexión que hizo vibrar el aire a su alrededor.

Kenia fue la primera en apartar la mirada, frunciendo el ceño.

Breixo continuó un par de segundos más admirando su belleza, rezando por volver a verla en otra ocasión y, con un poco de suerte, intimar.

El cliente y ella estuvieron en la fiesta media hora más. Kenia contaba los minutos para irse a casa, aunque antes de abandonar a Sebastián le quedaba un trabajito por hacer.

—Tengo reservada una habitación —fue lo único que le dijo a ella, quien entendió a la perfección lo que iba a suceder en poco tiempo.

Kenia asintió con la cabeza y salieron de la sala donde se celebraba el evento, despidiéndose de los allí congregados.

Agarrada de la mano de Sebastián, caminó hasta los ascensores y cuando llegaron a su planta, lo siguió por el largo pasillo. Entraron en una *suite* y el cliente, que hasta entonces se había mostrado educado y amable con ella, se convirtió en una fiera que la subió el vestido hasta la cintura y le rasgó el tanga. La inclinó sobre la cama, con el culo hacia él, quien no se molestó en desvestirse. Únicamente se bajó los pantalones y el calzoncillo para colocarse un condón, y la embistió por detrás con la fuerza de un toro.

Kenia se agarró a la cama para que no la desplazara con sus salvajes estocadas y no pudo tocarse ella misma para alcanzar el clímax. No le importó. No siempre iba a disfrutar ella. Solo era un objeto en esos momentos. Un objeto muy caro, a juzgar por lo que se había gastado el hombre simplemente para presumir de chica delante de sus conocidos, darle celos a su exesposa y echar un polvo rápido después.

Cuando todo acabó, Sebastián le pidió perdón por la manera tan ruda en que la había tomado y por romperle la ropa interior. A modo de compensación, le dio cincuenta euros para reponer el tanga desgarrado, que

Kenia cogió con rapidez y, tras despedirse de él con un beso, se marchó de la habitación. El cliente se quedaba a dormir esa noche en el hotel.

En Recepción, pidió que llamasen a un taxi para ella y, mientras, marcó el número de la agencia para que supieran que el servicio había finalizado, que todo había ido bien y que se marchaba a casa. Estaba deseando ducharse y eliminar de su cuerpo los restos del sexo pagado.

Mientras esperaba a que llegase el automóvil, vio salir del ascensor a Breixo. Él se detuvo un segundo al percatarse de su presencia y, poniendo una depredadora sonrisa en su boca, se acercó a Kenia despacio, demorándose con su andar felino para disfrutar al máximo del acercamiento a ella.

—¿Ya has terminado? —preguntó en un susurro, colocándose a su lado.

—¿Si ya he terminado qué? —respondió la joven, haciendo como que no entendía su pregunta.

—Ya sabes el qué. —Breixo se inclinó hacia su oreja—. El servicio de esta noche.

Su cálido susurro le rozó la piel del cuello y la clavícula estremeciéndola de placer.

Ella se hizo la ofendida, como si la hubiera tomado por algo que no era, cuando en realidad él la había calado igual que ella a él nada más verse, y se apartó unos centímetros.

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, preciosa, no lo niegues. Los dos sabemos de lo que estamos hablando y a lo que hemos venido aquí esta noche —comentó Breixo, en voz baja, divertido.

Kenia lo miró, estudiándolo.

Breixo se la comió con los ojos.

—¿No te da vergüenza acostarte con un hombre que podría ser tu abuelo? —preguntó el chico, descarado.

—¿No te da vergüenza a ti acostarte con una mujer que ronda la edad de tu madre? ¿Es que tienes complejo de Edipo o qué? —le soltó Kenia, encarándolo.

—Habló la que padece gerontofilia. —Se rio él.

Kenia se distanció unos pasos de Breixo, molesta por su actitud.

Pero el *escort* no le dejó que se alejara más al retenerla por un brazo. Ella notó todos los dedos masculinos sobre la manga del vestido, traspasando la tela con su calor y abrasando su piel fina y delicada.

—Venga, no te enfades. Era una broma.

—No estoy para bromas esta noche.

—¿Por qué? ¿Ha ido mal con Sebastián?

—No es de tu incumbencia —respondió ella.

—Si te ha dejado insatisfecha, yo puedo arreglarlo —dijo Breixo acariciándole el brazo con el pulgar. La miró intensamente.

—¿Tú? —Kenia se rio, tirando de su brazo para romper la dulce tortura que suponía el contacto masculino—. Perdona, pero no creo que tú puedas arreglar nada. Además, no podrías pagar mi tarifa.

Breixo echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que llamó la atención del chico que atendía la Recepción del hotel.

—¿Podrías ser más discreto, por favor? —le pidió Kenia, entre dientes.

—¿Sabes una cosa? —El *escort* volvió a hablarle en voz baja, casi susurrando. A Kenia el sonido de su voz le erizó todo el vello corporal y estimuló de tal manera sus terminaciones nerviosas con aquel eco, que se mojó al instante—. Yo no pago por estar con una mujer. Al contrario, todas pagan porque me las folle. Solteras, casadas, jóvenes, mayores, de distintas nacionalidades... Unas me dicen cosas bonitas y dulces. Otras sueltan por su boca auténticas burradas. Pero lo que te puedo asegurar es que cuando me las follo a todas las hago gritar por igual.

—¿Se puede ser más creído y descarado? ¡Por favor! —resopló Kenia ante la desfachatez del *escort*.

El taxi llegó en ese momento y la joven se apresuró hacia la salida.

Breixo la siguió a la calle.

—¿Compartimos taxi? —preguntó él—. Y así negociamos el precio que me vas a pagar por follarte y mandarte a casa contenta.

—Vete a la mierda, capullo. Si quieres acostarte conmigo, tendrás que pagar tú.

Dicho esto, Kenia se metió en el coche con rapidez mientras le ordenaba al conductor que arrancase.

Una vez que el auto se alejó de la acera y enfiló calle abajo, ella se

volvió para mirar por el cristal trasero a ese joven que la había calentado y enfadado a partes iguales.

Comprobó que Breixo aún continuaba mirando cómo se alejaba dentro del vehículo sin perder su sarcástica sonrisa. Al ver que él levantaba una mano para decirle «Adiós», ella se volvió hacia delante, notando miles de mariposas en el estómago.

Capítulo 10

El interrogatorio a Mateo Bosch había dado sus frutos. El hombre confesó que tenía las grabaciones en su casa. Se las había llevado por miedo a que a su jefe y amigo, Gabriel Serna, lo incriminaran en el asesinato de la joven. Según contó, en ellas aparecía Gabriel hablando con la chica varios minutos. Después, los dos se ausentaban de la discoteca por una puerta que había bajo las escaleras que pasaba inadvertida y al cabo de un cuarto de hora volvía a aparecer Gabriel solo.

Mateo tenía una buena coartada pues se le veía varias veces en toda la noche deambular por la discoteca, controlando que todo marchase bien. Así que él no podía ser el asesino. De Gabriel no podía decirse lo mismo, ya que después de esa vez que aparecía en las grabaciones, no se le veía más.

—Entonces conocíais a la víctima —afirmó la inspectora Martínez.

—Sí —admitió Mateo— Es... era asidua a nuestra discoteca. Cuando vi su foto, me entró el pánico porque tanto Gabriel como yo solemos... solíamos tratar con ella.

—Silvia, sal fuera y dile al señor Serna que no se vaya. Quiero interrogarlo también a él —ordenó Aroa a su compañera.

Se volvió para mirar a Mateo que, al lado de su abogado, esperaba.

—¿Cómo eran ese tipo de tratos?

—Ella es... bueno... era... —Miró al letrado y tragó saliva ruidosamente—. De vez en cuando... hacía algún... servicio.

Aroa clavó su vista en él.

—¿Qué tipo de servicio?

Mateo se revolvió incómodo en la silla. El letrado se acercó a su oído para darle algunos consejos, pero él sacudió la cabeza negando.

—Servicios... sexuales —declaró al fin.

Aroa se quedó estupefacta al escuchar la declaración.

Pero se recompuso enseguida y ordenó que dos agentes junto con el señor Bosch y su abogado, fueran a casa del declarante para traer las grabaciones y visionarlas.

Mientras tanto, hizo pasar a Gabriel de inmediato.

—Me ha confesado su encargado, señor Serna, que pagaban por los servicios sexuales que les ofrecía Tamara Aragón —le soltó enfadada.

—Dudo mucho que Mateo se acostara con esa chica y yo nunca he pagado para que una mujer me dé placer, ya lo sabes, Aroa —rebatió, manteniéndole la mirada a la inspectora, como si estuviera retándola a negarlo.

—¿No deberíamos esperar a que estuviera su abogado presente? —preguntó en ese momento Silvia.

El letrado había acompañado a Mateo para terminar con las diligencias.

—No necesito a mi abogado. No tengo nada que esconder. —Levantó las manos en señal de paz, sin dejar de mirar a Aroa, mostrándole su sonrisa más canalla.

—Señor Serna, ¿dónde estaba entre las ocho de la tarde y la una de la madrugada del viernes 15 de abril?

—En Delirium. Controlando mí negocio.

—Señor Serna, ¿Delirium es un prostíbulo? —preguntó a bocajarro la inspectora Martínez.

Gabriel la miró intensamente.

—No. No lo es.

—Entonces...

—Entonces —volvió a hablar él, interrumpiendo a Aroa—, la señorita Tamara Aragón era una *escort*, una acompañante de lujo. A partir de esta información, tienes que averiguar el resto tú, Aroa. Es tu trabajo, ¿no?

Ella se inclinó sobre la mesa, molesta por la actitud disipada de Gabriel.

—Mi trabajo, señor Serna, es mantener el orden público, velar por la seguridad de los ciudadanos y hacer que se cumpla la ley.

Se quedó un momento en silencio, respirando agitadamente por el enfado que tenía.

—Señor Serna...

—Gabriel, por favor —solicitó él.

—Señor Serna —insistió Aroa—, ¿mató usted a Tamara Aragón? —preguntó, perdiendo la paciencia.

Él la miró con fijeza y la sonrisa canalla que había estado luciendo todo

el tiempo se borró de su cara.

Silvia asistía al espectáculo como si fuera un partido de tenis, mirando a uno y a otro alternativamente, sin intervenir.

—No, Aroa. Yo no la maté. Y tú lo sabes. Conoces mi debilidad.

La inspectora Martínez inspiró hondo y prosiguió.

—El señor Bosch nos ha confesado que en las grabaciones se le puede ver a usted, señor Serna —incidió en llamarle así para marcar una distancia entre ellos—, acompañando a Tamara Aragón en Delirium. Nos ha contado cómo desaparecen tras una puerta oculta y al cabo de varios minutos, usted regresa solo. ¿Me puede decir qué se esconde tras esa puerta?

—No. Prefiero que lo veas con tus propios ojos, Aroa.

—¡Deja de llamarme así! ¡No tienes ningún derecho! —explotó la inspectora Martínez.

Silvia, a su lado, pegó un brinco en la silla al escuchar sus gritos y la miró horrorizada.

—Tranquilícese, inspectora Martínez —le pidió Gabriel, tratándola adecuadamente.

Ella respiraba con agitación. Su pecho subía y bajaba con rapidez, se aplastaba contra la camisa blanca que ella llevaba, marcándole los senos deliciosamente.

—Silvia pide otra orden para registrar Delirium.

—No es necesaria otra orden —comentó Gabriel—. Te enseñaré lo que hay allí si, a cambio, cenas conmigo una noche.

Dejaron marchar a Gabriel y cuando se quedaron solas las dos inspectoras, Silvia comentó lo que habían descubierto.

—Así que la víctima era una *escort*. Alucino.

—No alucines tanto. El negocio del sexo mueve mucho dinero.

—¿Por qué alguien se prostituye? No lo entiendo. En su caso, la familia no pasa apuros económicos; ella era muy guapa, podría tener a cualquier tío que quisiera. Estaba estudiando en la universidad y, por lo que nos han dicho sus profesores, sacaba excelentes notas. No parece ser la típica cría a la que engañan para que se prostituya ni pertenecer a una red de trata de blancas —argumentó Silvia.

—Las *escorts* lo hacen porque quieren. Nadie las obliga. Muchas son

universitarias, con una cultura y una educación excelentes. Hablan varios idiomas y suelen ser muy atractivas. Otras veces —continuó explicándole— lo hacen porque les gusta el riesgo, saber que están haciendo algo prohibido les da morbo. El sexo puede ser una droga muy adictiva. Y si, además, las pagan bien, pues mejor para ellas. Cuando lleves tantos años en esta profesión como yo, estarás de vuelta de todo y ya nada te sorprenderá. Aún tienes mucho que aprender.

—Menos mal que voy a aprender de la mejor. —Sonrió su compañera.

—Sí, menos mal —resopló sarcástica—. Hay que encontrar al novio o amigo con derecho a roce o lo que fuera el chico ese que estaba enamorado de ella e interrogarlo. Puede ser el asesino. Quizá descubrió que la víctima llevaba una doble vida y la mató por celos o por haberlo engañado o vete tú a saber qué móvil tendría para asesinarla.

Aroa hizo una pausa y añadió:

—Oye, Silvia, la próxima vez que veamos al señor Serna haz el favor de no quedarte mirándolo embobada como si fueras una quinceañera.

—¡Es que está muy bueno! —exclamó la inspectora Boix con los ojos brillándole por la excitación—. Ojalá me hubiera pedido una cita a mí en vez de a ti.

—Silvia no sabes nada de él.

—Bueno, al parecer tú sí lo conoces. ¿Me vas a contar de qué?

—No.

—Vengaaaaa, por fiiiiii... —suplicó Silvia.

Aroa la miró frunciendo el ceño.

—¿Qué coño haces? ¿Ahora te comportas como si tuvieras tres años?

—Venga, cuéntame algo de él.

—No —volvió a negarse la inspectora Martínez.

—Vale. Lo averiguaré por mi cuenta.

Silvia se dio la vuelta para marcharse, pero Aroa, ante el miedo a lo que pudiera descubrir, la detuvo.

—Está bien.

Su compañera se giró hacia ella nuevamente.

—Tiene cuarenta y tres años y es demasiado mayor para ti —confesó.

—Al parecer, eso a él no le importa, a juzgar por lo bien que se lo estaba

pasando en el despacho de Delirium con varias jovencitas que tenían casi mi edad.

«No me lo recuerdes», gimió Aroa interiormente.

—¿Crees que esas chicas también son prostitutas de lujo? —quiso saber Silvia.

Aroa negó con la cabeza.

—No. Ya lo has oído antes. Él no paga por tener sexo con una mujer.

—Joder, pues yo pagaría bien a gusto por tenerlo con él. Ese hombre debe de ser una fiera salvaje en la cama.

—¡Silvia!

—¿Qué?

Cuando Silvia había dicho que Gabriel parecía ser una fiera en la cama, acudieron a su mente multitud de recuerdos olvidados largo tiempo y la bombardearon creándole eróticas imágenes del hombre.

—No hables así del señor Serna.

—¿Qué te vas a poner para tu cita con él? —le preguntó Silvia.

—A ti te lo voy a decir.

Aroa se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo.

—¿Y qué es eso de que tú conoces su debilidad? ¿De qué se trata?

—Te lo contaré a su debido tiempo. Primero quiero comprobar algo.

Capítulo 11

Había pasado un mes desde que conoció a Breixo en aquella fiesta y en todo ese tiempo Kenia no se había podido quitar de la cabeza sus ojos entre azul y verde, su arrogante sonrisa y sus comentarios. Le hervía la sangre cada vez que recordaba que él había pretendido cobrarle por sus servicios. ¡Ja! ¡Iba listo si pensaba que ella pagaría!

Se había cachondeado a su costa cuando se lo contó a Mireia, Chloé y Dunia. Las risas habían sido tan escandalosas que les llamaron la atención en la cafetería donde estaban desayunando aquel día y tuvieron que bajar el volumen de sus voces.

Pero, a pesar de esto, Kenia continuaba pensando en él y en lo mucho que le gustaría besar esos labios para comprobar su suavidad y su sabor.

Terminó de arreglarse y cogió el bolso de Prada, a juego con las sandalias que llevaba puestas, antes de salir de su habitación.

En el pasillo, se encontró a una de sus compañeras de piso, que la miró de arriba a abajo.

—¿A dónde vas tan guapa? —preguntó Jessica.

—He quedado.

—¿Con quién?

—Con mis amigas de la agencia de modelos. Hay algunas chicas que también estudian en la universidad y vamos a celebrar que por fin se han acabado los exámenes, que llega el verano... todo eso —dijo Kenia.

—Que te lo pases bien —le deseó su compañera de piso.

—Gracias.

Kenia ya se había acostumbrado a mentir cuando le preguntaban pero, aun así, no dejaba de dolerle ser falsa con las personas que apreciaba. Sin embargo, sabía que no podía decir la verdad, pues pondrían el grito en el cielo y, probablemente, irían a las autoridades para denunciarla por prostituirse. Y eso que lo hacía por voluntad propia.

Había hablado de esto con Lali y sus compañeras. Estas le habían comentado que lo que ellas hacían se encontraba en un estado de ilegalidad,

es decir, no era ni ilegal ni legal. Era distinto de la trata de blancas —que sí estaba penado por la ley, ya que las mujeres estaban obligadas a ejercer la prostitución—. Pero en su caso, como ellas lo hacían libremente y por propia voluntad, se quedaban con buena parte del beneficio, podían rechazar el servicio, trabajar los días que quisieran e incluso tomarse vacaciones, estaban en una especie de limbo no recogido en el Código Penal.

Sin embargo, como entregaban parte del dinero a Lali, a ella sí podrían acusarla de explotación sexual.

Era un tema peliagudo, complicado y confuso, en el que Kenia no quiso ahondar demasiado. Ella estaba contenta con lo que hacía y así pensaba seguir, al menos hasta que acabase los años de carrera que le quedaban.

Mientras bajaba en el ascensor hasta el portal, Kenia pensó que, al menos esa vez, la mentira que le había dicho a su compañera de piso no distaba mucho de la realidad.

En la calle paró un taxi, que la llevó al apartamento donde estaba la agencia.

Habían quedado todas allí, ese era siempre su punto de encuentro. Desde el piso se irían a ver tiendas y luego a cenar.

Cuando llegó, las chicas no perdieron mucho el tiempo y se lanzaron a la calle para arrasar con la mitad de los negocios donde se vendía moda femenina.

Estaban en Gucci cuando Kenia lo vio.

Breixo deambulaba por la zona masculina de la tienda, mirando las prendas colgadas en los percheros. Lo observó unos minutos para ver si estaba solo o acompañado, deleitándose con su alto y atlético cuerpo, que ese día cubría con una camiseta de manga corta del diseñador catalán Custo Barcelona y unas bermudas vaqueras de Tommy Hilfiger. La prenda superior se ceñía a su torso y a sus brazos, marcándolos deliciosamente. En los pies llevaba unas zapatillas rojas de tenis.

Kenia tuvo que reconocer que tenía buen gusto para la ropa y el calzado, y que le iba igual de bien que a ella en ese mundillo a juzgar por las prendas caras con las que cubría su magnífico cuerpo.

Parecía que estaba solo.

—Madre mía... —Oyó a Chloé a su espalda, susurrando—. ¿Has visto

qué tío más bueno? Cómo me gustaría que me pusiera *mirando pa' Cuenca*.

Ella se volvió para hablar con su amiga. Las otras chicas estaban cerca, así que también pudieron oírla, a pesar de que no levantó la voz, pues no quería llamar la atención de Breixo.

—Es el chico que os comenté el otro día. El que es como nosotras.

—¿Ese bombón, *sexy*, volcánico, es el que intentó ligar contigo en aquel servicio con el cliente de la telefonía? —preguntó Dunia, para cerciorarse de que les hablaba del mismo hombre.

Kenia asintió con la cabeza y miró al *escort* por encima del hombro.

—Joder, pues a mí no me hubiera importado pagarle para que me follara —admitió Chloé.

—¿Te comentó cuál era su tarifa? —quiso saber Mireia.

—¿Estáis locas? —Kenia volvió a mirarlas, horrorizada—. Son ellos los que tienen que pagar por acostarse con nosotras, no al revés.

—Mujer... hay excepciones... y si es con un tío así, yo lo haría una y mil veces, aunque me arruinase, desde luego. —Se rio Dunia.

—Pues yo no pienso regalarle mi cuerpo a *ese* —dijo Kenia con desdén.

—Cuando tengas una relación seria con un chico, tendrás que regalarle tu cuerpo todos los días —comentó Chloé, con un tono de mofa.

—Bueno, pero en ese caso, será por amor y no hay nada más bonito que entregarte a un hombre del que estás enamorada y que te corresponde —afirmó Dunia, soñadora.

—Nos lo podías presentar —sugirió Mireia.

Kenia abrió la boca para farfullar una queja, pero no le dio tiempo.

Breixo había localizado a las cuatro chicas en el otro lado de la tienda y había reconocido a Kenia. Mientras ellas hablaban, él se había acercado a saludarla. Llegó justo en el momento en que una de ellas le pedía a Kenia que los presentase.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Breixo cuando estuvo a su lado—. No esperaba verte de nuevo, pero ¡aquí estás! La vida está llena de maravillosas coincidencias, ¿no crees? —Se inclinó hacia Kenia para darle dos besos en las mejillas.

La joven se había quedado estupefacta. Aquello no podía estar ocurriendo. Cerró los ojos al sentir el contacto de su piel con la de ella y se

recreó en cómo Breixo le acariciaba las mejillas con sus labios, provocándole un cosquilleo que la recorrió todo el cuerpo.

A pesar de que le gustó, quizá demasiado, no quería estar allí con él. Ni en ningún otro sitio tampoco. No deseaba relacionarse con el joven después de sus comentarios cuando se conocieron.

Cuando Breixo se distanció de ella recorrió con ojos ávidos su figura. Kenia llevaba un vestido color pistacho, de tirantes anchos y escote en V, ajustado a la cintura y con la falda del vestido de tipo *evasé*. Lo conjuntaba con un bolso de Prada blanco y unas sandalias del mismo tono. El pelo, suelto hasta media espalda, le enmarcaba el delicioso rostro, que apenas había maquillado.

—O quizá no haya sido una coincidencia y te hayas hecho la encontradiza conmigo. ¿Tenías ganas de verme? ¿Me has echado de menos? —preguntó con una amplia sonrisa, guiñándole un ojo.

—Ya quisieras tú —bufó Kenia.

Breixo ignoró el comentario. Se giró hacia sus amigas, que lo observaban sonrientes y con apreciativas miradas, y continuó hablando.

—Y estas bellas señoritas que te acompañan, ¿quiénes son? ¿Tus amigas?

—No, son monjitas de la caridad —replicó Kenia, burlándose.

Sin embargo, Breixo no la escuchaba, presentándose como estaba a las otras jóvenes.

—¿Te apetece venir a cenar con nosotras? —preguntó Dunia coqueta y descarada.

—¡No! —exclamó Kenia, fulminando con la mirada a su amiga.

¿Cómo se atrevía a invitarlo sabiendo todo lo que había estado despotricando de él desde que lo conoció?

Breixo se giró hacia Kenia al escuchar su negativa.

La observó unos segundos sin perder su sonrisa y, después, volvió sus ojos hacia Dunia.

—Me encantaría —respondió.

—No te vamos a pagar ni un solo euro, que lo sepas —soltó Kenia con acritud.

—¿Quién ha hablado de pagarme algo? Para ir a cenar con vosotras

tengo dinero de sobra. Incluso os puedo invitar a todas —dijo, girándose hacia ella, sonriendo aún.

Parecía que a Breixo aquello le hacía gracia.

—Genial, porque estoy deseando que nos cuentes tu experiencia como... —Chloé, que era la que hablaba en ese momento, bajó la voz hasta convertirla en un susurro—... acompañante masculino.

El joven supo que, por las palabras de Kenia delante de sus amigas sobre *pagarle por su compañía* y viendo que las otras no se escandalizaban, las chicas que acompañaban a la *escort* eran colegas de profesión. Además, el comentario que le acababa de hacer la tal Chloé lo había sacado de dudas en caso de que le hubiese quedado alguna.

—¿Estáis locas? —preguntó Kenia a sus amigas, entre dientes.

—¡Vamos! ¡No seas aguafiestas! —exclamaron Mireia y Dunia a la vez.

—Sí, eso, no seas aguafiestas, Kenia —repitió Breixo, mirándola divertido.

El joven tendió los brazos a sus amigas para que se agarraran a él y estas lo hicieron entre risillas coquetas.

Kenia, molesta por la actitud de las chicas, por su empeño en estrechar lazos con él y porque el *escort* se había salido con la suya, levantó la barbilla y se giró con altanería para salir de la tienda.

—¿Nos vamos, señoritas? —preguntó Breixo con Dunia y Mireia colgando de cada brazo y con Chloé siguiéndolos muy de cerca.

Breixo fue muy amable y educado durante toda la cena. Respondió a las preguntas que le hacían Mireia, Chloé y Dunia, satisfaciendo así la curiosidad de sus homólogas femeninas, sin apartar apenas la mirada de Kenia. Ella se mantenía en silencio, escuchando bajo los incitantes ojos del *escort* y su sonrisa seductora. Sintió deseos de largarse de allí varias veces, pero eso sería reconocer que aquella batalla la había ganado él y no estaba dispuesta. No quería que el joven se diera cuenta de cómo le afectaba su presencia. La molestaba, la abrumaba y la seducía a partes iguales.

Además, ella también sentía curiosidad por saber más cosas de él. Aunque no lo reconocería en voz alta ni por todo el oro del mundo. Apenas lo miraba, denotando así desinterés por el hombre moreno sentado en la otra

parte de la mesa y todo lo que les contaba.

Le gustó saber que también estudiaba en la universidad. Administración y Dirección de Empresas, había comentado. Les contó que empezó con Económicas, pero solo cursó dos años. Luego se pasó a la carrera que estaba estudiando actualmente. Tenía veintitrés años y se había trasladado a Barcelona a los dieciocho desde un pueblecito pesquero de Galicia en el que no había futuro para los jóvenes como él. Para que la economía familiar no se resintiera por los gastos que ocasionaba la universidad, el alquiler del piso en el que vivía solo, comida, ropa y demás, se había metido en ese mundo de prostitución desde bien temprano.

Empezó trabajando de camarero en un selecto restaurante hasta que una clienta asidua lo invitó a una copa tras acabar el turno. Esta señora le propuso después algo más que una bebida fría. Él, que siempre había sido valiente y decidido para este tipo de cosas, aceptó. Tuvo suerte con ella. Era una mujer que le doblaba la edad, con una posición económica excelente, a quien le gustaban los jovencitos a pesar de tener poca experiencia sexual. Con ella aprendió mucho y con las amigas de esta clienta, igual de ricachonas y aburridas de sus maridos que ella, perfeccionó sus artes amatorias.

Kenia dedujo que el impresionante físico de Breixo, atractivo a más no poder, junto con sus buenos modales, le habían ayudado mucho también.

Después de tomar el postre, pidieron la cuenta y cuando el camarero se acercó con la nota en la mano, Breixo sacó su cartera.

—Yo invito —dijo mirándolas a todas, pero en especial a Kenia.

Las chicas le agradecieron el gesto. Todas menos ella. Sabía que estaba siendo descortés, pero no le importó. No iba a volver a verlo y la tortura de tener sus ojos clavados en su piel, recorriendo cada centímetro que el vestido dejaba al descubierto, se iba a terminar de un momento a otro.

—Podías darnos tu teléfono —le pidió Chloé coqueta—, por si algún día necesitamos tus servicios. —Se acercó a él y le habló más bajo—. Necesito acción constantemente. Y contigo estoy segura de que lo conseguiría.

Breixo sonrió al escucharla. Se oyeron las risitas ahogadas de sus amigas, pero la que él quería oír no. No entendía por qué Kenia estaba tan seria y como... enfadada. Cierto era que habían comenzado con mal pie y sus comentarios la noche que la conoció no fueron los más acertados. Pero había

pasado ya un mes y ¿ella seguía mosqueada? ¡Vaya! Sí que era rencorosa esa mujer.

Se había pasado toda la cena siendo amable con sus amigas y sonriéndola solo a ella para que captara su interés y, al parecer, no estaba dando resultados. Lo cual le frustraba muchísimo, hiriendo su orgullo masculino.

Pero no se iba a dejar amedrentar por su genio y desinterés e iba a conseguir lo que había querido desde que la vio en la tienda. Es más, desde que la vio en la fiesta de la compañía telefónica a la que él fue con Julia y ella con Sebastián.

—Te daré mi teléfono si Kenia me da el suyo —comentó sin rodeos, dejando claras sus intenciones.

Observó cómo la cortesana dejaba de respirar unos segundos para, después, recomponerse y lanzarle una mirada furibunda. Sus amigas se observaron unas a otras sonriéndose. Luego, clavaron sus ojos en ella, esperando a que hiciera lo que el joven había pedido.

Con parsimonia, Kenia cogió una servilleta y sacó de su bolso un pequeño bolígrafo. Anotó el número y se la lanzó por encima de la mesa. Breixo lo atrapó al vuelo, sonriendo triunfal. Cogió su móvil y lo metió en «Contactos».

La *escort* se levantó de la silla.

—Voy al baño para retocarme los labios. Enseguida vuelvo.

—A tus labios lo que le falta es el roce de los míos —soltó Breixo, sin importarle que sus amigas lo oyeran.

Estas, al escucharlo, emitieron unos silbiditos y se dieron ligeros codazos unas a otras. Se notaba claramente el interés del chico por Kenia.

Ella apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Agarró su bolso y, dándose la vuelta con actitud altiva, se dirigió al baño. Dunia se apresuró a seguirla.

—¿Qué te pasa con él? —preguntó nada más atravesar la puerta del aseo femenino.

—Es un idiota —masculló Kenia entre dientes—. Me pone de los nervios.

—Pues a mí me parece muy simpático, amable y educado. Tiene buena

conversación y es inteligente. Además de muy atractivo. Y nos ha hecho reír durante buena parte de la cena. El sentido del humor es muy importante en un hombre, al menos para mí. No deberías desperdiciar a un joven que está tan interesado en ti. Su aspecto encantador no está reñido con una estupidez congénita, gracias a Dios, como les suele suceder a muchos chicos de nuestra edad.

—Pues quédate con él si tanto te gusta.

Kenia sacó la barra de carmín del bolso y comenzó a retocarse mientras se contemplaba en el espejo.

—Él parece muy interesado en ti —objetó Dunia.

—Pero yo en él no. Menos mal que, después de esta noche, no voy a volver a verlo.

—Si te ha pedido tu teléfono es porque piensa llamarte. Apuesto a que en un par de días volverás a tener noticias de ese *sexy* hombre.

—Pues yo apuesto a que no. No me va a llamar —sentenció Kenia, sonriendo con malicia—. Al menos, no a mí —añadió, terminando de pintarse los labios.

Dunia la observó, sabiendo que su amiga escondía un as en la manga.

La joven se apresuró a sacarla de dudas.

—Le he dado el número del wok donde encargamos siempre la comida asiática.

Su amiga abrió tanto la boca por la sorpresa, que casi se le desencaja la mandíbula. Pasados unos segundos, comenzó a reírse a carcajadas.

—¡No es cierto! —exclamó entre risas.

—Sí lo es —afirmó Kenia, uniéndose a su amiga en la risa mientras guardaba la barra de carmín en el bolso—. Pero no digas nada. No quiero que lo descubra hasta que le hayamos perdido de vista.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. Puedes acostarte con él y pasar una noche increíble en brazos de alguien joven...

—Y tener que pagarle —cortó a Dunia.

—¿Y qué más da?

—No pienso pagar por los servicios de Breixo. Si quiere follar conmigo, tendrá que ser él quien pague.

Dunia meneó la cabeza a un lado y al otro.

—¿No crees que te estás pasando con eso? Alguna vez podías hacerlo simplemente por disfrutar, por placer, no por dinero.

—¿Quién ha dicho que yo no disfruto cuando estoy con los clientes? — Y sin dejar responder a la chica, añadió—: Además, lo mío con él es una cuestión de orgullo.

Dándose la vuelta, abandonó el baño.

Cuando se reunieron todos de nuevo, Kenia no pudo evitar que un escalofrío la recorriese entera al descubrir la mirada hambrienta que Breixo le dedicó. Sintió las alas de las mariposas que revoloteaban en su estómago e hizo un esfuerzo por matarlas a todas.

A todas.

Hasta que no quedó una viva.

Ese hombre no le convenía para nada y, aunque la atraía bastante — mejor dicho, mucho—, no estaba dispuesta a caer en sus redes.

Salieron al exterior del local, a la noche barcelonesa cálida y agradable de finales de junio.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Mireia.

—Hay un local muy cerca de aquí donde ponen unos cócteles espectaculares —los informó Breixo—. La música es buena y, a esta hora, todavía no habrá mucha gente.

Kenia bufó. ¿Pero no había tenido suficiente ese hombre con cenar con ellas, que ahora pretendía alargar la noche en su compañía?

—Yo me voy a casa. Estoy cansada —se excusó para no tener que continuar aguantando el cortejo del joven.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —se quejó Mireia.

Kenia asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Te acompaño? —se ofreció Breixo.

—No, gracias. Pediré un taxi.

—Venga, quédate un poco más —le pidió Chloé.

—No. Además, mañana tengo que viajar, ya lo sabéis.

—¡Vaya! ¡Pues sí que eres una aguafiestas! —soltó Breixo, divertido.

Sabía que ella huía porque él la ponía nerviosa. Lo que no se explicaba aún era por qué había accedido a darle su teléfono. Supuso que para no quedar mal delante de sus amigas.

Kenia lo asesinó con la mirada durante una fracción de segundo. Luego lo ignoró. Sacó el móvil y llamó al servicio de taxi de Barcelona para que le mandasen uno a la dirección donde estaba.

—En diez minutos estará aquí —informó a sus amigas, evitando mirarlo a él—. Podéis iros si queréis. No me importa esperar sola.

—De eso nada. Me quedo contigo hasta que el coche llegue —le dijo Breixo, en tono protector.

Ese hombre la descolocaba. Primero se mofaba de ella y ahora pretendía protegerla.

—No es neces...

El dedo que el *escort* le puso en los labios a Kenia cortó su respuesta, quemándole la suave piel de su boca. Se apartó de inmediato con el corazón agitado y las pupilas dilatadas. ¿Por qué un simple roce había provocado en ella esas sensaciones?

—Insisto.

Breixo le dirigió una mirada que no admitía réplica.

Kenia desvió la vista turbada, intentando recomponerse y hallar de nuevo la paz mental que ese maldito hombre le robaba. Vio que sus amigas se habían distanciado un poco, dejándoles intimidad, y las maldijo. ¿Por qué la dejaban sola con ese tipo?

El joven *escort* se acercó más a ella, hasta que sus torsos casi se tocaron. Kenia hizo amago de alejarse, pero él no se lo permitió. La agarró por la cintura y ella pudo sentir todo el calor de su palma y sus dedos abrasándola. Como si fuera un hierro candente con el que se marcan las reses. Seguro que cuando se quitara la ropa esa noche, encontraría allí tatuados sus dedos.

Breixo la miró fijamente a los ojos antes de hablar.

—Vas a ser mía. Voy a conseguir tenerte. No sé cuál será la clave para acceder a ti, pero yo la voy a descifrar. Y cuando lo haya logrado, te entregarás por completo a mí para que pueda calmar todos mis antojos.

Aquellas palabras, así como su cercanía, aturdieron a Kenia. Aun así, supo reaccionar y contestarle.

—No te hagas ilusiones, guapo. No voy a ser tuya ni de nadie. Tendrás que conformarte con mis amigas. A mí no me vas a tener —soltó, imprimiendo a sus palabras toda la fuerza y la seguridad que pudo para que

Breixo se las creyera.

Se desasíó de la mano con la que él la pegaba a su cuerpo, echando de menos el calor de su palma y sus dedos al instante. Pero era mejor así. Necesitaba alejarse para recuperar su cordura.

—No seas mala. No me dejes con las ganas —sonrió Breixo, soltándola al ver que ella quería irse.

—No soy mala. Al contrario. Soy buena. Muy buena. Pero tú no lo vas a poder comprobar —afirmó con chulería.

—Oh, me rompes el corazón.

El joven se llevó una mano al pecho, fingiéndose afectado.

—Seguro que cualquiera de tus clientas o de mis amigas podrán arreglártelo. Descuida. No te vas a morir por esto.

Kenia dio un par de pasos hacia atrás, distanciándose más de él. Por encima del hombro del *escort*, vio que se acercaba un taxi. Debía de ser el suyo.

Por un lado, se alegró de que hubiese tardado menos tiempo del indicado por la operadora.

Por otro, se entristeció por tener que separarse de él. Su aventura con Breixo se acababa y, por mucho que lo negara, le gustaba demasiado ser el centro de atención de ese viril y atractivo espécimen masculino.

Ella hizo un gesto con la mano para que el taxista parase a su lado.

Fue a despedirse de sus amigas, a unos pocos metros de allí. Luego caminó hasta el taxi.

—¿No me vas a dar un beso de despedida? —Oyó que Breixo le preguntaba.

—No.

—¡Vaya! ¿Así me agradeces que te haya invitado a cenar, que haya esperado contigo el taxi, protegiéndote de cualquier depredador, y que ahora tenga que entretener a tus amigas para que no se aburran el resto de la noche?

—Yo no te he pedido que hicieras nada de eso —le soltó Kenia, con la mano agarrando la puerta del coche abierta.

El joven cabeceó sonriendo.

—Está bien. Como tú quieras. Te llamaré.

—Sí. Hazlo. Llámame.

El chico le guiñó un ojo con picardía mientras Kenia se metía en el taxi. Ella sonrió, al tiempo que pensaba cómo le gustaría ver la cara del hombre cuando llamase al teléfono que le había dado y una voz desconocida y con acento chino le leyera las clases de arroz frito. Seguro que de su cabeza saldrían rayos y centellas como en las viñetas de los cómics.

Breixo cerró la puerta del auto con la imagen de la sonrisa de Kenia grabada en sus retinas. Esa mujer iba a ser suya. Tardase lo que tardase. La conseguiría.

Capítulo 12

—Ya tengo los resultados de la investigación que me encargaste —le comentó Julio a Gabriel, pasándole una carpeta con el nombre de Aroa Martínez.

El empresario la abrió y comenzó a leer con avidez mientras el detective se lo resumía.

—Estudió en la academia de policía de Ávila, siendo la primera de su promoción. Luego la destinaron a Sevilla, después a Málaga y más tarde la reclutaron para ser la escolta de una ministra de Sanidad en Madrid. Después de eso, ha estado destinada en varias comisarías repartidas por toda España hasta el 2015, que regresó a la academia para estudiar otra vez. Cuando aprobó los exámenes de inspectora la enviaron aquí, a Barcelona, donde lleva los dos últimos años. Tiene fama de ser dura y exigente.

—¿Cómo es posible que haya estado en la ciudad todo este tiempo y yo no me haya enterado? —quiso saber Gabriel.

—Quizá porque es una mujer que no se relaciona con nadie. No tiene amigos y tampoco pareja, hijos, etcétera. No sale de casa, excepto para ir a trabajar y un par de días al gimnasio. La compra la hace por internet. Esta es la dirección de su casa —dijo Julio, señalándole una esquina.

—No me cuentes más. Has hecho un buen trabajo —lo felicitó.

Aroa estaba en su casa, descansando tras haber terminado su turno de ese día. No podía hacer otra cosa que esperar, lo cual la molestaba muchísimo.

Los resultados de las pruebas aún no estaban listos, la autopsia no había concluido y no tenían ningún sospechoso.

Tras el visionado de las grabaciones y los interrogatorios quedó claro que nadie de Delirium era el culpable del asesinato de Tamara Aragón, pues a todos se les veía trabajando durante toda la noche. Incluso Gabriel Serna quedó descartado, pues quince minutos después de que él estuviera con la víctima, ella salía por una puerta trasera que daba directamente a la calle.

Sola.

Y como bien había dicho Gabriel, la inspectora Martínez conocía su debilidad, lo cual lo eximía de haber cometido el delito.

Aroa estaba de un mal humor increíble ante la ausencia de resultados.

Para despejarse, cogió un libro de su biblioteca. Uno al azar, que resultó ser *Nómadas de Gor. Las crónicas de la Contratierra*, volumen 4, de John Norman. Era una serie de fantasía erótica que se publicó allá por 1988, aproximadamente, en España. Aroa se aficionó a su lectura cuando cayó en sus manos a los diecisiete años el libro número once, *La esclava de Gor*. Desde entonces, se había dedicado a buscar esas novelas hasta conseguir los catorce tomos que componían la serie. Las había devorado todas. Algunas, incluso, las leyó varias veces.

Se sentó en el sofá y comenzó la lectura en la que el protagonista, Tarl Cabot, se unía a los llamados «Pueblos del Carro».

Estaba absorta con la novela cuando el timbre de la puerta rompió el silencio que la rodeaba.

Se sobresaltó, pero no fue a abrir. No esperaba visita y no le daba la gana moverse del sofá.

El timbre sonó de nuevo; esta vez con más insistencia.

«Joder, por qué no se irá a tomar por culo quien sea que está al otro lado», masculló para sí.

Esperó, sin moverse, a ver si la persona que osaba interrumpir la paz de su casa desaparecía.

Y cuando el timbre volvió a sonar por tercera vez, acompañado de unos golpes en la puerta, ya no lo resistió más. De un salto se levantó del sofá y fue a ver quién puñetas era.

Cuando vio, a través de la mirilla de la puerta, a la persona que estaba al otro lado, se quedó perpleja.

—Aroa abre la puerta. Sé que estás ahí.

—¿Qué quieres, Gabriel? —preguntó a través de la madera.

—Tenemos que hablar. Ábreme.

Esperó un par de minutos, pero ella no obedeció.

—Te contaré todo lo que sé sobre Tamara Aragón.

—No puedo dejarte entrar.

—¿Por qué? —Quiso saber Gabriel—. ¿De qué tienes miedo?

«De nosotros dos juntos y solos», respondió ella mentalmente.

—Aroa... por favor... no me hagas suplicar...

En la voz del hombre había cierto matiz de desesperación.

La mujer suspiró y se armó de valor. Abrió la puerta y le hizo pasar con un gesto de la mano, rezando por contenerse y no abalanzarse sobre él ahora que estaban solos, en un ambiente íntimo.

El olor a Ultra Male, de Jean Paul Gaultier, la envolvió cuando Gabriel pasó por su lado, haciendo que a Aroa le flaqueasen las rodillas. Había echado tanto de menos su aroma...

¿Era posible que un simple olor pudiera excitarla? ¿Qué una mirada o una voz pudiese hacerla arder? ¿Qué no necesitase contacto físico para sentirse transportada al cielo?

Cuando Gabriel entró en el piso, observó a su alrededor. Era pequeño, austero e impersonal. No había cuadros en las paredes blancas, ni fotos en el mueble del salón. La cocina y la sala estaban comunicadas por una barra donde, supuso, Aroa desayunaba, comía y cenaba.

Había dos puertas en un lado del salón. Una estaba cerrada. Se imaginó que sería el cuarto de baño porque, a través de la otra —que estaba medio abierta— Gabriel vio una cama de matrimonio, con la colcha morada.

Frente al sofá había una librería abarrotada de novelas y, al lado, la televisión. Un libro descansaba en un lateral del sofá. Supuso que Aroa estaba leyendo en el momento que llegó él. Al ver el título, sonrió. Ella se mantenía firme en sus gustos literarios.

Devolvió sus ojos a Aroa, vestida toda de negro con unos *leggings* y una camiseta cuyo ancho cuello dejaba al descubierto el hombro izquierdo.

Al ver aquella porción de cremosa piel, Gabriel tuvo que reprimir sus instintos más primarios que le gritaban que la cargase sobre sus caderas y se fuera a la cama que había vislumbrado escasos segundos antes para cumplir con ella todas sus fantasías más obscenas y perversas.

Continuó con su escaneo a la deliciosa figura de Aroa hasta llegar a los pies. Iba descalza, como era costumbre en ella. Algunas cosas no cambian con el paso de los años, pensó.

—Tu piso es muy...

—Has dicho que me contarías cosas sobre Tamara Aragón —lo cortó ella, notando cómo la sangre en sus venas se calentaba debido al repaso que le había dedicado ese viril y sexy hombre.

—Siempre yendo al grano —murmuró él.

—No me gusta perder el tiempo.

Gabriel centró su mirada en los ojos de Aroa.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que has estado haciendo estos últimos veinte años? Desapareciste, Aroa. ¿Sabes lo que es volverte loco buscando a una persona y no encontrarla? ¿Muriendo por tenerte y no poder abrazarte?

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó, ignorando sus comentarios.

—Te he investigado.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —La miró sin comprender—. La mujer que llevo amando los últimos veinte años reaparece otra vez en mi vida ¿y piensas que me voy a quedar de brazos cruzados? Necesito explicaciones. Quiero hablar de lo que nos pasó. Quizá una disculpa tuya por haberte borrado del mapa durante tanto tiempo y dejar nuestra relación en puntos suspensivos.

—No, Gabriel.

—¿No? Mira que eres cabezota. ¿Por qué insistes en que estemos separados? Estás tan sola...

Hizo un gesto con la mano abarcando todo el espacio casi vacío. Igual de vacío que su corazón.

—Y yo me muero por arrancarte de esta soledad que te has impuesto tú misma. Dime si ha valido la pena todo por lo que hemos pasado —prosiguió.

Se acercó a ella, quien retrocedió hasta chocar con la pared, y levantó las manos como si tuviera que defenderse de él.

—Estoy bien así —replicó.

—Tu mirada me dice lo contrario.

Gabriel se pegó a ella. Aroa pudo sentir en sus manos todo el calor que emanaba del hombre a través de la camisa que él llevaba.

—Una vez te juré que siempre estaría a tu lado —susurró el empresario, clavando sus azules ojos en los ojos castaños de ella—; que esperaría el tiempo que hiciera falta hasta que te decidieras. Pero te fuiste, dejando un

gran vacío en mí. Me partiste el corazón en mil pedazos.

—Puedes coger esos pedazos y repartirlos entre las mujeres que te rodean ahora —dijo, empujándolo para sacárselo de encima.

Caminó hasta la otra punta del salón para alejarse de él lo máximo posible, pero con las dimensiones de su pequeño apartamento no consiguió poner mucha distancia entre ellos.

—Tú eres quien tiene que juntar esos pedazos. —Fue tras ella y la abrazó por la espalda. Hundió la nariz en su cabello suelto y aspiró su aroma a Olimpēa, de Paco Rabanne—. Estoy cansado de amarte en la distancia, de esperar tu llamada, de que mi piel extrañe tu cuerpo y mi boca tus besos...

Aroa se revolvió para que la soltase. Se giró para mirarlo a la cara y, muy seria, le habló.

—Tienes que olvidarme, Gabriel. Han pasado veinte años. ¡Por el amor de Dios!

—¿Cómo puedes decirme que tengo que olvidarte si desde que te he vuelto a ver lo único en lo que pienso es en devorarte como hacía antes? Han sido muchos años sin decirte que te quiero y, por más que lo he intentado, no he conseguido aún engañar a mi corazón. Tú hiciste que no te pudiese olvidar.

—Pues tendrás que encontrar la manera igual que hice yo.

Aroa se cruzó de brazos. Pareció que lo hizo para reforzar su negativa, pero lo cierto era que estaba a punto de sucumbir a sus deseos y acariciar el cuerpo de Gabriel, anhelado durante tantos años. Él notó el temblor de su barbilla y supo que no le era inmune su cercanía ni todos los sentimientos que despertaba en ella. En otro tiempo, llegó a conocerla muy bien y sabía apreciar estos matices.

—Mentirosa. No me has olvidado. Lo que pasa es que te quieres hacer la dura para que me muera de amor por ti.

—Vete de mi casa —le ordenó sosteniendo su mirada en la de Gabriel.

—¿Quieres saber más cosas sobre la doble vida de Tamara Aragón? ¿Quieres saber a qué agencia de prostitución de lujo pertenecía? ¿Quiénes eran sus clientes más asiduos? ¿Dónde está ahora su novio? ¿Qué hay tras esa puerta escondida bajo las escaleras de mi discoteca? Vuelve conmigo entonces y te lo contaré todo.

—Eso es chantaje y, además, un delito —gimió ella, luchando contra el deseo que la acuciaba para unirse a él de todas las maneras posibles.

—Mi único delito ha sido amarte. Déjame que te toque, que te acaricie, que te bese, que te quite la ropa para hacerte el amor... —le pidió él, intentando agarrarla, pero Aroa se zafó y caminó hasta la puerta.

—Sal de mi casa —volvió a exigirle con voz dura.

Gabriel se quedó mirándola unos instantes antes de comenzar a caminar hacia la salida. Por ese día ya había tenido bastante y sabía que cuando ella se obcecaba era muy difícil hacerla cambiar de opinión. Así que decidió dejarlo estar por el momento.

Al pasar por su lado, se detuvo un instante y la miró intensamente a los ojos.

—El rol de niña mala no te queda bien. Seguiré esperándote, Aroa.

Dicho esto, abandonó el piso de la inspectora, cerrando la puerta él mismo.

Aroa se apoyó en la madera y resbaló hacia abajo. ¿Cómo era posible que Gabriel aún deseara su regreso? ¿Cómo era posible que aún la estuviese esperando? Después de todo lo que pasó. Después de todo el dolor. Después de lo que ella le hizo. Debería odiarla en lugar de ir tras ella pidiendo que volviese.

Se apoyó con los codos en las rodillas y la cara entre las manos recordando aquellos días, llenos de felicidad, antes de que la culpa llegase para destrozarles la vida.

Capítulo 13

Kenia se preparaba para la cita con su cliente. O mejor dicho, sus clientes. El servicio de esa noche se trataba de una fiesta privada en un barco, en el puerto de Barcelona.

—Es un matrimonio inglés al que le gusta compartir. Además de ti habrá también un acompañante masculino —le explicó Mireia.

Kenia, al escucharla, recordó a Breixo inmediatamente. A los dos días de haberle dado *supuestamente* su teléfono, recibió una llamada de él.

—El restaurante asiático que me recomendaste tiene una amplia gama de arroces y demás productos. ¿Te apetece quedar y comemos algo?

No había reconocido el número y tampoco esa voz grave que le erizó todo el vello corporal, pero al oír la referencia al wok, supo enseguida que se trataba de Breixo.

—¿Cómo has conseguido mi número? —quiso saber Kenia.

—No gracias a ti, desde luego. —Sonó divertido, como si la jugarreta que le había hecho ella le resultase graciosa.

—Breixo... —masculló con apremio.

—Está bien. Está bien. Me lo ha dado Chloé. Cuando te marchaste, ella me dio su teléfono y me pidió que la llamara alguna vez para vernos. No le importa pagar por mis servicios como a ti...

Hizo una pausa para ver si Kenia replicaba algo, pero ante el mutismo al otro lado de la línea, continuó hablando.

—El caso es que llamé al número que tú me diste y cuando comprobé que me habías engañado, hablé con Chloé para que me diera el teléfono correcto. Y aquí estoy. Invitándote a comer. ¿Te viene bien sobre las dos?

—No voy a quedar contigo.

—Venga, no me quites la ilusión de disfrutar de tu compañía y conocerte un poco mejor —se quejó él. En su voz, se notaba la sonrisa con la que hablaba—. ¿O es que me tienes miedo? ¿Tienes miedo de no ser tan fuerte como tú te crees y rendirte a mis encantos?

Kenia soltó una carcajada. ¿Rendirse a sus encantos? ¡Por todos los

cielos! Si ya se estaba mojándose solo con escuchar su voz al otro lado de hilo telefónico.

—¡Ya quisieras tú! —exclamó, no queriendo darle la razón.

—Entonces ¿por qué no te atreves? —preguntó él en un tono sugerente.

—No estoy en Barcelona.

—¿Y dónde estás?

—De vacaciones con mi familia —le aclaró ella.

—¿Dónde?

—No te lo voy a decir. Serías capaz de presentarte aquí solo para fastidiarme con tu presencia. No quiero tener un mal recuerdo de mis días estivales —lo pinchó.

—Oh, me rompes el corazón. Qué mala imagen tienes de mí. Si me conocieras un poco más, tan solo un poquito más...

Kenia vio cómo su padre la llamaba con un gesto de la mano para que se acercase a atender a unos clientes. Ella salió con rapidez de detrás del mostrador de Recepción del pequeño hotel que regentaba su familia en Mallorca.

—Oye, Breixo, tengo que colgar.

—¿Tan pronto? ¡Aguafiestas!

—Bueno, Dios me hizo así. Cualquier queja, habla con él —se burló ella.

—¿Cuándo vuelves de las vacaciones?

—No lo sé.

—Esperaré ansioso tu regreso, soñando con que te tengo debajo de mí, desnuda y caliente, rozando tu cuerpo con mi piel ardiente.

Y cortó la llamada.

Kenia se quedó paralizada con el móvil en la mano. No supo cuánto tiempo estuvo así, intentando asimilar lo que él le había dicho. Pudieron ser minutos u horas. Pero, en realidad, su padre la sacó de su asombro a los pocos segundos.

Después de esa llamada, vinieron otras. Durante todas las vacaciones, Breixo estuvo llamándola. No había una hora concreta para hablar. Podía ser por la mañana, por la tarde o por la noche, lo que hacía que Kenia estuviera en un estado de agitación continua esperando su llamada.

Cuando no podía atender el teléfono y tenía que dejarlo sonar sabiendo que era él, se ponía de muy mal humor. No entendía qué tenía ese hombre, con el que había comenzado con mal pie, pero que le estaba demostrando en cada llamada lo encantador y sensual que era. Quizá su voz. Grave, varonil, hipnótica. O las cosas que le decía, que hacían que se sintiera especial, única y querida.

«No te confíes. Es un prostituto. Está entrenado para regalarles los oídos a las mujeres, entre otras cosas. Seguro que lo mismo que te dice a ti es lo que le dice a sus clientas», le replicaba su conciencia una y otra vez.

—Kenia, ¿me estás escuchando?

La voz de Mireia la sacó de sus pensamientos, devolviéndola al momento presente, lejos del hotel de su familia, de las vacaciones y de Breixo.

—Perdona, ¿qué?

Su amiga le repitió el acuerdo al que había llegado Lali con los clientes de esa noche.

—Te comentaba que el servicio durará tres horas. Nos han pagado cuatro mil euros, así que tú déjate hacer de todo. Si tienes que darle placer a la esposa... —Le lanzó una significativa mirada. Mireia sabía de sus reticencias a estar con un mujer—... Se lo das y punto.

—¿Sabemos quién será el otro *escort*? —preguntó rezando porque fuera Breixo, aunque con tantos acompañantes masculinos que había en Barcelona, dudaba de que fuera a tener esa suerte.

Había llegado de Mallorca el día anterior, pero cuando él la llamó esa mañana, ella fingió que seguía de vacaciones. No supo por qué no le dijo la verdad. Quizá porque ellos no eran nada, así que no tenía que dar explicaciones a ese chico de lo que hacía o dejaba de hacer o ir corriendo a verlo como si fuera su novia. Aunque en ese tiempo, con sus conversaciones telefónicas, habían desarrollado una especie de amistad muy cariñosa. Breixo siempre estaba de buen humor y aguantaba con paciencia el hecho de que Kenia no quisiera quedar con él, ni darle ninguna información sobre su vida real.

Cada vez que él preguntaba por su familia, por su nombre verdadero o por dónde se encontraba en ese momento, ella cambiaba de tema.

Breixo pertenecía a su otra vida. Una vida que no deseaba mezclar con la real. Así que cuanto menos información tuviera él sobre ella, menos posibilidades habría de que alguien diese un paso en falso y se descubriera su otro yo.

—No. ¿Por qué?

—Por nada —contestó encogiéndose de hombros.

Mireia continuó explicándole más cosas hasta que Kenia estuvo lista para marcharse.

El barco resultó ser un magnífico yate de veinticuatro metros de eslora. Kenia llegó puntual a las diez de la noche. Llamó a Mireia para que supiera que ya estaba allí y que el servicio iba a comenzar.

La recibió Susan, la esposa. Una mujer de cuarenta años, muy rubia y de tez muy blanca. Tenía los ojos azules, era delgada y bastante más alta que Kenia. Ella le hizo pasar al interior del yate, donde Kenia se encontró con el marido, Kenneth. De la misma edad que su mujer y apariencia física similar. También tenía la piel muy pálida y pecosa. Kenia pensó que cuando estuvieran todos desnudos parecerían una mezcla de café con leche, pues ella se había bronceado bastante ese verano a pesar de haber estado trabajando en el hotel de sus padres. Solo disfrutó de las vacaciones los ocho días que se había pasado recorriendo Suiza y Austria. Sin embargo, en Mallorca con su familia había ido a ratos a la playa, con lo que su piel había adquirido un hermoso tono dorado.

Recordó cuando le comentó a Breixo que se iba de vacaciones.

—Mañana me voy de viaje.

—¿Otra vez? Pero ¿no estás ya de viaje con tu familia? —preguntó él, al otro lado del teléfono.

—No. —Se rio Kenia—. Estoy de vacaciones con mi familia, pero no me he ido de viaje a ningún sitio.

—Ah... Bueno... ¿Y a dónde os vais?

—Me voy a visitar un par de países de Centro Europa. —Hizo una pequeña pausa y añadió—: Sola.

—¿Sola? ¿Cómo que sola?

—Lo que oyes. Me voy yo sola.

—No deberías viajar sola. Una mujer sin compañía es el objetivo ideal de ladrones, violadores y todo tipo de maleantes —dijo Breixo con preocupación.

Kenia estalló en una carcajada.

—Me va el riesgo —confesó sin parar de reír.

—¿Te va el riesgo? ¿Y por qué no te arriesgas a quedar conmigo?

—Porque tú eres más peligroso que todos esos delincuentes que has dicho que me van a atacar durante mi viaje, *yo sola, en Centro Europa* —recalcó las últimas palabras para hacer rabiar al joven.

—Venga, Kenia, en serio. No me gusta que viajes sola. Dime a qué países vas y los días que vas a estar; y miro billetes de avión y hotel para acompañarte.

—¡Oh, me conmueve tú espíritu protector!

—No te burles. Estoy hablando en serio.

El joven emitió un suspiro cansado.

—Y yo también. Vamos, Breixo. Sé cuidarme sola. Recuerda a qué me dedico —dijo como si aquello fuera la clave para que nadie la hiciese daño.

—A las prostitutas también las agreden, las violan y las matan —replicó el *escort* con dureza.

Kenia comprobó que él iba perdiendo su buen humor de siempre y decidió dar por finalizada la llamada por ese día.

—Tengo que colgar ya. Debo ayudar a mi madre con algo.

—Kenia... No vayas sola, por favor —suplicó al otro lado de la línea su reciente amigo.

—Lo siento. Ya está todo organizado.

—Te llamaré todos los días, pero si hasta que recibas mi llamada te ocurriese algo, prométeme que te pondrás en contacto conmigo de inmediato —le pidió él.

—Si me ocurre algo, llamaré a la policía. Es lo más lógico, ¿no? Tú estás en España; yo en Centro Europa. ¿Qué vas a hacer? ¿Materializarte a mi lado por arte de magia? Tranquilo, Breixo, estaré bien. Te lo prometo.

Él bufó impotente por no haberla convencido y ella se despidió con un «Buenas noches» que le supo amargo.

Durante aquel viaje, Breixo la llamó dos veces al día para comprobar

que ella estaba bien. Kenia se cuidó mucho de no informarlo de dónde estaba. Le comentaba sus impresiones sobre lo que tenía a su alrededor, edificios, monumentos, etcétera, pero siempre sin nombres que pudieran darle a Breixo alguna pista sobre la ciudad que visitaba.

—El chico no tardará en llegar. —Oyó que le decía Susan con su marcado acento inglés, haciéndola volver al presente.

Se habían sentado los tres en el interior del barco, en una sala decorada en tonos blancos, con pocos muebles de madera oscura. Mientras esperaban la llegada del *escort*, bebían. Susan y ella champán. Kenneth un *whisky*. A las consumiciones acompañaban bombones de chocolate puro y fresas.

Kenneth acariciaba los muslos de Kenia, que iba con un vestido plateado corto, de tirantes, ideal para aquella noche de finales de agosto. Susan se había sentado al otro lado en el sofá de cuero blanco y deslizaba sus dedos por el cabello de Kenia, rozándole el cuello y el hombro izquierdo con cada pasada.

El matrimonio la contemplaba como si se la fuera a comer y ella supo que también tendría que darle placer a la esposa. Haría de tripas corazón, como solía decirse. Cuatro mil euros por una noche de sexo era mucha pasta. Debía realizar su trabajo sin quejarse y sin que los clientes lo hicieran tampoco.

Unos golpes sonaron en cubierta y Susan dejó de pasar sus dedos por el sedoso cabello de Kenia para ir arriba.

A los pocos minutos regresó.

Breixo la acompañaba.

Si él se sorprendió o no de verla allí, no lo demostró. Ella, interiormente, saltó de alegría.

Saludó a todos en un perfecto inglés y Kenneth le preguntó qué deseaba tomar.

Mientras Breixo contestaba y el cliente le servía un *whisky*, Kenia se entretuvo en repararlo al tiempo que notaba las mariposas en su estómago revoloteando frenéticas y la sangre corriendo enloquecida por sus venas.

Vestía vaqueros y camiseta negra ajustada, que marcaba sus deliciosos músculos. La prenda se ceñía a sus brazos y a su torso divinamente.

Él dio un sorbo a su *whisky* al tiempo que se acomodaba al lado de

Susan, que se había sentado frente a ellos. Por encima del vaso que tocaban sus labios miró a Kenia. Fueron apenas unos segundos, pero la mirada era tan ardiente que incendió a la cortesana. Tuvo que apretar los muslos ante la descarga sexual que había sentido con esos ojos ¿azules?, ¿verdes?... posados en ella. Kenia dudaba del color del iris de Breixo, una tonalidad indescifrable. Sin embargo, ¿qué importaba eso ahora? Con la mirada que le había dedicado le estaba prometiendo una noche de pasión desenfrenada.

Sintió la mano de Kenneth sobre su muslo y cómo esta ascendía peligrosamente hasta sus ingles, al tiempo que la boca del cliente recorría su garganta con lengüetazos furiosos. Era como si quisiera devorarla en cuestión de segundos.

Kenia vio cómo Susan ponía su mano en la entrepierna de Breixo y lo acariciaba con el fin de endurecer aquella parte de su anatomía. A su vez, el *escort* —que había dejado el vaso de *whisky* en una mesita cercana— le tocaba los senos por encima del vestido rojo que la inglesa llevaba. Cuando sus manos ascendieron hasta los tirantes de la prenda, comenzó a bajárselos poco a poco. Susan se acercó a su boca y lo besó con pasión. Breixo correspondió al beso con los ojos clavados en los de Kenia.

A la joven la situación se le antojo tremendamente erótica. Los dos se dejaban hacer, tocar, besar... mientras mantenían sus miradas inexplicablemente enganchadas en el otro.

Kenia notó cómo se iba mojando cada vez más. Las caricias de Kenneth también influyeron en esto. El cliente metió la mano entre el elástico del tanga y su cuerpo, comprobando así el estado de la muchacha. Pasó un par de veces los dedos por toda la hendidura empapada de la joven y ella gimió de gusto.

—Desnúdate —le ordenó, bajándole la prenda íntima.

La chica obedeció inmediatamente. Se deshizo del tanga, que ya tenía en los tobillos, y se levantó para sacarse por la cabeza el vestido plateado. Cuando lo arrojó al suelo, junto con el sujetador, miró a Breixo y este le sonrió de esa manera socarrona y traviesa tan suya.

Kenneth la agarró de la cintura y ella tuvo que girarse, dándole la espalda al *escort*.

—Bájame el pantalón.

Kenia se puso de rodillas e hizo lo que el señor le había pedido. Kenneth no necesitó darle más órdenes. Ella sabía muy bien lo que venía a continuación.

Abrió la boca y se metió el pene del inglés en ella. Comenzó a chupárselo, a masajearlo con las manos, a arañarle con los dientes hasta que llegaba a la corona rosada y volvía a empezar.

De repente, notó unas manos en su trasero desnudo y se puso tensa. Eran unas manos finas y delicadas de mujer. Las de Susan.

Continuó con la felación ignorando cómo la otra jugaba con su cuerpo, preguntándose dónde demonios estaba Breixo y por qué no estaba entreteniéndola a la cliente.

Kenneth la tenía cogida por el pelo, en una coleta improvisada, y arremetía contra su boca buscando su liberación. Por lo que la joven no podía mirar alrededor para localizar a Breixo.

Las manos de Susan ascendieron desde su culo hasta sus tetas en un recorrido sinuoso. Cuando llegaron a sus pezones, se los apretó con un poco de fuerza. Kenia no sintió mucho dolor, solo una pequeña molestia pasajera. Susan continuó masajeándole los pechos mientras Kenia la notaba pegada a su espalda, de rodillas igual que ella y desnuda. ¿En qué momento se había librado ella de la ropa? ¿Breixo también estaría desnudo?

Por cierto, ¿dónde narices estaba Breixo?

De repente, una mano la obligó a separar las piernas y se posó en su depilado pubis, buscando su botón mágico. Empezó a acariciar toda su mojada hendidura sin descanso y a darle pequeños toques a su clítoris.

Si Kenneth tenía las manos aferradas a su cabello y Susan las tenía en sus tetas... esa mano solo podía ser del *escort*.

En su mente se instaló la visión de lo que estaban haciendo. Ella chupándose al cliente, la esposa abrazada a su espalda, tocándole los senos —las dos arrodilladas sobre la moqueta clara del salón del yate— y Breixo con la mano en sus pliegues íntimos. El calor, que poco a poco se iba apoderando de ella, subió varios grados de forma imparable.

Notó cómo Susan era empujada contra ella y chocaban. Un alarido de placer salió de la boca de la inglesa al mismo tiempo que el marido se corría en la de Kenia. Kenneth la soltó el pelo y ella pudo girarse un momento para

ver qué ocurría detrás mientras terminaba de tragar el caliente esperma inglés.

Susan estaba pegada a su espalda, abrazándola, mientras los espasmos del orgasmo se sucedían uno tras otro.

Breixo, tumbado en el suelo con la clienta sentada sobre su boca, lamía y penetraba con su lengua el sexo de ella. No lo pudo ver claramente, pero en esa posición no había lugar a dudas de lo que estaba haciendo.

Al mismo tiempo, tenía el brazo alargado hacia el cuerpo de Kenia, donde enterraba dos dedos para darla placer.

Kenia estalló en mil pedazos en ese momento.

Cuando Susan dejó de abrazarla, ella se recostó en el borde del sofá y miró a su alrededor.

Kenneth se había sentado en un extremo, intentando recuperarse. Susan yacía desmadejada sobre la moqueta. Y Breixo... Breixo era el único que no había obtenido placer en ese intercambio. Los fluidos de la inglesa relucían en su mandíbula y en sus labios. El *escort* alzó la cabeza del suelo en el que estaba tumbado y miró en la dirección que estaba Kenia. Cuando sus ojos se encontraron, la sonrió pícaro y se lamió los dos dedos con los que había estimulado a la cortesana. Se los metió en la boca y los chupó con ansia.

Kenia le devolvió la sonrisa, tratando de recuperar su ritmo cardíaco normal. Con los labios, formuló un «Gracias» silencioso. Breixo la guiñó un ojo. Ella aprovechó para recorrer el cuerpo del joven y empaparse de su belleza. Tenía los músculos más definidos que en una clase de anatomía. Su cuerpo parecía esculpido para dar placer. La piel del *escort* estaba bronceada y una fina capa de vello oscuro le recubría el torso.

Cuando Kenia descendió con sus ojos hasta el trabajado vientre, que formaba una V perfecta, y más abajo, hasta su erección, sintió cómo renacían en ella con fuerza las ganas de follar. Intentó despegar la vista del miembro duro de Breixo, pero no lo consiguió. La boca se le hizo agua al pensar en cómo sería su sabor, su olor, su textura y suavidad.

Pero esa noche no estaba allí para acostarse con el puto. Y Breixo se había arriesgado mucho al darle placer cuando debería haberse centrado únicamente en la clienta.

Además, aún recordaba la conversación que tuvieron cuando se conocieron. Si ella quería tener algo con él, debía pagar.

Y no estaba dispuesta a ello.

Era una cuestión de orgullo.

Pero él le había hecho subir al cielo esa noche con sus dedos enterrados en su sexo y el pulgar rozándole el clítoris. ¿Cómo debía encajar eso? ¿Breixo quería demostrarle lo que se perdía si no accedía a pagar por tenerlo?

Kenneth dio órdenes de que se dirigieran todos hacia el dormitorio del yate para continuar allí con su pequeña orgía, por lo que Kenia tuvo que dejar de pensar en el joven prostituto.

Sobre la inmensa cama que ocupaba prácticamente la habitación se tumbaron los esposos.

Breixo se colocó un condón en su duro miembro y, poco a poco, fue penetrando a Susan.

Kenia le puso un preservativo a Kenneth y se empaló en él lentamente.

Cuando Breixo y ella se inclinaron hacia delante para cernirse sobre sus clientes, se miraron a los ojos y así, entrando y saliendo de esos cuerpos sudorosos, con el aire viciado por el sexo, minutos después alcanzaban el orgasmo.

Capítulo 14

Gabriel salió de casa de Aroa y se subió a su Maserati rojo. Mientras iba conduciendo, pensaba en todas las cosas que le habían quedado por decir. Recordando aquellos tiempos en los que, tras su abandono, cada vez que sonaba el móvil se lanzaba desesperado a cogerlo creyendo que era ella. Le deprimían, aún hoy, esas canciones que hablaban de amor como el que ellos tuvieron. Si ella supiera cómo estaba él, hecho una mierda desde entonces, escondiendo el dolor para apretar los dientes y seguir hacia delante porque Aroa no le había dejado otra opción.

Había tenido que buscar en otros brazos el calor que ella se llevó, pero todo fue en vano. No había logrado olvidarla y sabía que, aunque pasaran mil años, no lo conseguiría porque estaban hechos el uno para el otro. Era su destino.

Una llamada entrante en su móvil, lo sacó de sus pensamientos.

—Dime, Mireia —contestó, sabiendo quién lo llamaba al verlo en la pantalla.

—¿Cómo va la investigación sobre la muerte de nuestra chica?

—Lenta. Todavía no tienen nada.

—Si la policía aparece por aquí...

—Tranquila. No te pasará nada y a las otras chicas tampoco. Contáis con mi protección, lo sabes.

—Gracias.

Al día siguiente, las inspectoras Martínez y Boix se reunieron con su equipo para informar al comisario de los avances en la investigación.

—Esta mañana hemos localizado al supuesto novio de la víctima. Es un *escort* masculino. Al parecer, la noche que asesinaron a la chica, él estaba haciendo un servicio con una cliente, pero como ocurre en estos casos, a pesar de que nos ha dicho quién es, ella no confirmará nada. Es la esposa de un político y si la prensa se entera de que paga por servicios sexuales, afectaría negativamente a la carrera de su marido —contó Aroa.

—Entonces el chico tiene coartada —concluyó Alonso, el comisario.

—Me temo que sí. Aunque de todas formas, Doménech —dijo refiriéndose a otro policía— está comprobándolo, por si acaso. Según nos ha contado este joven, conoció a la víctima en una fiesta, trabajando, y desde entonces estaba enamorado de ella. Por suerte, nos ha dicho a qué agencia pertenecía, así que iremos para allá en cuanto acabe esta reunión.

—¿Qué hay de la autopsia?

—Todavía nada.

El comisario se mantuvo en silencio unos segundos. Después, despidió a todos pidiéndoles resultados inmediatos.

Mientras Aroa caminaba por el pasillo en dirección a su mesa con Silvia siguiéndola, iba pensando en su conversación con Gabriel.

Podría saber muchas más cosas de la víctima si retomaba su relación amorosa con el empresario, como él le había pedido. Pero eso era un chantaje al que no estaba dispuesta a someterse.

—¿Cuándo es la cita con el señor Serna? —preguntó Silvia, sacándola de sus pensamientos.

—No voy a citarme con él —contestó Aroa seca.

—¿Por qué no? No es sospechoso de nada. Puedes relacionarte con él perfectamente.

—Bueno, pues no lo haré —continuó negándose la inspectora.

—No te entiendo, de verdad. Un tío que está como un queso quiere salir contigo una noche y tú, tan necesitada como estás, te niegas. Anda, dile que sí y pégate un buen revolcón. Tu cuerpo te lo agradecerá.

Aroa se detuvo y se volvió para encarar a su compañera, mirándola furiosa.

—¿Quién ha dicho que yo estoy necesitada?

—No hace falta que nadie lo diga. No hay más que verte para saberlo. Necesitas echar un polvo —replicó Silvia arqueando una ceja—. Recuerda que estudié Psicología y sé muy bien detectar...

—Como vuelvas a insinuar algo así, lo que vas a detectar va a ser el puñetazo que te voy a dar, ¿entendido?

Dicho esto, dio medio vuelta y se dirigió hacia su mesa, destrozando el suelo con cada paso y acordándose de todos los muertos de su compañera.

Capítulo 15

Kenia se estaba duchando al acabar el servicio en aquel yate de lujo. El cubículo era más bien pequeño para este menester. Ella pensaba que, dadas las dimensiones del barco y lo espectacular que era todo allí, los constructores deberían haberlo hecho más grande. Pero bueno, al menos podía borrar de su cuerpo las huellas de esa noche de desenfreno y lujuria, así que tampoco se iba a quejar mucho.

El cuarto de baño estaba dentro del dormitorio, pero desde la cama no se veía. Decorado en madera oscura con los sanitarios en blanco y un espejo que ocupaba toda la pared encima del lavabo.

Cuando estaba a punto de acabar, Breixo entró.

Ella se quedó un momento inmóvil al verlo en todo su esplendor otra vez. La sangre comenzó a correrle excitada por las venas y la boca se le reseco mientras contemplaba su provocativo acercamiento. Tenía un cuerpo perfecto. Hecho para dar y recibir placer.

La mirada de deseo que Breixo la dedicó, le atravesó la piel y redujo a cenizas todos sus pensamientos.

Él agarró el tirador de la mampara de cristal, la abrió y se metió dentro con Kenia.

—¿Qué haces? Esto es muy pequeño. No cabemos los dos —le riñó ella, con la respiración alterada por lo que su cercanía le hacía sentir.

—Sí cabemos, ¿no lo ves? —rebatía él, aplastándola contra la pared negra de la ducha, mientras el chorro de agua los empapaba.

—Es mejor que salgas. Los clientes se pueden molestar si nos ven juntos. Pensarán que estamos follando y hemos venido a darles placer a ellos, no a satisfacernos mutuamente nosotros.

Kenia tenía las manos sobre los pectorales de Breixo mientras le hablaba. Le gustó sentir cómo sus músculos se contraían bajo su contacto. Tenía la piel caliente y la fina capa de vello que recubría su torso era suave. Sintió deseos de examinar con sus dedos cada rincón de la anatomía del *escort*, pero por prudencia no lo hizo.

—Están dormidos los dos. No se van a enterar de nada de lo que hacemos... a no ser que te pongas a gritar como una loca cuando llegues al orgasmo —replicó Breixo, inclinándose sobre la garganta de Kenia para lamer las gotas de agua que le caían.

Ella notó que sus piernas se convertían en gelatina. Sentía la erección de Breixo, caliente y aterciopelada, aprisionada contra su vientre. Deseó rendirse a la petición del joven, pero sabía que no debía hacerlo.

—No voy a gritar porque no vamos a hacer nada —dijo con la voz temblorosa.

Lo empujó con más fuerza hasta que logró sacárselo de encima.

—Sal —ordenó ella.

Como Breixo no hizo amago de obedecerla, Kenia imprimió más dureza a sus palabras.

—Haz el favor de salir de aquí inmediatamente o te juro que dejaré de hablarte. No volveré a coger el teléfono cuando me llames.

Él ladeó la cabeza y entornó los ojos, observándola un momento. La piel de Kenia estaba sonrosada a pesar del bronceado que había adquirido ese verano. Sabía que ese sonrojo se debía a la excitación que él acababa de proporcionarle.

—Está bien —claudicó Breixo.

No quería presionarla y perder lo que había conseguido con ella ese verano. Sus llamadas, su sincera preocupación cuando se marchó de viaje sola y el resto de cosas tenían un fin: Enamorarla.

Pero no iba a desperdiciar la oportunidad de verla así, desnuda y excitada, y de que ella lo viera de la misma manera.

Así que salió de la ducha, cerró la mampara y agarró el tirador para que ella no pudiese abrir por dentro hasta que él se lo permitiera. Tenía algo en mente y lo iba a llevar a cabo ante los ojos de Kenia.

Comenzó a tocarse la erección, arriba y abajo, mojada por el agua de la ducha.

Ella, al comprobar lo que estaba ocurriendo, abrió los ojos muy sorprendida de que Breixo fuera capaz de hacer algo así en aquel momento, con los clientes a solo unos metros de ellos.

Ese hombre estaba loco y la iba a meter en problemas a ella.

Cerró el agua de la ducha y agarró la puerta para abrirla, pero como el *escort* la tenía firmemente sujeta por el otro lado, no lo consiguió.

—Déjame salir —siseó entre dientes.

—Tócate para mí —solicitó él.

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó clavando su mirada en los iris claros de Breixo.

Él, por toda respuesta, le dirigió su sonrisa más provocativa y traviesa.

—¡Dios! —gimió ella desesperada ante la situación y lo que podía ocurrir si los clientes se despertaban y los pillaban así.

Ella desnuda y mojada dentro de la ducha y Breixo en el exterior, masturbándose sin quitarle los ojos de encima.

—¿Te has creído que soy un póster de alguna tía buena como los que tenías en tu cuarto cuando eras adolescente y fantaseabas con follártela?

—No. Tú eres mil veces mejor. Eres real.

—Joder, Breixo, para.

—Tócate para mí —volvió a pedirle.

Ella se cruzó de brazos. No pensaba obedecerlo.

—Muy bien. No me hagas caso si no quieres. Puedes seguir babeando mientras me miras —comentó Breixo con el ritmo cardíaco alterado por los roces de su mano sobre la piel mojada del pene.

—¿Qué siga babeando? ¿Por ti? No me hagas reír, por favor —intentó burlarse de él, pero no le salió bien la jugada.

Su mirada la delataba, centrada como estaba en su virilidad y el deslizar de su lengua por el labio inferior le dijo a Breixo que ella no era inmune a su físico. Kenia se relamía ante él igual que haría ante un trozo de su pastel favorito.

Ella estaba hechizada por él. ¿Era posible que, de repente y tras ducharse, se sintiera de nuevo sudorosa? ¿No hacía demasiado calor allí? ¿Sería el vapor de la ducha que se pegaba a su piel haciendo que necesitase otra vez aclarársela con agua? Con agua muy fría, a ser posible.

—Breixo, déjame salir —le suplicó ella, tirando de la manilla nuevamente.

—Hasta que no acabe no. Puedes acelerar el proceso cumpliendo mis deseos y tocándote para mí. Pensando en mí igual que yo estoy pensando

ahora mismo en ti. Viéndote desnuda. Contemplando tu belleza salvaje y...

No pudo continuar hablando porque el orgasmo le llegó y tuvo que apretar los dientes para no soltar el grito que pugnaba por salir de su garganta.

Kenia supo que jamás podría borrar de sus retinas ni de su memoria lo que acababa de ocurrir allí.

Breixo dio un par de pasos hacia atrás, soltando la manija de la mampara de la ducha, y se sentó sobre la tapa del inodoro para recuperarse del espléndido clímax.

El chorro de semen resbalaba por la puerta de cristal, dejando constancia de lo sucedido. Kenia observó que la mano del *escort* también estaba manchada por la esencia blanca. Sintió deseos de limpiar con su lengua todo aquello y tragárselo para conocer de primera mano a qué sabía Breixo, pero se contuvo.

Abrió la mampara y agarró una toalla, con la que se envolvió el cuerpo. Después cogió otra para secarse el pelo.

—Vas a limpiar todo esto antes de irte, ¿entendido? No quiero que nadie descubra lo que ha pasado aquí —le ordenó al joven, que la miraba con los ojos vidriosos por el orgasmo y la respiración acelerada todavía.

Salió del cuarto de baño sin esperar su respuesta.

Caminó hasta dónde había dejado su ropa tirada al empezar el servicio y se vistió. Oyó el agua de la ducha correr y las imágenes de Breixo y ella en el interior de la pequeña cabina la asaltaron de nuevo. Cerró los ojos con fuerza para hacerlas desaparecer.

Una mano se posó en su hombro y ella se giró sobresaltada.

—Ha sido un placer —dijo Susan—. Volveremos a llamaros a los dos.

—Gracias. Me alegro de que hayáis disfrutado —contestó Kenia con una sonrisa, desenredándose el cabello húmedo con los dedos.

Susan se acercó a ella y la besó en la boca con delicadeza. La *escort* le devolvió el beso imaginando que era Kenneth y no la mujer quien la besaba. Pero la imagen de Breixo se coló en su mente y Kenia profundizó el beso que se estaban dando. Recorrió con su lengua experta la húmeda cavidad que se entregaba a ella dócilmente y cuando oyó un gemido femenino, reaccionó.

Poco a poco, abandonó los labios de Susan y al separarse de ella la vio

con los ojos cerrados, totalmente entregada al beso que se habían dado.

La clienta abrió despacio sus ojos y una sonrisa floreció en su bonito rostro.

—Es una pena que no podáis quedaros otro par de horas. Me están entrando unas ganas terribles de follar de nuevo.

—Lo siento. Las normas son así. La próxima vez contratad más tiempo —le recomendó Kenia pensando que ella se sentía igual que Susan. Con ganas de nuevo.

Se dio cuenta de que el beso que se había dado con la mujer le había gustado. No sabía si era debido a que pensaba en Breixo mientras tanto o porque los labios de Susan eran especiales.

Tampoco quiso pensarlo mucho. Debía marcharse. El servicio había terminado.

Vio cómo Breixo salía del baño como su madre lo trajo al mundo y gimió interiormente.

¿Pero es que este hombre no se cansaba nunca de ir por ahí provocando?

Susan se acercó a él para despedirse con un beso igual que había hecho con Kenia y, después, el joven comenzó a vestirse.

Ella subió las escaleras para acceder a la cubierta del yate y de ahí a la dársena donde estaba fondeado el barco.

Mientras caminaba, sacó el móvil para llamar a Mireia y que supiera que todo había ido bien.

Sin embargo, no pudo hacerlo, pues alguien la agarró del brazo.

Supo enseguida que quien la sujetaba era Breixo porque reconocería el calor de su mano en cualquier lugar. Una descarga eléctrica la recorrió entera al notar los dedos fuertes de él sobre su piel.

—¿Te vas sin mí?

—Ya he acabado lo que vine a hacer aquí, así que...

Breixo bufó.

—Te he dicho muchas veces que no deberías andar sola por ahí a estas horas de la noche. Podría pasarte cualquier cosa.

Ella no contestó. No tenía ganas de discutir con él por el mismo tema. Durante el verano ya lo había hecho muchas veces y no servía de nada. Él seguía insistiendo con lo mismo.

Comenzaron a caminar uno al lado del otro en silencio.

Kenia estaba nerviosa. No sabía qué decirle después de lo que había pasado dentro del barco.

Fue Breixo quien rompió el hielo.

—¿Por qué no me has dicho esta mañana, cuando hemos hablado por teléfono, que habías vuelto a Barcelona? —le reprochó él.

Ella se encogió de hombros y le dedicó su mejor cara de niña buena.

—Será porque no tengo que darte explicaciones. No eres mi novio ni mi chulo.

Él pasó por alto el comentario, sobre todo la última palabra.

—Menos mal que Mireia me ha conseguido este servicio, así puedo vigilarte.

Kenia abrió la boca sorprendida y se detuvo para observarlo.

—¿Cómo que Mireia te ha conseguido este servicio?

—Yo tampoco tengo que darte explicaciones, ¿sabes?

—Breixo... Dímelo —le exigió ella.

El joven inspiró hondo. Después soltó el aire despacio. Muy despacio.

—Me llamó para contarme que unos clientes habían solicitado a una pareja para hacer un servicio. Como vuestra agencia es solo de *escorts* femeninas y yo voy por libre, me preguntó si me interesaría hacerlo. Le dije que sí, por supuesto. Y más cuando me comentó que tú ibas a estar aquí.

—A mí me llamó Mireia ayer para contarme esto de hoy. ¿Cuándo te avisó a ti? —preguntó Kenia asombrada por la jugada de su amiga.

Ella sí sabía quién iba a ser el prostituto que iba a estar con los ingleses y no le dijo nada cuando le preguntó esa tarde antes de acudir a la cita. ¡Maldita sea!

—Ayer también.

—¿Así que esta mañana ya lo sabías y no me has dicho nada? —soltó ella indignada.

—A ver si ahora te vas a enfadar cuando soy yo el que debería estarlo. Te recuerdo que esta mañana me has afirmado rotundamente que aún seguías de vacaciones con tu familia y que no sabías cuándo ibas a volver. ¿Por qué lo has hecho, Kenia? ¿Por qué me has mentado?

El rubor tiñó las mejillas de la chica.

—No lo sé. Quizá sea porque me gusta jugar al gato y al ratón contigo.

—Mala —la acusó él sonriendo.

El silencio se adueñó de ellos, que comenzaron a caminar otra vez. Al cabo de unos minutos, de nuevo Breixo tomó la palabra.

—¿Cuándo me dejarás que termine lo que he empezado esta noche? Me ha gustado mucho darte placer y estoy deseando repetir. Eres exquisita. Cuando he ido a la ducha...

—¿Terminar? ¿No has tenido bastante? Te has arriesgado mucho —lo cortó—. Si ellos llegan a darse cuenta, podrían haberse enfadado. En teoría tenemos que darles placer a los clientes, no dárnoslo entre nosotros cuando estamos trabajando.

—A no ser que ellos nos lo pidan —rebatió el joven.

—Yo no he oído a ninguno de los dos pedir que me metieses los dedos en el coño hasta conseguir que me corriese, ni que intentases follar conmigo en la ducha o te masturbases delante de mí.

—¿No me dijiste que te gustaba el riesgo? —preguntó él.

—Y me gusta. Pero en el trabajo no. No quiero que la agencia pierda clientes por no trabajar correctamente —replicó Kenia molesta.

—¡Qué chica más responsable, Dios mío! —refunfuñó él riéndose.

Ella no dijo nada más, pero Breixo esperaba la respuesta a la pregunta que le había hecho y que ella, tan hábilmente, no había contestado.

—¿Cuándo podré terminar lo que he empezado hoy? —insistió.

—Breixo no creo que...

—Venga, no me digas que tú no lo deseas tanto como yo. Quiero hacerte el amor —la interrumpió—. Sé que sientes mariposas cuando me ves. No te voy a engañar. Yo también siento sus alas acariciándome el pecho cada vez que te veo o hablo contigo.

—¿Mariposas? —Se rio Kenia—. Breixo, vamos, ¡eres un puto!

—Y tú una puta, ¿y qué? ¿No podemos enamorarnos porque nos dedicamos al negocio del sexo?

Kenia sacudió la cabeza a un lado y al otro.

—Déjame enamorarte —continuó él, agarrándola de la mano para detenerla—. Desde que te conocí, no dejo de pensar en cómo sabrán tus labios. Tienes algo, no sé qué es, pero cuando te veo todos mis sentidos se

centran en ti. —Colocó las manos en sus mejillas, enmarcándole el rostro y la miró con intensidad—. Me muero por tocarte, por acariciarte. Cuando te tengo cerca, pierdo el control. Ya lo has visto ahí dentro. No he podido contenerme para darte placer.

—Breixo... —gimió Kenia, notando la calidez de sus manos abrasándole la piel de los pómulos.

—Conviértete en mi adicción, en mi obsesión, en mi delirio...

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé —afirmó él rotundo.

—No, no lo sabes. Nos conocemos solo de ¿cuánto? ¿Un par de veces que nos hemos visto?

—Estoy de acuerdo en que nos hemos visto poco, pero nuestras conversaciones telefónicas han significado mucho. Al menos para mí. Me gustas y quiero intentar algo serio contigo. Atrévete, Kenia. Dame una oportunidad.

Ella retrocedió y las manos de Breixo cayeron a ambos lados de su cuerpo, dejando de tocar la fina piel de su rostro.

—¡No podemos tener una relación seria! —exclamó—. ¿No te das cuenta? Con la vida que llevamos no podríamos ser fieles el uno al otro. Y no sé tú, pero yo no pienso dejar la prostitución así como así, ni por ti. Todavía me quedan dos años de carrera y necesito el dinero que gano con esto.

Breixo dio un paso hacia ella y la agarró de los brazos.

—No te estoy pidiendo que dejes nada por mí. Además, el tema de la fidelidad tiene fácil solución. En cada servicio entregamos nuestros cuerpos, pero nuestro corazón y nuestra alma nos pertenecen solo a nosotros. Yo sería tuyo y tú serías mía. Sería como las parejas a quienes les gusta compartir. Como Kenneth y Susan. Se trata solo de disfrutar viviendo la sexualidad de otra manera.

De la forma en que Breixo se lo explicó, le resultó muy tentador. ¿Podría tener una relación seria con él y que los dos continuasen vendiendo sus cuerpos a otras personas? Para ella era una cuestión de trabajo entregar su sexo a otros. No le importaba. Siempre que el cliente pagase bien, claro.

Además, le seducía la idea de ser compartida por otros hombres. Ya lo había hecho más veces, pero si Breixo estaba implicado en el asunto... le

atraía todavía más.

Aun así, tenía que pensarlo seriamente. ¿Y si a la larga aparecían los celos y todo se iba a la mierda?

Breixo rezaba porque ella recapacitase, meditara su proposición y aceptase. Desde que la conoció, no podía dejar de pensar en Kenia. Le gustó desde el primer momento y con sus charlas telefónicas de ese verano se había ido enamorando de ella poco a poco. Además, estaba el plano sexual. Kenia lo atraía tanto y de tantas formas distintas que le costaba pensar en todas ellas. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Kenia en aquella fiesta donde la conoció, se colaba tras sus párpados. Soñaba con desnudarla y unirse a ella. Ya no recordaba la cantidad de veces que se había masturbado pensando en Kenia ese verano.

—Tengo que llamar a Mireia para que sepa que he terminado el servicio y se quede tranquila.

—Bien. Pero esta conversación no se ha acabado —la advirtió él.

—El servicio ya se ha terminado y todo ha ido bien —informó Kenia a Mireia—. Por cierto, me podías haber dicho que el *escort* de esta noche era Breixo en lugar de mentirme y decirme que no sabías quién iba a ser.

—Anda, no te quejes —le soltó Mireia riendo—. Seguro que te lo has pasado muy bien con él. Si te hubiera dicho que Breixo te iba a acompañar, habrías rechazado el servicio. Con lo cabezota que eres... Y míralo por el lado bueno. Habéis pasado un rato increíble sin que ninguno de los dos haya tenido que soltar pasta para estar con el otro. Tú mantienes tu orgullo intacto, él también y los dos habéis disfrutado.

—Joder, Mireia... —bufó Kenia.

Pero su amiga tenía razón en todo lo que había dicho.

Se despidió de ella y, acto seguido, marcó el número del servicio de taxis.

Mientras esperaban al vehículo, Breixo volvió a la carga.

—Es poco más de la una de la madrugada. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te apetece seguir de fiesta conmigo? ¿Vamos a bailar a algún sitio? ¿A hacer el amor en mi casa?

Kenia meneó la cabeza.

—Me voy a casa. Estoy cansada.

—Bien. Compartiremos taxi, entonces.

—¿Por qué no te pides uno para ti?

—Porque quiero estar contigo el mayor tiempo posible —respondió él.

—No... Breixo... no —murmuró ella—. Por favor, no me hagas esto.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Me vendo los ojos para que mi corazón no se enamore más de ti cada vez que te veo?

—No me digas esas cosas, Bre...

Pero no pudo continuar.

El joven la agarró de la cintura con una mano y la pegó a él. Con la otra mano, la cogió por la nuca, hundiendo los dedos en su cabello todavía húmedo. Fusionó sus labios con los de ella en un lento beso que hizo que hasta la luna sintiera envidia de su incipiente romance.

La besó como si el mundo fuera a acabarse esa noche y tuviera que beber de ella para salvarse.

Kenia cedió ante el deseo irresistible que la inundaba cuando sintió los labios de Breixo contra los suyos. Esta sensación se apoderó de su cuerpo mientras la otra boca le pedía acceso, lo encontraba y era recompensada con una mezcla de dulzura y fuego jamás soñado.

Los dos gimieron de placer y Breixo recorrió con expertas caricias el interior de la boca de Kenia, no dejando ningún rincón por explorar.

—Estaba loco por besarte —murmuró contra sus labios húmedos cuando se distanció un poco para tomar aire.

Ella lo observó embelesada por ese magnífico beso que él le había dado. Ese beso le había llegado hasta el alma y hacía que quisiese rendirse a él para que la enamorase como pretendía.

—¿Sientes ahora las mariposas de las que te hablaba? —quiso saber Breixo.

Kenia jadeó, todavía con la respiración y el corazón alterados. Los dedos de él rozaban la nuca de la joven, enviando descargas de placer que recorrían todo su cuerpo y se alojaban entre sus piernas.

Se lamió los labios, intentando volver a capturar el sabor de Breixo, pero como le supo a poco, se acercó a él para unir sus bocas de nuevo.

Ella profundizó ese otro beso cayendo en la adicción de su sabor.

El pitido del taxi los sobresaltó.

Se separaron, sonriendo, y los dos se metieron dentro.

Breixo odió cada minuto de los que pasó en el interior del coche porque el cinturón de seguridad lo alejaba del cuerpo de Kenia. Aun así, la agarró de la mano y no la soltó hasta que se bajaron del auto, frente al portal de la chica.

—Pero ¿no aprovechas el taxi para ir a tu casa? —preguntó ella sorprendida al ver que el *escort* pagaba la carrera y se apeaba del vehículo.

—Cogeré otro cuando te deje sana y salva en tu piso.

La sonrió, agarrándola por la cintura para besarla de nuevo.

—¡Dios! —soltó Breixo cuando se distanciaron segundos después—. ¿Qué tienen tus besos que me envician? Si con un beso he caído a tus pies, estoy perdido para el resto de mujeres. ¡Ay, qué va a ser de mí!

Se llevó una mano al pecho fingiendo teatralmente.

Kenia, con los brazos alrededor de su cuello, se rio.

—Estás loco.

—No estoy loco. Bueno quizá sí. Pero loco por ti. Porque eres una delicia. No hay nada más rico que probar tu boca, tu cuerpo, tu sexo...

Se acercó a sus labios y de nuevo los besó.

—Mis sábanas esperan conocer tu piel —susurró Breixo contra su boca—. Te pediría que vinieses a mi casa; sin embargo, sé que estás cansada. Se te nota en la cara. Así que te dejaré descansar, pero mañana... no te me escapas.

El final de la frase lo dijo con la voz ronca por el deseo. A Kenia se le erizó el vello de todo el cuerpo al escucharlo.

Iba a contestarle cuando oyó cómo la llamaban por su nombre real. Se tensó y la respiración se le cortó.

Se distanció de Breixo con rapidez, como si se hubiera quemado.

Cuando se volvió hacia la voz conocida, compuso una sonrisa en sus labios que a duras penas logró mantener.

—Hola, Jessica —saludó Kenia.

—No sabía que tuvieras novio —respondió su compañera de piso.

—No es mi novio —le aclaró ella.

—¿Cómo qué no? —preguntó Breixo ofendido.

Kenia abrió la boca para contestar, pero el joven se le adelantó. Se presentó con su nombre real a la otra chica, estrechándole la mano.

—Entonces ¿estáis saliendo o no? —quiso saber Jessica, cotilla.

—No —soltó Kenia.

—Sí —afirmó Breixo.

Los dos se miraron unos segundos a los ojos y después el joven desvió la atención hasta la amiga.

—Hace tiempo que intento enamorarla, pero su corazón tiene una clave. —Se inclinó sobre la oreja de la chica y le susurró—: Y solo yo voy a ser capaz de descifrarla. Nadie lo sabe, así que guárdame el secreto, ¿de acuerdo?

A Jessica la respiración se le aceleró al sentir a Breixo tan cerca. Ese hombre era una trampa sensual que aniquilaba el sentido común de cualquier mujer.

Kenia pudo escuchar a la perfección lo que él le había dicho a su compañera de piso. Chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

«Provocador», pensó.

—No le hagas ni caso. Es un embaucador —le dijo a su amiga.

Jessica se rio tontamente.

—¿Y cómo... cómo os... conocisteis? —quiso saber con curiosidad y el corazón bombeando frenético.

—En una fiesta —soltó Breixo.

—Trabajando —respondió Kenia al mismo tiempo que el *escort*.

Ella clavó su mirada en los iris del joven, rogándole que no contara nada de su otra vida. Él pareció comprender esa mirada angustiada.

Breixo asintió con la cabeza. Él no iba a desvelar nada.

—Nos conocimos trabajando en un *casting* dónde había una fiesta de una marca de ropa —improvisó Kenia—. Por eso él te ha dicho que en una fiesta y yo te he contestado que trabajando. Lo mires según lo mires, se podría decir una cosa u otra.

—¡Qué bien! —exclamó Jessica y como su curiosidad ya estaba satisfecha, añadió—. Bueno, parejita, os dejo solos para que os despedáis. Voy llamando al ascensor y te espero. —Miró a Kenia al decir esto.

Cuando la chica se metió en el portal, Breixo habló con Kenia en voz muy baja.

—Relájate. Estás más tensa que un tanga.

Él había sentido cómo el pulso le latía frenético mientras la sujetaba por una de las muñecas durante el tiempo que hablaron con su compañera de piso.

Kenia inspiró profundamente para calmar su alteración.

—Mis compañeras de piso no saben nada de mi otra vida —confesó en el mismo tono de voz bajo—. Ni mi familia ni en la facultad... nadie... nadie sabe nada...

—Tranquila. —Breixo posó un dedo en sus labios para silenciarla—. Estamos en la misma situación. Mis amigos, mi familia... —Negó con la cabeza—... Tampoco nadie sabe nada y no deben enterarse jamás. Te juro que tu secreto está a salvo conmigo. No tienes que temer nada.

Ella respiró con más calma y él la pegó a su pecho para terminar de tranquilizarla. Le pasó los dedos por el cabello varias veces, maravillándose con su suavidad.

—Por cierto, me ha gustado mucho saber tu nombre real. —Lo oyó susurrar a escasos centímetros de su oreja—. Es precioso. Como tú. Toda tú eres preciosa.

Ella levantó la cabeza de su torso y le sonrió dulcemente.

—A mí también me ha gustado conocer el tuyo de verdad.

—Cuando estemos solos, ¿quieres que te llame así o prefieres que te siga llamando Kenia? —preguntó él, murmurando todavía.

La joven se mordió el labio dudando.

—Pues no lo sé. No sé qué será mejor. En algún momento, podríamos meter la pata y decir el nombre que no es.

Breixo asintió. Ella tenía razón.

—Bueno, ya lo decidiremos —dijo, inclinándose sobre su boca para darle un beso de despedida—. Mañana te llamo, ¿de acuerdo?

—Sí. Hasta mañana.

Breixo se quedó allí de pie hasta que ella desapareció dentro del portal. Después, echó a andar. Aunque su piso estaba lejos, necesitaba calmar la euforia del triunfo con el aire de la noche y la caminata. De lo contrario, no podría dormir, pues se pasaría el tiempo recordando cada instante de esa noche desde que llegó al yate de lujo y la vio a ella.

¡Qué demonios! ¡No iba a poder dormir por mucho que se cansara andado! Su mente lo bombardearía con todos los recuerdos de esa magnífica noche. Sobre todo cuando ella accedió a ser su novia. Porque... lo había conseguido, ¿verdad? No le había hecho la típica pregunta, pero él daba por hecho que ella lo había entendido perfectamente y con sus besos le confirmaba que sí, que estaban juntos. Aunque a su amiga le había dicho que no.

Decidió que saldría con ella de todas formas como si fuera su novio. Iba a luchar por el amor de Kenia costase lo que costase. Él era muy tenaz y siempre conseguía todo lo que se proponía.

Cuando Kenia alcanzó a su compañera en el interior del portal, esta la esperaba con la puerta del ascensor ya abierta.

—Vaya chico más guapo que tienes de novio —le soltó Jessica.

—Sí. Es muy guapo —reconoció Kenia—. Pero no es mi novio. Digamos que es...

Se quedó un momento en silencio, tratando de definir su relación con él.

—¿Amigo con derecho a roce? ¿Follamigo? —preguntó Jess.

—¡Ay, no! No me gusta esa palabra.

Kenia hizo una mueca de desagrado.

—Prefiero amigo con derecho a roce —reconoció al fin.

—Y en la agencia de modelos ¿hay más como él? Supongo que sí, ¿verdad?

—Sí, sí, hay más como él —dijo, acordándose de Luca, el fotógrafo.

Aunque para ella, Breixo era muchísimo más atractivo que el italiano.

—Me podías conseguir trabajo allí —le pidió la otra de repente—. Yo también soy alta como tú, uso una talla 38 y de cara no estoy mal, ¿verdad? Soy bastante mona.

Kenia se quedó boquiabierta por su petición. El miedo a que su amiga descubriera toda la verdad sobre su otra vida la aterró.

—No sé si necesitarán a más chicas, pero si me entero, te lo digo, ¿vale? —mintió, sintiendo el corazón a mil por hora, golpeando contra sus costillas.

Para que su compañera de piso no indagara más en el asunto de la supuesta agencia de modelaje, centró la conversación sobre ella.

—Bueno, ¿y tú? ¿De dónde vienes a estas horas de la noche? —le preguntó.

—Había quedado para cenar y salir a tomar algo con unas chicas de mi facultad antes de empezar el nuevo curso.

—Ah. ¿Y lo has pasado bien? ¿Por qué zona habéis salido?

La conversación continuó hasta que llegaron a su piso y, una vez cada una en la puerta de su habitación, se despidieron.

Capítulo 16

Las inspectoras llegaron a la céntrica calle de Barcelona donde estaba la agencia de prostitución de lujo.

Nada más que aparcaron el coche, Silvia fue a bajarse pero Aroa la detuvo.

—Tú, mejor, quédate aquí y si ves entrar o salir a alguien que te resulte sospechoso, me avisas.

Su compañera obedeció y la inspectora Martínez se apresuró a entrar en el edificio de aspecto señorial y noble fachada al tiempo que una ancianita salía de él. Mientras subía en el ascensor de principios del siglo xx los recuerdos de otro tiempo llegaron hasta su mente.

Pero los descartó de inmediato. En el pasado, cometió errores y tenía que pagar por ellos. Por eso pasaba las frías noches en soledad y durante el día no había sol que la iluminase. No se merecía el calor de nadie. Se sentía más sola que Eva en el Paraíso sin Adán, pero era la penitencia que se había impuesto para purgar sus pecados.

Salió al descansillo de la escalera preguntándose qué se iba a encontrar al otro lado de la puerta de madera maciza, bellamente labrada.

Alzó un dedo y tocó al timbre.

Poco después la puerta se abrió.

Cuando Aroa volvió al coche donde la esperaba Silvia minutos después, su compañera le preguntó si había obtenido la información que necesitaban.

—Nada. Lo que me han contado las chicas de aquí no nos servirá para nada —le dijo a su compañera.

—Pero ¿y los clientes con los que se veía? Habrá que interrogarlos.

—Sí, pero prefiero que eso lo hagan Doménech y Capdevila y nosotras dedicarnos a otras cosas para avanzar en la investigación. —Hizo una pausa y añadió—: Ya ha terminado nuestro turno. ¿Quieres que te lleve a casa?

Silvia la miró extrañada mientras salían del estacionamiento. Aroa nunca era amable con ella.

—Me encantaría, pero ¿por qué lo quieres hacer? Nunca...

—Tengo prisa —la cortó, uniéndose al tráfico barcelonés.

Su compañera la miró intensamente.

—¡Tú has quedado con Gabriel Serna para cenar! —exclamó, apuntándola con un dedo—. ¡Por eso tienes prisa en librarte de mí!

Aroa fue a replicar, pero lo pensó mejor y se calló.

—¿Me contarás mañana cómo ha sido la cita? —prosiguió Silvia.

—No.

—Por fi...

—De verdad, Boix... —La llamó por el apellido, como solía hacer algunas veces—... ¿Tienes veinticuatro años o tienes tres? —E imitándola, repitió—: Por fi... Por fi...

—Búrlate todo lo que quieras, pero como mañana no me cuentes cómo es Gabriel Serna en la cama... tendré que averiguarlo por mí misma.

Aroa frunció el ceño molesta al escucharla otra vez hacer referencia a su interés en el hombre.

—Es muy mayor para ti —dijo.

—Me gustan los hombres mayores —rebatía su compañera—. Además, tiene un aura muy fuerte. Desprende una energía tan positiva que...

—¡No me jodas, Silvia! ¿Otra vez me vas a soltar tus rollos sobre los chakras, el yin y el yan, las energías positivas, negativas y toda esa mierda espiritual que te gusta? —Llegaron a un semáforo en rojo y detuvieron el vehículo. Aroa se giró para encarar a la otra inspectora—. De verdad, ¿por qué no le dijiste a tu papá que te montase una consulta de parapsicología en lugar de unirse al cuerpo para soltar tus frikadas cada dos por tres? O mejor aún. Ya que tienes enchufe con los espíritus, podías coger una tabla güija y preguntarle a la víctima quién es su asesino —se burló de ella.

—¡Me gusta ser policía! —soltó ofendida—. Y en cuanto al tema de los espíritus, deberías creer en ellos. Sus presencias nos rodean y pueden ayudarnos.

—Aquí no se viene a jugar a ser *El Mentalista* —repuso Aroa, nombrando una famosa serie de la televisión—. Esto es la vida real, niña. A ver si te enteras de una vez.

El semáforo se puso en verde y las chicas reanudaron la marcha.

—De verdad, Aroa, necesitas echar un polvo con urgencia.

—Sí, claro, lo que tú digas, doña Mística.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Cuando dejó a Silvia en su casa, Aroa se dirigió a la comisaria. Necesitaba hablar con alguien.

Poco después, entraba en el despacho del comisario.

—Alonso este es el listado de clientes que me han dado en la agencia a la que pertenecía nuestra víctima. Aquí están los nombres de todos los que han contratado sus servicios desde que empezó a trabajar como *escort*.

Sacó un papel doblado del bolsillo del pantalón. Se lo había guardado ahí antes de bajar a la calle donde la esperaba Silvia en el coche. No quería que su compañera supiera nada de aquello.

—¿Te han dado un listado? ¿No se supone que es confidencial y se necesitaría una orden judicial? Una orden que no has pedido, por cierto. ¿Te quieres meter en líos, Martínez?

—Si hubiese pedido una orden habrían tardado en dármela y esto corre prisa. La mujer de la agencia me lo ha entregado de buena fe.

Alonso la miró muy serio.

—Ya —respondió escéptico.

Hubo una pausa y después, el comisario añadió:

—¿Me vas a explicar cómo coño lo has conseguido? —preguntó de mal humor.

Aroa extendió el papel sobre la mesa y lo giró para que él pudiese ver lo que le señalaba.

—¿Me vas a explicar tú por qué está tú nombre en la lista?

Aroa llegó a su casa agotada tras la intensa jornada. La confesión de Alonso sobre que él solicitaba los servicios sexuales de la víctima, la había dejado sorprendida. ¿Cómo había podido acostarse con la hija de un amigo suyo? ¿Eso no era sacrilegio o incesto o algo así? Y no una vez ni dos. Al parecer, su jefe era asiduo a la chica. Estaba encandilado con ella.

Se dirigió a la ducha mientras por el camino iba desprendiéndose de la ropa. Al pasar por el salón, cambió el rumbo y sus pasos la llevaron hasta el equipo de música. Buscó entre los CD que tenía hasta que encontró el que

deseaba escuchar mientras se duchaba y, cuando lo sacó de la cajita de plástico, lo introdujo en el reproductor. Le dio al botón y los primeros acordes de *Basket Case*, de Green Day, una banda de *rock punk* que a ella le gustaba desde que era muy joven, inundaron la estancia.

Se quedó un momento quieta frente al equipo de música hasta que, al llegar al estribillo de la canción, notó cómo los turbios pensamientos se alejaban de ella. Así era el poder de la música. Siempre conseguía relajarla y hacer que olvidase todo.

Cantando, se metió bajo el chorro de agua y cuando terminó de asearse, salió.

Estaba enrollándose una toalla al cuerpo cuando tocaron al timbre. Se quedó quieta, rezando para que quien estuviera al otro lado se marchase. No quería visitas.

Un par de minutos después se puso en marcha de nuevo. Le extrañó que no hubiera insistido la persona que fuera, ya que la música se podía escuchar por todo el piso y, por lo tanto, denotaba su presencia en la casa. Sin embargo, se alegró de que no lo hubiera hecho. No tenía ganas de hablar con nadie.

Se dirigió a su habitación y se puso ropa cómoda para estar en casa.

Cuando iba de camino a la cocina, el timbre sonó de nuevo.

No hizo caso y continuó su andadura.

Pero quien fuera que estuviera al otro lado, volvió a llamar.

Enfurrñada, fue a abrir y se encontró al otro lado a su vecina de enfrente, una ancianita de ochenta años, con su pelo blanco recogido en un tirante moño y vestida siempre de negro por el luto de su difunto marido.

—Tenías esto en el felpudo, niña.

La entregó una pequeña caja, que Aroa cogió.

—¿Sabe quién la ha dejado? —preguntó a la mujer.

Ella negó con la cabeza, por lo que la inspectora se despidió de su vecina, cerrando la puerta.

Fue a la cocina y apoyó la cadera contra el mármol de la encimera. Estudió la caja unos segundos y la sacudió para escuchar el contenido, pero no le dio ninguna pista de lo que había dentro. La abrió y se encontró con un yate de lujo en miniatura y un trozo de hilo rojo. Lo sacó todo frunciendo el

ceño. ¿Qué significado tenía aquello?

Observó con más detenimiento la caja donde venían la embarcación y el hilo, buscando pistas. Pero no halló nada.

Capítulo 17

Cuando Breixo recogió a Kenia en su casa, con una potente moto negra al día siguiente, ella estaba muy nerviosa. No sabía cómo comportarse con él después de su conversación la noche anterior. ¿Estaban saliendo en serio? Él le había asegurado que no quería que aquello entre los dos fuera algo pasajero.

Desde su habitación, había oído cuchichear a sus dos compañeras de piso sobre que ella salía con un chico guapísimo. Jessica, que era muy cotilla y no sabía guardar ningún secreto, se lo contó a Alejandra. Así que cuando Kenia abandonó su cuarto, pasó rápido por el salón donde las otras estaban y se despidió con un «He quedado con mi novio. Hasta luego». Huyó del piso para que no la hincharan a preguntas sobre su relación con Breixo.

Bajó a la calle y lo vio esperándola, subido a una moto de gran cilindrada. Él la sonrió, recorriendo con una mirada incendiaria el cuerpo de Kenia, que ese día llevaba un pantaloncito corto de color blanco y una blusa azul sin mangas. Ella sintió las famosas mariposas de las que tanto hablaba él revoloteando frenéticas en su estómago.

—Hola —dijo acercándose a la moto.

En cuanto la tuvo a su alcance, Breixo la agarró de la cintura y se pegó a sus labios como un sediento lo haría a una botella de agua.

—Hola, preciosa —susurró él contra su boca después del beso—. ¿Estás lista para pasar el día conmigo?

Kenia asintió, tratando de recuperar el aire que sus pulmones reclamaban con impaciencia porque Breixo se lo había robado con su caliente beso.

—¿Es tuya la moto?

—Sí.

—Es muy bonita.

—Gracias. Me gusta tener algo potente entre las piernas. Como esta moto y tú.

Le guiñó un ojo, con una sonrisa espectacular, y la tendió otro casco

para que se lo pusiera.

—Eres un provocador, ¿lo sabías? —Kenia se rio.

—Es mi segundo nombre. Venga, sube y agárrate bien a mí.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella montando en la moto.

—A comer en el puerto. Después, si te apetece, pasaremos la tarde en la playa.

—Es un buen plan —afirmó Kenia.

—Por la noche, iremos a una discoteca que conozco, así podrás bailar con un tío genial.

—¡Guau! ¿Y quién es ese tío genial con el que voy a bailar? —le preguntó, burlándose de él.

Breixo echó la mano hacia atrás y la metió entre sus cuerpos. Busco la entrepierna de Kenia, que quedaba abierta al estar sentada ya a horcajadas encima de la moto, y la dio un pellizco.

—No seas mala.

Ella se sobresaltó al notar en su sexo la presión de los dedos de Breixo. Dio un pequeño respingo y su corazón se aceleró de tal modo que creyó que le rompería la caja torácica. En milésimas de segundo su tanga se empapó.

¿De verdad había tenido Breixo el valor de pellizcarla en sus partes íntimas en plena calle? ¡Vaya! ¡Lo de ser un provocador se quedaba corto!

—¿Me acabas de tocar ahí abajo sin importarte quien nos pueda ver? —preguntó ella escandalizada, pero al mismo tiempo, excitada y encantada de que él fuera así de atrevido.

—Es que no me puedo resistir. Tu cuerpo es una tentación demasiado grande para mí —contestó riéndose.

Kenia lo abrazó por la cintura, pegándose a él, y le susurró a través del casco, aunque no sabía si él podría oírla al hablar tan bajo.

—Me gusta mucho que seas así.

El joven arrancó la moto y salieron volando de allí en dirección al puerto.

El día fue espectacular. Kenia estuvo en una nube todo el tiempo. Breixo era encantador, atento y cariñoso. A cada poco, él la besaba o ella a él. Se acariciaban, sintiendo en las yemas de sus dedos la calidez de su piel, deleitándose con ella.

La noche llegó y después de acudir a una discoteca a bailar, decidieron dar por concluida la velada.

—Lo he pasado muy bien —dijo ella saliendo del sitio de copas.

—Me alegro. —Carraspeó un poco y añadió—. ¿Te apetece venir a mi casa?

La chica se quedó pensando tanto rato, que Breixo creyó que le diría que no, pero finalmente ella puso una sonrisa en su boca y le contestó.

—¿Cuál es tu tarifa? Porque si es muy cara a lo mejor no me interesa.

Él se acercó a ella, inclinándose sobre su oreja para susurrarle el precio.

—Mi tarifa es que me entregues tu corazón, Kenia. Es lo único que quiero de ti.

Su cálido aliento le hizo cosquillas en el contorno de la oreja, provocándole un hormigueo excitante que le recorrió todo el cuerpo. El calor se apoderó de ella, desatando el fuego entre sus piernas.

—Sí.

Breixo sonrió al escuchar aquel monosílabo que significaba la rendición de Kenia.

Se apoderó de su boca y la besó con pasión. Nunca se había sentido tan necesitado de la dulzura y el cariño de una mujer; de sus caricias y del apremio por saciarse con un cuerpo femenino. De amar y ser correspondido.

Se subieron a la moto, aparcada a varios metros de la discoteca, y el joven puso rumbo a su casa.

El piso donde vivía Breixo era pequeño, pero estaba bien decorado y limpio. Nada más entrar, el *escort* aplastó a Kenia contra la puerta y comenzó a devorar su boca con ardientes besos.

El deseo que tan cuidadosamente había mantenido bajo control todo el día se desató y la euforia se apoderó de él de tal manera que a punto estuvo de hacerle caer de rodillas.

Tenía a Kenia para toda la noche. La erección dentro de sus pantalones creció más al pensar en todas las maneras en que le haría el amor durante horas y horas.

Cogiéndola en brazos igual que a una novia recién casada, se dirigió con ella hacia su habitación mientras no dejaba de besarla.

A Kenia las sandalias y el bolsito de mano se le cayeron por el camino.

Pero era tal el ímpetu y las ganas de entregarse a Breixo que ni se molestó en ver dónde quedaban. Ya los recogería al día siguiente cuando tuviera que marcharse a casa.

Se entregó a los besos del joven con idéntica pasión. Estaba nerviosa, pues iba a ser la primera vez que haría el amor con él. Notó cómo el pulso acelerado le palpitaba en las sienes impidiéndola pensar con claridad.

Breixo agarró la colcha azul de la cama y de un tirón la sacó. Depositó a Kenia sobre el lecho cubierto por las sábanas con una delicadeza que contrastaba con el fuego interior que lo recorría imparable haciéndolo arder de deseo.

Y al verla allí tendida sobre su cama, como tantas veces había soñado desde que la conoció, su corazón bombeó frenético. Quería hacerla disfrutar como nunca en su vida. Quería que su primera vez juntos fuera memorable. Que jamás pudiera olvidarlo.

—Desde que te vi, supe que eras para mí —confesó él con sus ojos clavados en los de ella—. Primero, te voy a tomar rápido y fuerte porque no aguanto más el deseo loco que siento por ti, pero luego, cuando me haya calmado, te voy a hacer el amor despacio. Vamos a disfrutar durante horas. ¿Estás preparada?

Kenia asintió con la garganta reseca y la lujuria bailando en sus pupilas. Aquellas palabras hacían que jadease de placer. Ese hombre la excitaba de cualquier manera. Con sus besos, con su cuerpo, con sus caricias, sus miradas y con su voz tan varonil. Hacía que se sintiese única y especial.

Con el corazón al borde del colapso, Breixo comenzó a desnudarla, venerando cada centímetro de piel que iba descubriendo y besándola en todas las zonas de su cuerpo que quedaban libres de ropa.

Kenia hizo lo mismo. Le picaban los dedos por la necesidad de sentir la piel de su novio contra sus yemas, así que le arrancó la camisa dejándola tirada en el suelo.

—Dios mío, qué hermosa eres... —murmuró Breixo.

Se recreó unos instantes en su preciosa Kenia, con el pelo desparramado por la sábana, y sintió que ella era la razón por la que el sol brillaba cada mañana.

—Breixo... —jadeó Kenia con apremio al ver que él se detenía para

observarla.

—Ya voy, ya.

El joven terminó de desnudarse y se colocó un preservativo en su duro miembro. Se ensartó en ella rápido. Ya no aguantaba más sin sentir en cada centímetro de su erección el calor del sexo de Kenia, envolviéndolo igual que una funda hecha a medida.

Ella enlazó sus piernas en torno a las caderas de Breixo, notando cómo él chocaba contra sus húmedos pliegues femeninos con cada vaivén de su cuerpo. Sentía deslizarse dentro de sí la maravillosa anatomía de ese hombre que tanto placer le estaba dando.

Kenia sabía que él iba a ser así. Intenso y atrevido; y que le saturaría los sentidos con sus ardientes caricias y con su cercanía.

Breixo se distanció un poco del pecho de Kenia para mirar hacia la unión de sus cuerpos. Ella siguió esa mirada y al encontrarse con el sexo de él entrando y saliendo del suyo, se excitó más aún.

Él se apoyaba sobre el colchón con los brazos en tensión, aguantando su peso para no aplastarla a ella y poder centrarse en el objeto de la lujuria que se había desatado en su cama. Continuaba con su ritmo constante hundiéndose en Kenia. Cuando se unía a ella, rotaba sus caderas para darle al clítoris toda la estimulación que requería y poder lanzar a su chica al firmamento.

Kenia volvió a subir de nuevo la vista hacia los ojos de Breixo, oscurecidos por el deseo, no sin antes deleitarse con ese increíble torso bronceado por el sol y esculpido para ser acariciado.

—Joder... qué bueno va a ser... —gimió Breixo, próximo a su liberación.

—Sigue... más fuerte... —suplicó ella con la voz ronca por la excitación, notando que estaba a punto de culminar.

—¿Cuánto te falta? Quiero que nos corramos a la vez, pero no sé si lo lograremos —jadeó él, apretando los dientes para retener su inminente orgasmo y conseguir lo que le estaba diciendo a Kenia.

—Poco... ya me falta poco...

Breixo se inclinó sobre el cuerpo desnudo de su novia. Ella notó cómo el vello de su torso le hacía cosquillas en sus pezones tensos. La cogió por el

culo con sus grandes manos y ella lo agarró del pelo, clavándole los dedos en el cuero cabelludo.

Kenia se acercó a su boca y le mordió los labios.

Breixo continuó con su castigador ritmo hasta que ya no lo pudo resistir más y se dejó ir, exhalando un masculino gruñido. Enterró la cara en la curva del cuello de Kenia y ella notó su respiración alterada.

—Joder... creía que me iba a morir de lo intenso que era... —susurró la joven con todas sus neuronas aceleradas.

Él alzó la cabeza y la miró sonriente. Después se acercó a sus labios y los besó despacio.

Kenia cerró los ojos, disfrutando de las lentas caricias en su boca.

El olor inconfundible a cuerpos sudorosos y a sexo del bueno se extendió por la habitación.

Breixo rodó para que ella quedase encima y poder abrazarla.

Kenia apoyó el mentón en su pecho y lo miró totalmente hechizada.

—¿De qué color tienes los ojos? —preguntó—. Porque hay veces que los tienes verdes, otras azules, y otras es una mezcla de los dos.

—Depende de la luz del sol, de si está nublado el día... La verdad es que yo tampoco sabría decirte de qué color son.

—Bueno, no importa. Me encantan.

—Gracias —dijo sonriéndola.

Se besaron durante algunos segundos más hasta que él recordó que aún seguían unidos. Separó a la joven de su cuerpo para poder quitarse el condón, que dejó atado en el suelo.

Después, él quedó tumbado sobre la cama, con ella pegada a un lado, su pierna derecha encima de las de Breixo, con la mano recorriendo su torso, trazando corazones con un dedo sobre su piel.

El joven le acariciaba la espalda con lentitud, empapándose de la suavidad de la piel de Kenia.

—Cuenta una leyenda —Breixo comenzó a hablar— que todos nacemos con un hilo rojo, invisible, atado a la persona que amaremos para siempre. Sin importar el tiempo que pase, el lugar o las circunstancias en las que se hallen los amantes, el hilo se podrá estirar, contraer o enredar, pero jamás romperse. Eso es lo que siento cuando estoy contigo. Que estoy atado a ti por

ese hilo rojo, invisible, y que nunca nos vamos a separar. Por fin, te he encontrado.

El corazón de Kenia galopó como un caballo desbocado al escucharlo. Los sentimientos del joven hacia ella la asustaban. Todo era tan intenso, tan fuerte... que por un momento la inundó el pánico. Pero se obligó a tranquilizarse.

—Si el hilo es invisible, ¿cómo puedes decir que es rojo? —preguntó ella, burlándose para rebajar la tensión emocional de ese instante de intimidad.

Breixo soltó una carcajada.

—Joder, Kenia, yo aquí abriéndote mi corazón, diciéndote que te quiero y tú haciendo bromas. Eres más rara que Dalí, tía.

—Anda, calla y hazme el amor. Me lo has prometido. Primero fuerte y rápido, dijiste. Ahora toca lo otro.

Buscó la boca de su novio y lo besó, imprimiendo en ese beso todas las ganas que tenía de volver a sentir su miembro dentro de ella dándole placer.

Capítulo 18

Gabriel conducía su Maserati rojo mientras escuchaba *Tremble for my beloved*, de Collective Soul, un grupo de *rock* alternativo que le gustaba desde hacía años.

De repente la música se interrumpió porque el teléfono sonó.

—Dime, Mireia.

—Ha estado aquí.

—¿Le has dado la lista de los clientes? —quiso saber él.

—Sí.

—Muy bien.

—¿Crees que volverá? —preguntó Mireia.

Gabriel se quedó pensando unos segundos.

—No lo sé —contestó al fin.

—Ten cuidado —pidió ella.

—Tranquila.

Se despidió de su amiga y, cuando cortó la comunicación, la música volvió a sonar en el habitáculo.

Aroa revisaba las cámaras de seguridad de algunas sucursales bancarias que estaban en el recorrido que había hecho Tamara Aragón desde que salió por la puerta de atrás de Delirium hasta su casa.

Vio cómo, al abandonar la discoteca, llamaba por teléfono y un taxi la recogía en pocos minutos. De allí, la llevó a su casa. Eran las diez de la noche cuando la chica se metía en su portal. Lo que acertaba las horas de acción del asesino. En principio calcularon que iban desde las ocho de la tarde, cuando sus compañeras de piso la dejaron sola en casa, hasta la una de la madrugada.

Bien. Ahora sabían que a las diez de la noche aún estaba viva. Esperaba que la autopsia revelara la hora exacta.

Continuó observando la grabación de la cámara de seguridad del banco que había frente a su portal a la esperaba de vislumbrar algo, lo que fuera, que les diera alguna pista para llevarlos hasta el asesino.

Mucha gente pasaba por allí. Vecinos del barrio y de aquel edificio. Unos entraban, otros salían, pero nadie parecía sospechoso. Era un viernes por la noche cualquiera del mes de abril.

—¿Qué tal ayer la cita con Gabriel Serna? —preguntó Silvia a su lado—. Todavía no me has contado nada.

—Ni te lo voy a contar —replicó Aroa.

«Principalmente porque no salí con él», pensó la inspectora.

—¿Os acostasteis? Debe de ser muy bueno en la cama... —suspiró Boix.

Aroa la miró mal, pero no contestó. Podía haberle soltado alguna de las suyas; sin embargo, prefirió hacer como que no la había escuchado.

Un agente llegó hasta ellas con un ramo de rosas rojas.

—Han dejado esto para ti, Martínez —dijo entregándole las flores.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó.

Silvia miró a Aroa.

—Son de él, sin duda. Eso es que la cita fue bien, ¿no? —cotilleó, sonriéndola.

La policía no respondió. Sacó un sobre pequeño que había entre las rosas y dejó el ramo encima de la mesa para poder abrirlo. Dentro había una tarjetita. La letra clara y redonda de Gabriel la citaba en uno de los restaurantes más lujosos de Barcelona a las diez de la noche.

—¿Qué pone en la tarjeta? —quiso saber Silvia.

—Nada que a ti te importe.

—¡Oh! ¡Vamos! ¡Venga! ¡Cuéntamelo! Sé guardar un secreto. Al fin y al cabo, soy policía.

Aroa la miró de arriba abajo con una mueca de desprecio.

«¿Policía tú? Cuando te hayas pateado las calles de media España como he tenido que hacer yo; cuando te hayan disparado y herido como a mí; cuando hayas detenido delincuentes tras perseguirlos; cuando hayas resuelto algún caso, entonces, sí podrás decir que eres policía. Hasta entonces, no tienes derecho a llenarte la boca con esa palabra, niña de los cojones».

—No —respondió la inspectora Martínez.

Se guardó la tarjeta en un bolsillo del pantalón y apagó las grabaciones. Le dolían los ojos por estar todo el día mirando la pantalla y, además, su

turno estaba a punto de acabar. Recogió la mesa y se puso la chaqueta del traje beis que llevaba. Agarró las flores y se despidió de Silvia hasta el día siguiente.

De camino a la salida, paró un momento para hablar con los dos agentes que se estaban encargando de interrogar a los clientes de la víctima.

—¿Cómo lo lleváis, chicos?

—De momento nada —respondió uno de ellos.

—La gente es reacia a hablar y todos nos piden discreción. Como si nosotros fuéramos periodistas de la prensa amarilla —comentó el otro policía.

—Inspectora Martínez hay un nombre tachado en la lista —dijo el agente que había hablado primero—. Y es que no hay forma de saber a quién pertenece. Está tan rayado que incluso hay un agujero en el papel.

—Ese cliente lo interrogué yo. No debes preocuparte por él —declaró Aroa, acordándose del comisario—, No le saqué nada tampoco. Bueno, chicos, mañana nos vemos.

Tras despedirse de ellos, salió al exterior, donde la recibió el aire primaveral de Barcelona.

Capítulo 19

—Oye, ¿cómo va lo mío sobre la agencia de modelos en la que tú trabajas? —le preguntó Jessica varias semanas después.

Kenia se tensó al escucharla.

—Pues he preguntado y, de momento, no necesitan ninguna chica nueva.

—¡Vaya! ¡Qué pena! ¡Con las ganas que tengo de trabajar de modelo, viajar y conocer a gente interesante como haces tú! Y a chicos guapísimos como tu novio —suspiró su compañera de piso.

—No te preocupes. Si no trabajas de modelo puedes hacerlo de otra cosa para sacarte un dinerillo extra.

—Ya, pero seguro que no ganaré tanto como tú. Yo también quiero comprarme ropa cara, perfumes, calzado... ¿Ese bolso es de Prada? —le preguntó Jessica, observando atentamente.

—¿De Prada? ¡Qué va! ¡Ya quisiera yo! Es imitación, muy bien hecha, eso sí, pero más falso que un billete de tres euros. —Se rio Kenia para ocultar su mentira—. Bueno, me tengo que ir porque he quedado con mi chico. No me esperes despierta —añadió bajo la escrutadora mirada de su amiga.

Salió del piso como si estuviera en llamas, notando los ojos de su compañera taladrándole la nuca.

Mientras bajaba al portal, rezó para que Jessica se creyera su mentira y no indagara más. Esperaba haberle quitado la ilusión de trabajar en la misma agencia de modelos que ella, puesto que tal negocio no existía.

Cuando llegó a la acera, el taxi que había llamado ya estaba esperándola. Le dio la dirección de la cafetería donde tenía que ir y llamó a Breixo por teléfono.

Estaban a mitad de septiembre y los habían contratado para asistir a una fiesta de exalumnos que celebraban sus veinticinco años de graduación. Cuando Mireia le pidió que hiciera el servicio, Kenia le dijo que no, pues había quedado con Breixo para ir al cine. Pero nada más colgar, él la llamó para cancelar la cita porque le había salido este trabajo de los exalumnos. Ella

empezó a reírse y le contó que acababa de rechazar la propuesta de Mireia para el mismo trabajo. Breixo la ordenó que llamase inmediatamente a la recepcionista de la agencia para quedarse con ese servicio. Y allí estaba ahora. En un taxi rumbo a su cita con el cliente.

—Ya estoy en camino —dijo cuando él contestó.

—Muy bien, preciosa. Ahora vas a hacer algo por mí, ¿de acuerdo?

—Sí, dime.

—Te vas a quitar las bragas o el tanga que lleves...

—¡No puedo hacer eso! —exclamó Kenia, quejándose.

Pero ¿es que su chico se había vuelto loco?

—Sí puedes.

—No —volvió a negarse ella.

—¿No decías que te gustaba el riesgo? Demuéstramelo. Atrévete.

—Pero... no puedo estar allí sin ropa interior —susurró Kenia, apretando el móvil contra su cara, esforzándose para que el taxista no escuchara su conversación.

—No vas a estar sin lencería, al menos, no todo el tiempo —prometió él.

—Madre mía —gimió ella—. En qué estarás pensando.

—En ti, cielo. Siempre en ti y en tu placer.

Kenia emitió un tembloroso suspiro. La forma en que su novio le había dicho aquella frase, en voz baja y sensual, hizo que todo el vello de su cuerpo se erizara excitado.

—Está bien. Dime qué tengo que hacer.

Breixo sonrió al otro lado de la línea. Le encantaba jugar con su chica y esa noche lo iban a pasar muy bien. Sobre todo ella.

Cuando Kenia llegó a la cafetería donde había quedado con su cliente, se encontró con un señor de mediana edad, igual de alto que ella, rubio y con algo de sobrepeso. Se saludaron con dos besos en las mejillas y él comenzó a explicarle lo que esperaba de ella esa tarde. Aunque ya se lo había contado Mireia, le gustó saber que no iba a haber ningún cambio de última hora. Su cometido era pasearse del brazo de Raúl hasta que se cumpliera el tiempo contratado para el servicio. Él la iba a presentar a sus antiguos compañeros como su novia, por lo que debía mostrarse cariñosa en todo momento. No habría sexo, prometió el cliente. Solo quería que sus conocidos de aquel

entonces le tuvieran envidia durante un par de horas —que era el tiempo contratado— por tener a esa belleza colgando del brazo.

Kenia no preguntó el motivo por el que Raúl quería dar envidia a sus antiguos amigos. Tampoco le importaba. Ella iba a cumplir con su trabajo lo mejor que pudiese y punto.

Siempre que Breixo no le pusiera las cosas difíciles, claro.

—Tengo que llamar por teléfono un momento e ir al aseo, si no te importa —informó al cliente.

—Claro, claro, haz lo que tengas que hacer. Cuando vuelvas, nos iremos al hotel donde se celebra la fiesta. Está aquí cerca, así que podemos ir dando un paseo.

Kenia sacó su móvil y llamó a Mireia para que supiera que el servicio comenzaba y pudiese contar el tiempo. Mientras hablaba con ella, se metió en uno de los cubículos del aseo femenino y cuando cortó la comunicación, se levantó la falda del vestido turquesa que llevaba para quitarse el tanga, como le había pedido Breixo.

Lo guardó en el bolso y salió de allí rumbo al evento con el cliente.

Mientras caminaba por la calle colgada del brazo de Raúl, sentía cómo el aire le acariciaba el sexo desnudo. Un estremecimiento por la excitación de lo que ocurriría la recorrió entera.

Si Raúl lo notó o no, no dijo nada al respecto.

Ella no dejaba de pensar en qué sería lo que Breixo le tendría preparado. Con lo juguetón y travieso que era, podía tratarse de cualquier perversión suya. De lo que sí estaba segura era de que lo iba a pasar muy bien.

Por fin, llegaron al sitio donde se celebraba la fiesta de exalumnos. Nada más entrar, Kenia buscó a Breixo con la mirada y lo encontró rodeado de mujeres. Todas le sonreían mientras se lo comían con los ojos, subiendo así el ego femenino de la clienta, agarrada del brazo derecho del *escort*. La señora de mediana edad le acariciaba el brazo y el pecho delante de las otras. Recostaba su cabeza en el hombro de su acompañante y este le daba un tierno beso en el pelo. Al levantar los labios del cabello femenino, Breixo miró en dirección a la puerta de acceso y vio a Kenia.

En el momento en que sus ojos se encontraron, él esbozó una pícaro sonrisa que le dijo a Kenia que la tarde acababa de volverse muy interesante y

caliente.

Raúl, el cliente de Kenia, saludó a un grupo de amigos y presentó a su acompañante de lujo como su novia. Todos lo envidiaron por tener a semejante belleza en su vida e hicieron bromas sobre cómo había conseguido una mujer tan espectacular cuando en el instituto no tenía éxito con ninguna de las chicas. A Kenia le dolieron las mofas que Raúl recibía por parte de sus antiguos amigos y se esforzó por mostrarse lo más cariñosa posible con el cliente.

El salón era bastante espacioso. Decorado en tonos neutros, con dos grandes mesas en un lateral, una de bebida y otra de comida. Había varios camareros que se dedicaban a quitar lo vacío y reponerlo. Una tenue música dejaba charlar a los exalumnos con comodidad.

Kenia miró hacia donde estaba Breixo y lo sorprendió observándola. Él hizo un gesto con la cabeza, queriéndole decir que se aproximaba el momento de descubrir lo que le tenía preparado. Habló al oído de su clienta y se distanció de ella en dirección a un pasillo, donde un letrero indicaba los aseos.

—Necesito ir un momento al baño, cariño —le dijo a Raúl, que en ese instante estaba enfrascado en una conversación sobre valores bursátiles y había dejado olvidada a Kenia.

Le dio un beso en los labios antes de abandonarlo y se dirigió hacia la misma salida que había tomado poco antes Breixo.

La excitación crecía por momentos. Todo el tiempo que estuvo en el salón con Raúl se preguntó si alguien notaría que no llevaba ropa interior. Varias veces tuvo que apretar los muslos ante el anhelo desesperado de que Breixo la llamara para reunirse con él y calmar sus ansias.

Cuando dobló un recodo del pasillo desierto, se estampó contra el fuerte y amplio pecho del *escort*.

—¿Has hecho lo que te pedí? —preguntó él, tomándola entre sus brazos.

—Sí —respondió ella con la garganta seca por el calor que le producía aquella situación.

—Buena chica.

Breixo tomó sus labios de una manera voraz, que dejó a Kenia sin aliento.

—Ven, aquí hay un almacén donde podemos estar sin que nos vean.

Arrastró a Kenia al interior del sitio y, una vez que la puerta se cerró, la estampó contra ella. Comenzó a besarla como si el mundo fuera a acabarse mientras recorría con sus manos la cintura de la chica y bajaba hasta sus muslos. Levantó la falda del vestido y metió una mano entre las piernas de Kenia.

Ella notaba cómo las caricias de Breixo la hacían arder. Cada vez estaba más caliente, preguntándose si él la iba a hacer el amor allí, en aquel almacén lleno de cajas polvorientas.

Cuando notó los atrevidos dedos de su novio acariciando su hendidura, creyó morir. Cada vez que Breixo la tocaba, se iniciaba un fuego en su interior muy difícil de controlar.

—Me encanta cuando eres obediente y cumples mis deseos —susurró él, pasando una y otra vez su mano por el sexo desnudo de Kenia.

—Pues ahora vas a tener que cumplir tú los míos. Fóllame rápido —gimió ella.

Breixo la sonrió con chulería.

—Es pronto —contestó—. Primero tengo que calentarte un poco más.

—Ya estoy bastante caliente con tu juegucito de no llevar bragas.

—Y al principio estabas reticente cuando te lo pedí —recordó.

—Pues ahora estoy que echo humo. Fóllame deprisa, que tenemos poco tiempo —jadeó Kenia mientras él continuaba con sus caricias en sus partes íntimas, excitándola cada vez más.

—Impaciente —le riñó él sin dejar de sonreír.

—Morboso —correspondió ella, que se abalanzó sobre sus labios para devorárselos.

Pero no pudo hacerlo porque Breixo se distanció. Sacó la mano de debajo del vestido turquesa y se lamió los dedos. La mirada de deseo que le dirigió a ella, le traspasó la piel y la hizo arder más todavía.

La otra mano, que había mantenido a la mujer agarrada por la cintura, la metió en su bolsillo y sacó unas braguitas negras con algo dentro.

—¿Qué es eso? —quiso saber Kenia.

—Algo que te va a dar mucho placer, cariño, y te va a preparar para luego.

Breixo extendió ante los ojos de Kenia la lencería para que ella la viese bien.

Escondida en la bonita prenda de encaje negra había una pequeña bala vibradora, encajada en un bolsillo frontal, que debía quedar a la altura del clítoris para producir intensas oleadas de placer.

—¿No pretenderás que me ponga eso? —preguntó Kenia alarmada.

El joven se agachó ante ella.

—Venga, levanta un pie, que te las voy a poner.

—Estamos en un salón lleno de gente. ¡Por Dios, Breixo! Tú pretendes hacerme pasar un mal rato y que el cliente se queje a la agencia —se lamentó Kenia.

—No, cielo. Lo que pretendo es darte mucho placer. Vamos, levanta la pierna.

—No.

—No seas cobarde. Solo es un juego.

—Un juego que vas a dirigir tú, por supuesto, porque estos chismes suelen llevar un mando a distancia, ¿no?

—Efectivamente —contestó Breixo, alzándole el vestido para ver su sexo desnudo—. ¿Sabes que eres como un helado, Kenia? Si te paso bien la lengua, te derrites.

Acercó su boca a los pliegues íntimos de Kenia, al tiempo que le abría un poco las piernas para colar su cabeza entre ellas. La braguita vibradora quedó aplastada entre la mano de Breixo y el muslo de ella cuando él sacó su lengua y recorrió la hendidura de la *escort*.

Kenia tuvo que aferrarse al cuero cabelludo del joven para no caerse cuando notó la húmeda caricia. Las rodillas se le convirtieron en gelatina y un suspiro agónico salió de sus labios. El corazón bombeó con más énfasis y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se alteraron revolucionadas.

Notó cómo él le levantaba una pierna y se la ponía en el hombro para tener mejor acceso a su sexo. Breixo continuó jugando con el clítoris de Kenia unos minutos más. Cuando notó que ella estaba a punto de alcanzar el éxtasis, se detuvo. Ella se quejó, pero él no le hizo caso.

Aprovechando que la tenía vulnerable, colocó con rapidez las bragas cubriéndole la entrepierna y se aseguró de que la bala vibradora quedase bien

situada.

—Verás qué bien lo vamos a pasar, cariño, sobre todo tú —comentó, alzándose y dándole un beso en los labios.

Kenia probó el sabor de su excitación en la boca de su novio.

—Por favor, sé bueno y ten misericordia de esta pobre chica.

—Tranquila. No dejaré que te corras sin tenerme dentro —prometió Breixo—. Por cierto, dame tu tanga. No vaya a ser que sientas la tentación de quitarte mi juguete para ponerte tu lencería y terminar con la diversión.

—Eres malo —Kenia le lanzó una mirada que fingió ser de rencor, pero lo cierto era que estaba encantada con aquel juego. Solo esperaba que Breixo tuviera compasión de ella y no la alterase mucho delante de la gente.

—Por eso me quieres tanto.

—Yo no te he dicho nunca que te quiero.

—Pero yo lo sé.

Le sonrió pícaro y se llevó una mano al bolsillo, para guardar el tanga que ella le había entregado. Al hacerlo, sus dedos rozaron el mando a distancia de la lencería vibradora y tanteó hasta encontrar el botón.

Lo pulsó una vez y Kenia dio un pequeño respingo.

—La madre que te parió, Breixo. Qué mal lo voy a pasar por culpa de tu puto juego —jadeó al sentir la descarga en su clítoris.

—Recuerda que es para tu placer, cielo, y que has accedido a mi juego libremente.

—Límpiate la boca, que la tienes reluciente de mis fluidos y cómete un chicle o algo porque si no, cuando beses a tu clienta, va a notar mi sabor en tus labios.

Breixo aceptó el consejo de su novia. Abrió la puerta y asomó la cabeza. El pasillo seguía desierto. Le hizo una señal a Kenia para que saliera ella primero.

Antes de que la mujer doblara el recodo del pasillo y accediese al salón, Breixo accionó de nuevo el botón del mando y vio cómo ella daba un pequeño brinco.

—Te odio —le dijo Kenia por encima del hombro.

Oyó la carcajada de Breixo mientras se internaba en el salón.

Kenia llegó hasta donde estaba Raúl, su cliente de aquella tarde, sin ningún contratiempo. Estaba muy nerviosa por el juego de Breixo al no saber qué momento elegiría él para darle al puñetero botón y que una nueva oleada de placer impactara en su clítoris, recorriéndola todo el cuerpo después.

Enlazó su brazo con el de Raúl y este la miró con fingido afecto. El hombre continuó hablando sobre valores bursátiles con sus congéneres, un tema que a Kenia le aburría enormemente.

Miró a su alrededor para localizar a Breixo y lo vio de nuevo agarrando por la cintura a su pareja. Parecía muy centrado en algo que le comentaban dos mujeres al lado de ellos. Lo observó sonreír y pasarse una mano por el pelo. Cuando la mano bajó y la metió en el bolsillo, Kenia se temió lo peor.

Se preparó para recibir la dosis de placer...

...pero esta no llegó.

Suspiró aliviada y se volvió para responder a algo que le había preguntado un señor calvo que estaba al lado de Raúl.

—Yo...

Y en ese momento, lo sintió.

Fueron solo unos segundos, pero los suficientes para que se le cortara la respiración.

El calor la inundó, haciéndola jadear.

Inspiró profundamente para controlar los erráticos latidos de su corazón mientras se esforzaba para que nadie notase nada, acordándose de toda la familia de Breixo, cagándose en sus muertos... y en los vivos también. Aunque sabía que no debería hacerlo porque ella se había prestado a ese juego de buena gana. No podía culpar solo a su novio.

—¿Estás bien, Kenia? —preguntó Raúl.

—Sí, perfectamente —contestó ella con la voz temblorosa.

«Y más después del gusto que me está dando el cacharro este. Pero cuando pille a Breixo lo voy a despellejar vivo», pensó, mientras sonreía a todos angelicalmente.

En ese momento, sintió la presencia de él a su espalda. El calor que desprendía su piel era inconfundible y ella lo reconocería en cualquier parte.

—Hola, chicos —oyó una voz femenina.

Era la pareja de Breixo que, con él agarrándola por el talle, se internó en

el círculo de amigos para saludar a todos.

—Este es mi marido, Breixo —presentó al *escort*.

El joven apretó manos a diestro y siniestro con una magnífica sonrisa en los labios.

Cuando se acercó a Kenia para darle dos besos en la mejilla, pulsó el botón del mando.

Ella dio un brinco y lo miró mal.

—Capullo —murmuró en su oído al tiempo que Breixo depositaba un beso en su mejilla.

Un camarero se acercó con una bandeja cargada con varios cócteles y les ofreció. Todos cogieron alguna bebida.

Cuando Kenia fue a tomar un sorbo de su copa, sintió otra descarga en su clítoris que la hizo temblar de placer. Apretó los muslos y gimió al tiempo que cerraba los ojos, deleitándose con la sensación.

—Este cóctel está buenísimo —comentó cuando, al abrir los ojos, se encontró con que todos la miraban.

Breixo la sonrió de una manera muy canalla y a ella le dieron ganas de borrarle la sonrisa de un buen tortazo.

Kenia se agarró con la mano libre al brazo de Raúl, continuando con su representación, y la pareja de Breixo se despidió de ellos para ir a saludar a otro grupo de exalumnos.

—Espero que la velada sea muy placentera —dijo el *escort* antes de marcharse con su supuesta esposa.

Miró furtivamente a Kenia y esta lo fulminó con sus castaños ojos. Sabía que la frasecita iba dirigida a ella.

No se habían alejado ni dos metros cuando la joven sintió de nuevo otra oleada intensa en su nudo de nervios. Apretó los dientes para reprimir el jadeo que pugnaba por salir de su garganta y se aferró con más fuerza al brazo de Raúl.

—¿De verdad te encuentras bien? —quiso saber el cliente.

—Sí —respondió, notando cómo las piernas se le debilitaban y el corazón se le salía por la boca.

—Estás colorada y parece que empiezas a sudar. ¿Seguro que te sientes bien? —volvió a preguntar Raúl.

—Necesito sentarme un momento, por favor.

Raúl la acompañó hasta un rincón donde había varias personas charlando y aprovechó para saludarlas mientras Kenia tomaba asiento en una silla cercana.

Nada más posar el trasero sobre la tapicería, volvió a levantarse como impulsada por un resorte al sentir una nueva descarga que a punto estuvo de hacerla gritar de gozo.

«Voy a matar a Breixo», gimió interiormente.

Raúl se la quedó mirando, junto con el corrillo de exalumnos, al ver su reacción.

—Mejor voy al baño —comunicó al cliente—. Necesito refrescarme un poco. Si me disculpáis...

Caminó lo más dignamente que pudo, teniendo en cuenta que se moría de placer al rozar los muslos uno contra otro. Y para colmo, Breixo que la vio cruzar la sala atestada de gente, se dedicó a presionar el botón cada tres pasos de Kenia para hacerle más difícil su huida.

Ella avanzaba a duras penas, intentando que no se le notase nada, pero ir dando pequeños brincos cada dos por tres era complicado.

Cuando alcanzó la salida, estuvo a punto de llorar aliviada. Ya nadie la observaba.

Caminó por el pasillo unos metros y de pronto sintió la fuerte mano de Breixo en la parte baja de su espalda, instándola a ir más deprisa.

—No sabes cuánto te odio en este momento —gimoteó Kenia.

Él, por toda respuesta, pulsó el botón del mando.

Ella se aferró a su camisa, deteniéndose ambos.

—Ya basta, por favor. No puedo soportarlo más —le pidió.

Entonces Breixo la cogió en volandas y se metió con ella en el mismo almacén de antes.

—Tranquila, cielo. Ya te voy a dar lo tuyo.

La dejó un momento en el suelo, lo justo para deslizarse por sus piernas la lencería escondida y bajarse él el pantalón, llevándose consigo el *slip*. Con rapidez se colocó un condón en su duro miembro y, cogiendo a Kenia por el trasero, la levantó para empotrarla contra la puerta. Ella abrazó las caderas del joven con sus piernas y lo pegó a su pecho.

En el mismo instante en que notó la erección de su novio colmándola y la pelvis masculina chocando contra la suya, alcanzó el orgasmo. Él bombeó algunas veces más dentro de ella, mientras Kenia se deshacía en torno a su pene, hasta que también logró su liberación.

—Estoy muy enfadada contigo —susurró una jadeante Kenia.

—¿No te ha gustado mi regalo? —quiso saber él, respirando con dificultad—. Porque a mí me ha parecido un juego muy morboso y excitante.

—Es magnífico.

Breixo se distanció unos centímetros para mirarla a la cara.

—¿Entonces? ¿Por qué estás enfadada si te ha gustado? Y no te lo he hecho pasar tan mal. Podía haber sido peor —se excusó.

Kenia tragó saliva y aspiró el aire viciado de sexo que había alrededor.

Compuso una sonrisa en su cara antes de contestar a Breixo.

—Estoy muy enfadada contigo porque no me has invitado a la boda.

—¿Qué boda? —preguntó él perplejo.

—La tuya con la tiparraca esa que te saca veinte años.

En cuanto él comprendió que se refería a la clienta, quién supuestamente era su esposa en aquella fiesta de exalumnos, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Y encima te ríes... Ya te vale, Breixo. Creía que éramos amigos. Mira que no invitarme a tu boda... —lo riñó Kenia, fingiéndose ofendida.

Él dejó de reír y se puso serio. Clavó sus ojos en los de ella y muy solemne le habló.

—El día que yo me case tú estarás allí. Vestida de blanco y caminando hacia mí. Llegarás hasta el altar y cuando pronunciamos los votos matrimoniales, quedaremos unidos para siempre.

Ella se quedó sin habla. Completamente asombrada.

—No hace falta que te alegres tanto —soltó él malhumorado, pasados un par de minutos en los que no le quitó la vista de encima a ella.

Salió del interior del sexo de su chica y se deshizo del condón. Lo dejó en el suelo, después de hacerle un nudo para que no se escurriese el líquido del interior, y comenzó a recomponerse la ropa.

—Es que... Es que eres tan... directo y sincero y... me asustas, Breixo —confesó ella, colocándose bien el vestido.

—Vaya, pues lamento ser tan directo, sincero y asustarte, pero no veo motivo para esconder lo que siento por ti. Te quiero, Kenia.

La agarró de las manos y con los pulgares trazó círculos en los dorsos.

—Y sé que tú a mí también. Es solo que no te atreves a admitir lo que tu corazón te grita.

Como ella continuó en silencio, él concluyó aquella conversación.

—Pero no pasa nada. Esperaré hasta que lo reconozcas y estés lista para decírmelo. Te esperaré hasta que decidas unir tu vida con la mía y ser felices los dos juntos.

Capítulo 20

Gabriel estaba irritado porque Aroa le había dado plantón. Con lo cabezota que era ella, sabía que algo así podría ocurrir. Pero lo que no se explicaba era por qué después de tanto tiempo Aroa continuaba mortificándose por lo que pasó.

¿Pensaría que él todavía estaba enfadado con ella?

¿Creería que la cita de esa noche era para echarle la bronca por lo que hizo?

Estaba del todo equivocada.

Él quería hablar con ella para solucionar las cosas. Decirle que, aunque al principio le dolió mucho que obrase de esa manera tan egoísta, con el paso de los años, se había dado cuenta de que la decisión que tomó ella era la mejor para los dos. De haber seguido adelante como quería él, todo habría sido más complicado. Aunque hubieran salido adelante. Él siempre salía adelante. Era una virtud que tenía. Se crecía frente a los problemas para salir victorioso y solucionar lo que estuviera mal.

Ya le había confesado cuando fue a su casa a verla, que en todos estos años no había conseguido olvidarla. Así de fuerte era su amor. Y no pensaba dejar pasar ni un día más ahora que se habían reencontrado. No iba a rendirse. Ella era su destino, aunque hubiera dejado su relación en puntos suspensivos. Ahora era el momento de continuar hacia adelante juntos. No iba a consentir que sus remordimientos ganasen la batalla y los alejaran de nuevo.

No dejaría que Aroa desapareciera de su vida otra vez.

Aroa no dejaba de pensar en el plantón que le había dado a Gabriel. ¿Se habría enfadado mucho?

De todas formas, era su problema, no el de ella.

Bastante tenía ella con enfrentarse a sus propios demonios cada día, cada noche, y tratar de superarlos. Intentaba perdonarse por lo que hizo hace veinte años, pero no lo conseguía y estaba segura de que no lo lograría jamás.

La culpa y el remordimiento no la dejaban vivir tranquila. Hubo un tiempo en el que creyó que sería capaz de alcanzar su objetivo, pero cuando regresaba a casa los tormentosos recuerdos volvían a aparecer.

Se obligó a deshacerse de ellos. Esa noche quería dormir. Lo necesitaba.

Estaba a punto de acostarse cuando sonaron unos golpes en la puerta.

Se quedó quieta y casi no respiró esperando que se marchase la persona que estaba al otro lado.

Pero los golpes se produjeron de nuevo.

—Aroa, sé que estás en casa. Ábreme.

Exhaló todo el aire de sus pulmones al darse cuenta de que no era Gabriel quien llamaba y fue a abrir.

—Alonso, ¿a qué se debe la visita? —preguntó con la puerta entreabierta.

—Déjame pasar. Hay algo que quiero contarte.

Ella se hizo a un lado y el comisario entró en el piso.

—No sigas viendo las cámaras del banco que había frente a la casa de Tamara.

—¿Por qué? —quiso saber ella, cruzándose de brazos.

Alonso no respondió de inmediato. Se pasó las manos por su pelo canoso y se tiró de los mechones.

—Porque descubrirás que a las diez y media de la noche yo fui a verla —confesó con un suspiro cansado.

Aroa contuvo el aliento, esperando que él continuara hablando. Pero no lo hizo.

—¿La mataste tú? —preguntó la inspectora con cautela.

Se movió hacia el perchero donde estaba colgada su arma reglamentaria por si tenía que usarla.

Alonso la miró con la cara desencajada.

—¡No! ¡Yo no la maté! ¡Yo la quería! ¡La quería! —comenzó a sollozar y se derrumbó en el sofá—. Estábamos enamorados. Tamara iba a dejar la agencia y a su novio. Íbamos a vivir juntos cuando ella terminase de estudiar Criminología. Yo la iba a meter en el cuerpo, ¿sabes? Quería tenerla cerca.

«Joder, otra recién licenciada en un cargo que no se ha ganado como Silvia. Al menos esta chica sabía de qué iba el tema si estaba estudiando esa

carrera», bufó la inspectora para sus adentros.

—¿Para qué fuiste a su piso esa noche?

Aroa se acercó a él y se sentó a su lado.

—Fui porque no podía pasar una sola noche sin hacer el amor con ella —declaró el comisario con vergüenza.

—Alonso, ¿por qué no me lo dijiste cuando te enseñé el listado de la agencia en el que estaba tu nombre?

—Porque allí, en comisaría, no quería decírtelo. Cualquiera podría oírnos y...

—Entiendo —lo cortó.

—Pero yo no la maté, Aroa, tienes que creerme —suplicó, agarrándole las manos a la policía.

Ella se soltó sin ninguna delicadeza y se puso de pie.

—Alonso, tengo que hacerte unas preguntas... íntimas.

—Adelante.

—A Tamara y a ti, ¿os iba el rollo sadomaso y el *bondage*? Sabes que la descubrimos atada a la cama.

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno... no especialmente... aunque a veces jugábamos. Ella me pedía cosas y yo... yo haría cualquier cosa por ella, pero esa noche no la até —volvió a sollozar.

—El semen que encontramos en las sábanas...

—No. No es mío. Siempre usábamos condón. Ninguno de los dos quería tener niños. Tamara era demasiado joven aún y yo... —Se encogió de hombros—. Bueno, yo tengo edad para ser abuelo, no padre.

—Entonces, si siempre usabais preservativo, ¿de quién son los restos de semen que había en la cama? ¿Se os rompió el condón? ¿Se salió el líquido al quitártelo?

—No, no ocurrió nada de eso. Habrá que esperar a la autopsia para que nos confirmen de quien eran esos fluidos.

—El otro *escort*, el que estaba enamorado de ella, ¿sabía las intenciones que teníais la víctima y tú? —continuó con el interrogatorio.

—No. Tamara aún no había hablado con él. De todas formas, su relación no era seria, por mucho que ese joven intentase enamorarla. Alguna vez

habían hecho servicios juntos. Salían de vez en cuando. Él la invitaba a comer o a cenar, todo por conseguir su amor, pero era en vano. Ella me quería a mí.

—¿A qué hora te marchaste de su casa?

—A las once y media. Tamara me dijo que iba a estudiar después de que yo me fuera y tampoco podíamos entretenernos mucho porque si sus compañeras de piso volvían antes de tiempo y me pillaban allí... —Dejó la frase en el aire porque sabía que Aroa comprendería la situación.

Ella sacudió la cabeza. Aquello se iba complicando.

—Y el *escort* que estaba enamorado de ella tiene coartada. Lo hemos comprobado.

En esos momentos, el timbre de la puerta sonó.

Aroa le hizo un gesto a su jefe para que se estuviera quieto y callado.

Espero a que volviesen a llamar, pero no lo hicieron.

—Es hora de que te vayas, Alonso.

—Tienes que descubrir quién fue. Tenemos que encerrarlo —dijo el comisario levantándose del sofá y caminando hasta la salida.

—No te preocupes. Lo cogeremos.

Aroa abrió la puerta para que su jefe abandonase la vivienda y, al hacerlo, se encontró en el felpudo una botella de vino rosado. Del cuello de la botella, colgando de un hilo rojo, había una postal de Niza.

—¿Tienes un admirador? —le preguntó Alonso.

Ella agarró el vino y le dio la vuelta a la postal. No había nada escrito en ella.

—Eso parece.

Cuando se marchó su jefe, caminó hasta el sofá y se dejó caer con la botella de Château de Bellet en las manos mientras no dejaba de observar la tarjeta.

Capítulo 21

—¿Recuerdas a Kenneth y a Susan? El matrimonio inglés del yate de lujo —le aclaró Mireia a Kenia, semanas después.

—Sí, claro que los recuerdo. Lo pasé muy bien con ellos. Me gustaron bastante. ¿Por qué? ¿Han vuelto a llamar? No me importaría repetir la experiencia —confesó Kenia, alegre ante la posibilidad de que los ingleses requiriesen sus servicios otra vez.

—Pues estás de suerte porque sí, han vuelto a llamar y han preguntado por ti.

Kenia, feliz, dio saltitos y palmadas como una niña pequeña cuando recibe por Navidad su juguete deseado.

Chloé y Dunia llegaron en ese momento al piso. Al verla tan contenta, le preguntaron a qué se debía.

—Se va a pasar tres días con unos clientes a la Costa Azul, concretamente a Niza —explicó Mireia.

—¡Qué suerte! —exclamaron sus amigas a la vez.

Kenia dejó de saltar y dar palmas en cuanto escuchó a Mireia.

—¿Cómo que me voy tres días a Niza? —preguntó atónita.

—Sí, guapa. Te han contratado por tres días, que pasarás en su yate, y con otro amigo suyo que se unirá a la fiesta. Salís el jueves por la tarde, así que ve haciendo las maletas.

Kenia fue a replicar algo, pero Mireia no la dejó.

—Bueno, tampoco prepares mucho. Ya sabes que te vas a pasar la mayor parte del tiempo desnuda y que si tienes frío, ellos te darán mucho calor.

—Uhhhh —soltaron Dunia y Chloé entre risas.

—No puedo irme tres días con ellos en el barco. El curso ha empezado hace un mes y no me quiero perder ninguna clase —se quejó la *escort*.

—También han contratado a Breixo —la informó Mireia—. Acabo de hablar con él y me ha dicho que lo hará encantado siempre que seas tú quien lo acompañe en esta aventura.

—Pero... pero...

—Pagan veinte mil euros, Kenia. Diez mil para ti —la informó su compañera—. Y a Breixo le van a dar tres mil. Me lo acaba de confirmar él.

—¿Solo tres mil euros para él? —preguntó Dunia.

—Sí, solo tres mil. Los acompañantes masculinos ganan mucho menos que nosotras. Ya lo comentó Breixo cuando lo conocimos, ¿recordáis?

Mientras sus amigas hablaban sobre esto, Kenia debatió consigo misma si aceptar el servicio o no. Era mucho dinero, sinceramente, y sabía que a Breixo le iban a venir muy bien los tres mil que ganaría. Los dos podrían despreocuparse de los gastos universitarios, el piso, la comida y demás en unos cuantos meses.

Ella ya tenía acumulada una pequeña fortuna y, aunque se había visto mermada al pagar la nueva matrícula de ese curso, todavía podía permitirse algunos lujos. A Breixo nunca le había preguntado cuánto tenía ahorrado, pero se imaginó que al ganar menos que una *escort* femenina y dado que la matrícula en su facultad era elevada, necesitaba el dinero para sanear sus cuentas.

Además, la oportunidad de conocer Niza y hacerlo en compañía de Breixo se le antojaba una experiencia única.

Y ser compartida por tres hombres y una mujer la tentaba de una manera escandalosa.

Como se ausentaría de las clases del viernes en la facultad tendría que pedirle los apuntes a alguna compañera o a algún compañero y trabajar duro la siguiente semana para ponerse al día. Pero no importaba. Ella tenía capacidad suficiente para hacerlo.

—Está bien. Acepto —respondió por fin a Mireia.

Nada más terminar de hablar, sonó el móvil de Kenia. Al mirar en la pantalla, comprobó que era Breixo.

—Hola, guapo.

—Hola, preciosa. ¿Ya te ha contado Mireia lo de Niza?

—Sí, y he aceptado, igual que tú.

—¡Fantástico! ¡Verás qué bien lo vamos a pasar! —exclamó él al otro lado de la línea telefónica.

Kenia recordó en ese momento que Breixo tenía que trabajar esa noche

y por eso no habían quedado para verse.

—Oye, ¿tú no deberías estar con una clienta? —le preguntó.

—Sí. Estoy llegando a su casa. Cuando termine el servicio, te llamaré y, si no estás cansada, podemos vernos un rato.

—De acuerdo. Esta noche yo no trabajo, pero he venido al piso porque había quedado con las chicas para cenar y ver una película, como te comenté ayer.

—Sí, lo recuerdo —dijo Breixo—. Pasadlo bien todas. Luego nos vemos, cielo. Besos en todas tus partes sonrosadas —se despidió con una voz sensual que excitó a Kenia.

—Igualmente —ronroneó ella como si fuera una gata en celo.

La capital de la Costa Azul enamoró a Breixo y a Kenia por su luminosidad excepcional y el mar de hermosos tonos azulados. A esto había que sumarle su extraordinario emplazamiento geográfico, entre el mar Mediterráneo y las montañas, la diversidad de sus paisajes y la suavidad del clima.

Niza era una ciudad de historia, de cultura, de ocio, de aromas y sabores. Los amantes tuvieron tiempo de recorrer los distintos mercados de frutas y verduras, de flores y demás productos típicos de la zona sur de Francia.

La ciudad vieja, con sus callejuelas estrechas, sus iglesias barrocas y sus *piazzettas* les mostró otros muchos tesoros que aguardaban al turista.

Habían llegado hacía dos días. Dos días en los que no salieron del barco, en alta mar frente a Niza, sumergidos en la bacanal de sexo compartido con Kenneth, Susan y Sam, un productor de videos musicales amigo del matrimonio inglés.

Lo habían pasado muy bien, pero ese día, cansados de tanto sexo y de dormir pocas horas, decidieron disfrutar de la ciudad. Breixo y Kenia se marcharon los dos solos para descubrir la increíble belleza de ese rincón de la Costa Azul.

—Esto es precioso. Me quedaría aquí a vivir —comentó Kenia recuperando el aliento después de subir los doscientos catorce escalones para alcanzar la cima de la Colina del Castillo. Su esfuerzo y el de su novio se vieron recompensados por unas vistas fascinantes de la Baie des Anges y del

conjunto de la ciudad.

—Tienes razón. Todo esto es espectacular. ¿Recuerdas ayer cuando navegamos frente a la ciudad observando a los delfines y las ballenas? —preguntó Breixo mientras la abrazaba por detrás—. No lo olvidaré mientras viva.

—Sí, fue muy bonito. Hemos tenido suerte al haber venido aquí con Kenneth y Susan, ¿verdad? Así que disfrutemos mientras podamos porque no sé si en el futuro viviremos más experiencias como esta.

—Yo creo que alguna más viviremos si continúan contratando nuestros servicios. Además, Sam está muy interesado en ti, ¿lo has notado? —comentó Breixo.

—No más de lo que lo están los otros dos —dijo Kenia encogiéndose de hombros.

Breixo la abrazó más fuerte y la dio un delicado beso en la nuca.

—Yo creo que sí, aunque tú no lo sepas ver.

—No me gusta cómo me folla —confesó Kenia bajando la voz para que solo su novio la oyera—. Es un bruto y me hace daño. Pero bueno, he estado con más clientes de este estilo, así que como pagan bien no me quejaré.

Él no añadió nada y los dos permanecieron en silencio unos minutos observando las increíbles vistas de la bahía y el mar.

—¿Seguimos con el paseo? —preguntó Kenia al cabo de un rato.

Breixo asintió. La giró para besarla en la boca y, agarrándola de una mano, continuaron visitando aquella maravillosa ciudad hasta la hora de comer.

—Estás muy callado. ¿En qué piensas? —quiso saber ella.

—Estoy pensando en la diferencia entre hombres y mujeres en esta profesión. Vosotras estáis más desvalidas, sois más vulnerables. ¿Cómo sabéis que un cliente no os violará durante un servicio? No podéis. Estáis desprotegidas. Me preocupa que te suceda algo así.

Llegaron a la terraza de un restaurante y el *maître* les indicó una mesa libre. Tras leer la carta, Kenia pidió por los dos. Sabía que Breixo era de buen comer y que a él no le importaba lo que ella eligiese, pues le gustaba todo. Además, él no hablaba francés y ella sí.

—Una botella de Château de Bellet rosado, una ensalada nizarda para

compartir, y después él... —señaló a su novio—... Comerá *daube*, es un guiso de carne, con salsa a base de tomate, acompañado de polenta y ravioli —le explicó a Breixo para que supiera lo que le había pedido para almorzar—, y para mí una *pizza pissaladière*. De momento eso es todo, *merci*.

Cuando el chico se hubo retirado, continuó la conversación.

—Supongo que es cuestión de suerte, Breixo. Yo no suelo pensar que me va a pasar eso, de lo contrario, no podría trabajar en esto.

—Pues yo cada vez pienso más en ello —repuso él.

—¿Tienes miedo de que una clienta te viole? —se burló Kenia.

—Esto es serio —la riñó Breixo—, no hagas bromas.

El camarero regresó con el vino, descorchó la botella, sirvió un poco del líquido en las copas y, tras dejarlo sobre la mesa, se marchó de nuevo.

—No tengo miedo por mí. Tengo miedo por ti —confesó el *escort*.

Kenia se estiró hacia él para poder besarle en los labios.

—No te preocupes. No me va a pasar nada —susurró contra su boca.

Después, corrió la silla para pegarla a la de él y poder hablar en voz baja. No quería que nadie a su alrededor supiera de lo que estaban charlando.

—Además, tenemos nuestra forma de protegernos. ¿Por qué te crees que llamamos antes y después de cada servicio? Para tener un control de lo que sucede. Si alguna vez nos retrasamos y pasa el tiempo contratado, Mireia, Luca o Lali, se ponen en marcha rápidamente. Saben en todo momento con quién está cada chica para poder actuar y ayudarla. Y los clientes también lo saben. Si alguno nos hace algo, por muy putas que seamos, denunciaríamos y todo saldría a la luz. La mayoría están casados, son personas con prestigio, nivel económico alto... ¿Crees que se arriesgarían a que la gente supiera lo que hacen, si se van de putas o no? Sería un escándalo que mancharía su reputación.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dices, pero aun así, no me gusta. Podría ocurrirte algo —confesó Breixo—. ¿No te duele saber que para esas personas solo vales el dinero que han pagado por ti? Nosotros somos mucho más que acompañantes de lujo. Mucho más que un chico y una chica que van de cama en cama y acaban con las manos llenas de billetes. Tú eres una mujer muy inteligente, divertida y cariñosa. ¿No te duele que ellos no sepan ver tu verdadera naturaleza?

Kenia tomó un sorbo de su copa disfrutando del sabor del vino rosado, mientras pensaba en todo lo que había dicho su novio y él hizo lo mismo esperando su respuesta.

—Breixo, solo es un trabajo. Nada más. Entiendo que no todo el mundo podría dedicarse a esto, pero a mí se me da bien y me gusta. Es morboso, transgresor. Hago algo prohibido y eso me excita. Y lo hago porque quiero, no lo olvides. Además, la pasta que gano me viene genial. A partir de ahora, voy a ahorrar todo lo que pueda porque quiero estudiar el último año de la carrera en Estados Unidos y necesito tener efectivo para costéarmelo.

—¿Te vas a ir a estudiar fuera? —se sorprendió él.

Kenia asintió con la cabeza. Al ver la expresión de su rostro, añadió desafiante:

—¿Algo que objetar?

—No.

—Bien, porque te recuerdo que eres mi novio, no mi dueño. Haré con mi vida lo que crea oportuno en cada momento. Si te gusta, bien. Si no, te aguantas.

Breixo esbozó una pequeña sonrisa y la agarró de la barbilla para acercar su boca a la de ella.

—No te enfades. Es solo que me ha sorprendido porque no me habías comentado nunca nada sobre esto.

Tras besarla con dulzura, continuó hablando.

—Me parece muy bien que te marches a estudiar fuera. Es una experiencia enriquecedora. Pero me preocupa nuestra relación. Podría resentirse.

El camarero llegó con la ensalada, que dejó en el centro de la mesa y se marchó a buscar los demás platos que habían pedido.

—Un año pasa rápido. Además, estaríamos conectados. Hoy en día, internet es un gran aliado de las relaciones a distancia. Podríamos vernos y hablar por Skype.

Breixo le dio la razón y todo lo que habían estado hablando hasta ese momento pareció que el viento se lo llevaba porque no volvieron a tocar ninguno de los dos temas. Continuaron disfrutando de la comida nizarda, deleitándose con sus sabores y sus aromas.

Cuando estaban pagando, oyeron un estrépito a su lado y al girarse comprobaron que a otro camarero se le había caído una bandeja cargada con bebidas.

El pobre hombre se cortó en una mano y la sangre le inundó la palma.

Kenia corrió a auxiliarle. Inspeccionó la herida y tras ver que ningún cristal se había incrustado en ella, sacó de su bolsito un pañuelo desechable para taponarla. El empleado le agradeció su ayuda.

Cuando ella se giró, vio a Breixo sentado en la silla, inclinado hacia delante, con los codos sobre sus rodillas y las manos tapándose el rostro.

—Ya está. No ha sido nada. Nos podemos ir.

—Espera un momento —dijo el joven sin levantar la cara—. Si me muevo ahora, me caeré redondo al suelo.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal? ¿Demasiado vino?

Kenia lo observó más detenidamente. El trozo de piel que sus manos dejaban al descubierto se había vuelto de un tono pálido verdoso.

—No soporto la visión de la sangre ni su olor. Hace que me maree —confesó Breixo a duras penas, notando cómo el aire le faltaba a sus pulmones.

Ella, al escucharlo y ver en ese estado a aquel hombre alto y fuerte, se sorprendió. Pero la sorpresa le duró poco, pues enseguida una carcajada salió de su garganta.

—Qué mala eres —la acusó él, por entre los dedos de sus manos, con la cabeza gacha todavía.

—¡Ay! ¡Perdona! —se disculpó Kenia, aguantándose la risa—. Es que no esperaba esto de ti.

Kenia se volvió a sentar en la silla a su lado y lo rodeó con los brazos, acunándolo igual que una madre haría con su niño pequeño.

—Tengo un abanico en el bolso. ¿Quieres que te dé un poco de aire? ¿Necesitas beber agua? —preguntó con voz dulce.

—Sí, por favor —respondió él, mortificado porque le avergonzaba enormemente que su novia lo viera en aquel estado de vulnerabilidad.

—Cuando vas a hacerte análisis de sangre, ¿cómo consiguen las enfermeras sacártela? —quiso saber Kenia al tiempo que sacaba del bolso su abanico.

—¡Uf! No veas la que monto. Tengo que tumbarme en una camilla,

mirar para otro lado y taparme la nariz. Si no hago esto, me caigo redondo al suelo.

Minutos después, cuando Breixo se hubo repuesto de su indisposición, continuaron con la visita a la ciudad.

Una vez terminado el turismo, Kenia y Breixo regresaron al barco anclado en el puerto de Niza, y comprobaron que los clientes ya habían comenzado la fiesta sin ellos.

Se encontraron a Susan a cuatro patas haciéndole una felación a su marido mientras Sam la empalaba por detrás.

—Desnudaos de prisa —les ordenó Kenneth—. Tenemos ganas de follarnos a Kenia y de que tú... —Señaló a Breixo—... Le des placer a mi esposa.

La pareja se despojó de las ropas de inmediato y se unieron a ellos. Kenia comenzó a besar a Kenneth mientras este le acariciaba el sexo desnudo para excitarla. Breixo se tocaba el pene con la intención de endurecerlo y sustituir a Sam con Susan, que no dejaba de chupar el miembro de su marido.

—Quiero correrme dentro de ella —indicó Sam, saliendo del interior de la inglesa y señalando a Kenia.

La agarró de un brazo y tiró de ella para tumbarla en la cama. Acto seguido, sustituyó el condón por uno nuevo, por higiene, se hundió entre los pliegues femeninos de la joven y comenzó a entrar y salir de ella con bestialidad.

Susan continuó con la felación a su marido y Breixo se colocó en el suelo, entre las piernas de la mujer, para jugar con su clítoris y su vulva.

Sin embargo, sus ojos no podían despegarse de lo que sucedía en la cama. Ese hombre era un animal salvaje y estaba seguro de que lastimaría a su chica. Recordó lo que su novia le había comentado sobre la manera en que él la follaba y sintió deseos de ir hacia allí y arrancarle de encima del cuerpo de su novia, pero al ver que alcanzaba el orgasmo en ese momento, respiró un poco más tranquilo.

Kenneth también estaba a punto de lograr su éxtasis, pero no deseaba hacerlo en la boca de su esposa. Salió de ella y se encaminó a la cama, donde Kenia yacía descansando.

—Ahora me toca a mí —le dijo.

La *escort* se abrió de piernas nuevamente y el inglés, tras colocarse un preservativo, se insertó en ella de una certera estocada que le hizo gemir de placer.

Kenia notaba cómo se iba calentando con cada choque de la pelvis masculina contra la suya y en pocos minutos ya estaba al borde del orgasmo. Ladeó la cabeza buscando el aire que le faltaba a sus pulmones y vio a Breixo con Susan en brazos.

Su novio aplastaba a la inglesa contra la pared mientras la colmaba con su erección y ella no dejaba de gritar que quería más... más... más...

Breixo giró la cara y miró a Kenia. Le dedicó su sonrisa más canalla antes de tirarla un beso con los labios y devolver su atención a Susan.

Los dos se corrieron a la vez, pero disfrutando de cuerpos ajenos.

A la mañana siguiente, antes de desembarcar en el puerto de Barcelona, al que habían llegado hacía poco, Sam se dirigió a ellos con una propuesta.

—Tengo que rodar un video para el cantante Ash —Kenia y Breixo asintieron, pues los dos conocían sus canciones—. Me gustaría que vosotros participaseis en él.

—¡Vaya! —exclamó el joven.

Kenia, sin embargo, no dijo nada. Se había quedado sin habla por la sorpresa.

—Veréis —comenzó a explicarles Sam—, llevo un tiempo buscando a una pareja que tenga la complicidad que tenéis vosotros porque es necesario para el vídeo. De momento, no he encontrado a nadie que me resulte lo suficientemente creíble para hacerlo. Lo he intentado con actores, modelos... pero ninguno ha dado la talla, aunque lo han hecho muy bien en los *castings*, debo reconocer. Estos días con vosotros he visto lo que llevo buscando tanto tiempo y por eso quiero que participéis en el video. Cada vez que os miráis, que os tocáis, tenéis algo... no sé... llamadlo química o como queráis, pero eso es lo que busco.

«Amor, eso es lo que has visto. El sentimiento más maravilloso que une a dos personas», estuvo a punto de soltar Breixo.

—Pero nosotros somos *escorts*. No sabemos actuar —comentó Kenia, saliendo de su asombro.

Breixo la miró, pensando que precisamente eso era lo que hacían siempre con los clientes. Actuar. Pero claro, Kenia no se refería a este tipo de actuación, si no a la que llevan a cabo los actores y las actrices de verdad, los del cine, el teatro o la televisión.

—Es que no tenéis que actuar. Solo debéis ser vosotros mismos. Nada más —le aclaró Sam y añadió—: Os necesito. El vídeo será un poco... erótico, sexual... y necesito a alguien como vosotros para hacerlo. Bueno, con sinceridad, me he encaprichado con vosotros dos y no quiero a nadie más. Decidme que sí, por favor —suplicó mirándolos a ambos.

—¿Cuánto nos vas a pagar? ¿Dónde será el rodaje y por cuánto tiempo? —quiso saber Breixo, con su mente para los negocios trabajando a toda velocidad.

—A ver, el rodaje será en Mar de Plata, Argentina, y estaremos...

—¿En Argentina? —lo cortó Kenia, mirándolo como si fuera un extraterrestre recién salido de una nave espacial—. ¡Yo no puedo ir a Argentina! —se quejó.

Su novio se volvió hacia ella para hablarle.

—¿Por qué no?

—Pues porque es un viaje muy largo y significaría, entre ir, volver y el tiempo que estemos allí rodando, más de una semana sin acudir a clase. No puedo perder tanto tiempo. —Miró a Sam y añadió—. Lo siento, pero mis estudios son más importantes que tu videoclip.

—¿Estás estudiando? —preguntó Sam sorprendido. No se le había pasado por la cabeza esa posibilidad.

—Sí. Yo estudio Criminología y él... —Señaló a Breixo—... Administración y Dirección de Empresas.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —exclamó Sam.

—Kenia, cielo, ¿no podrías pedirle a algún compañero que te mandara los apuntes por *email* mientras estamos allí? —comentó Breixo—. Podrías estudiar cuando no estemos rodando, no sé, por las noches, en la hora de la comida... —añadió para convencerla.

Sam, viendo que su oportunidad de tenerlos en el video peligraba, se apresuró a indicarle a la joven *escort* cómo se desarrollaría todo.

—Si las cosas marchan bien y salen a la primera estaríais pocos días sin

asistir a la universidad. Calcula dos días de viaje, uno de ida y otro de vuelta, y luego otros dos días o tres rodando el videoclip. Todos los gastos correrían de mi cuenta. Billetes de avión, hotel, comidas, cenas... Además, tendrás la oportunidad de conocer a Ash... —mencionó al cantante—... en persona, algo con lo que sueñan millones de jovencitas de tu edad. Y cuando vuelvas, tendrás en el bolsillo veinte mil euros para ti solita. Bueno, para los dos — finalizó, observando también a Breixo.

—Si son treinta mil, acepto —negoció el joven.

—Veintidós mil —propuso el inglés.

El *escort* sacudió la cabeza.

—Veintiocho mil —pidió.

—Veinticinco mil y no se hable más —ofreció Sam.

—Yo acepto —confirmó Breixo.

Kenia aún se debatía entre aceptar o no. Lo que su novio le había dicho sobre que el temario de la facultad podría pedírselo a algún compañero o compañera era cierto. Pero no se quedaba tranquila respecto a esto. Podrían enviarle los apuntes equivocados o faltarle algunos o no enviárselos, con lo que sería una semana de estudio totalmente perdida.

—Vamos, cariño, di que sí —insistió su novio con voz dulce, agarrándola por la cintura para pegarla a él—. Es una oportunidad única. ¿Cuántas veces en tu vida vas a tener la posibilidad de participar en un videoclip de un cantante famoso a nivel mundial? ¿Cuántas veces vas a poder viajar a Mar de Plata? ¿Cuántas veces...?

Kenia le interrumpió.

—¿Cuándo nos iríamos? —le preguntó a Sam.

—A mitad de noviembre. Entonces la temperatura allí será de unos veintitrés grados. Cuando aquí en España es otoño, allí es primavera. La época ideal para rodar en los lugares que quiero.

Kenia cabeceó. Veinticinco mil euros le vendrían muy bien para ir ahorrando como tenía previsto para cuando se quisiera marchar a estudiar a Estados Unidos. Bueno, en realidad, sería la mitad de ese dinero porque lo repartiría con Breixo, era lo más justo.

—Déjame pensarlo un par de días. Tengo que ver cómo me voy a organizar —contestó.

Capítulo 22

Hacía días que Aroa no pisaba el gimnasio al que acudía dos veces por semana desde que vivía en Barcelona. Así que ese día se dijo que no lo iba a dejar pasar. Tenía mucha tensión acumulada y necesitaba descargarse.

Se colocó los cascos para escuchar a Green Day mientras subía a la cinta de correr. Al tiempo que comenzaba a dar zancadas sobre ella, *Boulevard of broken dreams* inundó sus pabellones auditivos.

Concentrada en sus pisadas y en la música *rock punk* del grupo estadounidense, no se percató de que Gabriel estaba a su lado observándola desde hacía varios minutos.

Él admiraba el curvilíneo cuerpo femenino deseando recorrerlo con las manos. Empaparse de la suavidad de la piel de Aroa, que no había podido olvidar, y deleitarse con la madurez que estaba adquiriendo.

Una lujuriosa sensación de hambre sexual invadió sus venas. La presencia de Aroa lo excitaba sobremanera y dudó sobre qué hacer. ¿Se dejaría arrastrar por lo que su cuerpo le gritaba o retrasaría el deseo de hacerla suya?

Aquel no era el escenario más conveniente para dar rienda suelta a su pasión, desde luego.

En ese momento, Aroa giró la cabeza y se encontró con los ojos de Gabriel, que se habían convertido en dos lenguas de fuego que recorrían su piel, abrasándola.

Trastabilló y tuvo que agarrarse al dispositivo electrónico que le marcaba los kilómetros recorridos.

Comprobó cómo él esbozaba una lenta y sensual sonrisa tras ver su reacción.

Gabriel le habló, pero ella no llegó a oírlo pues la música a todo volumen de Green Day cantando *American Idiot* casi le perforaba los tímpanos. Se sacó los auriculares con un gesto de fastidio que contrastaba con el repentino anhelo que la había asaltado nada más verlo. Un nudo en el estómago retuvo las mariposas que revoloteaban frenéticas para no dejarlas

escapar. Su corazón bombeaba desbocado por la carrera, pero también por el magnetismo feroz que irradiaba Gabriel con los ojos clavados en ella, devorándola.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó la inspectora de mal humor.

Detuvo la cinta de correr y se bajó de ella.

El empresario observó su cuerpo sudoroso y fantaseó con que la próxima vez que ella sudase, sería a consecuencia de las noches de pecado que él la haría disfrutar teniéndola bajo su cuerpo.

O encima.

O de lado.

O contra la pared...

No le importaba la postura siempre que fuera él quien consiguiese hacerla sudar y, sobre todo, gritar de placer.

—Me han dicho que este gimnasio es muy bueno y, por eso, acabo de apuntarme.

Los dos se retaron a un duelo con la mirada.

Gabriel llevaba un pantalón corto de algodón y una camiseta gris que se ceñía a su espectacular torso y sus fuertes brazos.

Aroa lucía unas mallas negras y un top ajustado azul que marcaban deliciosamente su figura haciendo que cualquier hombre de los que allí había comenzase a salivar.

—Ya —soltó escéptica.

Cogió su botella de agua, que había dejado al lado de la máquina, y se dio media vuelta para irse.

Gabriel, en un rápido movimiento, la enganchó del brazo y se pegó a su espalda.

—Te follaría ahora mismo sin importarme quién esté mirando —susurró con voz ronca en el oído de Aroa.

Ella al notar el cálido aliento del hombre sobre su piel, se estremeció de deseo. Una corriente eléctrica se creó entre los dos e hizo crepitar el ambiente a su alrededor.

—Suéltame.

—¿Por qué faltaste a la cita? —preguntó él negándose a perder el contacto corporal con ella.

Aroa se soltó de un tirón y comenzó a caminar para alejarse de Gabriel. Necesitaba poner espacio entre los dos, si no, se volvería loca y haría algo de lo que se arrepentiría toda la vida. No estaba dispuesta a ello. Bastante tenía ya con los recuerdos del pasado.

Gabriel la siguió como un perrito faldero, babeando tras ella y conteniéndose para no darle un buen apretón en ese culo redondo y respingón que lo tentaba.

Al pasar por delante de uno de los espejos de la sala, la inspectora se dio cuenta de cómo el empresario correteaba detrás de ella por todo el gimnasio como si fuera un quinceañero persiguiendo a la chica popular del instituto.

Se dio la vuelta y Gabriel a punto estuvo de chocar contra ella.

—Porque me dio la gana, ¿vale? —soltó brusca.

—¿No será porque tienes miedo de reconocer que aún me sigues amando?

Ella miró a su alrededor. Parecía que nadie prestaba atención a la conversación que mantenían.

—Escucha Gabriel: No quiero hacerte más daño, ¿de acuerdo? Es mejor olvidar y dejarlo todo así. El pasado ya está muerto y enterrado.

Salió de la sala de *fitness* con la esperanza de que sus palabras hubieran convencido al empresario.

Se dio cuenta de que no había sido así cuando él volvió a cogerla por el codo para detener su avance en medio del pasillo.

—¡Joder! ¿Eres masoquista o qué? ¡Ya te he dicho que no quiero saber nada de ti! —le gritó.

Gabriel acalló su grito con un apasionado beso que dejó a Aroa sin respiración. Al principio, ella intentó retirar la cabeza, pero él siguió el movimiento con los labios todavía fusionados. Poco a poco, Aroa cedió. El irresistible deseo por Gabriel estaba ganando la batalla mientras la lengua masculina profundizaba en la boca de ella, recorriendo con pericia cada rincón, acariciándola con lentitud y siendo recompensada con un placer soñado durante largo tiempo.

Ella soltó un suave gruñido. Ese sonido hizo que el corazón del empresario latiera con una mezcla de excitación y ansiedad.

Gabriel la empujó con dulzura hasta chocar contra la pared y encerrar el

cuerpo femenino entre sus brazos.

Aroa, con las manos sobre sus pectorales, sintiendo cómo estos se contraían bajo su presión, decidió que no podía rendirse a sus caricias por mucho que estuviera ardiendo de deseo.

Rompió el beso de manera brusca y le asestó un tortazo que le dejó todos los dedos marcados en la mejilla.

—No vuelvas a besarme —espetó enfadada, empujándolo para salir de su encierro.

Gabriel trastabilló hacia atrás mientras se acariciaba la zona lastimada.

—Volveré a hacerlo —la amenazó, viendo cómo ella se alejaba por el pasillo—. La próxima vez te daré un beso que te obligue a quedarte en mi vida para siempre.

Capítulo 23

Cuando Kenia contó en la agencia lo del videoclip, Mireia le recomendó que no se lo dijera a nadie más. Si Lali se enteraba, la echaría de allí. Las normas eran muy estrictas. Todos los tratos con los clientes debían pasar por la *madame*. Por eso les prohibían dar su teléfono personal a cualquier cliente para que contactasen con ellas sin la agencia de por medio.

—Pero es que no va a haber sexo. Sam me lo ha prometido. Solo será el rodaje y ya está —dijo Kenia en su defensa.

—¿Y qué pasará si Lali ve el videoclip? No es tonta. Atará cabos enseguida y te despedirá —lo advirtió Mireia.

La joven tuvo que admitir que su amiga tenía razón, pero le apetecía tanto hacerlo... Como bien le dijo Breixo era una oportunidad única, al alcance de muy pocos. Y se iba a llevar un buen dinero. Sam le había dicho que el videoclip no estaría listo para su visionado por el público hasta el mes de diciembre, coincidiendo con el lanzamiento del primer single del cantante. Así que aún podría seguir trabajando en la agencia. Cuando Lali se enterase de lo que había hecho, ella se lo explicaría. Le diría la verdad. Si la *madame* lo aceptaba, bien. Si no...

—Bueno, tampoco es que hayamos firmado un contrato para trabajar aquí ni nada de eso —intervino Dunia.

—Yo aceptaría sin dudar —comentó Chloé—. Aunque lo de no tener sexo... no me convence. Podrías tirarte al cantante ese que os gusta a todas y, de paso, si hay alguno más que...

—Calla, ninfómana —la reprendió Mireia.

Se volvió hacia Kenia y le preguntó.

—¿Qué excusa piensas poner para estar toda una semana sin venir por aquí?

—Había pensado enlazar la regla con una gripe intestinal —respondió ella, aunque ya no le parecía tan buena idea como cuando Breixo se lo comentó el día anterior.

—Lo del virus intestinal puede valer. Lo de la regla no. Sabes que

muchos clientes piden servicios solo de compañía para fiestas, comidas de negocios donde tengan que aparecer con una chica guapa colgando del brazo, etcétera. Lali te podría mandar a cualquiera de ellos si le dices que estás con el período. U obligarte a usar la esponja, como hacen algunas de tus compañeras —le hizo ver Mireia.

Kenia lo pensó. Tenía razón su amiga. Lali podría pedirle que usara la esponja vaginal, que no era otra cosa que una pieza pequeña sintética de látex o natural, cuyo objetivo principal era absorber el sangrado para poder mantener relaciones con total comodidad. Era fácil de usar y de adquirir, pues se compraba en las farmacias. Sin embargo, Kenia no la utilizaba porque no funcionaba como método anticonceptivo y tampoco evitaba las enfermedades de transmisión sexual.

—¿Y si dice que se ha hecho un esguince en el pie o algo así, y que tiene que estar al menos una semana en reposo? —propuso Dunia.

—Le pedirá un parte médico —señaló Chloé.

—No —negó Mireia, pensativa—. No tenéis que presentar ningún parte médico de baja puesto que no tenéis ningún contrato firmado con la agencia, como bien a dicho antes Dunia. Si no trabajáis, no cobráis. Y enviarían a otra chica en vuestro lugar.

—Entonces, ya tenemos la solución —afirmó Chloé contenta.

Kenia asintió y todas mostraron sonrisas de felicidad.

—¡Te vas a Mar de Plata, Argentina! —exclamó Dunia, abrazándola presa de la euforia.

—Por favor, por favor, por favor, tírate de mi parte al cantante y a todos los tíos que puedas —suplicó Chloé.

—De verdad, tú tienes un problema grave con el sexo. Deberías hacértelo mirar, pequeña ninfómana —soltó Kenia riéndose.

—¿Te vas de viaje?—le preguntó Jessica, su compañera de piso, observando cómo hacía la maleta.

—Sí. Una semana —respondió Kenia.

Jessica se apoyó contra el marco de la puerta del cuarto de Kenia. Se cruzó de brazos y esperó para ver si ella le contaba algo más. Pero pasados unos minutos en los que Kenia continuó con lo que estaba haciendo en

completo silencio, la otra no pudo resistir más la curiosidad y le preguntó:

—¿Con tu novio?

—Sí, con él.

—¿Y a dónde os vais?

Kenia fue hacia el armario y sacó un par de camisetas.

—A Mar de Plata, Argentina. Nos han contratado en la agencia para rodar un videoclip con el cantante Ash —explicó a su compañera.

En un primer momento, había pensado mentir, pero finalmente decidió que lo mejor era contarle la verdad, puesto que Jessica era una gran fan del chico y con toda seguridad vería el video y, por ende, a ella y a Breixo. También se lo había comentado a su familia. Ellos sabían que trabajaba de forma eventual en una agencia de modelos para costearse sus caprichos en Barcelona. Lo que desconocían era a qué se dedicaba realmente su hija en sus ratos libres.

—¡Qué guay! —exclamó Jessica y llamó a la otra compañera de piso—. ¡Alejandra! ¡Ven! ¡Corre! ¡Ven!

Se internó en el cuarto de Kenia contentísima porque su amiga iba a conocer a uno de sus ídolos.

—Tienes que traerme una foto firmada por él, por favor —le pidió.

Alejandra llegó en ese momento.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen tantos gritos?

—¡Tía! ¡Qué se va a Argentina para rodar un videoclip con Ash! —pronunció el nombre del cantante y la otra chica abrió los ojos como platos.

—¡Ostras! ¡Qué bien!

Entre las dos cogieron a Kenia y la sentaron en la cama. Se pusieron una a cada lado y le hicieron infinidad de preguntas sobre cómo había surgido la oportunidad, cuánto tiempo estaría fuera y un montón más.

Ella contestó, inventándose la mitad de las cosas. Dio gracias al cielo por tener una mente ágil para el engaño, pero le dolió tener que mentir a sus compañeras.

—¡Joder, tía! Me tienes que conseguir trabajo en tu agencia, de verdad. Hace nada has estado en Niza un fin de semana para hacer fotos para un catálogo de ropa de baño. —Esa era la mentira que les había contado a Jessica y Alejandra para ausentarse aquellos días del piso que compartían—.

Y ahora te vas a Mar de Plata para rodar un videoclip con mi cantante favorito. Yo también quiero que me pasen cosas así.

—Ya te dije que pregunté y me contestaron que no necesitan ninguna chica nueva de momento —respondió Kenia.

Tan solo unas pocas horas en Mar de Plata les bastaron a Kenia y Breixo para comprender por qué los argentinos la apodaban la Ciudad Feliz. Este maravilloso rincón de Latinoamérica combinaba deslumbrantes playas oceánicas con una vida cultural, comercial y nocturna que no tenía nada que envidiar a otras ciudades costeras y de veraneo, además de ofrecer varios rincones naturales muy hermosos para relajarse.

Aunque la pareja no tuvo mucho tiempo de disfrutar de todo lo que la ciudad les mostraba porque empezaron el rodaje del videoclip el mismo día que llegaron. Tras registrarse en el hotel, descansaron un par de horas, y enseguida los avisaron de que un coche los esperaba en la puerta para llevarlos a donde estaba el set.

Cuando llegaron, Sam los esperaba con un par de empleados que se ocuparon enseguida de Breixo y Kenia. Se cambiaron de ropa en una *roulotte* que hacía las veces de camerino para ponerse la que allí estaba preparada. Los maquillaron y los peinaron mientras les explicaban lo que tenían que hacer en las escenas que iban a rodar con el atardecer de fondo.

Los acantilados en los que se encontraban eran preciosos. Había una escalera excavada en la roca que daba al mar y cerca de allí, unas piscinas naturales donde tuvieron que meterse los dos y hacerse arrumacos mientras los filmaban.

—Hostia, qué fría está el agua... —se le escapó a Kenia cuando se sentó dentro de la formación rocosa.

—Claro que está fría, cielo. Esto es el Atlántico. —Se rio él, acomodándola sobre su regazo para abrazarla mejor—. Verás cuando te lleve a mi pueblo, en Coruña, y te bañes en el Cantábrico.

—¡Uf! Quita, quita. Creo que no podré meter ni un pie. A mí me gusta el agua más caliente. —Miró hacia abajo y comprobó que tenía los pezones erectos por culpa del frío—. ¡Joder! ¡Lo que faltaba!

El joven siguió el curso de su mirada y al verlos se relamió.

—Estás preciosa con ese bikini blanco —susurró Breixo antes de darle un beso en los labios. Después bajó por toda su garganta, notando en la lengua el sabor de la piel de Kenia y empapándose de su olor, hasta llegar a la zona que unía la clavícula con el cuello. Allí le dio un tierno mordisco, que hizo que ella temblase de placer y excitación.

—¡Corten! —Oyeron que indicaba una voz.

Pero él continuó con su novia entre los brazos, dedicándole mimos.

—Breixo, para, han dicho que corten, así que déjame —murmuró Kenia.

—No puedo. Estás muy buena y te quiero comer entera.

Ella se rio al tiempo que se deshacía de los brazos en torno a su cuerpo y salía del agua.

—Tendrás que esperar a esta noche —le dijo, viendo como él ponía la cara más triste y desolada que pudo porque ella se alejaba.

Con un gesto de resignación, Breixo también abandonó la piscina natural.

—Toma buena. No hay que repetir —los informó Sam cuando se acercaron a él.

—¿Ya hemos terminado? —quiso saber ella.

—No. Vamos a aprovechar que aún hay buena luz para rodar en las escaleras que bajan a la playa. Lo que quiero que hagáis es... —Sam les explicó cómo debían colocarse, moverse y todo lo demás para conseguir lo que él buscaba para el videoclip.

Cuando se dirigían hacia el lugar indicado, apareció el cantante. Sam los presentó. Sin embargo, no pudieron hablar mucho porque enseguida llegaron las chicas de maquillaje para retocar a Breixo y a Kenia. Otra persona se llevó al chico para prepararlo para cuando él tuviese que entrar en escena.

Así fue su primer día en Mar de Plata. Terminaron agotados.

El siguiente día rodaron en una habitación de hotel.

Kenia solo llevaba un conjunto de lencería que dejaba bien poco a la imaginación. Medias de liga negras y unos altísimos zapatos de tacón. El pelo suelto le caía por la espalda. Tuvo que retozar en la cama ella sola, tocándose sensualmente, mientras el resto observaba en silencio, grabándola. Después, entró en escena Breixo, con un pantalón negro y el torso descubierto. Se subió a la cama con ella y comenzó a besarla cerca de sus rincones íntimos.

—Me estoy poniendo cardíaco —susurró contra su piel.

—Shhh, calla, o nos harán repetir la toma —le ordenó Kenia.

—Por mí podemos repetir todas las veces que haga falta.

En ese momento, Sam le ordenó a la joven que se diera la vuelta para enseñar el trasero a la cámara y que Breixo se lo mordisqueara y lo manoseara con posesión.

—Como si yo necesitara que me dijeran que te toque posesivamente el culo —murmuró para que solo ella lo oyese—. Si este culito es mío...

En ese momento, el cantante entró en escena. Cogió a Breixo por los hombros y lo arrancó de al lado de Kenia. Comenzaron una pelea ficticia, donde los golpes, puñetazos y patadas iban todos destinados a que el *escort* acabase en el suelo. Después, cuando el cantante hubo vencido, se acercó a la cama y se llevó a la chica.

—Menos mal que sé que al final con quien te vas a ir a la cama es conmigo, que si no... —le dijo Breixo a Kenia riendo cuando todo terminó aquel día.

La joven aprovechaba los ratos libres para estudiar. Su novio hacía lo mismo, gracias a que los compañeros de ambos les mandaron el temario de esos días por *email*.

Rodaron exteriores en el Torreón del Monje, uno de los iconos de la ciudad balnearia marplatense. Se trataba de una edificación de influencia gótica, construido sobre las rocas de Punta Piedras en 1904. Su arquitectura, con los tejados rojos, la cúpula, la torre y el puente peatonal, hechizaron a Kenia.

—Este lugar es precioso. Me encanta —susurró con los ojos recorriendo aquella maravilla arquitectónica—. ¿Te imaginas haciendo un reportaje de boda en un lugar así? Tiene que quedar súper bonito y muy romántico.

—¿Eso es un sí?

—¿Un sí a qué? —preguntó ella sin saber de qué estaba hablando su novio.

Breixo se acercó más a ella con su andar felino y la tomó de la cintura para pegarla a él.

—Una vez te pregunté si querías casarte conmigo y aún estoy esperando una respuesta.

Kenia recordó la conversación que mantuvieron en la fiesta de exalumnos a la que habían ido con un par de clientes.

—No me preguntaste nada. Diste por sentado que tú y yo nos casaremos algún día.

—Vale, lo reconozco. No te hice la típica pregunta, pero mis intenciones quedaron bien claras y continúan siendo las mismas. Entonces ¿te gusta este sitio para celebrar la boda y hacer las fotos? —quiso saber el chico.

—Ya te dije entonces que vas demasiado rápido. Me asustas, Breixo. Además, estoy a punto de cumplir veintiún años. ¿Quién demonios se casa a esa edad?

—Es cierto que es demasiado pronto para casarnos. Somos muy jóvenes los dos. Quizá dentro de algunos años lo hagamos. Pero tienes que saber que yo tengo muy claras las cosas en mi vida, Kenia, y sé que te quiero en ella desde la primera vez que te vi.

Sam se acercó a ellos para indicarles algunas posiciones, por lo que tuvieron que dejar de hablar.

El video terminaba con que al cantante lo detenía la policía por secuestro, liberando así a la chica y esta se reunía con Breixo, fundiéndose en un apasionado beso.

Cuando acabaron el rodaje ese día, el último ya, decidieron dar un paseo por la Plaza Colón, disfrutando del extenso parque.

—Cuando volvamos al hotel quiero estudiar un rato antes de acostarme —lo informó Kenia.

—¿No quieres que vayamos a la fiesta que da la productora para celebrar que ya hemos terminado?

—No. Estoy cansada y mañana nos espera un largo día de viaje de vuelta a España. Prefiero estudiar un poco y dormir.

—A mí me apetecía pasarme por la fiesta un rato —comentó Breixo.

—Puedes ir, si quieres. Así no te aburres mientras yo estudio.

—Está bien. Pero te prometo que volveré pronto. No quiero que te duermas sin darte lo tuyo.

—¿Y qué es lo mío? —preguntó ella, con voz melosa, haciendo como que no sabía a lo que se refería su novio.

Breixo, por toda respuesta, la besó.

Kenia estaba sobre la cama, sentada al estilo indio, con el ordenador encima de sus piernas, repasando los apuntes que le había mandado un compañero de la facultad. Al oír cómo la puerta se abría, levantó la vista y se encontró con Breixo, que portaba en una mano una bolsa del casino y en la otra una botella de champán.

—Hola, belleza —saludó a Kenia con un ronroneo sensual, al tiempo que cerraba la puerta con el pie.

—Hola, guapo. ¿Qué tal la fiesta en el casino?

—Bien. Lo he pasado genial.

—Y si estaba tan bien la fiesta, ¿por qué te has venido? Es un poco pronto, ¿no? —dijo ella mirándose el reloj en la muñeca.

Él se acercó a la cama lentamente y recorrió con la mirada a su novia, que llevaba un corto camisón de satén gris con ribetes de encaje negro. Ella se estremeció bajo el poder de aquella mirada abrasadora que le había calentado la sangre en décimas de segundo.

—He venido tan pronto porque allí la gente comenzaba a desvariar. Algunos ya estaban bastante borrachos y el consumo de drogas empezaba a hacer efecto en varios. No me va ese rollo —comentó, haciendo una mueca de desprecio—. Además, no dejaba de pensar en ti, aquí solita, y como te prometí que te daría lo tuyo antes de que te durmieses...

Dejó la bolsa encima de una silla y la botella en el suelo, al lado de la cama, mientras decía las últimas frases y, acto seguido, le quitó a Kenia el portátil de las manos. Lo llevó a una mesa cercana para dejarlo allí y después regresó a la cama con ella.

Kenia ya lo esperaba tumbada sobre el colchón, ansiando rendirse a sus caricias y sus besos.

—¿Un poco de champán, cariño? —preguntó él, descorchando la botella.

La joven se alzó un poco, apoyándose en los codos al tiempo que asentía con la cabeza. Él se sentó en el borde de la cama.

Breixo le sujetó la nuca y cuando ella abrió la boca, él vertió el líquido dorado en su interior. Después bebió un poco de la botella y luego volvió a darle a ella. Pero justo en ese instante, movió la mano y el champán cayó por el cuello y el pecho de Kenia, empapándole el camisón.

—¡Huy! ¡Qué torpe soy! ¡Mira cómo te he puesto!

Él fingió que lamentaba mucho lo ocurrido, pero una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro mientras los ojos le brillaban con picardía.

—Creo que será mejor que me lo quite o me arruinarás el camisón — objetó Kenia sonriéndole de igual modo.

Se sentó en la cama y se pasó la prenda de satén por la cabeza para deshacerse de ella. Debajo solo llevaba un tanga de encaje blanco.

—Creo que deberías quitarte eso... —Breixo señaló el tanga—. Si no quieres que lo arruine también con el champán o que te lo arranque a mordiscos en un arrebato de pasión.

Ella obedeció y deslizó por sus piernas la lencería.

Cuando se volvió a tumbar sobre la cama, su novio vertió un poco de champán entre sus senos y, ávido, se lanzó a lamer los ríos de líquido que iban deslizándose por la piel de Kenia. El contraste entre la fría bebida, la húmeda lengua de Breixo y el calor de su piel, hicieron que ella se estremeciese de placer.

Su novio se apoderó de uno de los pezones y lo fustigó con la lengua para endurecerlo. Cuando lo consiguió, pasó al otro, succionando hasta que lo tuvo igual que su compañero.

Kenia se retorció bajo las caricias de Breixo sin parar de gemir.

—Desnúdate tú también. Quiero tocarte —le pidió ella.

El joven obedeció con rapidez y en pocos segundos comenzaron a rozar piel con piel, ardiendo con cada beso, con cada caricia.

Breixo recorrió con manos posesivas el vientre de Kenia hasta llegar al pubis. Allí vertió un poco de champán para beberlo de entre los muslos de su chica. Ella observaba la escena pensando que era lo más erótico que había visto en su vida. Clavó los dedos en la cabeza de su novio y lo obligó a profundizar con la lengua entre sus pliegues femeninos, al tiempo que un hormigueante calor se iba extendiendo por su sexo.

Cuando alcanzó el orgasmo, quedó desmadejada sobre el colchón.

Con los ojos cerrados y el pulso latiéndole a mil, sintió el roce de los labios de Breixo sobre los suyos.

Abrió la boca para recibirlo, pero él no se demoró y la abandonó pronto.

Notó que se levantaba de la cama y caminaba por la habitación. Abrió

un ojo para comprobar que era lo que estaba haciendo y la visión de su culo prieto le hizo desear que volviera pronto a su lado.

—¿Qué haces? —preguntó ella observando que su chico agarraba la bolsa que había traído del casino— Vuelve. Tengo frío sin ti.

—¿Sabes? He ganado algo de dinero jugando.

—Enhorabuena —lo felicitó ella.

—Y desde que me han pagado no dejo de pensar en cómo sería hacer el amor contigo sobre un montón de billetes.

Regresó a la cama, le dio la vuelta a la bolsa y sobre el cuerpo de Kenia, desnudo y pegajoso por el champán, cayó el dinero.

Ella abrió los ojos como platos al ver tantos billetes y comenzó a reírse por la idea que había tenido su novio.

—¿Cuánto hay?

—Cincuenta mil pesos argentinos —la informó él.

—Y eso al cambio es...

—No sé exactamente a cuánto está el peso argentino, pero creo que en euros serán unos mil setecientos.

—¡Vaya! Eres un chico con suerte —lo alabó Kenia.

Breixo se subió encima de ella y de los billetes, aplastando algunos, mientras Kenia examinaba varios de ellos tumbada en el colchón.

—Yo ya tuve suerte hace tiempo cuando te encontré a ti y quisiste ser mi novia. Esto de hoy no tiene nada que ver. Es fruto de mi mente ágil para las matemáticas y las combinaciones de números. Para contar las cartas que van saliendo, observando y calculando.

—Mi chico es todo un cerebritito.

—Debajo de esta impresionante fachada física hay algo más. ¿O qué te creías?

Se inclinó sobre ella hasta casi rozar su boca.

—Hay un corazón que late por ti —susurró, acariciándole los labios a Kenia con su cálido aliento, haciendo que ella se estremeciera de puro deseo—. Te quiero.

La besó despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Ella soltó los billetes que tenía en la mano para cogerle de la nuca y profundizar ese maravilloso y sensual beso que se estaban dando.

Abrió las piernas para que Breixo se colocara mejor entre ellas y continuaron besándose algunos minutos más, aplastando los pesos argentinos, que se quedaban pegados a la piel de Kenia por culpa del pegajoso champán.

Ella notaba la dura erección de su novio en su excitado sexo, así que alargó una mano hacia la mesilla de al lado de la cama y agarró un condón. Se distanció un momento de la mágica boca de Breixo para romper con los dientes el envoltorio metálico y cuando sacó el preservativo, su chico se arrodilló frente a ella para que hiciera los honores.

Antes de ponérselo, Kenia decidió que le dedicaría unos minutos de mimos al miembro que se alzaba potente y orgulloso entre las piernas de su novio. Acercó la boca a la corona rosada y comenzó a lamer, chupar y succionar.

Breixo se dejaba hacer. Nadie adoraba su pene como su novia. Notó cómo poco a poco ella le ponía la funda de látex, ayudándose con las manos y los dientes, y jadeó por el erotismo que desprendía eso para él.

Cuando ella alzó la cabeza de su polla, se dio la vuelta, poniéndose a cuatro patas para que él la embistiese desde atrás. Breixo deslizó poco a poco su erección por entre los pliegues íntimos de Kenia, sintiendo el calor que se ceñía a cada centímetro de su verga, hasta que la colmó y comenzaron un baile de caderas, de entradas y salidas de la vulva de Kenia, hasta que los dos alcanzaron el clímax y cayeron exhaustos sobre la cama.

Él rodó hacia un lado para no aplastarla, llevándose el cuerpo de Kenia consigo, abrazado a su espalda, pero sin salir de ella. Le gustaba sentirse así, unidos por su miembro. En ese momento eran solo uno.

—¿Cómo podrás respirar cuando te falte mi piel? —murmuró Breixo en su oído—. ¿Cómo podré hacerlo yo si me falta la tuya? Cuando estés en Estados Unidos y no tengamos contacto físico. Me voy a ahogar sin ti hasta que vuelvas.

Kenia giró la cabeza y lo miró asombrada. Era lo más romántico que le habían dicho en su vida. Breixo siempre conseguía abrumarla con la intensidad de sus sentimientos y la aturdía. Sin embargo, no contestó. Lo observó fijamente por entre sus pestañas, sabiendo que él no había terminado de hablar.

—Ven a vivir conmigo —le pidió el chico—. Antes de que te vayas.

Aprovechemos todo el tiempo que podamos para estar juntos.

Como ella seguía en silencio, él continuó hablando, tratando de convencerla.

—Ahorrarías más dinero para el viaje y la estancia allí porque ya no tendrías que pagar el alquiler del piso que compartes con tus compañeras ni tu parte de luz, agua, gas, comida...

—O sea, que si me voy a vivir contigo, me convertiré en una mantenida, ¿no? —soltó ella por fin—. ¡Qué poco me conoces, Breixo!

Se movió para levantarse y el pene de su novio salió del interior de su sexo. Cuando estuvo de pie, comenzó a quitarse algunos billetes que se le habían adherido al cuerpo por culpa del pegajoso champán mientras él hablaba.

—¡No! No lo veas así. Solo quiero ayudarte, para que te lleves más dinero a Estados Unidos por si lo necesitas. Aunque, de todas formas, siempre puedes pedírmelo a mí y yo te haría una transferencia...

Pero Kenia ya no lo escuchaba.

Notó cómo algo caliente le recorría el interior de los muslos y cuando miró hacia abajo se quedó helada. Comprobó con horror cómo un reguero de esperma descendía por su piel y que algunas gotas blancas estaban ya sobre la moqueta oscura.

—Mierda —masculló entre dientes—. Mierda, mierda, mierda... ¡Joder! —acabó gritando.

Su mirada se encontró con la de Breixo.

—¿Estás limpio?

Él no comprendió al momento esa pregunta, pero al bajar la vista por el cuerpo desnudo de su novia, supo a qué se refería ella.

—Por supuesto. Me hago revisiones periódicamente y la última fue la semana pasada. Todo está bien. Estoy perfectamente limpio.

—¡Joder! —volvió a gritar ella—. ¿Y si me has dejado embarazada?

—¿No tomas la píldora?

—No. Me afecta al hígado y como estoy algo delicada de él, hay medicamentos que no puedo tomar.

Breixo notó el temblor en la voz de ella y supo que estaba conteniéndose para no llorar de pánico ante esa idea. Aunque Kenia parecía de muy mal

humor, él la conocía bien, a pesar de que ella lo hubiese acusado minutos antes de lo contrario, y sabía que estaba a punto de quebrarse. Se levantó con rapidez de la cama y la abrazó, haciéndose cargo de la situación al instante.

—Tranquila. Vamos a sentarnos y a calmarnos. No pienses lo peor. Seguro que no te he dejado embarazada. No te preocupes.

—¡Yo no quiero calmarme! —chilló de nuevo, empujándolo para separarse de él—. ¿Dónde has comprado esos condones de mierda? ¿O es que estaban caducados? ¿Por qué no tienes más cuidado, joder, Breixo, por qué?

Él se quitó el preservativo y lo examinó con detenimiento mientras Kenia le gritaba, desatando su furia. Él también estaba cabreado, pero no se sentía el único responsable. Si había sucedido esa desgracia, era cosa de los dos, no solo suya.

Que su novia se pusiera en ese estado de agitación podía comprenderlo. A él también le acojonaba la idea de haberla dejado embarazada, pero no tenía ningún derecho de arremeter contra él ni él contra ella. Las cosas se podían solucionar hablando, no gritándose uno a otro como energúmenos.

—Está roto —confirmó Breixo, sentándose en la cama.

«¿Cómo es posible?», se preguntó. Sus condones no estaban caducados. Se encargaba de ello. A lo mejor lo había rasgado ella al colocárselo con los dientes.

¡Bah, qué importaba eso! Estaban los dos en esto y no tenía por qué buscar culpables. Ella era su novia. El amor de su vida. Le daba igual cómo se había roto la funda de látex. Harían frente juntos a lo que fuera.

—¡Ya me he dado cuenta! —continuó gritando Kenia.

En un rápido movimiento, él la agarró del brazo y tiró de ella para tumbarla en la cama. Se subió encima de su cuerpo, inmovilizándola de piernas y brazos, y le tapó la boca para que lo escuchara.

Kenia se resistió, pero Breixo era más fuerte y no pudo hacer nada más que quedarse quieta por fin, con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su acelerada respiración. Se miraron unos segundos a los ojos, hasta que a ella comenzaron a correrle las lágrimas por las mejillas.

Su novio se inclinó sobre su cara. Apartó la mano de la boca de Kenia y la deslizó por el pelo con ternura. La besó en los párpados cerrados, bebiéndose cada lágrima que salía de ellos.

Él también se rompió por dentro al verla así. Pero no lo demostró. Uno de los dos tenía que ser fuerte para afrontar la situación con la cabeza fría.

Y ese iba a ser él.

—Todo se va a arreglar, cielo. No llores. Aún no sabemos si estás embarazada o no. No te pongas en lo peor.

—Pero... pero... no puede ser... no me puede pasar... esto... solo tengo... veinte años... —se quejó ella sin parar de llorar.

—¿Cuándo debería bajarte la regla?

Kenia pensó unos segundos mientras sollozaba.

—La... la semana... que viene... Me toca justo para... mi cumpleaños.

—Bueno, pues habrá que esperar y ver qué pasa. Tranquilízate, por favor. Deja de llorar.

—¿No lo entiendes? Si me quedo embarazada, adiós a mis estudios y adiós a mi carrera en el Cuerpo de Policía como inspectora de homicidios. Siempre he soñado con serlo y ahora... no... no puedo... es demasiado pronto... para un bebé... Además... llevamos tan poco tiempo saliendo... y mis padres no saben nada de ti... de que existes... de que estoy con alguien...

Breixo la abrazó y cargando con ella, se sentó contra el cabecero de la cama. A Kenia la colocó sobre su regazo, acunándola como si fuera una niña pequeña.

—Yo también estoy acojonado, si te soy sincero. Tampoco entra en mis planes ser padre a los veintitrés. Tendría que dejar mis estudios también y ponerme a trabajar para manteneros al niño y a ti. Lo más seguro es que no lo estés, pero si sucede quiero que sepas que voy a estar a tu lado pase lo que pase.

Agarró la barbilla de Kenia con dos dedos y la alzó para centrar su mirada en la de ella.

—Llevo mucho tiempo diciéndotelo. Te quiero y nada me va a separar de ti. Nada hará que nuestra relación se rompa. Ni un embarazo no deseado ni nada de nada. Así que quítate de la cabeza todas las ideas que tengas sobre que llevamos poco tiempo juntos, que vas a tener que dejar de estudiar, etcétera, y vamos a esperar a ver qué sucede. A lo mejor te baja la regla y resulta que estamos aquí haciendo cábalas cuando no tenemos que

preocuparnos de nada.

El viaje de vuelta a Barcelona lo hicieron en silencio. Aunque Breixo intentó distraer a Kenia de sus pensamientos, no lo logró y, finalmente, optó por no darle más conversación, pues ya veía que ella comenzaba a enfadarse.

Estuvo divagando sobre las posibilidades de que su novia estuviera en estado y se dio cuenta de que la idea no lo disgustaba en absoluto, a pesar de que también él estaba muerto de miedo. Cierto que eran muy jóvenes para ser padres, pero ambos tenían ahorros con los que hacer frente a la situación de criar a un hijo.

Además, hasta que naciera el bebé, los dos podrían continuar con sus estudios en la universidad. Obviamente él tendría que hacer más servicios como acompañante masculino hasta que llegase ese momento y ganar más dinero, porque estaba claro que no pensaba dejar que Kenia continuase siendo una *escort*. Ahora más que nunca debía cuidarse, descansar y prepararse para la maternidad. Ya no podía ir por ahí regalando sus besos a otros ni rondando en camas ajenas.

No permitiría que continuase con esa vida sexual cuando llevaba a su hijo en el vientre.

Después de que naciera el bebé y, según el dinero del que dispusieran, ya decidirían entre los dos si seguían estudiando o no. O al menos uno de ellos, preferentemente Kenia. Podría continuar en la universidad cuando el pequeñín fuese a la guardería.

A Breixo no le importaba renunciar a su carrera por el bien de ella y el niño. Dentro de unos años, si todo marchaba bien, podría terminar de sacársela en la universidad a distancia, estudiando por las noches o ya vería cómo.

Kenia estaba aterrada. No dejaba de darle vueltas al asunto del condón roto. ¿Estaría caducado, en mal estado o algo así? ¿O lo habría roto ella con los dientes al colocárselo a Breixo en el pene? ¡Joder! ¡Qué mala suerte! Con la cantidad de veces que había hecho esa técnica y nunca había pasado nada...

Al menos, podía dar gracias a Dios porque le había sucedido con Breixo y no con cualquier cliente. Pero aun así...

Se pasó el viaje en avión rezando por no estar embarazada. Pidiéndole a Dios que le viniese el período el día que le tocaba.

De lo contrario... su vida se acabaría.

Tendría que renunciar a su carrera. No podría irse a Estados Unidos y volver convertida en inspectora de homicidios. Sus padres pondrían el grito en el cielo cuando supieran que, con veintiún años, iba a ser madre de un novio que no sabían ni que existía, pues ella nunca les había hablado de Breixo.

Tendría que dejar la agencia. Adiós a las fiestas, adiós al sexo, adiós a pasarlo bien los próximos años.

Su vida se reduciría a atender al bebé, cambiar pañales, dar el pecho y salir a pasear por el parque. A las siete de la tarde, que era cuando ahora solía salir de casa, tendría que regresar a ella para bañar al niño, darle de cenar y acostarlo, como hacían su hermano y su cuñada con su sobrina de diez meses.

Aunque le gustaban los niños, en estos momentos, el posible bebé que tuviera no era bien recibido. No estaba preparada para ser madre.

Observó a Breixo a su lado, ambos parados ante la cinta portaequipajes, esperando sus maletas una vez aterrizados en el Prat.

Si a ella le dolía tener que renunciar a su carrera, no quería ni pensar lo mucho que le dolería a su novio hacer lo mismo. Él, que tenía tantos planes de futuro; que quería montar su propia empresa y ahora ella se los iba a romper todos. Bueno, ella no. El bebé.

No podía estar embarazada. El destino no les jugaría esa mala pasada, ¿verdad?

Salieron del aeropuerto y cogieron un taxi, que los llevó a casa de Breixo.

—¿Por qué hemos venido a tu piso? —quiso saber Kenia, frente al portal.

Había estado tan absorta en sus pensamientos que no se había dado cuenta hasta que se bajó del coche.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo y hoy puede ser un buen día para empezar. No voy a dejarte sola. Me ocuparé de ti y...

—Ya te he dicho que no tienes que ocuparte de mí. Soy lo suficientemente inteligente e independiente para hacerlo yo —siseó enfadada.

Breixo emitió un largo y cansado suspiro.

—Vamos arriba para hablar con tranquilidad.

—No.

—Por favor.

—No. Me quiero ir a mi casa. Llamaré a otro taxi —dijo Kenia, cabezota.

Él la detuvo cuando la vio sacar el teléfono del bolso.

—No lo hagas más difícil, cielo.

—¿Por qué no puedes entender que necesito estar sola? —gritó.

—¿Y para qué quieres estar sola? ¿Para comerte la cabeza con ideas absurdas? Yo también formo parte de esto, ¿sabes? Además, no sé por qué coño estamos discutiendo si todavía no sabemos si estás embarazada o no — soltó él en el mismo tono de voz alto que ella.

—Habla más bajo —murmuró ella entre dientes.

Miró a su alrededor y comprobó con alivio que la gente que pasaba por allí no los había oído.

Breixo dejó su maleta en el suelo y enmarcó el rostro de Kenia con las manos.

—Escucha: he estado pensando mucho durante el vuelo. Llevo tiempo ahorrando para montar mi propia empresa cuando termine la carrera, como tú ya sabes. Ese dinero lo puedo destinar al bebé, a ti, a todo lo que se necesite en los primeros meses de vida de nuestro hijo, si finalmente resulta que estás embarazada. No tendrás que preocuparte por nada. Incluso podrás seguir estudiando. Solo tendrás que renunciar a lo de irte a Estados Unidos. Acabarás la carrera aquí, en Barcelona, mientras criamos juntos al bebé. Eso en el caso de que estés embarazada. Pero si no lo estás... nuestra vida continuará como hasta ahora. No te preocupes por nada, cariño. No pienses en nada. Tanto si es una cosa como si es la otra, vamos a salir adelante. Ya lo verás.

La besó despacio, rozando delicadamente sus labios, transmitiéndole todo el amor que sentía por ella.

Pero Kenia no le devolvió el beso. Se quedó quieta, como si fuera una estatua, dejándole hacer.

A él le dolió que ella no lo correspondiese, pero se dijo que era fruto del

miedo que ella sentía ante la posibilidad de que estuviera en estado.

Abandonó sus labios poco a poco y la miró intensamente a los ojos.

—Te amo, mi vida. Todo a salir bien.

—Vale, pero me voy a mi casa —comentó Kenia, como si no hubiera oído nada de lo que él acababa de confesarle.

Capítulo 24

Aroa estaba harta de que le mandasen mensajitos. Esa mañana se había encontrado con un billete de cinco pesos argentinos pegado a la parte trasera de una foto de Mar de Plata en la que se veía el Torreón del Monje. Lo habían colgado todo del pomo de la puerta de su casa con un trozo de hilo rojo idéntico a los otros.

Cuando llegó a comisaría estaba de un mal humor increíble.

No saludó a nadie y cuando Silvia fue a hablar, levantó la mano para hacer que se tragase las palabras que pudieran salir de su boca.

—Ni se te ocurra —advirtió a su compañera.

La inspectora Boix obedeció.

Aroa comenzó a trabajar como una autómatas hasta que recibió el aviso de que la autopsia de Tamara Aragón ya estaba terminada.

—Gracias a Dios que hoy sale algo bien —murmuró levantándose de su asiento para ir a ver al forense, haciéndole una seña a Silvia para que se pusiera en marcha también.

Cuando llegaron a Científica, el forense les relató los pormenores de la autopsia. Las inspectoras prestaron atención a cuanto decía él.

—El examen anatómico del cadáver sitúa la hora de la muerte en torno a las doce de la noche. Además de atarla a la cama, le pusieron una mordaza en la boca. Las lesiones de la cavidad bucal así lo confirman, por eso nadie oyó nada. No pudo gritar ni quejarse. Tampoco fue violada. El estudio de los genitales rebela que mantuvo relaciones sexuales consentidas. Hemos encontrado distintos tipos de vello púbico en esa zona. Al parecer, tuvo sexo con dos personas esa noche.

—¡Vaya! La tía sabía montárselo bien —soltó Silvia.

—No interrumpas —la reprobó Aroa con una mirada ceñuda.

—Recibió veintisiete puñaladas —continuó el médico—. Un par de ellas le seccionaron la aorta y el resto están repartidas por brazos, abdomen... Con esta última parte se enseñaron especialmente. Quien sea que lo hizo, quería deshacerse del feto.

—Espera un momento, ¿estaba embarazada? —preguntó Aroa.

—Sí, pero de poco tiempo. Se trata de una gestación de siete semanas.

—¡Joder! —exclamó la inspectora Martínez—. ¿Y podemos saber quién es el padre?

—Habrá que hacer una prueba de ADN para compararla con los posibles candidatos, pero de todas formas, no es fiable. Si la chica hubiera estado embarazada de más tiempo, coincidiría al 99 %. Sin embargo estando solo de siete semanas...

—Bien. Habrá que seguir esa línea de investigación también. Quizá demos con el asesino. ¿Y los restos de semen que había en las sábanas?

—Analizándose. Aún tardarán un poco —respondió el forense.

—Vale. Las muestras de vello púbico que has mencionado en sus partes íntimas...

—Sí, esas ya están, pero no hay nadie fichado con esas características.

—¡Joder! —farfulló Aroa molesta.

Se colocó las manos en las caderas y miró a un punto inexacto de la sala. Tras meditar unos segundos, sacudió la cabeza.

—Lo que sí puedo decirte es que pertenecen a un hombre y a una mujer —añadió el forense.

—Así que la víctima tenía relaciones sexuales tanto con unos como con otras. Muy bien —dijo—, te traeré muestras de todos los que tuvieron relaciones con ella para que las analices y contrastes —prometió Aroa—. Buen trabajo, Manuel. Muchas gracias.

Cuando regresaron a sus puestos de trabajo, la inspectora Martínez le ordenó a su compañera citar a los clientes que estuvieron con la víctima y también llamar al supuesto novio para interrogarlo acerca del embarazo de Tamara.

Observó cómo Silvia cumplía sus órdenes y poco después abandonó su despacho.

Salió al pasillo de la comisaría de nuevo y lo recorrió, acercándose al del comisario.

—Alonso, tenemos un problema —dijo nada más entrar y ver que él estaba solo.

Su jefe levantó la vista de unos papeles que tenía frente a sí y la miró

con intensidad.

Aroa no se anduvo por las ramas.

—Tamara estaba embarazada.

Alonso abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Cómo es posible? Ella siempre tomaba precauciones. No... No puede ser —respondió atónito.

—La autopsia lo ha confirmado. Estaba de siete semanas.

Aroa se plantó frente al escritorio y lo escudriñó con la mirada.

—También han hallado vello púbico de otras personas en sus genitales.

Ya sabes lo que eso significa. Si descubren que te la tirabas...

—Yo no me la tiraba. Hacíamos el amor —se indignó el hombre.

—Está bien. Como sea.

La inspectora Martínez hizo un gesto con la mano restándole importancia al comentario.

—Alonso, tendrás que darme una muestra.

El comisario sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero Aroa... recuerda que soy tu superior. Quiero discreción absoluta.

Cuando regresó a su puesto, Silvia la informó del resultado de las llamadas hechas.

—El novio vendrá en un par de horas y del resto de los clientes, ninguno estuvo con ella esa tarde ni esa noche. De todas formas, vendrán para tomarles muestras de saliva, cabello y demás para analizar y contrastarlo con el ADN. A ver si alguno de ellos es el padre de la criatura que la víctima llevaba en su vientre. A Gabriel lo he llamado, pero no me lo coge.

—¿Gabriel? ¿Desde cuándo tienes tanta confianza con él como para llamarlo por su nombre de pila? —preguntó Aroa molesta.

—Mujer, podría llamarle dios del sexo, que le pega más.

Aroa apoyó las manos en la mesa de su compañera y se inclinó hacia su cara. Silvia se echó para atrás todo lo que le permitió el respaldo del asiento.

—Para ti, Boix, ahora y siempre será el señor Serna. No lo olvides —siseó a pocos centímetros de ella.

Silvia tragó saliva y asintió.

—S-Sí, va-vale... —murmuró acojonada.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Aroa le dio un cachetito en la mejilla y regresó a su posición inicial.

—No me toques los cojones y nos llevaremos bien —añadió con una mirada severa.

Tecléo algo en su ordenador y pasados unos minutos, se levantó y se puso la chaqueta del traje rojo que llevaba ese día.

—¿Nos vamos? —quiso saber Silvia, alzándose también.

—Tú no. Tú te quedas a esperar a que venga el supuesto novio.

—¿Y a dónde vas tú, si puede saberse?

—¿Te crees que eres mi madre? —soltó.

Silvia negó con la cabeza y Aroa salió del despacho que compartían.

Una vez en la calle, la inspectora se dirigió hacia su coche. Cuando se montó, puso rumbo a Delirium. No sabía si Gabriel estaría allí, pero si no estaba, alguien le diría dónde encontrarlo. Podía haberlo llamado por teléfono; sin embargo, no quiso ponerlo sobre aviso.

Condujo a bastante velocidad mientras *Neutron star collision*, de Muse, inundaba el habitáculo.

Capítulo 25

Cuando Kenia llegó a su piso lo encontró vacío. Sus compañeras estaban a esa hora en la facultad de Medicina donde estudiaban las dos. Dejó en la habitación de cada una las dos fotos que el cantante les había dedicado y se fue a la suya. Se sentó en la cama, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar desconsolada.

Esto no podía pasarle a ella. No.

Su teléfono comenzó a sonar y Kenia, limpiándose las lágrimas con el dorso de una mano, lo cogió para contestar.

—Dime, Breixo.

Él notó en su voz el llanto y maldijo entre dientes.

—Joder. Sabía que ibas a estar llorando. Ahora mismo voy a tu casa.

—No.

—Voy a ir quieras o no. Estás mal y necesitas que esté a tu lado —se obcecó él.

—No, no te necesito.

—Vale, pues entonces iré porque yo sí necesito estar a tu lado. Porque quiero estar con mi novia cuando está nerviosa e intranquila como ahora para que se calme. Porque necesito verte y saber que estás bien. Porque te quiero y me duele cualquier cosa mala que te pase.

—No vengas —le ordenó ella, cabezota.

—No puedes prohibirme que esté contigo cuando más me necesitas, Kenia. Yo también formo parte de esto. No me puedes dejar fuera. No me excluyas.

Dicho esto, Breixo colgó y Kenia supo que en menos de veinte minutos estaría en su casa.

Justo cuando sus compañeras volvieran de la universidad.

No podían discutir el tema con ellas en el piso. No quería que nadie supiera lo que había pasado.

Así que se lavó la cara para intentar borrar el rastro de las lágrimas. Se colocó las gafas de sol, se puso el abrigo y bajó a la calle a esperarlo.

En el portal se encontró con Jessica y Alejandra.

—¡Hola! ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Luego os lo cuento todo, que ahora he quedado y no puedo entretenerme. En vuestras habitaciones os he dejado la foto firmada que me pedisteis. Una para cada una. —Les sonrió sin ganas y salió a la calle.

Anduvo hasta la esquina para que ellas no la vieran desde el portal y, una vez allí, esperó a Breixo.

Cuando su novio llegó a lomos de su moto y la hubo aparcado, se quitó el casco y se bajó de la potente máquina. Colocó la protección debajo del brazo y caminó hacia Kenia mirándola con seriedad.

—No podemos subir. Jessica y Alejandra acaban de llegar y no quiero que nos oigan discutir.

—¡Ah! ¿Pero es que vamos a discutir? —preguntó Breixo, sarcástico.

—Dime si no a qué has venido.

—He venido para decirte a la cara que no importa lo que pase, pero quiero que me pase contigo. ¿Te enteras ya? Sea bueno o malo, quiero que sea contigo. Quiero estar aquí para ti siempre.

A pesar de que Kenia llevaba las gafas de sol puestas, no se sintió protegida por ellas ante la mirada tan intensa que le dirigía Breixo mientras le hablaba. Giró la cara hacia un lado, huyendo de aquellos ojos enfadados.

Pero él la agarró del mentón con una dulzura que contrastaba con su tono de voz duro y con la rabia que bullía en su interior, dominándose. La obligó a continuar mirándolo, aunque él no pudiera ver sus ojos castaños a través de los cristales oscuros.

—No me excluyas de tu vida, Kenia. No se te ocurra hacerlo. No tienes ningún derecho.

—No voy a hacerlo —murmuró ella con la voz temblorosa.

—Y entonces ¿por qué quieres estar sola? —preguntó, deseando entenderla.

—¡Para llorar a gusto, coño! —le soltó—. Si te tengo a mi lado todo el día rondando me dirás que no llore, que no me ponga así, que tal y que Pascual. ¿No te das cuenta de que me asusta la posibilidad de ser madre? ¡Estoy cagada de miedo! ¡Déjame llorar y sacármelo todo! —le gritó, observando que en ese momento la calle estaba desierta y dándole un

manotazo para que la soltara.

Breixo la miró muy serio. Pasados unos segundos, asintió despacio.

—Está bien.

Le pasó el brazo libre por la cintura y la atrajo hacia él para besarla.

—Somos idiotas —susurró apoyando su frente en la de ella y cerrando los ojos cuando el beso acabó—. Estamos peleándonos y aún no sabemos si estás embarazada o no. Haciendo una montaña de un grano de arena. Vaya par de tontos.

Kenia reconoció que tenía razón. Se lo estaban tomando a la tremenda cuando aún no sabían si un bebé estaba en camino o no. Ella la primera.

Así que tomó la determinación de calmarse ya de una vez y esperar, intentando estar lo más tranquila posible.

Deshizo el abrazo y se quitó las gafas, suspirando.

—Es cierto. Me estoy comportando como una niña histérica. Lo siento.

—No te disculpes. Estás tan acojonada como yo —comentó Breixo, sonriéndole.

—Ya, pero tú te lo estás tomando mucho mejor que yo. ¡Qué cría soy!

Sacudió la cabeza a un lado y al otro y chasqueó la lengua con fastidio.

—Te quiero, aunque seas una cría. En realidad los dos somos unos críos, ¿no te parece?

—Sí, pero tú eres más maduro que yo —afirmó Kenia, colgándose de su cuello.

—¿Me estás llamando viejo?

Breixo fingió ofenderse.

—Qué tonto eres.

Ella sonrió de verdad por primera vez desde que se había iniciado todo aquello el día anterior en Mar de Plata.

El joven se inclinó, buscando su boca para reclamarla con un beso que los dejó sin aliento. Kenia lo recompensó por su paciencia y buena actitud frente al posible problema.

—Bueno, voy a subir porque mis compañeras estarán deseando que les cuente todo con pelos y señales —dijo ella para despedirse.

—Espera. Te he comprado algo.

Breixo sacó una pequeña bolsita del interior de su cazadora de cuero negra y se la tendió a Kenia.

—Un test de embarazo —comentó ella al verlo, arqueando las cejas sorprendida.

—Sí... Es que... He pensado que igual a ti te daba vergüenza pedirlo en la Farmacia, así que, viniendo para aquí, he parado en una para comprarlo yo.

—Gracias. Lo guardaré hasta que sea el momento de usarlo.

Se despidieron con más besos y cuando ella subió a su piso, las compañeras la acribillaron a preguntas sobre el rodaje, el cantante, Mar de Plata y demás.

El cumpleaños de Kenia llegó, pero el período no. Cada vez estaba más nerviosa, dándole mil vueltas a todas las ideas que tenía en la cabeza y rezando para que la puñetera regla hiciera acto de presencia de una santa vez.

A las chicas de la agencia les contó sus inquietudes. Todas intentaron tranquilizarla diciéndole que seguramente no estaría embarazada y, en caso de que lo estuviera, Breixo estaría a su lado responsabilizándose como debía hacer y como le había prometido.

Era sábado y había quedado con ellas para comer en un restaurante del puerto y celebrar así su cumpleaños. Después, su novio iría a buscarla y pasarían la tarde y la noche juntos.

Tras cantar el cumpleaños feliz con tarta incluida, le dieron los regalos. Un libro de un escritor que a Kenia le gustaba, un bolsito de mano de Chanel y un perfume de Paco Rabanne, que ella les había comentado que tenía intención de comprar próximamente.

Les agradeció entusiasmada los presentes. Todos le habían encantado.

Breixo pasó a recogerla por el restaurante a la hora acordada y se marcharon al cine.

Cuando estaban en la puerta, a punto de entrar para ver la proyección, a Kenia le sonó el móvil.

—Es Lali. Seguro que me llama para hacer algún servicio —le comentó al chico, mirando la pantalla.

Se puso el teléfono en la oreja y habló con la *madame*.

—Hoy es mi cumpleaños y lo quiero pasar con mi novio. ¿No puedes

llamar a otra?

Cerró los ojos al escuchar la negativa de la jefa.

Notó la mano de Breixo sobre su hombro y abrió de nuevo los ojos para centrar su mirada en él.

—En cinco minutos te llamo, Lali.

Colgó y pasados unos segundos, en los que Breixo esperó expectante, habló.

—Tengo que hacer un servicio en el piso. Dice que solo será una hora. A las ocho. Trescientos euros.

Él se colocó las manos a ambos lados de su cadera y resopló.

—No quiero que trabajes hasta que sepamos si estás embarazada o no.

—No puedo poner más excusas para no ir. Lali empieza a sospechar que me pasa algo. Cree que estoy quedando con los clientes a sus espaldas para no tener que darle a ella su parte. Si se cabrea, me echará.

—¿Y qué? Pues que te eche. Yo trabajaré por los dos hasta que sepamos...

Pero Kenia lo cortó.

—O sea, ¿qué tú sí puedes trabajar y yo no? —dijo encarándose con él.

—Solo hasta que sepamos si estás embarazada o no. No quiero correr ningún riesgo si de verdad llevas a nuestro hijo en el vientre.

Kenia se quedó pensativa. La realidad era que a ella tampoco le apetecía acostarse con nadie desde que supo que podría estar esperando un bebé. Además, hoy era su cumpleaños, su día especial, y no le apetecía pasarlo con nadie más que con Breixo.

—Vale. Voy a llamar a Lali para decirle que no haré el servicio.

La jefa no se lo tomó muy bien, pero no le quedó más remedio que llamar a otra de las chicas.

Después del cine, fueron a un restaurante para cenar y en el postre, su novio le dio el regalo que le había comprado.

—He pensado en qué regalarte, sabiendo que tienes casi todo lo que quieres. Y después de hablar con Dunia, Mireia y Chloé, me he decidido por esto.

Le tendió un estuche alargado de Cartier.

Kenia lo abrió con emoción y se encontró con una preciosa pulsera de

oro blanco.

—¡Joder! ¡Te habrá costado una fortuna! —exclamó llevándose las manos a las mejillas.

—No importa. Todo es poco para ti.

—¡Pónmela! —le ordenó sacándola del estuche—. ¡Ay, Dios! ¡Me encanta!

Breixo se contagió de su alegría y le colocó la elegante pulsera alrededor de la delicada muñeca. Ella se quedó mirándola embobada unos segundos. Después se inclinó sobre la mesa y, agarrando a su chico de la nuca, lo acercó para fusionar sus labios en un tórrido beso de agradecimiento.

Ocho días. Habían pasado ocho días desde el cumpleaños de Kenia. Ocho días en los que el período no le había llegado. La pareja había decidido que esperarían hasta ese domingo para hacerse el test de embarazo. Kenia se quedó a dormir en casa de Breixo para poder hacer la prueba en la intimidad con la primera orina de la mañana. En su piso, con sus compañeras, habría tenido que dar demasiadas explicaciones si descubrían el test.

Mientras esperaban sentados en la cama de sábanas revueltas, uno al lado del otro, agarrados de la mano, no dejaban de observar la pequeña pantalla del test.

—¿Cuántas rayas rosas tienen que salir? —preguntó ella.

—Según las instrucciones, si hay embarazo, dos. Si no...

—Mierda —murmuró Kenia viendo cómo se coloreaba la pantallita de la prueba de embarazo con dos rayas justo en ese momento.

Le soltó la mano a Breixo y se levantó de la cama. Comenzó a pasear por la habitación de un lado a otro con los dedos tapándose la boca.

Él cogió el test para comprobar que lo que allí había era cierto.

Kenia estaba embarazada.

Oyó el sollozo que salió de la garganta de su novia y al devolver la vista hacia su figura se la encontró temblando. Dejó el test sobre la cama y se levantó para ir a abrazarla.

—Lo sabía. Sabía que me habías dejado preñada.

—No te preocupes. Ya lo hemos hablado y todo va a salir bien. Tranquila.

—¿Que no me preocupe? ¡Estoy embarazada, Breixo! ¡Joder! —le gritó histérica, empujándolo para deshacer su abrazo, mientras amargas lágrimas surcaban su rostro.

Él la contempló unos instantes apenado y acojonado por lo que les estaba pasando. Pero enseguida se repuso y salió de la habitación para ir a buscar algo que había comprado esa semana por si al final resultaba que sí que iban a tener un bebé.

Estaba seguro de que cuando Kenia viera ese pequeño detalle no se lamentaría tanto, pues era una prueba de que su novio no la iba a dejar en la estacada. Se iba a hacer cargo de ella y del niño y no les faltaría de nada.

Kenia lo vio salir.

«Muy bien, eso es —pensó—, lárgate. Mucho rollo con que vamos a estar juntos en esto y cuando llega el momento huyes».

Cuando él regresó al cabo de pocos minutos, ella estaba vistiéndose.

—¿Te vas?

—Sí.

—No te puedes ir —dijo Breixo.

—¿Por qué no?

Kenia se encaró con él de mal humor.

—Tengo algo para ti.

Alargó el brazo y le entregó a Kenia una pequeña caja forrada con tela de rayas azul, blanca y rosa.

—¿Me vas a pedir matrimonio ahora? —quiso saber ella ofendida.

—Pues no sería mala idea, pero no. No te voy a pedir que te cases conmigo ahora. Lo haré más adelante. Además, fíjate bien en la caja. Es demasiado grande para contener un anillo, ¿no crees? Anda. Ábrela.

Cuando Kenia levantó la tapa de la cajita vio que dentro había unos patucos de bebé de lana blanca.

—Fue un impulso —comenzó a explicarle Breixo—. Pasé por una tienda hace un par de días, los vi en el escaparate y entré a comprarlos. Así si llegaba este momento...

Ella miraba con aprensión los diminutos patucos, como si fueran un par de bichos sucios y asquerosos.

Dejó la caja sobre la mesilla y se apartó con rapidez.

—¿No te gustan? —preguntó él.

—Tengo que irme. Tengo que salir de aquí.

Kenia terminó de vestirse, notando cómo el aire a su alrededor se hacía tan espeso que le costó respirar.

Breixo la detuvo, sujetándola de ambos brazos y la miró fijamente.

—Yo también estoy asustado, pero estamos en esto juntos.

—Joder... Mis padres ni siquiera saben que salgo con un chico.

—No pasa nada. Se lo decimos y ya está.

—Sí, claro. —Se soltó de su agarre y retrocedió un par de pasos—. Hola, papá y mamá. Mirad este es mi novio, con el que estoy desde hace tres meses y que me ha dejado embarazada. ¡Enhorabuena! ¡Sois suegros y abuelos a la vez!

—Bueno, es una manera de presentarme como cualquier otra —comentó él.

—Mierda. ¿Sabes a todo lo que tendría que renunciar por culpa del bebé?

—Yo también renunciaré a cosas, pero no me importa.

—¡Pues a mí sí! ¡No puedo ser madre ahora! ¡Solo tengo veintiún años y muchas cosas que hacer todavía antes de que llegue el momento de tener niños! —gritó histérica.

—No me chilles y cálmate un poco —le pidió Breixo con paciencia.

—¡Y a ti se te ocurre comprar unos malditos patucos!

—Solo es un detalle, Kenia. Me pareció muy tierno comprar algo para el niño si finalmente resultaba que estás embarazada. Y si no, los habría guardado para cuando lo estuvieras más adelante, dentro de unos años.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Pero es que no se daba cuenta de que ese bebé no deseado iba a joderles la vida? ¡Los dos eran muy jóvenes! Y ninguno estaba preparado para ser padre.

—Me voy a casa. Tengo que pensar lo que voy a hacer —dijo volviéndose hacia la puerta.

—¿Cómo qué tienes que pensar lo que vas a hacer? ¿Y yo qué? También formo parte de esto. Lo que sea, lo decidiremos entre los dos, ¿te enteras? —la recriminó él.

Fue detrás de Kenia por el pasillo y la pilló justo en la entrada de la casa,

cogiendo el abrigo y el bolso.

—Es mi cuerpo. Yo decido —masculló ella furiosa.

—Y yo soy su padre. Tengo derecho a...

Kenia se volvió hacia él y lo empujó haciéndolo retroceder.

—¡Tú no tienes derecho a nada! ¡Soy yo quien lleva en su vientre un niño que no quiere tener! ¡Este bebé es un error! ¡Yo no estoy preparada para ser madre y tú tampoco! ¡No cargaré toda la vida con algo que...!

No pudo seguir gritándole porque Breixo la agarró y le tapó la boca con la mano.

—No lo digas. Y no se te ocurra hacer lo que estás pensando. También es mi hijo.

Kenia se revolvió para librarse de su agarre y de su mano que la impedía hablar.

—¿Pero es que no ves que lo mejor es abortar? Este error nos va a arruinar la vida a los dos.

—Este error, como tú insistes en llamarlo, es el fruto de nuestro amor. De acuerdo que ha sido un accidente y llega demasiado pronto a nuestra vida, pero es algo que hemos hecho juntos, con cariño y amor. Y no tiene por qué arruinarnos la vida. Tenemos dinero ahorrado para comprar todo lo necesario y mantenerlo.

—Pero no tenemos ni idea de cómo cuidar a un bebé. No sabemos ser padres —replicó ella.

Él se acercó de nuevo y enmarcó su rostro con las manos. La miró intentando transmitirle calma y ternura.

—¿Y quién lo sabe, Kenia? Los niños no traen un manual de instrucciones. Hay que aprender con ellos sobre la marcha, como hacen todos los padres. Al menos eso es lo que yo he visto con mis hermanas cuando tuvieron a mis sobrinos. Tendremos que guiarnos por nuestro instinto y encomendarnos a Dios y a todos los santos para hacerlo bien.

En ese momento, ella se derrumbó. Aferrándose a la camiseta que Breixo llevaba puesta, hundió la cara en su cálido pecho y comenzó a llorar desconsolada. Él la envolvió en un dulce abrazo, susurrando palabras de ánimo al oído, mientras la acariciaba el cabello con mimo.

—Estoy muy asustada.

—Yo también, cielo, pero lo superaremos. Tenemos que ser optimistas.
En ese momento, el teléfono sonó y la pareja deshizo el abrazo.

Breixo fue a descolgar mientras Kenia se quedaba inmóvil en la puerta de entrada sin saber qué hacer, repasando toda la conversación mantenida.

Cuando él regresó, traía mala cara.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

—Mi padre... ha desaparecido en el mar... Salió a faenar con su barco y... —Alzó la vista y la clavó en Kenia—. Tengo que volver a mi pueblo, en Coruña. Mi familia me necesita.

Capítulo 26

Cuando Aroa llegó a Delirium se lo encontró cerrado a cal y canto. Dio una vuelta alrededor hasta hallar la otra salida, pero tampoco estaba abierta.

Fastidiada caminó hasta su vehículo. Estaba sacando el móvil para llamar a Gabriel —finalmente tendría que hacerlo, por mucho que la molestase— cuando vio que Mateo Bosch, el encargado, aparcaba su coche delante de la disco.

Guardó el móvil y se acercó a él, preguntándole por el dueño.

—Debería estar dentro —respondió este.

—Bien. Te acompaño.

—¿Tienes una cita con él?

—No. Pero seguro que se alegrará de verme —comentó sarcástica.

Mateo sacó un juego de llaves y eligió una. La introdujo en la cerradura y abrió.

Aroa accedió al interior de Delirium mientras el encargado iba encendiendo más luces de las que ya había.

—Supongo que estará arriba —dijo Mateo.

Hizo amago de subir las escaleras, pero Aroa lo detuvo.

—Tranquilo. Sé el camino.

—Pero...

—¿Te crees que voy a hacerle algo? ¿O que voy a robaros? Soy policía, ¿recuerdas?

«So memo», estuvo a punto de añadir, pero se mordió la lengua a tiempo.

Le dio la espalda a Mateo y subió las escaleras.

Al llegar a la puerta, entró sin llamar y se encontró a Gabriel con una jovencita.

Ella estaba sentada encima de la mesa, con las piernas abiertas y los pies apoyados sobre la madera.

Gabriel, entre los muslos de la chica, se preparaba para darse un festín.

Los dos se sobresaltaron al escuchar el ruido de la puerta al abrirse.

La joven enseguida bajó las piernas, descendió de la mesa y se colocó bien la falda que llevaba mientras un leve rubor teñía sus mejillas.

Gabriel suspiró, echándose hacia atrás en su asiento.

—¿No te han enseñado a llamar antes de entrar, Aroa?

—Quiero hablar contigo —dijo la inspectora recuperándose de la impresión de encontrárselo de esa guisa.

—¿Sobre qué?

Ella miró a la chica y después clavó su vista en Gabriel.

—A solas.

—Sheila sal un momento, por favor. Después seguiremos con la entrevista —le guiñó un ojo a la joven con picardía y esta abandonó la estancia.

Aroa la siguió con la mirada. No debía de tener más de veintidós años.

—¿Entrevista? —preguntó escéptica—. ¿Es que consiguen el puesto de camarera a cambio de favores sexuales? Sabes que eso es delito, ¿verdad?

Gabriel se levantó del asiento y se llevó una mano a la entrepierna para colocarse bien la erección que tenía. Aroa siguió el curso de esa mano y, al ver el tamaño del bulto, tragó saliva excitada.

—Sheila no está aquí para trabajar de camarera —informó él con tranquilidad.

—¿Es una prostituta de lujo? Pensé que tú no pagabas por follar con una mujer.

—Y no lo hago. Me conoces bien. Pero ella todavía no lo es. Primero tengo que probarla.

A Aroa se le cortó el aliento con esa declaración.

—No hay nada de malo en follarme a una chica con su consentimiento y explicarle cómo funciona el negocio del sexo —añadió Gabriel dando un paso hacia ella.

—Estás incitando a prostituirse a una persona. Me dijiste que Delirium no era ningún burdel.

—Y no lo es. Yo solo me las follo, les hablo de este mundo y si les interesa, aceptan. Si no, se van por donde han venido y adiós. La elección la tienen ellas siempre. Yo no las coacciono ni nada por el estilo. Solo pasamos un buen rato juntos.

Mientras Gabriel hablaba se había ido acercando a la inspectora hasta que llegó un punto en que sus torsos casi se tocaban.

—Y en caso de que acepten, yo no les pido ni un euro. Ya sabes cómo son las leyes sobre la prostitución, Aroa. Si yo no me beneficio con ello, no estoy haciendo nada malo. No soy ningún proxeneta. Y ella es libre de acostarse con quien quiera y cobrar o no.

La cercanía de Gabriel la estaba aturdiendo, pero aun así, se dijo que todo lo que él mencionaba era cierto. El Código Penal así lo avalaba.

—¿Y la parte secreta de Delirium? —consiguió preguntar ella a duras penas.

El olor de Ultra Male la envolvía y hacía que sus rodillas flaqueasen. El cuerpo de Gabriel desprendía calor, mucho calor, y ella jamás se había sentido tan necesitada de saciarse con un hombre, con sus caricias, con sus besos, con su virilidad que en ese instante notaba dura contra su vientre de tan cerca como estaban los dos.

—¿Quieres que te la enseñe? ¿Ahora? ¿Para eso has venido? —quiso saber él con un tono de voz bajo, ronco y sensual.

—Sí.

La voz le tembló a Aroa. Tenía el pulso tan acelerado que creyó que le daría un infarto allí mismo.

¿Por qué demonios no podía controlarse en cuanto Gabriel se acercaba a ella? ¡Joder! ¡Parecía un animal en celo!

—Bien. Vamos.

El empresario agarró de la mano a la inspectora y, al hacerlo, un latigazo de electricidad recorrió el cuerpo de ambos. Él la miró, sabiendo que ella también lo había notado y una perezosa sonrisa apareció en su cara al ver que Aroa temblaba como una hoja.

Salieron del despacho y bajaron las escaleras.

La chica que estaba con Gabriel cuando Aroa llegó, se encontraba sentada en uno de los cómodos sofás hablando con Mateo.

Cuando estaban ante la puerta secreta, el hombre sacó del bolsillo un manojo de llaves y seleccionó una. Abrió y encendió una luz a su derecha.

Avanzaron por un largo pasillo después de cerrar la puerta. Gabriel no le soltaba la mano a Aroa. Le gustaba sentirla así, como si la estuviera guiando

por el mundo, por su mundo.

A mitad del corredor había dos puertas y al final del mismo, la que daba a la calle.

Se pararon frente a una de ellas y Gabriel la abrió.

—Este es el reservado A. El de enfrente es el B. Los usamos solo cuando los clientes nos piden fiestas privadas. Normalmente suelen venir con prostitutas de lujo. Pasan el rato con ellas y después se marchan por la puerta de atrás con total discreción. Yo solo les facilito un lugar en el que divertirse. Podrían hacerlo en un hotel u otro sitio. Pero ellos prefieren que sea aquí. Los clientes me pagan por alquilar el reservado durante una hora, dos, tres... el tiempo que vayan a estar. Si se follan a las chicas o no, no es asunto mío. Yo no cobro por los servicios sexuales que hacen ellas, ya te lo he dicho.

Aroa dio varios pasos internándose en la habitación decorada con gusto.

—Lo que me acabas de contar suena a burdel.

—No lo es —se defendió Gabriel—. Si en lugar de citarse aquí, lo hicieran en el baño, ¿también considerarías que Delirium es un prostíbulo? Muchas chicas se tiran al tío de turno que acaban de conocer en los aseos de las discotecas. Yo, al menos, les proporciono un lugar más íntimo e higiénico. Les cobro el alquiler, como ya te he dicho. Luego, si follan o no, o si simplemente se dedican a hablar, es cosa suya. Ahí no me meto ni me lucro.

Aroa recorrió con los ojos toda la habitación. Giró sobre sí misma para captar todos los detalles y cuando estuvo de nuevo frente a él, continuó hablando.

—¿Tuviste relaciones sexuales con Tamara?

—La probé igual que a las demás. Luego, se la mandé a Mireia para que negociasen.

—La noche que estuvo aquí, antes de que la asesinaran, ¿te acostaste con ella o tuviste algún tipo de...?

—No. Esa noche no hice nada con Tamara.

—¿Y Mateo?

—Tampoco.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quiso saber Aroa.

Gabriel pensó un momento su respuesta.

—Porque Mateo está enamorado de Mireia desde que la conoció y no se ha acostado con nadie desde entonces. Es como un monje. Se mantiene célibe hasta que logre conquistarla.

Se acercó a Aroa lentamente y dio una vuelta en torno a ella como si fuera un satélite orbitando alrededor del cuerpo femenino. El aroma de Olimpēa que emanaba de la inspectora le trajo viejos recuerdos. Recuerdos que lo excitaron al máximo.

Ella se tensó, preparándose y deseando al mismo tiempo que él la tocara.

—Es un romántico empedernido. Ya quedan pocos así.

—Tú eras así antes. ¿Has cambiado? —se le escapó a Aroa y, al instante, se reprendió.

¿A ella qué narices le importaba cómo era Gabriel ahora? ¿Si había cambiado o no?

—Déjame demostrártelo.

La agarró de la cintura y la pegó a su torso.

Se inclinó sobre la boca que se abría para recibir la suya y lamió con suavidad los labios carnosos de Aroa, buscando desatar el fuego en ella.

—Gabriel, no...

—Por favor, Aroa... No sabes lo difícil que es la vida sin ti.

—Lo siento, Gabriel. No puedo hacer nada para solucionarlo.

—Sí que puedes. Vuelve conmigo, por favor. Tu ausencia me está haciendo un daño terrible —confesó él, dándole tiernos mordiscos en la hinchada carne de su labio inferior.

—¡No puedo volver contigo! —chilló, empujándolo para separarse de él—. ¿No lo entiendes? No sé cómo olvidar lo que pasó.

Gabriel la miró con intensidad. Aroa respiraba agitadamente.

—Ojalá pudiera borrar tu memoria para volverte a enamorar. Ojalá no hubiera pasado todo aquello. Pero pasó y ya está. Éramos muy jóvenes, mi amor, y los dos cometimos errores.

—Tu único error fue conocerme. ¿Por qué no te enamoraste de alguna de mis amigas? —gimió ella desesperada por la situación.

—Porque tú tenías la magia para hacer que me enamorase de ti. Tú y solamente tú. Y aún la tienes, Aroa. Esa magia todavía no se ha ido.

—¿Cómo es posible que me digas esas cosas? ¿Cómo es posible que me

sigas queriendo cuando ni yo misma lo hago? ¿Cómo es posible cuándo todos los días que han pasado desde entonces me he arrepentido de lo que hice?

Gabriel inspiró profundamente.

—Es posible que porque desde que te vi soñé con tenerte cada noche. Y luego me acostumbré a ti en cada madrugada. Estar contigo era mi destino. Aún lo sigue siendo.

—No puedo perdonarme a mí misma aquello —sollozó Aroa.

Las amargas lágrimas que llevaba tiempo reteniendo, comenzaron a deslizarse por sus pómulos.

—Si vuelves conmigo, te amaré sin reproches. Jamás saldrá de mi boca una palabra culpándote ni recriminándote nada —susurró con dulzura Gabriel, cogiéndole la cara entre manos para limpiarle con los pulgares las gotas de agua salada.

—Me arrepiento tanto... tanto... ¿Cómo es posible que tú me hayas perdonado? ¿Qué estás aquí hablando de amor y de continuar juntos?

—Porque yo te sigo queriendo. Porque nunca acepté los puntos suspensivos que le pusiste a nuestra relación. Sabía que tarde o temprano el destino nos uniría de nuevo.

—Para mí no fueron puntos suspensivos. Más bien, fue el final del cuento —murmuró Aroa sintiendo las manos fuertes de Gabriel acunándole el rostro, calentándola además de la piel, el corazón.

—No, cariño. Aquello no fue el final de nuestra historia. Todos estos años han sido un paréntesis. He estado esperando con paciencia porque cuando se ama de verdad no existe el tiempo. Y aunque tú creas que hay mil razones para renunciar, no voy a dejar que nuestra llama se apague. No me rendiré.

—¿Cómo es posible que no te arrepientas de haberme conocido? Después del daño que te hice... —quiso saber Aroa, perdida en los ojos de Gabriel.

—Porque, para bien o para mal, yo no me arrepiento de mis pecados contigo. Éramos muy jóvenes y, ahora con la madurez que dan los años, comprendo la decisión que tomaste. No te niego que lo pasé muy mal durante bastante tiempo. Se me juntó todo, pero lo superé. —Gabriel sacudió la cabeza—. Pero no hablemos más del pasado. Ahora nos hemos reencontrado;

tenemos una nueva oportunidad. No voy a desaprovecharla con rencores, ni dándole vueltas a lo que pasó; arrepintiéndonos de algo que ya no podemos cambiar. Hay que pasar página, Aroa, y continuar hacia delante.

Ella tragó saliva con dificultad. La congoja la estaba asfixiando. La cercanía de Gabriel, sus palabras, sus promesas... Estaba aturdida.

—Necesito pensar. Déjame.

Él la miró temiendo que ella escapase de nuevo, pero se dijo que si la presionaba, lo lamentaría. Así que se hizo a un lado para liberarla.

Aroa salió del reservado y mientras caminaba por el largo pasillo, iba pensando en cómo había sido capaz de sobrevivir sin las caricias y los besos de Gabriel. Fingiendo que no dolía; sin poder olvidarlo.

«Lo conseguiste porque dejaste de escuchar a tu corazón. Lo lograste porque te arrancaste la piel y aguantaste el dolor. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es qué vas a hacer ahora», le gritó su conciencia.

Cuando llegó a la puerta que unía aquella parte con el resto de la discoteca, se volvió para hablar con él.

—Hoy hemos conocido los resultados de la autopsia de Tamara Aragón. Mantuvo relaciones sexuales consentidas la noche de su asesinato. Ya tenemos a una persona que ha confesado que estuvo con ella —contó recordando a Alonso—, pero hubo otra más. No sabemos quién. El novio tiene coartada, así que no fue él quien estuvo con ella esa noche. Cuando vino aquí y entrasteis en el pasillo, ¿qué fue lo que pasó?

Gabriel la miró muy serio antes de contestar.

—Vino a pedirme consejo.

—¿Consejo? ¿Sobre qué?

—Estaba embarazada y dudaba si abortar o no.

Aroa inspiró profundamente.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que estaba en estado y no me lo dijiste cuando te interrogué?

—No me lo preguntaste —se defendió él.

—¡Joder, Gabriel! —gritó Aroa, alzando las manos hacia el techo—. ¿Tú sabes lo importante que es eso para la investigación? Podía haberme ahorrado mucho tiempo.

—Pues no, no lo sé. La policía eres tú. Yo soy un simple empresario.

Se miraron durante unos segundos hasta que la inspectora tomó la palabra de nuevo.

—¿Quién es el padre?

—Su novio.

—¿Y qué le dijiste? Sobre el aborto.

—Le dije que yo no era quien para decidir eso.

—¿Tan amigos erais que vino a pedirte consejo sobre algo así? —quiso saber Aroa.

—Yo protejo a las chicas cuando están en mi local. No me lucro con sus actividades sexuales, pero aun así, me preocupo por ellas. Si tienen cualquier problema, saben que pueden acudir a mí y si está en mi mano las ayudo sin pedir nada a cambio —recalcó, para que le quedase claro a la policía que él no se aprovechaba de las chicas—. A Tamara le dije que la decisión debían tomarla ella y su novio. Que lo meditasen bien, porque un aborto es un asunto muy serio.

La inspectora Martínez asintió creyéndolo.

Se dio la vuelta para salir por la puerta, pero Gabriel la detuvo cogiéndola de la cintura y pegándola a él.

—Vuelve conmigo. Atrévete a entregarme tu corazón. El tiempo se nos va... Yo ya tengo cuarenta y tres años; tú, cuarenta. Hemos pasado veinte años separados. ¿A qué estamos esperando para ser felices?

—Tengo que pensarlo. Dame tiempo.

—¿Más tiempo? —La voz de Gabriel estaba teñida de impotencia.

—Sí, por favor.

Aroa notaba cómo la mano de él, fuerte y grande, posada sobre su vientre, la calaba con su calidez traspasándole la ropa.

Sin embargo, se obligó a distanciarse de él, aunque su cuerpo gritaba todo lo contrario.

—Adiós, Gabriel.

—Tengo el corazón hecho pedazos, Aroa; tan solo con un «te quiero» podrás curarlo.

Ella salió de allí sin volver la vista atrás.

Las últimas palabras de Gabriel la habían afectado demasiado. En realidad, todo lo ocurrido en Delirium.

Capítulo 27

Había pasado una semana desde que Breixo tuvo que regresar a su tierra natal. De los cinco tripulantes de la embarcación, tres habían sido hallados con vida a las pocas horas del hundimiento y al cuarto lo habían encontrado muerto la tarde anterior. El padre del joven seguía desaparecido. El dispositivo de búsqueda se mantenía en la zona, apoyado por una lancha de la Guardia Civil y una avioneta para localizar al marinero desde el aire.

Los ánimos iban decayendo con el paso de las largas jornadas de espera y eso hacía mella en el corazón de Breixo. Solo tenía consuelo cuando, por las noches, hablaba con Kenia por teléfono. Era su momento de paz. Pensar que ella esperaba un hijo suyo era la única alegría que tenía en aquellos tristes y oscuros días.

—Hoy he ido a buscar los resultados de los análisis de sangre y de orina y me han confirmado lo que ya sabíamos. Estoy embarazada —le contó ella—. Así que me han recetado ácido fólico y me han dado cita para la matrona. También tengo que ir al ginecólogo y me harán una ecografía para saber exactamente de cuántas semanas estoy. Por mis cálculos debo de estar embarazada de siete semanas, pero para cuando me hagan la ecografía ya estaré de más. ¿Regresarás a tiempo para ir conmigo a los médicos?

—Nada me gustaría más que hacer todo eso contigo, pero en estos momentos no puedo dejar a mi madre y a mi abuelo solos. Me necesitan.

Kenia notó en su voz la pena que le oprimía la garganta al hablar y lamentó por lo que él estaba pasando, acompañándolo en su dolor, a pesar de la distancia.

—Tranquilo, cariño. Entiendo tu situación. No es que no pueda ir yo sola al médico, incluso me pueden acompañar Dunia, Mireia o Chloé, pero me gustaría que fueras tú quien estuviera a mi lado. De todas formas, no te preocupes por mí. Lo que os está pasando a vosotros es mucho más grave, pero ya verás como todo sale bien —le dijo intentando animarlo.

—No lo creo, cielo. Estoy seguro de que mi padre está muerto. Ya son demasiados días desaparecido... Así que es mejor que nos hagamos a la idea

lo antes posible.

—Lo siento mucho, Breixo —respondió con tristeza—. Ojalá pudiera estar ahí contigo para abrazarte bien fuerte y mostrarte todo mi apoyo.

Él inspiró hondo para serenarse y cambió de tema.

—¿Qué tal todo por Barcelona? ¿Cómo vas con los estudios?

—Bueno... teniendo en cuenta que los últimos días me voy durmiendo por los rincones y así es difícil concentrarse en estudiar... y que me duele el pecho por lo sensible que lo tengo, por lo demás todo bien.

—¿Ya le has dicho a tus compañeras de piso que estás embarazada? ¿Y a tus padres? ¿En la agencia lo saben también?

—No. Aún es pronto para que la gente lo sepa. Bueno, Dunia, Chloé y Mireia sí que lo saben porque les comenté mis dudas cuando volvimos de Mar de Plata, pero no se lo he dicho a nadie más.

—No quiero que continúes siendo *escort* ahora que estás embarazada.

—Ya lo sé y yo tampoco quiero hacerlo. Tendré que ir un día para hablar con Lali porque no deja de llamarme para darme servicios y yo me tengo que inventar mil excusas para rechazarlos. Está empezando a cabrearse y no puedo seguir dándole largas. Creo que sospecha que quedo con los clientes personalmente para ganar más dinero y no darle a ella su parte, como ya te comenté en mi cumpleaños.

—Sí, lo mejor será que hables con ella cuanto antes —suspiró pesadamente Breixo.

Al día siguiente, Kenia decidió que debía contarle a la *madame* lo que ocurría. Así que la llamó y concertó una cita para esa tarde en el piso.

—Estoy embarazada —confesó una vez que estuvo con Lali.

Su jefa abrió la boca sorprendida.

—¿Cómo has permitido que te preñasen, niñata tonta? Eres una estúpida —le soltó Lali, que en pocos segundos pasó de la sorpresa al enfado.

—Ha sido un accidente —respondió ella, avergonzada.

—¿Un accidente? ¡Ja! ¿No será que te has quedado a propósito para chantajear a alguno de nuestros clientes?

—¡No! —gritó Kenia ofendida porque la *madame* pensara que ella era capaz de hacer algo así—. Me he quedado embarazada de mi novio.

—¿Y no se te ha ocurrido tomar la píldora del día después?

—Pues... no. No se me ocurrió. Pero ahora que lo dices...

—Ahora ya es tarde y no haría efecto.

La mujer la miró de arriba abajo y chasqueó la lengua con fastidio.

—Ya te dije que los novios solo traían problemas. No me hiciste caso y ahora ¿ves lo que te ha pasado? Pero qué idiota has sido, jovencita. —Meneó la cabeza y añadió—: ¿Y qué piensas hacer? Supongo que abortarás, ¿no? En tu situación es lo más lógico.

—Pues... no. Breixo quiere que lo tengamos —confesó Kenia.

—Breixo... ¿Es ese chico que a veces hemos enviado a algún servicio contigo?

—Sí. Empezamos a salir hace...

Pero la jefa la cortó.

—Y bien, ¿dónde está ahora tu novio? ¿Por qué no ha venido contigo? Porque si ha sido lo suficientemente macho para hacerte un bombo, debería estar aquí dando la cara por ti.

Kenia le contó el motivo por el que Breixo no estaba a su lado en ese momento.

—Ya —soltó Lali escéptica—. ¿Y no será una excusa para hacer que tú cargues con todo? ¿No te habrá mentido para largarse y dejarte sola a tu suerte?

—No. No es ninguna excusa. Yo estaba allí cuando lo llamaron por teléfono para decírselo y, además, el naufragio y las labores de búsqueda han salido en las noticias varias veces desde entonces.

Permanecieron en silencio unos segundos hasta que Lali lo rompió.

—Sigo pensando que lo mejor es que abortes. Eres demasiado joven. Tienes toda la vida por delante para tener otros hijos. Además, tu carrera, tus estudios, todo por lo que has luchado estos años... ¿Vas a abandonarlo todo por un bebé que llega en el momento menos adecuado de tu vida? Eso, por no decir que no tienes ni idea de ser madre.

—Eso pensaba yo al principio, pero Breixo...

—¡Oh, Dios! Breixo esto, Breixo lo otro... De verdad, tu novio tiene que ser muy bueno en la cama para que renuncies a todo por hacer lo que él te ordena —dijo la *madame* con toda la intención de fastidiar, pues sabía lo orgullosa e independiente que era Kenia y que con ese comentario iba a dar

justo en el centro de la diana.

La joven fue a responder, pero la *madame* no la dejó.

—De todas formas, chiquilla, yo no quiero meterme en cosas de pareja, pero si decides seguir mi consejo... —Abrió un cajón de la mesa y le tendió una tarjetita a Kenia—... Esta clínica es de total confianza. Allí te practicarán un aborto con absoluta discreción.

Kenia estaba hecha un lío. Todavía no estaba muy de acuerdo con lo de tener al bebé y todo lo que le había dicho Lali la había confundido aún más. Cogió el cartoncito blanco que la jefa le tendía y lo guardó en su bolso.

«Por si acaso —se dijo—, solo por si acaso».

—Bueno, niña, tengo trabajo que hacer, así que si me disculpas... —la invitó a marcharse.

Las dos se levantaron de sus respectivos asientos y salieron al pasillo. Cuando estaban en la recepción, sonó el timbre de la puerta.

Mireia fue a abrir mientras Lali y Kenia se despedían y cuando volvió, trajo consigo una sorpresa.

Jessica, su compañera de piso, estaba allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kenia horrorizada.

—He venido para ofrecirme en la agencia.

—No... No puedes...

Lali intervino en ese momento.

—¡Qué alegría! Justo cuando Kenia nos deja, llega un bombón como tú, guapísima.

—¿Kenia? ¿Quién es Kenia? —quiso saber Jessica.

—No. Lali, no. Ella no sabe... —intentó decir Kenia, pero su jefa ya había agarrado a la chica por el brazo con confianza y se la llevaba hasta el despacho.

La *escort* se quedó paralizada, sin saber qué hacer.

Mireia la sacó de su estupor.

—¿La conoces? —preguntó, refiriéndose a la chica nueva.

Kenia asintió.

—Es una de mis compañeras de piso —dijo—. Y no sabe a qué nos dedicamos aquí. No sabe nada de... mi función en la agencia. Piensa que realmente soy modelo.

En ese momento, una llamada interna sonó. Mireia descolgó y tras escuchar unos segundos, volvió a colgar.

—Tengo que llamar a Luca para que le haga unas fotos a tu amiga.

—¡No! —exclamó Kenia.

—Ya sabes cómo acabará esto cuando él llegue.

—Mierda... mierda... mierda... —masculló Kenia.

—Lo siento mucho. Es el riesgo de llevar una doble vida. Tarde o temprano alguien te descubre.

—Mireia, no llames a Luca, por favor. No puede venir —le suplicó la joven *escort*.

—Si no lo hago yo, lo llamaré ella. Además, ¿no has pensado que a lo mejor a tu amiga le interesa la oferta? Igual Luca se lo propone y dice que sí, como hiciste tú.

Kenia lo pensó unos segundos. Cabía esa posibilidad ciertamente. Pero no las tenía todas consigo.

—Está bien. Llámalo y recemos para que Jessica diga que sí.

Pero Jessica dijo que no. Es más, le horrorizó la idea y amenazó con denunciarlos a todos.

—Eres una puta mentirosa —acusó a Kenia ante todos los presentes en la recepción de la agencia—. Así que de aquí es de dónde sacas todo el dinero para comprarte ropa cara, zapatos, bolsos y demás, ¿eh? Y el viajecito a Argentina con el cantante que me gusta, ¿también fue un servicio de esos que llamáis? ¿Te pasaste una semana follando con él?

—¿Qué viaje a Argentina? —quiso saber Lali.

Pero Jessica continuó amenazándolos.

—Os voy a denunciar a todos. ¡A todos!

—¡No! —exclamó Kenia—. ¡No, por favor, no!

—¿Lo saben tus padres? —continuó preguntando Jessica—. Apuesto a que no. ¿Y tu novio? ¿Qué diría si supiera que su novia se acuesta con media Barcelona a cambio de dinero? ¿Qué diría si se enterase de que eres una puta de lujo?

—Su novio es igual de puto que ella —soltó Luca en ese instante.

Kenia maldijo. El italiano había contado la verdad también sobre

Breixo.

—¿Tu novio es un *escort* como tú? —preguntó Jessica alucinada, pero se recuperó pronto y continuó arremetiendo contra Kenia—. ¡Claro! ¡Por eso me dijiste que os conocisteis trabajando! No fue en un *casting* ni en una fiesta. ¡Os conocisteis follando!

—Por favor, Jessica, cálmate un poco y vamos a hablar tranquilamente —le suplicó Kenia.

—Mira, bonita, si no te quieres unir a nosotros, no pasa nada. Sales por esa puerta, te vas a tu casa y te olvidas de todo esto —le aconsejó Lali.

—Yo no venderé mi cuerpo como hacéis vosotras. Sois unas zorras, putas y os voy a denunciar. Ahora mismo me marcho a la comisaría más cercana a contar lo que hacéis aquí —amenazó Jessica, abriendo la puerta y saliendo al descansillo de la escalera.

Kenia y Lali fueron detrás de ella.

—No, por favor. Jess no lo hagas. ¿A ti que te importa lo que suceda en este piso? Es mi vida privada. No te importa si cobro por acostarme con alguien o no. A ti no te afecta. —La agarró de la manga del abrigo cuando vio que empezaba a bajar las escaleras.

—¡Suéltame, puta! —gritó su compañera de piso.

—No te servirá de nada denunciarnos, niña —intervino Lali colocándose al lado de Kenia, agarrándola también de la otra manga del abrigo—. Tenemos varios clientes que son altos mandos de la policía. Si les vas con el cuento, archivarán tu denuncia. Y, aunque prosperase la demanda, también hay abogados, fiscales y jueces que se benefician de nuestros servicios sexuales. ¿Crees que admitirán una denuncia en la que pueden salir perjudicados tanto a nivel social como laboral? No, cielo, no. Ellos se cubrirán las espaldas y no harán caso de tu denuncia.

Jessica continuó forcejeando mientras bajaba las escaleras.

—¡No me lo creo! ¡Es mentira!

—Tú misma, niña. Corre a la comisaría y compruébalo —le dijo Lali.

La soltó del brazo y Jessica perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás y arrastrando a Kenia.

Al dar con sus cuerpos contra las escaleras, el contacto entre las dos chicas se rompió. Kenia rodó un par de escalones hasta quedar de lado sobre

uno de ellos, pero Jessica continuó deslizándose hacia abajo, golpeándose la cabeza.

Mireia corrió para ayudar a Kenia y Luca y Lali bajaron apresurados para ver el estado de la otra chica.

—¿Estás bien? —quiso saber Mireia, preocupada.

—Sí, sí, estoy bien. Me duele un poco el costado, pero estoy bien.

—¿Le habrá pasado algo al bebé? —preguntó su amiga.

—No. Creo que no. En la tripa no me he golpeado —contestó Kenia llevándose las manos al vientre.

—Será mejor que te vea un médico, por si acaso.

Mireia la ayudó a levantarse del escalón en el que había caído.

—¿Cómo está Jess? —Quiso saber mirando hacia abajo, hacia donde estaban Luca y Lali con la otra chica.

Una vecina salió a la escalera para ver qué ocurría con tanto ruido y tantos gritos.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó la mujer.

—Llame a una ambulancia, por favor. Se ha caído una chica por la escalera y está inconsciente —le pidió Luca a la señora.

—¡Santo Dios! —exclamó la vecina—. Enseguida llamo.

Se metió en la casa de nuevo y Kenia y Mireia se miraron aterradas.

—¿Pero está bien? —quiso saber Kenia con miedo.

—No lo sé —respondió el italiano—. Pero será mejor que nos pongamos de acuerdo en lo que ha pasado para dar todos la misma versión de los hechos.

Capítulo 28

Aroa regresó a comisaría con lentitud. Necesitaba estar ese tiempo a solas, dentro de su coche, y pensar en todo lo que había hablado con Gabriel sobre la víctima y sobre su relación del pasado.

Le parecía increíble que él la hubiese perdonado cuando ni ella misma lo había hecho. Pero el caso es que así era. Las palabras del empresario sobre que comprendía sus actos en aquellos momentos y que no se lo echaba en cara; que lo único que pretendía en esos instantes fuera que volviesen a estar juntos, sin reproches, para continuar amándose como antaño, habían ido calando en el corazón de Aroa y por primera vez en muchos años sintió cómo su dolor se diluía un poco y los remordimientos la dejaban tranquila.

Ella necesitaba esa paz que Gabriel le había transmitido con sus comentarios. ¿Sería posible retomar su relación sin esos fantasmas? Porque de una cosa estaba segura. El amor que sintió por él aún seguía ahí, anidado en su corazón, esperando para volver a unirse con el alma de Gabriel, un alma que la complementaba a la perfección.

Llegó a comisaría y descubrió que ya estaba allí el supuesto novio de la víctima, esperando.

—Buenas tardes. Solo queremos hacerle unas preguntas y podrá irse — comentó Aroa.

—Muy bien. Pregúntenme, aunque ya les dije todo lo que sé y no sé en qué más puedo ayudar, pero si es para que atrapen al asesino de mi chica, haré lo que haga falta.

La inspectora lo observó. Vio profundas ojeras y tenía los ojos hinchados, como si hubiese estado llorando mucho tiempo. Estaba demacrado y se le notaba más delgado que la última vez que estuvo allí declarando. Parecía que realmente lo estaba pasando mal por la muerte de la escort.

Aroa se apiadó del chico por unos segundos.

—¿Cómo se encuentra? —quiso saber.

Él la miró con los ojos vacíos, desprovistos de vida.

—Echo una mierda. Tenía planes de futuro con ella, ¿sabe? Planes que

ya nunca podremos hacer realidad. —La voz se le quebró al pronunciar las últimas palabras.

—¿Quiere un vaso de agua?

Él negó.

—Lo que quiero es matar con mis propias manos al hijo de puta que ha asesinado a mi novia.

Aroa vio cómo una solitaria lágrima rodaba por la mejilla del chico, que se quitó con rabia y dolor con el dorso de la mano.

—Tranquilo. Lo cogeremos —prometió la inspectora.

Tras hacer una pausa en la que observó al joven limpiarse otra lágrima que resbalaba por su pómulo, inició la conversación con él mientras Silvia, a su lado, no perdía detalle de nada.

—La autopsia ha rebelado que Tamara estaba embarazada.

—Sí, pero de muy poco tiempo —confirmó él.

—¿Por qué no nos lo dijo cuando vino a declarar?

—Porque no me lo preguntaron. Solo tuve que explicar mi relación con ella, cómo la conocí y qué estuve haciendo la noche en que a Tamara... en que a ella... ¡Dios! No puedo ni decirlo —sollozó y más lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Cálmese. ¿Seguro que no quiere un poco de agua?

El joven volvió a negar. Inspiró profundamente y pareció relajarse un poco.

—¿Conoce a Gabriel Serna, el propietario de la discoteca Delirium? —quiso saber Aroa.

—Sí. Es amigo nuestro. Aunque Tamara tenía más relación con él que yo.

—¿Sabe que la noche de los hechos, su novia acudió al señor Serna para pedirle consejo sobre la interrupción de su embarazo?

—Sí. Cuando supimos que yo la había dejado en estado estuvimos pensando en qué hacer. Ella quería abortar. Yo no lo tenía tan claro. Así que decidimos pedir consejo a alguien con más madurez que la nuestra, pero Gabriel le dijo a Tamara que eso debíamos decidirlo nosotros, no él. Teníamos que haber ido juntos a hablar con Gabriel, pero esa noche me salió un servicio y no podía rechazarlo. Era mucha pasta. Y pensé... pensé que nos

vendría bien para el bebé. Así que ella fue sola a la cita con él y luego, cuando regresaba a casa en un taxi, me llamó para contármelo.

—¿Habló con ella? Pero ¿no estaba en un servicio? —preguntó Aroa extrañada.

—Me dejó un mensaje en el buzón de voz. Ella sabía que yo iba a estar ocupado casi toda la noche porque la clienta me había contratado por varias horas, pero aun así le dije que me dejase un mensaje de todas formas y yo lo escucharía al terminar el servicio. Si quiere puedo ponérselo para que lo oigan.

—Si es tan amable, por favor.

El chico buscó en su móvil y cuando localizó dicho mensaje, las dos inspectoras pudieron escuchar con claridad las últimas palabras de Tamara Aragón.

—Tenía que haber rechazado el servicio de esa noche y haber estado con ella. Ahora estaría viva y a mi lado —se lamentó el joven tras acabar de escuchar el mensaje.

—El destino es... —comenzó a decir Silvia, pero Aroa la interrumpió. Si se iba a poner en plan filosófica, prefería no escucharla y, además, seguro que soltaría alguna chorrada que no tenía que ver con la investigación.

—¿Quién más sabía que Tamara estaba en estado? —preguntó Aroa.

—Sus amigas. Quiero decir, sus amigas de la agencia, no sus compañeras de piso. Con las chicas de la agencia tenía muy buena relación y todas prometieron ayudarnos con lo que fuera, con la decisión que tomásemos, aunque algunas no la compartieran. Con sus compañeras de piso se llevaba bien, pero tenía menos confianza. Y bueno, el señor Serna.

—La familia supongo que no sabría nada de esto —comentó la inspectora.

El chico negó con la cabeza.

—No. Nadie más.

Aroa se quedó un momento pensando; recapitulando las últimas horas de la víctima.

Estuvo en casa desde que llegó de la facultad a mediodía. Encerrada en su cuarto, estudiando, hasta que a las ocho de la tarde sus compañeras de piso se marcharon. En las cámaras de seguridad del banco frente a su vivienda se

la veía salir de la casa a las ocho y media. En las de Delirium, estaba grabada entre las nueve y las nueve y media de la noche. Después regresaba a su casa, donde llegó a las diez. Alonso estuvo con ella de diez y media a once y media. Y luego la mataron.

—Bueno, a no ser que se lo dijera al comisario, por si influía en su decisión de meterla en el cuerpo cuando terminase la carrera —comentó el *escort*.

Aroa se quedó lívida. El joven acababa de desvelar que Alonso se veía con ella.

Silvia, a su lado, parpadeó confusa. Abrió la boca para decir algo, pero la inspectora Martínez la atajó.

—Boix, vete a buscar un botellín de agua.

—Pero... si ha dicho que no quería beber nada —repuso la otra.

—Es para mí.

Con desgana, Silvia se levantó de su asiento y salió de la sala.

Cuando se cerró totalmente la puerta, Aroa prosiguió.

—¿Me puedes explicar lo que acabas de decir? —preguntó al chico.

—Claro. El comisario era un cliente asiduo de Tamara. Yo creo que incluso estaba obsesionado con ella porque la quería ver todas las noches. Cuando supo que estudiaba Criminología, él la ofreció un puesto aquí. Dijo que así la tendría cerca. Supongo que pensaba follársela también en el trabajo. —Se encogió de hombros—. No sé. Tamara me contó que una vez el comisario la siguió desde la agencia hasta su casa al acabar un servicio con él. Quería dormir con ella, pero Tamara le dijo que no. Desde entonces, se lo encontraba cada vez más a menudo frente a su portal. Un día que llovía a cántaros, Tamara se apiadó del señor y, aprovechando que sus compañeras no estaban en casa, lo invitó a subir y le preparó una taza de café bien caliente. Una cosa llevó a la otra y acabaron teniendo sexo. Después de esa noche, vinieron otras. Siempre que sus compañeras de piso no estuvieran en casa, claro. Tamara me decía que se iba a aprovechar de que Alonso estaba obsesionado con ella para que la metiese en el Cuerpo al acabar la carrera. Después, una vez que hubiese conseguido entrar, suponía que él perdería el interés poco a poco hasta dejarla en paz. Lo que no sé es si Tamara le había contado algo sobre su embarazo al comisario. La verdad es que no se lo

pregunté.

Aroa lo escuchaba con atención mientras la furia se iba apoderando de ella. No le gustaba nada saber que la víctima estaba engañando a Alonso. Tenía sexo con él solo para conseguir entrar en el cuerpo, haciéndole creer que estaba enamorada de él y que a su novio no lo quería, que no tenía ninguna relación seria con el *escort*.

—Y, sabiendo que su novia estaba embarazada, ¿le permitía continuar prostituyéndose? —preguntó Aroa apretando los dientes por la rabia.

—Yo no quería que lo hiciera.

Silvia llegó con el botellín de agua.

—Toma —dijo tendiéndoselo a su compañera.

—Hemos terminado. Gracias por venir —soltó la inspectora de malos modos, con una voz fría como el hielo.

Se levantó de su asiento y el joven hizo lo mismo.

—Boix, acompaña a la salida —ordenó a Silvia, que continuaba con el brazo alzado hacia ella, tendiéndole la botella.

Su compañera dejó el botellín de agua sobre la mesa y le hizo una señal al chico para que la siguiera.

Cuando salieron, Aroa cerró la puerta y se volvió hacia la mesa donde había tomado declaración al *escort*. Agarró el agua y la lanzó contra la pared, al tiempo que gritaba de rabia.

Capítulo 29

La policía les tomó declaración y todos contaron lo mismo.

Jessica era compañera de piso de Kenia, eso no lo podían negar. Lo que sí hicieron fue no contar toda la verdad, modificando algunas partes.

Salían las tres juntas del apartamento donde habían quedado con Mireia para irse de tiendas y, al comenzar a bajar la escalera, Jessica se volvió hacia ellas para comentarles algo, con tan mala fortuna que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Kenia intentó sujetarla agarrándola de un brazo y las dos se precipitaron escaleras abajo. En la caída, Kenia se golpeó y soltó a Jessica sin querer. Esta continuó descendiendo y golpeándose.

Como testigos estaban Mireia, Lali y Luca. Todos dijeron lo mismo.

¿Cómo fue posible que Lali y Luca vieran lo que pasó? Porque estaban en la puerta despidiéndose de las chicas, dijeron.

¿Por qué la vecina no podía atestiguar esos hechos? Pues porque no estaba allí. Escuchó voces y ruido en la escalera. Al salir para ver qué sucedía, se encontró con aquello, pero no sabía cómo había sucedido.

Kenia no quiso hacerse un reconocimiento médico como le aconsejaron los sanitarios y la policía. Dijo que estaba bien, a pesar del golpe.

Cuando esa noche habló con Breixo, él la notó nerviosa.

—Jessica se ha caído por las escaleras esta tarde y está en coma.

—¿Cómo ha sido?

—Se despistó y se cayó. Se ha dado un golpe en la cabeza muy fuerte y ha quedado inconsciente.

No quiso contarle toda la verdad para no preocuparlo. Además, cuanta menos gente supiera lo que en realidad había sucedido, mejor para todos. Y si ella explicaba demasiado, tarde o temprano, cometería un error y se descubriría que habían mentido a la policía y a los médicos.

Todos los implicados en el asunto rezaban para que cuando la chica se despertase del coma no recordara nada. De lo contrario, tendrían problemas.

—Pobrecilla —murmuró Breixo apenado—. ¿Los médicos temen por su vida?

—No lo sé. A mí no me han dicho nada sobre eso y con sus padres no he podido hablar del tema. Los llamé para informarlos de lo que había pasado y cuando han llegado desde Tarragona no he tenido tiempo de hablar con ellos. Enseguida se han ido con los médicos que atienden a Jess.

—Vaya, cuánto lo siento. Espero que se recupere pronto —dijo Breixo con tristeza.

—¿Y por ahí? ¿Cómo va todo? —preguntó Kenia para cambiar de tema. Escuchó al otro lado de la línea telefónica el suspiro cansado que exhaló su novio.

—Siguen sin encontrar a mi padre y ya son demasiados días sin noticias. De todas formas, yo sé que no va a volver. Algo me dice que está muerto.

—Breixo, no... no digas eso...

—Pero es que lo sé. Estoy seguro. —Hizo una pausa y añadió—: Escucha: Voy a tener que quedarme aquí bastante tiempo. Ahora no puedo dejar sola a mi madre ni a mi abuelo. Aunque mis hermanas y mis cuñados están muy pendientes todo el tiempo, pero ellos no viven en la casa y yo soy ahora el cabeza de familia. Tengo que ocuparme de ellos dos.

—¿Cuánto tiempo calculas que estarás en Galicia?

—No lo sé. Quizá... quizá no pueda regresar en varios meses o años. Mi familia me necesita. No puedo abandonarlos ahora. El curso en la facultad ya lo doy por perdido, así que...

—¿Y qué pasa conmigo y con el bebé? —preguntó ella.

—He pensado que podrías venirte aquí conmigo.

—¿Cómo? —La joven abrió los ojos como platos al escucharlo—. ¿Qué me vaya a Galicia contigo? ¿Qué deje mis estudios a mitad de curso? ¿Estás loco?

—No tienes que dejar los estudios ahora. No darás a luz hasta el verano, ¿verdad? Puedes seguir en Barcelona hasta que acabes el curso y después te trasladas a mi pueblo. Tendremos al bebé aquí.

—No. Me niego a irme a un pueblo de pescadores perdido Dios sabe dónde. Además, tú escapaste de ese lugar buscando un futuro mejor; un futuro que ahí no ibas a tener. ¿Y pretendes que yo me vaya a un sitio donde no voy a poder estudiar ni tener el trabajo que siempre he soñado?

—Pero estaríamos juntos, Kenia. Los tres. Tú, yo y nuestro hijo.

—No, Breixo. No me voy a ir contigo a tu pueblo —volvió a negarse.

—¡Pero es que yo no puedo abandonar a mi familia ahora! —replicó él desesperado—. ¿Qué pretendes que haga, eh? ¡Dime qué quieres que haga! ¡No puedo partirme en dos para estar aquí y en Barcelona contigo!

—¡No sé qué es lo que tienes que hacer! —gritó ella también—. ¡Pero no puedes obligarme a renunciar a todo por lo que he luchado!

—Piénsatelo, por favor. Medita sobre ello —le suplicó.

—Está bien. Lo pensaré.

Aunque ella sabía que no iba a meditar sobre nada. Al decirle Breixo que se tendría que quedar en su pueblo de Coruña con su familia y pretender que ella se fuera con él, tuvo claro lo que debía hacer.

Su vida estaba patas arriba. Se había quedado sin trabajo, sus padres no sabían que estaba embarazada; es más, no sabían ni que tuviese novio, y para más inri, el susodicho estaba a miles de kilómetros de allí y no esperaba que volviera en meses o incluso años.

Sumado a todo esto, estaba el tema de Jessica. Si despertaba del coma y recordaba lo sucedido, los denunciaría. La policía sabría que habían mentido en sus declaraciones, que estaban más implicados de lo que parecía en un primer momento. Conocerían qué trabajo se llevaba a cabo en el piso y los detendrían.

A pesar de que Lali había comentado que varios altos mandos de la Policía, de la Guardia Civil y de los Mossos frecuentaban el burdel de lujo —lo cual era cierto, bien lo sabía Kenia, porque algunos de sus clientes se encontraban entre ellos, además de políticos, etcétera—, ella no creía que llegados a una situación así, estas personas fueran a sacar la cara por ellos, arriesgando así su estatus social y su reputación.

Con todo esto, ¿iba a enfrentarse ella sola a un bebé? ¿A criarlo, educarlo, cuidarlo?

No.

Además, era demasiado joven. No sabría cómo ser madre.

¿Y su familia? ¿Se podría enfrentar a las miradas de desprecio, a la decepción que les ocasionaría, a las críticas y demás cuando supieran que era prostituta de lujo y estaba embarazada?

Tampoco.

Así que tomó la decisión más oportuna para ella en esos momentos.

Se despidió de Breixo y cuando colgó, sacó del bolso la tarjetita de la clínica abortiva que le había dado Lali.

Con decisión, marcó el número y esperó a que contestasen.

Capítulo 30

Aroa sabía que el vello en los genitales de la víctima coincidiría con el de Alonso, como así se comprobó con la prueba de ADN. Pero aún faltaba saber a quién pertenecía el femenino hallado en el pubis de Tamara Aragón. Esperaba que la mujer fuera la asesina de la prostituta de lujo y así poder cerrar el caso.

Había otra posibilidad y es que fuera el propio Alonso, pero no quería pensar en ello. A lo mejor su superior se dio cuenta del engaño de la chica y en un arrebato la mató.

Pero albergaba la esperanza de que no hubiera sido él. Era una persona íntegra... Mejor dicho, lo había sido, porque descubrir que él frecuentaba a la prostituta de lujo le había bajado de ese escalafón.

Llamó a la agencia a la que pertenecía la *escort* para que le facilitaran por *email* un listado de las clientas, pero Mireia le dijo que todos los que contrataban los servicios eran hombres. Sin embargo, Aroa sabía que en este tipo de sexo de alquiler también intervenían las parejas de los clientes. En más de una ocasión, a las chicas las contrataban para dar placer tanto al hombre como a la mujer, aunque en el listado solo figurase el nombre masculino.

Así que tuvo que citar de nuevo a los clientes y preguntarles si cuando Tamara les proporcionó sus servicios sexuales estaban solos o acompañados.

Hubo varios que contestaron afirmativamente. Así que citaron a sus parejas y tomaron muestras del cabello de esas mujeres para analizar. Los resultados de ADN tardarían unos cuantos días.

Cada vez se complicaba más el asunto y ella estaba impaciente por resolver el crimen.

Ese caso la estaba tocando de lleno en cada fibra de su ser y necesitaba desahogarse. Llevaba unos días muy agobiada con todo y volver a ver a Gabriel no le había puesto las cosas fáciles.

Pero esa noche se dijo que iba a desquitarse.

Abrió el armario y rebuscó entre la ropa hasta que halló un vestido rojo,

que se ceñía a su silueta marcando sus curvas escandalosamente; largo hasta medio muslo y con un vertiginoso escote. Se maquilló y se peinó recogiendo el pelo en una coleta alta. Antes de salir de casa, comprobó que llevaba todo lo necesario. Llaves, móvil, labial por si tenía que retocarse el carmín, etcétera. Se miró en el espejo que había al lado de la puerta de entrada y la imagen que este le devolvió fue sumamente atractiva y provocadora.

Cogió su abrigo negro y el bolso, y salió.

Condujo hasta Delirium con el sonido del *rock* alternativo de Paramore y su *Decode* taladrándole los oídos.

Tras superar al matón de la entrada a la discoteca, se dirigió al despacho de Gabriel con prisa.

Sin detenerse a llamar, abrió la puerta. No sabía si él estaría solo o acompañado como las otras veces, pero le daba igual. Esa noche había ido a satisfacerse y no regresaría a su casa sin haberlo conseguido.

Por suerte o por desgracia, Gabriel estaba solo. Sentado tras su escritorio, alzó la cabeza al escuchar cómo se abría la puerta.

—Aroa —dijo sorprendido.

Ella cerró y fue a su encuentro, al tiempo que él se levantaba del asiento de cuero.

—No te muevas —le ordenó la inspectora, quitándose el abrigo y dejándolo en un lado del sofá junto con el bolso.

—¿Ocurre algo? —quiso saber el empresario, obedeciéndola y quedándose quieto en su sitio.

Cuando ella se colocó entre el cuerpo de Gabriel y la mesa, lo obligó a volver a sentarse, empujándolo en un hombro hacia el asiento.

Después, se sentó en el borde del escritorio mientras el empresario la miraba confuso por su conducta.

Aroa levantó las piernas y apoyó los pies en la madera de la mesa.

—Necesito un desahogo, Gabriel. Hazme disfrutar. Haz que me olvide de todo —gimió al tiempo que abría los muslos para mostrarle su sexo desnudo y anhelante.

Una lenta y seductora sonrisa se extendió por la cara del dueño de Delirium. Los ojos le brillaban con deseo al tener por fin a Aroa de aquella

manera que había soñado durante tanto tiempo.

—Con mucho gusto, cielo —se relamió antes de inclinarse hacia su pubis y posar la boca sobre los pliegues femeninos.

Con el primer lametón, Aroa vio las estrellas.

Gabriel la agarró de los muslos y la abrió todavía más para poder meterse mejor en el hueco de sus piernas.

La segunda vez que su lengua entró en contacto con el sexo desnudo de Aroa, ella creyó que iba a explotar.

Pero aún faltaba.

Gabriel no iba a dejar que llegase al clímax tan pronto.

Continuó bebiéndose los fluidos de Aroa mientras ella se apoyaba con las manos en el escritorio y jadeaba con la cabeza echada hacia atrás. Sus neuronas fundiéndose poco a poco por el increíble placer que estaba recibiendo. El remedio perfecto para su dolor.

Sabía que había hecho bien en acudir allí. Solo Gabriel era capaz de comerla así. A pesar de haber tenido otros amantes en todos esos años que habían estado separados, ninguno estuvo a la altura del empresario. Nadie lo hacía mejor que él.

El sabor de Aroa era adictivo. Sentirla de nuevo en su lengua estaba haciendo que a Gabriel le creciese la erección a la velocidad del rayo. Escuchar los sonidos de su placer conseguía reducir a cenizas hasta el último de sus pensamientos.

Con las terminaciones nerviosas totalmente revolucionadas, Aroa agarró de la cabeza a Gabriel y lo alzó para besarle en los labios, terminando de desatar su pasión. Él coló un dedo en la hendidura de la inspectora, rozándole con el pulgar el clítoris, presionando para darle la estimulación que requería, mientras no dejaba de recorrer su boca con expertas caricias húmedas.

Aroa le mordió los labios, queriendo comerse a ese hombre que tanto placer le estaba dando.

El despacho entero se llenó con los jadeos y gemidos de los dos amantes, al tiempo que el viciado aroma del sexo se extendió por la habitación.

—Fóllame —le pidió ella despegándose de sus labios pocos centímetros.

Él asintió, clavando sus ojos encendidos de deseo en los iris castaños de

Aroa.

Sacó de un cajón del escritorio un preservativo. Se bajó el pantalón, junto con el *slip* y su miembro saltó contento al verse libre de la ropa que lo comprimía.

—Tu polla se alegra de verme —ronroneó Aroa.

—Sí, es que te echaba mucho de menos, igual que yo. Gracias a Dios que has vuelto —repuso él, desenrollándose el condón sobre la dura erección.

Cuando estuvo listo, agarró a la inspectora por la cintura y la arrastró todavía más hasta el borde de la mesa. Se insertó en ella con rapidez y ambos gimieron.

—En todos estos años no he podido dejar de pensar en tu boca —susurró Gabriel antes de apoderarse otra vez de sus labios.

Comenzó a entrar y salir de ella lentamente, alargando el momento de placer al máximo. Aroa rodeó sus caderas con las piernas para unirse más a él.

—Tampoco he perdido las ganas de quitarte la ropa —jadeó Gabriel, tirando del vestido para sacárselo por la cabeza.

Cuando comprobó que tampoco llevaba sostén, una sonrisa canalla se apropió de su cara.

—Sigues siendo la misma niña descarada de siempre.

—Calla y fóllame —ordenó la inspectora.

Atrapó su boca para que él no pudiese seguir hablando mientras pegaba su pecho desnudo a la camisa de Gabriel.

El calor que ambos sentían se iba propagando ardiente por sus venas, quemándolos.

Gabriel la agarró de la coleta y tiró de ella para que Aroa tuviese disponible su garganta. Abandonó los labios exigentes de la inspectora y regó de besos todo el mentón, bajando por su cuello, dejando un río de fuego por donde pasaban sus labios.

Aroa comenzó a pelearse con los botones de la camisa negra que él llevaba. Desquiciada por el ansia de sentir la piel de su amante en contacto con la suya, dio un fuerte tirón y los malditos botones salieron desperdigados por todo el despacho. Le bajó las mangas por los brazos, tironeando de ellas, haciendo que Gabriel la soltara del pelo.

—Shhh, tranquila, fierecilla, tenemos toda la noche... —intentó calmarla él.

—Yo no tengo toda la noche. Solo tengo este momento.

Aroa se lanzó de nuevo a por los labios de Gabriel mientras él continuaba entrando y saliendo de su sexo con una lentitud desesperante. Ella le dio un empujón en el culo con sus pies para que aumentase el ritmo de sus embestidas, pero el empresario no hizo caso.

Salió de ella y Aroa gimió de frustración.

—¿Por qué te separas ahora? —se quejó.

Gabriel no contestó. Aprovechó la distancia para liberarse de los zapatos, pantalones y demás, y quedarse como su madre lo trajo al mundo.

—Así estaremos más cómodos los dos —comentó él, agarrándola de la cintura para insertarse en ella de nuevo.

Con Aroa anclada a su cuerpo, se dirigió al sofá y se sentó con ella encima.

Mientras esta lo cabalgaba con un movimiento de caderas que lo estaba volviendo loco, Gabriel se apoderó de sus pezones, lamiendo y mordisqueando alternativamente. Atormentándola con las húmedas caricias de su lengua, al tiempo que ella sentía el efímero caminar de los dedos del empresario por su espalda. Cuando estos llegaron a la cabeza, Gabriel tiró de la goma que la sujetaba el cabello, que cayó desparramado alrededor de su cuerpo.

La habitación entera vibraba con la pasión de los dos amantes; esos dos diablos que se estaban consumiendo en el fuego del infierno.

Cuando ella alcanzó su orgasmo gritó en medio del frenesí sexual que sentía extenderse por cada poro de su piel, recorriéndola como lava ardiente.

Gabriel se unió a su orgasmo al notar en su miembro los espasmos del éxtasis y abrazó a Aroa con fuerza, sin querer dejarla ir.

Ella apoyó la frente sobre la del hombre y cerró los ojos, abandonada por completo a su placer.

Permanecieron así algunos minutos, con sus respiraciones relajándose y los corazones recuperando el latido normal. Cuando notó un hormigueo en los labios producido por los pequeños besos que Gabriel le daba, abrió los ojos y se despegó de su frente.

—Gracias.

—No hay de qué —respondió él con una perezosa sonrisa.

Aroa hizo amago de bajarse del regazo de Gabriel, pero él la detuvo.

—No tan rápido.

—Ya hemos terminado.

—Habrás terminado tú. Yo no —la informó.

Ella abrió los ojos como platos al escucharlo.

—¿Quieres un segundo asalto? —le preguntó.

—Y un tercero y un cuarto y que te quedes conmigo para siempre, para poder hacerte el amor todas las noches igual que esta. Para que despiertes conmigo en tu interior como estoy ahora. Para amanecer juntos todas las mañanas del resto de nuestras vidas.

Capítulo 31

—Kenia, han hallado a mi padre. Está... muerto.

A Breixo se le quebró la voz. Rompió a llorar como un niño pequeño. Se sentía perdido, desconsolado y enfadado con la vida; con el mar que se había llevado a su padre.

—¡Dios mío! Lo siento mucho, cariño —susurró Kenia al otro lado del teléfono.

Lo escuchó llorar su dolor durante varios minutos, impotente por no poder hacer nada por él.

Cuando su novio se calmó, le pidió que empaquetara todas las cosas personales que había en su piso —Kenia tenía una copia de las llaves de la casa donde vivía el joven— y se las enviara a su pueblo, en Coruña.

—Cuando las tengas todas preparadas, dímelo para mandar a una empresa de paquetería y que las recoja.

—Sí, no te preocupes. Pero ¿cómo está tu familia?

—Estamos todos destrozados. Aunque sabemos que esto podía ocurrir cualquier día. Es el riesgo en la vida de un pescador.

—Lamento mucho todo por lo que estáis pasando.

—¿Has pensado en lo que te dije? ¿Sobre venirte a vivir aquí? —quiso saber Breixo.

Ella inspiró hondo.

Sabía que al joven no le iba a gustar su decisión, pero era lo mejor para todos. De la manera en que estaban sus vidas en esos momentos, no podía hacer otra cosa que la que iba a hacer.

—Escucha —comenzó diciendo—: No hay nada que pensar. La respuesta sigue siendo la misma. No me voy a ir contigo a Galicia.

—Pero...

Intentó hablar él; sin embargo, ella no lo dejó.

—No me interrumpas, porque si lo haces, no seré capaz de decirte todo lo que tengo que decirte. No me voy a ir contigo a tu pueblo —repitió— y además... voy... el bebé... voy a abortar.

—¡No! —gritó Breixo al escucharla.

—Tengo cita para esta tarde. Me practicarán un legrado y todo se acabará. Un problema menos que tendremos los dos —continuó hablando ella.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No puedes hacerlo! —continuó gritando el joven—. ¡También es mi hijo! ¡No puedes deshacerte del bebé como si fuera una cosa usada e inservible!

—Breixo, tú no estás aquí y con todo lo que está pasando... Además, no sé ser madre. Y todos los planes de futuro que tengo... No cargaré con un error de por vida.

—Escúchame bien, Kenia —escupió, mordiendo cada una de las letras por la rabia que le inundaba el cuerpo—. También es mi hijo y yo tengo derecho a decidir sobre él. Si abortas, estarás matando el fruto de nuestro amor, aunque fuera un accidente, pero es algo nuestro. Forma parte de ti y de mí. Lo hicimos con todo nuestro cariño, aunque no supiéramos que estábamos creando una vida. No lo hagas, por favor, no te conviertas en una asesina.

—No soy ninguna asesina —masculló enfadada—. Es mi cuerpo. Yo decido.

—No me vengas ahora con ese rollo feminista. ¡Estás matando a nuestro hijo!

Kenia inspiró hondo.

—Muchas gracias por todo este tiempo a tu lado. He sido una mujer muy feliz. Espero que todo te vaya bien en la vida. Adiós —se despidió y colgó mientras amargas lágrimas acudían a sus ojos y descendían por sus mejillas.

Dejó el teléfono sobre la mesa y se sentó en el borde de la cama, llorando desconsolada.

Era lo mejor para todos.

¿Verdad?

Capítulo 32

Kenia pasó una semana en reposo tras someterse al legrado.

Una semana en la que no dejó de darle vueltas a la idea de si había obrado bien o mal.

De todas formas, ya estaba hecho. Se había librado del niño y podría continuar con su vida.

Dunia, Chloé y Mireia habían pasado a visitarla todos los días. A pesar de que no estaba sola en su piso, pues tenía a su compañera Alejandra —a quién le había dicho que debía guardar reposo por un problema de hígado, del que siempre había estado algo delicada—, las chicas de la agencia no quisieron abandonarla a su suerte. Se había creado una fuerte amistad entre ellas y, aunque Kenia ya no trabajase en la agencia, todas deseaban seguir manteniendo el contacto.

A la clínica la acompañó Mireia, quien había pasado por una situación similar con una hermana.

—Pero lo de mi hermana fue aborto natural —le explicó su amiga—. Y le dieron unas pautas que debía seguir, como por ejemplo, guardar reposo, nada de baños, ni relaciones sexuales en quince días por lo menos. No sé yo si en un sitio de estos —dijo refiriéndose a la clínica— te darán esas instrucciones, por eso quiero estar contigo y que sepas qué tienes que hacer.

Kenia le agradeció en el alma sus consejos y no estar sola en esos momentos. Echaba de menos a Breixo, pero él estaba lejos y no iba a volver en mucho tiempo.

Tras cortar su última llamada, él insistió durante la siguiente media hora con más llamadas y mensajes de texto. Finalmente, Kenia desconectó el móvil. Su exnovio la estaba saturando con su insistencia y ella no quería pensar en nada en esas horas previas al aborto. No deseaba que nada le hiciera dudar de su decisión, así que hablar con Breixo no era lo más oportuno.

Aunque sus amigas tampoco estaban muy de acuerdo, bueno, Chloé sí —ella hubiera hecho lo mismo—, pero Dunia y Mireia no compartían su

decisión. Aun así, respetaban su idea y la apoyarían en cualquier caso.

—¿Aún sigues sangrando? —le preguntó Mireia aquella tarde, cuando fue a visitarla.

—No, hoy ya no. —Kenia se quedó un momento en silencio y, después, añadió—. Creo que es el momento de volver a la normalidad. Se acabó la semana de luto. Además, tengo que ir a casa de Breixo y recogerle todas las cosas para mandárselas a Galicia. Se lo prometí.

—No deberías haber roto con él —la riñó Mireia. Su tono sonó cariñoso, pero Kenia sabía que en realidad su amiga estaba enfadada con ella por esto.

—Es lo mejor. No puedo continuar con nuestra relación después de lo que he hecho; sabiendo que él no estaba de acuerdo y que intentó convencerme por todos los medios de lo contrario.

—Al menos, podías haber esperado un poco más, haber viajado hasta allí para estar junto a él en el sepelio de su padre y habérselo dicho a la cara. No se rompe una relación por teléfono. Y menos cuando la otra persona está en un momento difícil. Era la puntilla que le faltaba al pobre chico. Su padre muere, su novia aborta y encima lo deja. Te has lucido, bonita —continuó recriminándola en el mismo tono dulce de antes.

—Mireia, ya no puedo cambiar lo que he hecho. Era lo mejor para todos —afirmó ella, cabezota.

Pero en su interior una voz le gritaba que se había equivocado en todo, que había hecho las cosas mal y que el joven no querría verla nunca más después de aquello.

—Bueno, ¿me acompañarás al piso de Breixo para empacar sus cosas?

Al día siguiente, entre Kenia y Mireia lo recogieron todo.

Breixo tenía pocas cosas allí. Los libros de texto de la facultad, algunos CD de música, ropa y calzado —todo de marca—, un par de fotos con su familia en el pueblo...

Lo metieron en varias cajas y las precintaron. En cada una de ellas, colocaron pegatinas con el nombre del chico y la dirección.

Cuando Kenia estaba terminando con la última, Mireia apareció desde la habitación con algo en las manos.

—¿Y esto? —preguntó con una cajita forrada en tela de rayas azules,

rosas y blancas—. Dentro hay unos patucos de bebé, de lana blanca. No me digas que ya habíais empezado a comprar cosas para el bebé.

Kenia se alzó del suelo en el que estaba sentada, sobre una alfombra. Mireia le entregó la caja.

—No. Bueno... Breixo los compró en un impulso unos días antes de hacerme el test. Como ya sospechaba que yo estaba embarazada... quiso... —Se le formó un nudo en la garganta por la emoción de ver aquellas diminutas prendas destinadas a cubrir los piecitos del que hubiera sido su bebé y el de su exnovio, y tuvo que hacer un esfuerzo por continuar hablando —... Quiso tener algo para celebrarlo llegado el momento.

—Joder, Kenia... —Su amiga continuaba llamándola por su *alter ego* de vez en cuando en lugar de hacerlo por su nombre real, que ya conocía a esas alturas de su relación amistosa.

—Ya lo sé. Sé que he cometido un error, pero tengo que asumirlo y continuar con mi vida. Lo hecho, hecho está. No puedo cambiar el pasado.

Gruesas lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas. Al limpiárselas, reparó en que aún llevaba puesta la pulsera de oro blanco que le regaló su exnovio el día de su cumpleaños.

Se quedó observando la joya, en el silencio que se había creado a su alrededor, con la caja que contenía los patucos en la otra mano.

Rompió a llorar más fuerte y Mireia la envolvió en un abrazo para reconfortarla.

—La he cagado, ¿verdad? —preguntó a su amiga.

—Pues sí. Pero la cuestión ahora es, ¿qué vas a hacer? ¿Intentarás arreglarlo con Breixo o serás una cobarde y no lo harás?

Iba a ser una cobarde.

No tenía el valor suficiente para ir a Galicia y pedirle perdón a Breixo por lo que había hecho.

—No. No lo haré. No puedo enfrentarme a él. Ver la decepción en su cara... No, no puedo. —Sollozó—. Quítame la pulsera y métela en la cajita con los patucos. Se lo devolveré también.

—Otro error más, Kenia. ¿Cuándo vas a empezar a hacer las cosas bien en tu vida?

No pudo contestar, pues el teléfono sonó y cortó la respuesta de la joven.

Inspiró hondo para controlar las lágrimas y contestó cuando lo consiguió.
Tras escuchar unos segundos, colgó.

Miró a su amiga y en apenas un susurro declaró:
—Jessica ha fallecido.

Capítulo 33

Los días siguientes fueron un calvario de emociones encontradas para Kenia. Por un lado, estaba aliviada, pues con la muerte de Jessica nunca se sabría lo que en realidad ocurrió. La policía había dado por buenas las declaraciones de los implicados y no investigaron más. La familia también. Había sido un desgraciado accidente.

Pero por otro lado, su conciencia no la dejaba tranquila. Una persona había muerto por su culpa.

Bueno, una no. Dos.

Jessica y el bebé que ella había abortado.

Su vida era un desastre.

Había roto con su novio, estaba sin trabajo y, encima, Lali había hablado con ella tras enterarse del viaje a Argentina para rodar el videoclip.

La acusó de querer quedarse con la parte de las ganancias que correspondían a la agencia, como se temía la joven. A modo de castigo, obligó a Kenia a darle todo el dinero que poseía. De lo contrario, haría de su vida un infierno porque le diría a la Policía que Jessica no se cayó por las escaleras, sino que ella la empujó, cosa que no era cierta tampoco. Kenia a su vez amenazó a Lali con denunciarla, pero si lo hacía se destaparía todo el asunto de la prostitución de lujo en la que ella también estaba metida hasta el cuello. Su familia sabría que llevaba una doble vida, todo lo que había hecho, y eso no podía consentirlo. Además, había magistrados, políticos, abogados, fiscales que frecuentaban los servicios de la agencia y lo más seguro era que se pusieran de parte de Lali para que nada de su intimidad saliera a la luz. Ellos se cubrirían las espaldas, protegiendo así también a la *madame*.

Así que, después de todo lo que había ahorrado para irse a Estados Unidos no podría hacerlo. Con lo del aborto —que le había costado una cantidad desorbitada— más esto de Lali se había quedado sin blanca.

Los gastos del piso, ahora que solo eran dos personas, se habían incrementado.

No se concentraba en los estudios porque no dejaba de pensar si la

decisión que había tomado —abortar y romper su relación con Breixo— era la correcta y ya había suspendido algunos exámenes. Las noches se las pasaba en vela, llorando y arrepintiéndose de haberse deshecho del bebé y de lo sucedido con Jess.

Así que cuando en Navidad volvió a Mallorca con sus padres, les comunicó que dejaba la universidad. Su familia se llevó un gran disgusto. Le pidieron explicaciones, pero ella no dio ninguna.

Todo aquello por lo que luchó una vez se había acabado. Esa sería su penitencia por los errores cometidos en su vida.

Breixo estaba destrozado. Había perdido todo lo que quería en la vida. Entendía el miedo de Kenia respecto al bebé. Comprendía que ella no quisiera irse a vivir a un pueblo perdido de la mano de Dios. Pero eso no era motivo para acabar con su relación. Las cosas podían solucionarse de otra manera. Estaba enfadado con ella. Muy enfadado.

Sin embargo, aún la quería. Kenia era la mujer de su vida. Lo supo desde la primera vez que la vio.

La llamó infinidad de veces en aquellas semanas. Ella nunca le cogió el teléfono. Siempre comunicaba.

Le mandó numerosos mensajes de texto, que ella nunca respondió.

Probó con Mireia y Chloé, de quien tenía también el teléfono. Necesitaba saber si Kenia estaba bien y que le hicieran cambiar de opinión respecto a su relación. Debían seguir juntos.

Respecto al bebé ya no podía hacer nada y aunque se había llevado un disgusto bastante grande cuando su novia le confirmó el aborto, después de mucho meditar el asunto, tuvo que reconocer que aquellos momentos no eran los más idóneos para traer un hijo al mundo.

Sus cosas personales, las que había en su piso y que Mireia y Kenia habían embalado, le habían llegado unos días antes. Cuando vio la cajita con los patucos y la pulsera que él le regaló dentro, creyó morir de desesperación. ¿De esa manera se despedía Kenia de él?

Las amigas de su chica le contaron sobre ella. También estaba hecha polvo y había tomado la decisión de dejar sus estudios. Pensaban que Kenia sufría una depresión, pero no se dejaba ayudar por nadie. Se había marchado

de la ciudad para pasar las Navidades con su familia en Mallorca y les dio la sensación, al despedirse, de que ella no iba a volver más.

—Dame el número del hotel de sus padres —le pidió Breixo a Mireia en una conversación telefónica—. Esta no es la forma de romper una relación. Esas cosas se dicen a la cara. Viajaré hasta Mallorca cuando arregle todos los asuntos pendientes aquí, con mi familia, y hablaré con ella.

—No sé el número. Nunca nos dijo a ninguna de nosotras ni cómo se llamaba el hotel ni nos dio un teléfono de contacto. Tampoco sabemos cuál es su apellido —contestó Mireia apenada—. Y a nosotras también nos ha bloqueado en el móvil. No tenemos forma de contactar con ella. Es como si quisiera romper con su vida y olvidarlo todo, olvidarnos a todos.

—¡Maldita sea! —farfulló el joven—. Voy a buscarla. Lo juro. Para mí esta relación no se ha acabado. Solo estamos en puntos suspensivos. Ella me quiere. Siempre me ha querido, es solo que ahora está asustada, perdida y sin rumbo. Comprendo todo lo que ha hecho, pero esto... no. No la dejaré sola cuando más me necesita.

—Buena suerte, Breixo —le deseó Mireia con pena porque sabía que el chico lo tenía muy difícil.

Capítulo 34

Aroa se levantó del regazo de Gabriel y fue a buscar su vestido, que se puso con rapidez.

—Tengo que pensar tu proposición —comentó al darse la vuelta.

—Deberías dejar de pensar y limitarte a sentir. Escucha a tu corazón. Te está pidiendo que vuelvas conmigo.

Gabriel se alzó del sofá donde habían pasado aquel rato de sexo loco y se acercó a ella. Se plantó frente a Aroa con las manos en las caderas, exhibiéndose.

—Sigues siendo un provocador —susurró ella sintiendo cómo de nuevo su cuerpo se encendía y le pedía a gritos unirse a él otra vez.

—Nunca cambiaré —sonrió Gabriel.

—¿Sabes que fue lo que pensé la primera vez que te vi?

Él la miró expectante.

—Que tenías cara de malo y de cabrón —respondió ella—. Y que eras el tío más bueno que había conocido. Deseé tenerte en una cama para mí solita y que me hicieras todas las perversiones que tus ojos prometían.

—Y ¿por qué te negabas entonces a entregarte a mí?

Gabriel la agarró de la cintura con las dos manos.

—Porque cuando abriste la boca, la cagaste. Aquello que me dijiste sobre que hacías gritar a todas las mujeres. Solteras, casadas, jóvenes, mayores, de distintas nacionalidades... Fuiste muy prepotente.

—Era la verdad. Tú lo sabes —se defendió él.

Se inclinó sobre su boca y la reclamó con un profundo beso que dejó a Aroa sin aliento.

—No te imaginas lo mucho que te he extrañado. Cuantas noches te busqué en mis sueños y despertaba desesperado por no encontrarte —susurró en sus labios al acabar el beso—. Volvamos a estar juntos, mi amor. Volvamos a amarnos como Breixo y Kenia ahora que somos Gabriel y Aroa.

La inspectora se refugió en su cálido pecho, abrazándolo.

—Kenia —murmuró contra su piel—. Hace mucho que nadie me llama

así.

—Pues a mí Mireia, Dunia y Chloé me siguen llamando Breixo.

—Vístete, anda, que vas a coger frío y hablamos mientras —le recomendó Aroa, separándose de él.

Gabriel recogió sus ropas y comenzó a ponérselas. Como la camisa se había quedado sin botones, tuvo que coger otra de repuesto que siempre tenía en un armario del despacho.

—¿Cómo es que sigues en contacto con ellas? —quiso saber la inspectora.

—Nunca perdí el contacto. Ellas me contaron todo sobre tus últimos días en Barcelona... Intentaron localizarte al mismo tiempo que yo. Incluso viajamos a Mallorca, pero todo fue en vano. No le habías dicho a nadie cuál era el hotel de tu familia, ni tus apellidos, ni un teléfono de contacto. El móvil lo tenías todo el tiempo apagado. Sabías que era el único medio de encontrarte y lo desconectaste para que no te localizáramos.

—Me deshice del móvil y me compré otro, pero no metí en la agenda del nuevo ningún número conocido. Solo el de mi familia —le explicó Aroa con vergüenza por su mal comportamiento de aquellos días—. Lo siento mucho. Lamento todo el dolor que os causé a ti y a las chicas. Cuando el otro día volví a ver a Mireia tuve el impulso de abrazarla y pedirle perdón por todo.

—Tranquila, las chicas te han perdonado.

—Siempre fueron demasiado buenas. Igual que tú. Me engañó tu cara de malo y de cabrón porque no hay en ti ni una pizca de esto. Sin embargo yo, con mi carita de niña buena, he sido quien os ha hecho sufrir a todos —comentó mortificada.

Bajó los ojos y el rostro intentando esconder sus sentimientos.

Gabriel, que ya había terminado de vestirse, colocó un dedo en su barbilla para alzárselo.

—Olvídalo. Éramos muy jóvenes y cometimos errores. ¿Quién no lo hace a esa edad?

Le dio un tierno beso en los labios y prosiguió.

—Mireia, Dunia y Chloé están deseando volver a verte. ¿Quieres que las llame y quedamos a cenar con ellas el viernes por la noche?

—No tengo valor para enfrentarme a ellas. Todavía no.

—Kenia —la llamó por su seudónimo—. No te van a reprochar nada. No tengas miedo.

Aroa inspiró profundamente. Después de algunos segundos, asintió.

—El viernes está bien.

Gabriel sonrió.

—A ver si para entonces ya he resuelto el caso de Tamara Aragón —comentó la inspectora.

—Me dio mucha rabia que pensaras que había sido yo, conociendo mi debilidad —confesó.

Aroa lo miró con el ceño fruncido.

—Eso no es verdad. Si hubieras sido tú, te habríamos encontrado desmayado al lado del cuerpo de la chica. Sabía que tú no eras el culpable. Pero, aun así, lo que haces tampoco me parece bien.

—No estoy infringiendo ninguna ley —se defendió él.

—Te aprovechas del limbo legal que hay en torno a la prostitución para beneficiarte.

—No soy ningún proxeneta, ya te lo dije. Solo les alquilo los reservados y protejo a las chicas. Aunque a Tamara no pude protegerla y eso me corroe por dentro.

—Encontraré a la culpable.

—¿La culpable? ¿Es una mujer? —preguntó él sorprendido.

Aroa dudó sobre si revelarle aspectos del caso. Sin embargo, sabía que podía confiar en Gabriel ciegamente. Afirmó con un movimiento de cabeza.

—En su pubis encontramos vello corporal de hombre y de mujer. Al señor ya lo hemos descartado porque en las cámaras de vídeo del banco que hay frente al portal de Tamara, se le ve saliendo de su casa a las once y media de la noche. La muerte de la chica se produjo a las doce. Así que nos queda la mujer. Pero he estado visionando la cinta hasta el final y nadie entró en el edificio, aparte de sus compañeras de piso a la una de la madrugada. En cuanto tengan los resultados del ADN del vello femenino cogeré a la asesina de Tamara. No hace falta que te recuerde que no puedes contar nada de esto. De lo contrario, tendré que matarte —sonrió por su propia broma, que él ignoró.

Gabriel había estado escuchándola con atención mientras pensaba en

todo lo que Aroa le contaba.

—¿Y si la asesina llegó al edificio antes de las ocho? ¿Y si la estaba esperando?

Capítulo 35

Gabriel y Aroa no se demoraron más en Delirium. Cogieron el Maserati de él para llegar cuanto antes a comisaría.

Por el camino retomaron la conversación sobre su pasado.

—¿Qué ha sido de tu vida todos estos años? ¿Cuándo regresaste a Barcelona? —quiso saber Aroa.

—Después de la muerte de mi padre pasé un año y medio en mi pueblo de Coruña ayudando a mi familia. Cuando todo estuvo arreglado y mi madre y mi abuelo se encontraban mejor de ánimo, volví aquí. Me matriculé otra vez en la universidad para terminar la carrera. Volví a ser *escort* para ganar dinero y gracias a mis antiguas clientas, a Mireia, Dunia y Chloé fui teniendo cada vez más trabajo. Luego, al terminar de estudiar, hice algunas inversiones que me salieron muy bien y mi capital aumentó. Compré algunos locales, los alquilé y más tarde los vendí para adquirir otros mejores; algunos pisos céntricos... Delirium fue mi primera discoteca. Estaba en un estado lamentable cuando se la compré por poco dinero al anterior dueño. La reformé toda y la gente empezó a venir. El resto es historia. ¿Y tú? ¿Fuiste a Estados Unidos como querías? —preguntó Gabriel mientras de fondo se oía *Black Hole Sun* de Soundgarden.

—No. Lali me quitó todo el dinero y no pude ir. Además, estaba muy deprimida con todo lo que había pasado. La muerte de Jessica, el aborto al que nunca debí someterme...

—Las chicas me contaron lo de Lali, pero pensé que, aun así, habrías conseguido tu sueño de marcharte al extranjero a estudiar.

Aroa negó con la cabeza repetidas veces.

—No. Cuando me recuperé de la depresión, me marché a la academia de policía de Ávila, retomando así mi sueño de pertenecer al cuerpo.

—Sí, me lo contó el detective privado que tengo contratado.

—¿Y qué más te contó ese hombre sobre mí?

Gabriel pensó un momento.

—Que no estás casada, ni tienes hijos, ni pareja... Que no sales de casa,

excepto para ir a trabajar y al gimnasio dos veces por semana. Que haces la compra por internet...

—Vaya —lo cortó ella— ¿También te ha dicho de qué color uso las bragas? —quiso saber riéndose.

—No, eso no. Pero no importa. Sé que a veces no llevas —le guiñó un ojo.

Posó una mano en su muslo y la deslizó hacia la ingle. Aroa se abrió de piernas para que él pudiera colar sus dedos en la zona íntima y notó todo el calor que desprendía la palma cuando la colocó sobre su pubis.

Gabriel hundió el dedo corazón entre los pliegues femeninos, buscando la entrada a su cuerpo, que no tardó en hallar. Lo metió y lo sacó varias veces mientras Aroa jadeaba.

—Mi chica siempre queriendo más —comentó él.

Sacó el dedo de la abertura mojada de Aroa y se lo llevó a la boca para chuparlo.

—Contigo siempre, Breixo —respondió ella—. No entiendo cómo he podido respirar todos estos años faltándome tu piel, tu tacto, tu calor...

—Yo he empezado a hacerlo ahora que has vuelto a mí —confesó Gabriel.

—¿Y todas las chicas que has probado? ¿No tenían para eso a Luca?

—No pueden compararse a ti. Nunca te olvidé mientras estaba entre las piernas de otra. Recuerda lo que te dije sobre la fidelidad. Podremos entregar nuestros cuerpos, pero nuestro corazón y nuestra alma siempre nos pertenecerán a los dos. Respecto a Luca, se marchó a otra agencia donde le pagaban más. No sé si sabrás que Lali falleció de un infarto hace varios años.

—Vaya. No sabía nada de eso.

—Pues cuando Lali murió, Mireia se hizo cargo de la agencia. Entonces Luca decidió irse a otra y ella recurrió a mí para que la ayudase. Lo de probar a las chicas llevo haciéndolo los últimos tres años, pero voy a dejarlo ya. Estoy cansado. Además, Mireia también quiere dejar la agencia. Últimamente las cosas no van bien y los clientes exigen cada vez más, pagan menos y tratan peor a las chicas. Nada es ya como cuando tú y yo éramos *escorts*.

Aroa permaneció en silencio unos segundos, meditando.

—¿Sabes? Ahora que echo la vista atrás y recuerdo aquellos días en los

que fui tan feliz, me doy cuenta de que a pesar de haberlo sido, el precio que pagué fue demasiado alto. Aprendí a ser una mujer objeto, a ser irresistible para los hombres y para algunas mujeres, a ir de cama en cama fingiendo amar a todos...

Se giró hacia la ventanilla, observando el discurrir de la ciudad ante sus ojos, pero sin ver nada en realidad.

—Llegué a creer que solo valía aquello que los clientes pagaban por mí y perdí mi alma por el camino. Gané mucho dinero, que luego Lali me quitó, pero de todas formas, acabé con el corazón vacío y roto. Hice daño a las personas que quería. Me deshice de un hijo que no llegaba en buen momento. Vendí mi alma al diablo sin saber que él no me iba a dar un tique por si me arrepentía y quería revertir todo lo acontecido.

—No te tortures más, Aroa. Me duele verte así.

Ella se volvió a girar hacia él y le sonrió tristemente.

—Este caso de Tamara Aragón me ha tocado de lleno. Ha hecho que recordase muchas cosas que he intentado olvidar. Y tus regalitos en mi puerta no hicieron más que empujarme hacia este momento.

—Quería que recordases todo lo bueno que pasamos juntos. Los días que fuimos felices. Los sueños que nos quedan por cumplir.

—Bueno, tú has cumplido muchos de los tuyos —dijo Aroa—. Te has convertido en un gran empresario.

—Daría todo lo que tengo por volver a ser simplemente Breixo y Kenia, un par de locos enamorados de la vida, del sexo y del romanticismo.

Aroa alargó el brazo para tocarle el cuello.

—Aún podemos serlo. Nuestra historia no está acabada, Breixo.

—¿Eso es un sí, Kenia? —preguntó mirándola de reojo.

—¿Un sí a qué?

Ella se hacía la remolona para no contestar directamente mientras le acariciaba la nuca con la yema de los dedos, provocándole un hormigueo que se extendió por el cuerpo masculino.

—A que me entregarás tu corazón para siempre.

—Puede.

—Mira que eres mala. Después de veinte años sigues jugando conmigo. Pero esta vez no te voy a dejar escapar. Si tengo que secuestrarte, lo haré. Te

llevaré a Mar de Plata y nos casaremos en el Torreón del Monje.

—¿Y la luna de miel?

—La luna de miel prometo pasármela entre tus piernas y hacerte el amor en cada rincón de los Estados Unidos de América —susurró con una voz ronca que a Aroa le erizó todo el vello corporal, excitándola.

—Creo que me has convencido —suspiró muerta de deseo—. Pero antes de todo eso, debo resolver un crimen.

Capítulo 36

Gabriel y Aroa llegaron a comisaría y subieron veloces las escaleras hasta el despacho de la inspectora.

Entraron en él como un vendaval y se sentaron muy juntos para ver las grabaciones de las cámaras.

—He visto desde las ocho de la tarde hasta el final —contó Aroa—. Voy a retroceder hasta las seis para comprobar si la asesina llegó antes, como tú me has dicho.

—Bien. Y si no, habrá que visionar desde las cuatro de la tarde o, incluso, todo el día; desde por la mañana.

—El vello femenino que se ha encontrado en el pubis de Tamara es rubio, así que hay que fijarse en todas las mujeres con ese color de pelo que entren o salgan del edificio —informó la inspectora.

—De acuerdo.

Varias horas después terminaron de ver todas las grabaciones.

—¡Joder! ¡No hemos encontrado nada! —se quejó Aroa.

—Tiene que haber entrado en el edificio de otra forma —sugirió pensativo Gabriel.

—Eso ya me lo he imaginado yo también. Tendremos que fijarnos en el resto de la gente y no solo en las mujeres. Puede que la asesina usara algún disfraz o peluca, etcétera.

El empresario se estiró sobre la silla para desentumecer todos los músculos.

—Esto es agotador —comentó.

—Dímelo a mí —replicó Aroa sarcástica.

—¿Podemos tomarnos un descanso o tienes que seguir? —quiso saber él.

Aroa miró su reloj. Eran las siete de la mañana. Llevaba veinticuatro horas sin dormir.

—Me voy a casa. Necesito descansar —le dijo a Gabriel—. Llévame de vuelta a Delirium para recoger mi coche y poder irme a mi piso.

—¿Por qué no te quedas conmigo en mí ático? —preguntó él, deseoso de permanecer con ella más tiempo.

Aroa lo miró, sonriendo juguetona.

—Porque no dormiríamos.

—Tienes razón, aunque... prometo portarme bien y no cansarte mucho.

—Gabriel, necesito descansar. Mi trabajo requiere de mucha concentración y si tengo mis capacidades físicas y mentales en mal estado, no voy a poder...

El empresario puso un dedo sobre sus labios, acallando la respuesta de la inspectora.

—De acuerdo.

Salieron de allí y al pasar por delante del despacho del comisario, este tenía la puerta abierta. Los vio y llamó a la inspectora.

Iban a entrar los dos, pero Alonso le indicó que debía mantener con ella una conversación sobre el caso, por lo que Gabriel la esperó en el pasillo.

—Alonso me voy a casa para descansar. Llevo toda la noche aquí comprobando las cámaras de seguridad del banco que hay frente al portal de Tamara —comentó.

—¿Se puede saber qué haces con ese hombre? —la amonestó su superior.

—Forma parte de mi vida privada, Alonso. No debes preocuparte por nada —dijo Aroa, sin querer darle explicaciones sobre por qué el empresario estaba allí y con ella.

—Tiene relación con el caso. No puedes verlo.

—No es sospechoso de nada —rebatía ella—. Puedo relacionarme con él perfectamente.

—¿Qué no es sospechoso? Hasta que encontremos al culpable todo el mundo es sospechoso.

—Vaya. Acabas de pasarte por el forro de los cojones la presunción de inocencia.

—Cuida tu lenguaje —la riñó igual que si fuera su padre.

—Además —prosiguió Aroa ignorando su reprimenda—, él no pudo matar a Tamara. Es imposible que lo hiciera. No aparece en las cámaras de vigilancia entrando o saliendo de la casa de la chica. Y sabemos que las

únicas visitas que tuvo la víctima fuisteis tú y una mujer. A ti ya te hemos descartado porque no estabas con ella a la hora de su muerte, así que solo nos queda la otra opción.

El comisario se mesó el cabello mientras la miraba enfurruñado.

—El señor Serna no es buena compañía.

Aroa lo miró fijamente. Notaba a su jefe nervioso. Nunca lo había visto así. ¿Por qué sería? ¿Estaba ocultando algo más sobre Tamara? ¿O era que Alonso conocía a Gabriel porque había alquilado algún reservado de la discoteca para estar con la *escort*?

—Alonso, ¿alguna vez has estado en Delirium? —preguntó a bocajarro.

El comisario contuvo la respiración al oír la pregunta de la inspectora y esa reacción de tan solo unas milésimas de segundo fue la respuesta que ella necesitaba.

Alonso abrió la boca para hablar, pero Aroa lo atajó.

—Ya me has dicho todo lo que quería saber. Supongo, sin riesgo a equivocarme, que alguna vez has alquilado un reservado en Delirium para montar alguna fiesta privada con Tamara o puede que con otra prostituta. Pero no me importa. Después de tener conocimiento de que disfrutabas de servicios sexuales, ya nada me sorprende. ¿Por qué no quieres que me relacione con el señor Serna? ¿Tienes miedo de que él se vaya de la lengua y me cuente que frecuentabas su discoteca para estos temas? Tranquilo. Gabriel sabe guardar secretos y la discreción con sus clientes es su prioridad en los negocios.

Dicho esto, dio media vuelta para abandonar el despacho.

—Ese hombre está más metido en la prostitución de lujo de lo que tú te piensas. —Oyó que le decía el comisario—. No puedes relacionarte con alguien así. Afectará a tu carrera.

—¿Yo no puedo ver al señor Serna y tú sí podías contratar a una o a varias chicas para tirártelas? ¿Qué doble moral es esa, Alonso? —le preguntó sin girarse, caminando hacia la puerta que había cerrado al entrar.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, Martínez, o tendré que suspenderte de empleo y sueldo. Ya he recibido varias quejas de la inspectora Boix por la manera en que le hablas y la tratas. No me des más motivos para llevar a cabo tu suspensión —la advirtió el comisario.

Aroa se puso tensa. Con el pomo de la puerta en su mano, observó cómo los nudillos se le habían puesto blancos por la fuerza que hacía agarrándolo cuando su jefe la amenazó con esto. Y saber que su compañera era la causante, no le gustó nada.

«Maldita niña de papá», dijo para sus adentros.

Salió al pasillo y se encontró a Gabriel hablando con Silvia, que debía de haber llegado mientras ella estaba reunida con el comisario para comenzar su turno.

La actitud de la policía, flirteando con su recuperado novio, poniéndole ojitos tiernos y morritos seductores, hizo que la rabia se apoderase de todo su ser.

Y ver cómo Boix acariciaba el brazo de Gabriel con parsimonia, como si quisiera grabar ese tacto en su memoria, desató la furia en su interior.

Mientras caminaba hacia ellos, observó que su compañera le metía un tarjetita en el bolsillo trasero del pantalón, aprovechando de paso para sobarle el culo a su gusto.

Llegó a su altura justo cuando Silvia sacaba la mano del bolsillo.

En un acto reflejo cargado de ira, la inspectora Martínez agarró la muñeca a Boix y se la retorció hasta hacerle daño.

—Vamos a ver, doña Mística, te he dicho que el señor Serna es muy mayor para ti, así que quítale tus manos de encima y no se te ocurra volver a darle tú número para que te llame, ¿entendido? Ahora está conmigo y yo no comparto, ¿te ha quedado claro o te lo mando tatuar en el brazo?

—¡Martínez suéltela! —Escucharon la atronadora voz del comisario detrás de ellas.

Aroa hizo lo que la ordenaban y Silvia corrió hacia su salvador. Se refugió entre los brazos de Alonso como si le fuera la vida en ello y comenzó a sollozar como una niña pequeña, quejándose de la rudeza de la inspectora.

—Otra más de estas y te sancionaré —la amenazó su jefe.

Aroa no contestó, ni siquiera se disculpó con su compañera.

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la salida seguida por Gabriel, que había permanecido estupefacto mientras la escena se desarrollaba ante sus ojos.

Una vez en la calle se dirigieron hacia el Maserati del empresario sin

hablar.

Cuando subieron al deportivo, Aroa comenzó a dar puñetazos en el salpicadero y a gritar de frustración y rabia.

Gabriel la detuvo para que no se lastimase las manos.

—Quieta. Tranquila. Shhh... —susurró como si fuera un domador calmando a una yegua desbocada.

—¿Qué coño te ha metido en el bolsillo? ¿Su teléfono? ¿Y por qué te has dejado sobar por ella? ¿Estabas intentando probarla para la agencia? Te recuerdo que es policía, idiota —le gritó.

Él la miró muy serio antes de contestar.

—Tengo dos opciones: o te llevo al gimnasio para que uses algún saco de boxeo de los que tienen allí para entrenar o te llevo a mi casa y te follo hasta que te quedas ronca de tanto gritar mí nombre. Elige.

—Hay una tercera opción que...

—Elige, Aroa.

Ella inspiró profundamente. El monumental cabreo contra su compañera se había apoderado de su sentido común y la falta de sueño, de descanso, estaba acabando con su paciencia.

—Vamos a tu casa —soltó enfurruñada cruzándose de brazos después de colocarse el cinturón de seguridad.

Capítulo 37

—Vas a descargar ahora mismo toda la adrenalina y el estrés que llevas acumulado en el cuerpo —ordenó Gabriel a Aroa nada más bajarse del coche, dentro del *parking* privado del edificio donde vivía.

Rodeó el auto y la cogió de la mano. Se la llevó hasta el capó y, una vez allí la obligó a recostarse dándole la espalda, pegando de esa forma su pecho al metal del vehículo.

Le arremangó el vestido hasta la cintura y al ver otra vez la desnudez preciosa de su trasero y parte de su vulva, su miembro saltó contento.

Sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón, que se bajó junto con el *slip* y se desenrolló la funda de látex por todo el largo de su virilidad.

Con los dedos repasó los pliegues femeninos, comprobando que ella estaba preparada.

—Joder, ¿cómo es posible que ya estés mojada?

—Será del cabreo y de las ganas de tenerte dentro. Date prisa.

Se hundió en Aroa con rapidez, haciéndola jadear.

—¿Mejor, cielo? —preguntó cuando llevaba ya unos cuantos envites en su sexo.

—Más... Quiero más... Y más fuerte... —le pidió la inspectora.

Gabriel la agarró del pelo, retorciéndoselo en torno a su mano. Con la otra, la sujetaba por la cadera impidiendo que la mujer se desplazase mientras la clavaba con su erección al capó del coche.

Los dos sentían un enorme calor apoderándose de ellos. Como si estuvieran en medio de un incendio quemándose.

Aroa llevó una de sus manos hacia su pubis, buscando su botón mágico. Cuando llegó hasta él comenzó a trazar círculos encima, presionando cada vez más.

El orgasmo la arrasó con la fuerza de un tsunami, gritando el nombre de Breixo, en lugar de Gabriel. Sin embargo, a él no le importó, ya que eran el mismo hombre.

El empresario continuó unos segundos más bombeando en el interior de

Aroa hasta que llegó a su clímax y, como había hecho ella, pronunció Kenia en lugar del nombre real de la inspectora.

Cayó sobre ella, con la respiración y el corazón acelerados.

—Todavía te puedo dar más, si quieres —susurró en su oído.

—No sé si aguantaré mucho más. Llevo veinticuatro horas despierta. Necesito dormir —le recordó.

—Hasta que llegemos a la cama, aún faltan siete pisos más el del garaje.

—Me vas a matar.

—No, cielo. Solo quiero recuperar el tiempo perdido. —Sonrió contra su hombro y ladeó la cara para besarla en el pelo.

Salió de ella, se quitó el condón y la ayudó a incorporarse.

Aroa se bajó el vestido mientras observaba cómo Gabriel caminaba hacia una papelería cercana para tirar en ella el preservativo.

Cuando volvió, ya tenía el pantalón subido y la cremallera cerrada.

Ella lo esperaba apoyada en el mismo capó donde acababan de hacer el amor.

Gabriel la agarró de una mano y, juntos, emprendieron el camino hacia el ascensor.

—¿Qué te pasa con Silvia? ¿Por qué te cae tan mal? ¿Y qué es eso de que tú no compartes? Antes lo hacíamos. ¿Quieres cambiar ahora? —quiso saber Gabriel.

Aroa resopló. Pensar en la inspectora Boix siempre la ponía de mal humor.

—Silvia es una niña de papá a quien le ha llovido del cielo el puesto. No se lo ha tenido que ganar como hemos hecho otros compañeros y yo. No soporto a la gente así, que consigue las cosas sin sacrificio ni esfuerzo, solo por enchufe. Y por otro lado, no entiendo qué fijación tiene contigo. Vale que estás muy bueno todavía para la edad que tienes... —Lo miró de arriba abajo relamiéndose—. Pero verla cerca de ti o hablando sobre ti, me pone de los nervios. Y sobre que yo no comparto, ha sido una manera de decirle que se olvide de follar contigo de una puta vez. Estoy harta de verla babear cuando tú estás cerca.

—Me has llamado viejo dos veces. No sé cómo tomármelo —comentó

Gabriel de broma.

Aroa frunció el ceño.

—Yo no te he llamado viejo.

El ascensor llegó y se montaron en él.

Gabriel presionó el botón del séptimo piso y cuando el elevador comenzó su ascenso, volvió a hablar.

—Sí, lo has hecho. Primero le has dicho a Silvia que soy demasiado mayor para ella y ahora acabas de decirme que todavía estoy bien para la edad que tengo.

—En los dos casos, es la pura verdad —se defendió Aroa.

Gabriel se cernió sobre ella, aplastándola contra la pared del ascensor.

—Pues te voy a demostrar que este viejo aguanta igual que cuando tenía veintitrés años —susurró cerca de sus labios.

—No me lo creo. ¿Igual que a los veintitrés? ¿Cómo es posible? ¿Es que tomas Viagra? —se cachondeó de él.

—Me ofendes, Kenia.

—Demuéstramelo, Breixo.

Gabriel se apoderó de su boca mientras con sus manos buscaba la entrepierna de la mujer bajo el vestido. Cuando la halló, le metió dos dedos de golpe y comenzó a masturbarla sin piedad.

Aroa estaba casi llegando al orgasmo cuando el ascensor se paró en el séptimo piso. El sonido de la campanilla los alertó. Gabriel sacó sus dedos del lugar escondido entre los muslos de la mujer y ella gimió de frustración.

—Calma, que ya vamos de camino hacia lo mejor —le dijo él.

Casi la arrastró por el pasillo desde el elevador hasta la puerta de su ático, que abrió con rapidez y después de que ella entrara, cerró con un portazo que resonó en toda la casa.

Aroa no tuvo tiempo de fijarse en nada del lujoso piso. En un abrir y cerrar de ojos, Gabriel la sacó el vestido y ella, otra vez, le rompió la camisa de un tirón.

—Ya es la segunda camisa que me rompes. A este paso te vas a cargar todo mi vestuario —la riñó él con cariño.

—Tienes mucha pasta para comprarte ropa, así que no te quejes. ¿Por dónde íbamos? —preguntó Aroa observando cómo Gabriel terminaba de

desnudarse mientras hablaban.

Cuando él estuvo listo, la agarró de las caderas y la cargó sobre las suyas. Ella se agarró a su cuello y emprendieron el camino hacia la habitación.

—Voy a demostrarte el tipo de Viagra que tomo —comentó antes de darla un beso en los labios.

Llegaron a la cama y él la depositó en ella. Comenzó a acariciarse el miembro para revivirlo y Aroa comprobó cómo poco a poco iba creciendo su erección.

—Déjame que te ayude —le pidió, inclinándose hacia la corona rosada que la tentaba.

Se la metió en la boca y chupó toda su virilidad hasta que la tuvo dura como una roca.

Cuando estuvo a punto, Gabriel abrió un cajón de la mesita de al lado de la cama y sacó un preservativo. Se lo colocó y se hundió en el sexo de Aroa, que ya había cambiado de posición y lo esperaba con las piernas abiertas.

Minutos después, cuando los dos estaban satisfechos, el empresario le preguntó algo que no dejaba de rondarle por la cabeza desde que lo había escuchado de los labios de Aroa.

—¿Cómo será nuestra relación sexual a partir de ahora? A mí siempre me ha gustado hacerlo con varias mujeres, aunque solo esté enamorado de ti. Y a ti también te gustaba, al menos antes.

Ella se giró entre sus brazos para mirarlo a la cara mientras hablaban.

—Y me sigue gustando. Es solo que... —suspiró—... no quisiera tener que pagar por ello. No quiero contratar a nadie para que nos dé placer. Para mí hace tiempo que se acabaron los *escorts*. No deseo que ninguna chica o chico crea que solo vale el dinero que hemos pagado por usar su cuerpo como nos pasó a nosotros.

Gabriel asintió, comprendiéndola.

—Tengo amigos que comparten a sus parejas. Quizá podríamos hacerlo con ellos, si te gustan. Y así podremos disfrutar del sexo a nuestra manera, pero sin mezclarlo con la prostitución de lujo.

—¿Cuándo vas a dejar de probar a chicas? —quiso saber ella.

—La del otro día fue la última. Ya te dije que Mireia y yo estamos

cansados y queremos dejar este mundo.

—¿Qué harás con los reservados de Delirium?

Aroa se apretujó más contra el pecho de Gabriel, empapándose del calor de su cuerpo.

—Seguiré usándolos como hasta ahora para fiestas privadas, pero sin que los clientes puedan llevar allí a sus *escorts*.

—Me parece bien.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en eso —comentó Gabriel dándole un beso en el pelo.

Permanecieron así, abrazados, hasta que el sueño los venció.

Capítulo 38

Aroa notaba algo duro internándose entre sus piernas y cómo un exquisito calor comenzaba a adueñarse de sus sentidos aun dormidos. Sentía besos delicados como las alas de una mariposa recorrer todo su pecho, jugando con sus pezones. Luego emprendían el viaje hasta uno de sus hombros y de allí a su garganta, donde dejaban infinidad de ellos tatuados en su piel.

Notó cómo una mano grande, fuerte y caliente le acariciaba el costado derecho. Viajó por todo ese lado hasta posarse sobre su cadera, en la que dibujó un corazón con el dedo mientras el sexo masculino se enterraba en ella una y otra vez.

Al terminar con el dibujo, ese atrevido dedo encontró el camino entre la unión de sus cuerpos hacia el botón mágico, ese que tanto placer le daba, y comenzó a presionar sobre él.

¡Qué sueño tan placentero estaba teniendo!

Parecía real...

—Kenia... Te amo... —Escuchó a lo lejos la voz grave y varonil de Gabriel, erizándole todo el vello, haciéndola sentir excitada, como le ocurría siempre.

—Breixo... —murmuró en mitad del sueño—. Yo también te amo.

El hombre aumentó el ritmo de sus estocadas. Para penetrarla más profundamente, la agarró de las piernas y se las colocó sobre los antebrazos para abrirla mucho más.

Ella, al notar el movimiento, levantó un párpado y la luz del sol la cegó. Volvió a cerrarlo y dejó que Gabriel jugase con su cuerpo.

—No te hagas la dormida, Aroa, que ya te he visto abrir un ojo —susurró el empresario.

La inspectora notó la sonrisa en su voz y también ella esbozó una.

—Creí que estaba soñando —dijo para defenderse.

—Yo sí que estoy soñando desde que hemos vuelto a estar juntos. Y no quiero que se acabe.

Gabriel se inclinó sobre los labios femeninos y los capturó con un tierno beso.

—Buenas tardes, mi amor.

Al oírlo, Aroa abrió los ojos de golpe para, acto seguido, llevarse el brazo sobre ellos y tapárselos, pues la luz del sol la cegaba.

—¿Cómo que buenas tardes? ¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco y media.

Ella se alteró.

—¿Las cinco y media? ¡Quítate de encima! —dijo empujándolo.

Pero Gabriel no se movió ni un ápice.

—Estás loca si crees que voy a salir de ti. Me falta poco para correrme y a ti también.

—¿Cómo es que me has dejado dormir tanto? ¡Tengo que ir a trabajar! —se quejó ella, notando cómo el calor del orgasmo la inundaba el cuerpo.

—Colabora un poco y acabaremos rápido —le pidió él, con los dientes apretados, próximo a su liberación—. ¡Dios! ¡Qué bueno va a ser!

—Déjame encima.

Cambiaron posiciones y en cuanto Aroa comenzó a cabalgarlo, Gabriel llegó a su éxtasis. Ella continuó un poco más hasta que también alcanzó el orgasmo.

Cayó sobre el pecho del empresario, desmadejada.

—Menuda forma de despertarme que tienes —comentó con el pulso a mil.

—¿Alguna queja? —logró murmurar él.

—No. Ninguna.

Permanecieron un par de minutos así. Ella acurrucada en su pecho y él abrazándola por las caderas, con las dos manos posadas sobre los glúteos femeninos.

—¿De verdad son las cinco y media de la tarde? —quiso saber.

—Sí.

—Joder. Alonso me va a matar. No puedo faltar a la comisaria cuando tengo que resolver un crimen.

Aroa se movió para levantarse, pero Gabriel la retuvo.

—Llamé a comisaria esta mañana y hablé con él. Ya le dije que hoy no

irías. Te has pasado toda la noche trabajando en el caso y necesitas descansar.

—¿Y Alonso qué te ha dicho?

—Que me aleje de ti. Al parecer no le caigo muy bien. Algo que no entiendo. Cuando venía a Delirium y montaba fiestas en los reservados nunca hubo ninguna queja. Siempre me trató bien y yo a él. No entiendo por qué ahora ha cambiado su actitud hacia mí.

—Seguro que piensa que me ibas a contar todo esto y delatar sus actos impuros. Tiene miedo de que me cuentes más cosas de las que yo ya sé o puedo averiguar por mí misma —dijo Aroa.

—Eso es una tontería. Él sabe que soy discreto en cuanto a qué clientes acceden a los reservados y lo que ocurre allí. A ti te lo acabo de contar porque sé que no vas a decir nada a nadie.

—Bueno, cuando han asesinado a la prostituta de lujo de la que estabas enamorado, toda precaución es poca.

—¿Alonso enamorado de Tamara? —preguntó escéptico Gabriel.

Aroa asintió con la cabeza. Al hacerlo, le rozó el pecho con la barbilla, provocándole un cosquilleo.

—No me lo creo. Estaría encoñado, que es distinto. Igual que le pasó con tu compañera Silvia.

La inspectora levantó la cabeza de golpe.

—¿Perdona? ¿Cómo has dicho?

—Acabo de cometer una indiscreción. ¡Ups!

Gabriel se llevó una mano a la boca para tapársela.

Pero Aroa se la quitó de inmediato.

—Repite eso que has dicho —le ordenó.

—Sabes que no debo hablar de mis clientes.

—¡Arg! No me vengas ahora con tus rollos sobre la discreción y todo lo demás —se quejó la inspectora.

—No puedo, cariño, de verdad.

Gabriel se movió para levantarse y quitarse el condón. Le hizo un nudo y caminó totalmente desnudo hasta la cocina para tirarlo en la basura.

Aroa se quedó embobada admirando cómo su magnífico trasero, su ancha espalda y sus fuertes piernas se alejaban de ella.

Cuando lo perdió de vista, saltó de la cama para ir tras él.

—Venga, dímelo, por favor —le pidió abrazándole por la espalda.

Él se dio la vuelta entre sus brazos y la miró con cariño. Un mechón de pelo le caía sobre la cara a su amada y con delicadeza se lo retiró para ponérselo detrás de la oreja. Después, le acarició la mandíbula hasta llegar a los labios, donde repasó su silueta con el pulgar.

Ella abrió la boca con un jadeo que le hizo saber al empresario que sus tiernas caricias la habían calentado.

—¿Tienes hambre? —quiso saber él.

—No me cambies de tema, Breixo.

—Dime si te apetece comer algo. Podemos hablar mientras cocino.

Aroa suspiró sabiendo que Gabriel iba a demorar su confesión.

—Está bien. Quiero una tortilla con jamón serrano y un poco de ensalada. ¿Tienes todo lo necesario para prepararlo?

—Sí. Y creo que para mí me haré lo mismo.

Gabriel le dio un beso en la punta de la nariz y se alejó de su cuerpo. Cogió un delantal colgado detrás de la puerta de la cocina y se lo puso.

Al ver cómo él se protegía para cocinar, Aroa se dio cuenta de que estaba completamente desnuda.

—¿Tienes otro para dejarme? Y así te ayudo.

Gabriel la dedicó una abrasadora mirada, que hizo que Aroa apretase los muslos ante la descarga de energía sexual que él le transmitió con sus ojos.

—Para ti no —dijo mostrando su sonrisa más canalla.

La inspectora abrió la boca para quejarse, pero Gabriel continuó hablando.

—Y no me pidas tampoco una camiseta, o pijama, ni te pongas el vestido rojo que traías. Estás muy bien así, desnuda para mí. Además, no sé por qué te molestas en vestirte, si sabes que conmigo la ropa te dura menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Gabriel... —resopló ella sonriendo ante sus palabras.

El abrió la nevera para sacar los huevos y el jamón. Los dejó sobre la isla de mármol que había en medio de la cocina y se giró otra vez hacia el frigorífico.

—Tendré que rebuscar por aquí hasta encontrar algo para ponerme —comentó Aroa.

—¿Por qué insistes en taparte y privarme de unas excelentes vistas? Cariño, tu mejor ropa es tu piel y la manera en que viniste al mundo, desnuda, sabes que me vuelve loco. Estás fantástica ahora mismo.

Gabriel sacó lo necesario para la ensalada y lo depositó junto a los huevos y el jamón.

—Para protegerme de manchas y quemaduras como haces tú —le hizo ver ella—. Y, además, ya no tengo el mismo cuerpo que a los veinte y no me apetece estar desnuda si no es en la cama. Me pondré el vestido de nuevo.

Gabriel la detuvo al ver que ella iba a salir de la cocina. La acorraló entre la pared y su cuerpo y acercó su boca a la de Aroa hasta quedar a solo unos centímetros.

—Es cierto que ya no tienes el mismo cuerpo que a los veinte. Ahora estás más voluptuosa y me atraes mucho más. El principio de la madurez te está sentando genial, pero lo mejor es que los próximos años soy yo quien va a disfrutar de las redondeces que vaya adquiriendo tu cuerpo. Ahora estás mucho mejor que cuando te conocí.

—Sí, bueno, es que yo soy como el vino: mejoro con los años.

—Aunque... —comenzó a decir él, pero se calló.

—Aunque, ¿qué? —quiso saber ella arqueando una ceja interrogante.

—¿Eso que tienes ahí es una cana?

Al escucharlo, Aroa hizo amago de salir corriendo a mirarse en el espejo más próximo; sin embargo, él la detuvo.

—Es broma, cielo. No tienes ninguna cana. Al menos yo no te he visto ninguna todavía.

—¡Serás idiota! —dijo ella soltándole un manotazo en el hombro.

Los dos se rieron y Gabriel terminó de acercar sus labios a los de ella para fundirse en un lento beso.

—En el tercer cajón de la encimera hay más delantales. Ponte uno —comentó él separándose para continuar con su quehacer en la cocina—. Pero solo porque no quiero que te quemes ni que te manches.

—Gracias, señor Serna, qué amable por su parte —se burló de él.

Cuando terminaron de prepararlo todo, se sentaron a comer —o a merendar, según se mire— en la mesa del salón, uno al lado del otro.

—Bueno, y ahora me vas a contar la relación entre Alonso y Silvia.

—Vale. Alonso es el comisario y Silvia es inspectora, como tú —dijo Gabriel haciéndose el remolón para no darle a Aroa la información que le requería.

Ella puso los ojos en blanco y bufó.

—Vamos, no te hagas el tonto ni me tomes el pelo. Ya sabes lo que quiero. Explícame eso que dijiste antes.

Gabriel se removió en la silla, incómodo. No le gustaba ir por ahí soltando chismes de sus clientes.

—Aroa, ya sabes que la discreción en este mundo en el que nos movemos lo es todo.

—¿Me vas a obligar a torturarte? —lo amenazó ella, mirándolo muy seria.

—¿Eso no está prohibido? —preguntó él asombrado, creyéndola capaz.

Ella se levantó de su asiento y lo retiró hacia atrás. Acto seguido se metió debajo de la mesa y se colocó entre las piernas de Gabriel. Retiró el delantal que le cubría el regazo y le agarró del pene, mientras el empresario observaba todo lo que hacía.

—Cielo, no es necesario que...

La frase se cortó en cuanto sintió los dedos de Aroa acariciarle su virilidad para endurecerla y la lengua jugando con su glande.

—¡Joder! Si esta es la tortura a la que sometéis a los delincuentes en tu comisaría, dejaré que me detengas todos los días.

La inspectora sonrió al escucharle.

—Dime lo que quiero saber —le ordenó—, o no dejaré que te corras.

—Como se te ocurra parar, te follaré encima de la mesa en cuanto salgas de ahí debajo —la advirtió él.

—¿Me está amenazando, señor Serna? ¿Sabe que soy un agente de la ley y eso está penado?

Aroa volvió a meterse la erección de Gabriel en la boca para continuar con el trabajo oral.

—No es una amenaza, inspectora, es un hecho.

Y sacando a Aroa de debajo de la mesa, la sentó encima al tiempo que con el brazo barría hacia un lado todo lo que había sobre el mueble.

Los vasos cayeron, derramando el agua, y un poco de la ensalada saltó

fuera del plato.

Gabriel se puso en pie y la acomodó mejor en la mesa.

—Túmbate —ordenó a Aroa mientras se deshacía del delantal.

Ella obedeció totalmente excitada. Gabriel la cogió de los muslos y la arrastró hasta el borde.

—Voy a buscar un preservativo y vuelvo enseguida —le dijo él—. No se te ocurra moverte de ahí.

Corrió veloz por el ático hasta llegar a la mesita de al lado de la cama donde tenía guardada una caja de condones.

—Gabriel... —Oyó cómo lo llamaba Aroa.

En su voz notó la urgencia. Ella estaba necesitada y él iba a satisfacerla.

—Calma, que ya voy de camino, amor. Tú sabes que yo nunca te dejo plantada y que soy muy capaz de quitarte las ganas —comentó mientras andaba de vuelta a la cocina.

La imagen que vio al entrar hizo que el corazón le latiera más desbocado aún y que su miembro saltara contento, esperando unirse al sexo femenino.

Con rapidez rompió el envoltorio de la funda de látex y se la colocó.

Agarró a Aroa por las piernas y las puso sobre sus hombros.

—Breixo...

—Kenia...

Cuando acabó la sesión sexual, Aroa volvió a la carga. Gabriel ya no pudo contenerse ante su insistencia.

—Está bien. Pero prométeme que no dirás nada a nadie —dijo mientras colocaban todo de nuevo en la mesa para terminar de comer-merendar-cenar.

Aroa asintió y él empezó a hablar.

—Tu compañera Silvia también ha sido *escort*.

La inspectora abrió la boca tanto que Gabriel temió que se le desencajase la mandíbula.

—¡Doña Mística! ¡No me lo puedo creer! Pero si me dijo que no entendía porque una joven como Tamara se prostituía. ¡Qué cabrona! Me ha engañado.

—¿Por qué la llamas doña Mística? —quiso saber Gabriel, divertido.

—Luego te lo cuento. Primero tú.

Con un gesto de la mano apremió al empresario a continuar.

—Silvia pertenecía a otra agencia, no a la de Mireia. Yo la vi alguna que otra vez en Delirium porque vino con varios clientes a los reservados, entre ellos el comisario Alonso. Y no te puedo decir más. Ya te comenté que lo que hacen allí yo no lo controlo. Solo sé que entran y salen con las chicas. Si se las follan o simplemente pasan el rato hablando no es asunto mío. Ahí no me meto. Siempre que no le hagan daño a ninguna, claro.

—Entonces ya se conocían de antes. Seguro que Alonso le consiguió el puesto de inspectora igual que pensaba hacer con Tamara cuando acabase la carrera —dijo Aroa más para ella misma que para Gabriel—. ¡Y yo que pensaba que lo había conseguido gracias a ser hija de un político!

Chasqueó la lengua y meneó la cabeza. ¡Qué ciega había estado con su compañera! Al parecer Boix no era tan tonta como ella se había creído.

—A través del sexo se consiguen muchas cosas. Acabas de verlo ahora mismo. —Gabriel le sonrió con picardía.

Aroa asintió riéndose.

—¿Cuándo fue eso? Lo de Silvia y Alonso, quiero decir.

—El año pasado. De todas formas, no sé si seguirán acostándose o no —comentó el empresario—, ella ya ha conseguido lo que quería y él ya tenía a otra que le calentaba la cama desde hacía unos meses, así que...

—¿Qué te metió en el bolsillo del pantalón? Su teléfono, ¿verdad?

Aroa se había acordado de pronto de lo que pasó en comisaría.

—Sí, pero lo saqué cuando nos íbamos de allí y lo tiré con disimulo en una papelería. Silvia no me gusta, a pesar de ser muy guapa y tener buen cuerpo. Hay algo en ella que me da mal rollo.

—Sí, que es tonta del culo. —Aroa se quedó un momento callada para luego añadir—: O no, porque desde luego nos la ha dado a todos con queso.

—¿Me contestas ahora a mi pregunta? ¿Por qué la llamas doña Mística?

Aroa chasqueó la lengua antes de responder.

—Siempre está con sus rollos sobre la espiritualidad, las energías positivas y negativas de las personas, las piedras, los astros... Todo eso. Yo respeto a quien crea en eso siempre que no intenten comerme la cabeza para hacerme cambiar de opinión.

—Entonces, cuando yo te conté la leyenda del hilo rojo...

—Cuando me la contaste, me pareció una manera muy bonita y romántica de declararme tu amor —sonrió ella y se acercó para darle un pequeño beso en los labios.

—Te reíste de mí, igual que cuando me maree en Niza al ver la sangre de aquel camarero —comentó Gabriel, haciéndose el ofendido.

—No es verdad. Bueno, lo de Niza sí, pero lo otro no —rebató ella.

—De todas formas y aunque tú no creas en eso, el tiempo me ha dado la razón. Volvemos a estar juntos y por mucho que el hilo se estire o se enrede, el destino nos ha vuelto a unir y jamás volveremos a separarnos. Estás atada a mí tanto como yo a ti.

—Sí, sí, sí. Ese hilo que, aunque dices que es invisible, afirmas que es rojo. Increíble. —Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

Gabriel la miró sonriendo durante unos segundos.

—Me da igual si crees en ello o no —replicó—. Por cierto, creo que ha llegado el momento de devolverte algo.

Se alzó de la silla y salió del salón.

Al cabo de un rato regresó con un estuche negro y letras plateadas.

Aroa lo reconoció enseguida.

—Debes volver a llevar la pulsera que te regalé.

—¿Cómo es posible que la hayas conservado todos estos años? —preguntó sorprendida mientras estiraba el brazo para que él se la pusiera en la muñeca.

—Por el hilo rojo. Ya te lo he dicho.

—¿También has guardado... los... los...?

De repente se sintió cohibida y no fue capaz de pronunciar la palabra «patucos». Algo le atenazaba la garganta y no la dejaba continuar. Quizá el arrepentimiento por lo que hizo. Quizá la emoción de saber que él había estado todos esos años guardando su recuerdo por si acaso en el futuro tenía la oportunidad de dárselo.

—Aroa —Gabriel la miró muy serio, cogiéndola de las manos—, me devolviste la pulsera y los patucos, pero mi corazón no. Te lo quedaste. Y ha estado contigo todos estos años. Por eso sabía que alguna vez en la vida volveríamos a coincidir. El destino no puede ser así de hijo de puta y mantenernos separados para siempre. Cuando te vi en Delirium hace unos

días, lo supe. Supe que teníamos una oportunidad.

—Y no la desaprovechaste. Fuiste directo a por mí. Igual que hace veinte años.

—En efecto. Ya sabes que soy así de directo, sincero e intenso —corroboró él.

Se acercó a sus labios y, agarrando a Aroa por la nuca, los unió a los suyos.

Se perdieron en ese beso maravilloso durante algunos minutos, sin dejar de disfrutar y saborearse mutuamente.

—¿Te apetece dar un paseo por las Ramblas? —quiso saber Gabriel cuando finalizó el beso—. Hoy es Sant Jordi y hay que cumplir con la tradición de regalar un libro y una rosa.

—Bien, pero debo ir primero a casa para ducharme y ponerme algo de ropa. No puedo ir otra vez con el vestido rojo y sin lencería.

Al ver la cara juguetona que puso Gabriel, lo advirtió:

—Y no me hagas lo de aquella vez que tuve que ir sin bragas por la calle y estar en una fiesta así. Lo pasé muy mal.

—No estoy de acuerdo. Disfrutaste mucho —rebató él.

—¿Todavía guardas las bragas vibratoras? —preguntó Aroa curiosa.

—Sí, todavía las tengo. ¿Quieres ponértelas?

—No, gracias. Hoy no. Pero no las escondas mucho. Quizá cuando volvamos...

Se levantó de la silla para ir a buscar su vestido rojo, dejando a Gabriel relamiéndose ante lo que vendría después, cuando regresaran a casa.

—Habrá que darse prisa o cerrarán los puestos de libros. —La oyó comentar de camino a la habitación.

Capítulo 39

Gabriel no podía dejar de mirar a Aroa. Ver cómo ella descansaba dormida en su cama, igual que tantas y tantas noches había soñado...

Le parecía irreal; sin embargo, allí estaba. Acurrucada en su pecho, sintiendo el calor de su piel; la cadencia de su tranquila respiración y el ritmo pausado de los latidos de su corazón, que marchaban al compás del suyo propio.

A partir de ahora tendría la oportunidad de contemplarla así cada madrugada. La amaría con su cuerpo antes de dormirse y vería su sonrisa somnolienta al despertar cada mañana...

Esa noche él había conseguido dormir más horas de las habituales y sabía que era gracias a ella, a tenerla con él por fin y para siempre.

Había alcanzado la paz mental y espiritual tanto tiempo esperada.

Aunque le costó convencerla de que se quedase a dormir en su ático, finalmente lo logró.

Por la mañana, tendría que acompañarla a Delirium para recoger su coche y allí se despedirían. Él se quedaría en la discoteca revisando las cuentas de su negocio y ella debería volver a comisaría.

Pero de momento allí estaba. Con él. Envuelta entre sus sábanas, testigos mudos una vez más de la pasión incendiaria de los dos amantes.

Aroa se removió en sueños, buscando el calor de su hombre. Se apretó más contra él y Gabriel, sonriendo, la achuchó aún más.

Llevaba un rato con una erección tremenda y sabía que solo hallaría el desahogo entre las piernas de su mujer. Así que, aun a riesgo de despertarla, o mejor dicho, para lograrlo y satisfacerse, la colocó con la espalda pegada al colchón. Separó las piernas de Aroa, que no llevaba pijama ni lencería, y se lanzó a darse un festín degustando el sexo exquisito de la inspectora, a base de lametones ardientes.

Una hora después, ya duchados y vestidos los dos, desayunaban en la cocina del ático.

—Lo de despertarme con sexo se está convirtiendo en una costumbre — comentó Aroa riendo.

—Lo siento. No he podido contenerme.

—Tranquilo, si yo no me quejo. Al contrario, me gusta despertar así. — Le sonrió ella con una mirada juguetona—. No quiero que te reprimas nunca.

Se acercó a él y lo besó con ganas de comérselo.

Pero no podía.

Debía irse a trabajar.

Cuando terminaron, Gabriel la llevó hasta Delirium para recoger su coche.

Aroa iba pensando en Silvia y Alonso y en la relación que habían mantenido en el pasado. ¿Aún se acostarían? ¿Ella continuaría con su doble vida como prostituta de lujo? Tenía prisa por llegar a comisaría y observarlos. Por la reacción que tuvo su compañera cuando ella le retorció el brazo y tras librarse, correr al amparo de Alonso, se diría que sí.

Sin embargo, no entendía por qué Silvia intentaba captar la atención de Gabriel.

Bueno, sí que lo sabía.

Como ya le había dicho en alguna ocasión, ese madurito atractivo que era el empresario estaba muy bueno y cualquier mujer querría tener algo con él. Silvia estaba acostumbrada a hacer el amor con varios hombres, sin ser fiel a ninguno, o aun siéndolo, dada su condición de *escort*.

Y Alonso también estaba muy bien para sus cincuenta años. Alto, con un físico cuidado a base de gimnasio y dieta, y con el cabello canoso que le daba un aire interesante a lo Richard Gere en *Pretty Woman*, claro que el actor tenía muchos años menos cuando rodó la película.

Se despidieron con un beso en la puerta de Delirium y Aroa se metió en su coche para ir a comisaría.

Iba tranquila y feliz tarareando *Every you every me*, de Placebo, cuando se dio cuenta de que un coche azul la seguía. Cambió de carril para cerciorarse de que así era y el vehículo también lo hizo. Giró hacia la derecha para meterse en una calle y el automóvil continuó detrás de ella.

Miró por los espejos intentando ver al conductor, pero no pudo. Quien la estaba siguiendo mantenía una distancia lo bastante grande para no ser

reconocido.

Al llegar a otra esquina de la calle, Aroa giró bruscamente dando un volantazo, y cambió el sentido de la marcha. El coche que la seguía hizo lo mismo.

Ahora sí que no cabía ninguna duda. Iba a por ella.

Aceleró dando gracias a Dios por que la calle estaba desierta en esos momentos, pero justo cuando llegaba al final de la misma, salió de un *parking* otro auto que se incorporó a su carril. La inspectora tuvo el tiempo justo de esquivarlo y no provocar un accidente. El conductor la pitó y la maldijo, pero Aroa no le prestó atención.

Miró por el espejo retrovisor para ver qué sucedía con el coche azul que la estaba siguiendo y comprobó que continuaba persiguiéndola tras rebasar al auto salido del *parking*.

Decidió que lo mejor era salir a la carretera de circunvalación más próxima con el fin de darle gas al coche y que la perdiera de vista la persona que la estaba siguiendo.

Cuando llegó a la ronda del anillo perimetral que había elegido para su evasión, se dio cuenta de que el tráfico ya empezaba a ser denso, lo que iba a dificultar su huida. Aun así, Aroa no se arredró. Pisando el pedal a tope después de comprobar que el vehículo azul continuaba tras ella, fue sorteando los coches de la calzada como si estuviera participando en una competición de Fórmula 1 en el circuito de Montmeló.

El automóvil continuó tras ella realizando las mismas maniobras.

La inspectora llamó por teléfono a comisaría para que identificaran el coche por la matrícula, que había conseguido ver.

—Soy la inspectora Martínez. Necesito que comprobéis una matrícula —le dictó los números y las letras a su compañero, al otro lado de la línea y prosiguió dándole datos—... Audi A3, color azul.

Aroa notaba cómo la adrenalina se había apoderado de su cuerpo con la persecución. Pero templó los nervios y rebasó a otro coche.

¿Quién demonios la estaba persiguiendo y por qué?

Echó otro vistazo al retrovisor, pero este no le dio ninguna información sobre el conductor.

—Inspectora Martínez —dijo el agente con el que hablaba por el manos

libres del móvil—. El vehículo está a nombre del comisario.

—¿Me está persiguiendo Alonso? —preguntó más para sí misma que para su compañero.

Sin embargo, este la oyó y respondió.

—Imposible. El comisario está aquí. Llegó hace más de una hora y no ha salido del despacho desde entonces.

De repente, el vehículo que circulaba delante frenó y Aroa tuvo que hacer lo mismo para no tragárselo. Maldiciendo, aporreó el volante y buscó una vía de escape cercana.

—Está bien. Mira a ver si hay alguna unidad cerca para que me eche una mano. Estoy en la Ronda...

Tras dictarle toda la información y el otro agente comunicarle que enviaban de inmediato a dos coches patrulla más, Aroa respiró algo más calmada.

Su acosador se hallaba dos coches más atrás, en el carril izquierdo. Cambió al central, donde ella estaba, en cuanto tuvo la oportunidad.

—Maldito cabrón. Te vas a enterar —masculló Aroa mordiendo las palabras con saña.

Ella volvió a cambiar de carril y el otro auto hizo lo mismo.

A lo lejos, comenzó a escuchar el ulular de las sirenas de los coches de sus compañeros y su respiración se tornó más pausada.

Vio por el espejo retrovisor que su acosador aminoraba la marcha al oír también las sirenas y salió por una vía de servicio que conectaba con otra zona de la Ciudad Condal.

—Ahora huyes tú. —Se rio Aroa con malicia—. Corre, vete con el rabo entre las piernas. Mis compañeros te van a cazar de todas formas, hijo de puta.

Observó cómo los dos coches patrulla perseguían a quien la había estado asediando hasta hacía escasos segundos y rezó para que lo cogieran. Quería saber quién había sido.

Dejó que se ocuparan los otros agentes de policía y continuó su camino.

Estaba en la puerta de la comisaría cuando su teléfono sonó. La llamaban del laboratorio. Querían verla, así que cambió su rumbo y se dirigió hacia allí.

—Buenos días, inspectora Martínez —la saludó el genetista nada más llegar—. Estaba esperándola.

—¿Ya tiene información sobre el vello femenino hallado en el pubis de la víctima?

El médico asintió, pero por su cara Aroa supo que las noticias no eran buenas.

—Hemos contrastado los datos del ADN con las muestras de las posibles sospechosas y ninguna ha dado resultados positivos.

—Joder... —murmuró Aroa en voz baja.

—Sin embargo, los restos de semen sí sabemos de quién son.

Aroa esperó expectante a que su colega le diera la información.

—Son de Gabriel Serna.

Aroa sintió como si una bola de demolición impactara contra su pecho, dejándola sin aire. ¿Eran de Gabriel? ¡No!

—¿Estás seguro? —preguntó ella incrédula.

—Al 99,99 % —respondió el genetista.

—No sabía que al señor Serna se le hubiera tomado muestras para analizar su ADN y contrastarlo —dijo Aroa.

—La inspectora Boix las trajo hace unos días. Al parecer se tomaron cuando el señor Serna fue a declarar.

—Muy bien. Gracias —se despidió consternada.

No podía ser. Gabriel no había estado en casa de la víctima. Las cámaras lo habrían grabado al entrar o al salir y no había nada de eso en los vídeos. A no ser que se hubiera disfrazado para que no lo reconociesen.

¿Cómo era posible que su semen hubiera aparecido en la escena del crimen? ¿Y por qué no le dijo Gabriel que había dado voluntariamente muestras para analizar? ¿Y las había llevado Boix al laboratorio sin informarla a ella?

El caso se complicaba por momentos.

Gabriel no podía ser el asesino. ¡No!

Si él tenía hematófobia... no podía haber matado a Tamara.

A no ser de que lo hubiese superado...

Con una mezcla de sentimientos entre los que destacaban la incredulidad y la consternación, condujo de nuevo hacia comisaría y al llegar, fue directa

al despacho de Alonso.

—Buenos días. Vengo ahora mismo de hablar con...

Se interrumpió al ver a su compañera Silvia sentada en el borde de la mesa e inclinada hacia el hombre como si le estuviera contando alguna confidencia. La mano de la mujer reposaba con complicidad en la mejilla del hombre y en sus labios se notaba que se habían estado besando por las gotitas de saliva que aún pendían en las comisuras y restos de carmín en los del hombre.

Ambos se distanciaron al escucharla y Silvia la miró por encima del hombro con una tonta sonrisa. Se levantó y caminó hacia la salida, sin decir nada cuando pasó a su lado.

—¿Qué está pasando aquí, Alonso? —preguntó cuando Boix hubo cerrado la puerta.

—Mi vida privada no es asunto tuyo —respondió muy serio.

—¿Te estás follando a Silvia igual que hacías con Tamara?

—Yo no tengo nada con la inspectora Boix.

—Ahora puede que no. Pero en el pasado sí hubo algo, ¿verdad?

—Te repito que mi vida privada no es asunto tuyo —la reprendió su jefe.

—Tu vida íntima sí es asunto mío desde el momento que te acostaste con esa chica y ha aparecido vello púbico tuyo en sus genitales.

El comisario le lanzó una penetrante mirada al escucharla.

La inspectora hizo una pausa y tras ella, añadió:

—Alonso, los de dentro sabemos cómo proceder para no dejar rastros, ni huellas, ni nada. Tenemos esa ventaja al conocer el procedimiento. Me parece increíble que hayas tenido ese desliz. Te puede costar muy caro, lo sabes.

El hombre bajó la mirada, avergonzado.

—Y hay más —prosiguió Aroa— el vello púbico femenino no ha dado resultados. Alonso, tienes que ser completamente sincero conmigo. Esa noche, ¿hubo alguien más en la habitación con vosotros? ¿Practicasteis sexo con otra mujer Tamara y tú?

Alonso alzó la vista para mirar a los ojos de la inspectora.

—No —confesó rotundo.

—Pues da gracias a que las cámaras del banco te grabaron saliendo de

casa de la víctima a las once y media de la noche y no te grabaron volviendo a entrar para asesinar a Tamara a las doce. Si no, tú serías el culpable de su muerte.

—¡Yo no fui! ¡Yo la quería! —explotó el comisario.

La inspectora lo miró con pena y conmiseración.

Decidió dejarlo solo, con su dolor.

Iba a salir del despacho cuando recordó algo.

Se giró de nuevo hacia su jefe y lo observó antes de hablar.

Alonso estaba apoyado con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Tenía la mirada perdida, como sumido en lejanos recuerdos.

Aroa carraspeó para captar su atención y el comisario se irguió para enfocar la mirada en ella.

—¿Te han robado el coche esta mañana o ayer?

—No. ¿Por qué?

—Porque alguien me ha perseguido por buena parte de la ciudad cuando venía hacia aquí. He llamado para que comprobaran la matrícula y resulta que el coche es tuyo.

Alonso se sorprendió al escucharla.

Se levantó con rapidez de su asiento y fue a mirar por la ventana de su despacho que daba a la calle.

—Mi coche está ahí, aparcado donde lo dejé al llegar esta mañana.

Aroa se acercó a la ventana, pero no vio ningún vehículo azul como el de su acosador.

—¿Cuál es tu coche, Alonso?

—El negro. Me lo han dado ayer mismo en el concesionario.

—¿Te has comprado un coche nuevo? ¿Qué ha pasado con el otro?

—El otro lo he vendido, pero todavía no hemos hecho el cambio de titularidad.

Aroa lo miró muy seria.

—¿A quién se lo has vendido, Alonso?

Capítulo 40

Aroa salió del despacho muy cabreada, pero se obligó a serenarse.

Llegó hasta su mesa y, sin saludar a Silvia, se sentó en la silla.

—Buenos días —dijo su compañera, de todas formas.

Aroa la ignoró.

Se concentró en ver de nuevo las grabaciones de las cámaras de seguridad del banco frente al portal de la víctima buscando algo sospechoso.

Sabía que el asesino o la asesina de la prostituta de lujo tenía que verse reflejado allí, en aquellos vídeos. Debía encontrar la prueba o no podría capturarlo. Al mismo tiempo, rezaba para que no fuese Gabriel. Ahora que había encontrado un poco de paz en el descenso hacia el infierno que había sido su vida desde que se separaron...

No podía ser él. Se negaba a creerlo.

Cuando parecía que estaba a punto de resolver el crimen, se volvía a liar todo. Pero de su mente no se iba una idea que le rondaba la cabeza desde hacía poco. Debía comprobar si sus sospechas eran ciertas. Su intuición pocas veces fallaba.

—Creo que me debes una disculpa por lo de antes de ayer —comentó Silvia—. Me retorciste la mano sin motivo y me hiciste daño. Eso no es de ser buena compañera.

Aroa continuó ignorándola, a pesar de que tenía unas ganas enormes de estamparle un puñetazo en la boca para hacerla tragar todos sus bonitos dientes.

—Además, yo solo estaba hablando con Gabriel, siendo amable con él mientras te esperaba solo y aburrido en el pasillo —prosiguió Silvia.

La inspectora Martínez hizo como que no la escuchó. Sin embargo, al oír el nombre de Gabriel saliendo de sus labios una furia asesina se apoderó de ella.

Tuvo que respirar profundamente varias veces para controlarse y no soltarle a Silvia el puñetazo que tenía preparado.

—Me va a llamar, ¿sabes? Dijo que lo haría cuando le metí en el bolsillo

del pantalón mi tarjeta con el número de mi móvil. Por cierto, pude comprobar que está bien dotado. Menuda mercancía tiene. Estoy deseando probarlo.

Aroa ya no se pudo contener más.

Se levantó veloz de su asiento y se tiró sobre Silvia, a quién le dio tal tortazo que le dejó todos los dedos marcados en la mejilla, además de arrancarla varios mechones de pelo con la otra mano. Las dos acabaron en el suelo ante el ímpetu de la inspectora Martínez.

—¡Cállate, puta! —gritó con la rabia apoderándose de todo su ser.

Los compañeros que había alrededor corrieron raudos a separar a las dos mujeres.

—¿Qué ocurre aquí? —tronó la voz del comisario.

—Ha sido ella, Alonso. Estábamos charlando tranquilamente y se ha lanzado sobre mí sin venir a cuento. Hay testigos —culpó Boix a Martínez apuntándola con un dedo mientras se levantaba del suelo donde habían caído las dos y corría hacia el jefe.

Aroa también se puso en pie y los miró con furia a ambos.

—A mi despacho las dos. ¡Ahora! —ordenó el hombre.

Silvia le dirigió una mirada altiva a Aroa antes de girarse para caminar hacia donde su jefe le señalaba.

La inspectora Martínez la fulminó con la mirada, deseando que sus ojos fueran dos armas atómicas que hicieran trizas a su compañera.

Cuando entraron en el despacho, el comisario cerró la puerta.

Rodeó la mesa y se sentó mirándolas con gravedad.

—Inspectora Martínez no es la primera vez que recibo quejas por parte de su compañera sobre la forma en que la trata o se dirige a ella. Ya se lo advertí hace un par de días y acabo de comprobar que sigue en sus trece. ¿O estoy equivocado?

—Sí, es todo así, Alonso —respondió Silvia.

—A ti no te he preguntado, así que ten la boca cerrada —la amonestó el comisario.

Silvia inspiró hondo. La regañina del hombre le había escocido.

—¿Y bien? ¿Inspectora Martínez? —preguntó, esperando la respuesta de Aroa.

Sin embargo, Aroa no quiso contestar. Permaneció en silencio rumiando su rencor hacia Boix.

—Llegados a este punto... —comenzó a hablar el comisario, viendo que la inspectora no iba a hacerlo—... me veo en la obligación de suspenderla de empleo y sueldo, Martínez.

Aroa tampoco habló en ese momento. Se limitó a mirar a los ojos al jefe y permaneció muda.

El espeso y tenso silencio que se cernió sobre ellos, solo se rompió por la leve sonrisa de Silvia.

—¿Puedo retirarme, Alonso? —preguntó Aroa, al cabo de unos segundos.

Sin esperar a que el comisario le diera permiso, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta.

—El sexo es un arma muy poderosa y gracias a él se consiguen muchas cosas, ¿verdad? —dijo antes de abandonar el despacho.

Cuando cerró la puerta a su espalda, Silvia se volvió en la silla hacia el comisario.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Aroa llegó a su mesa y comenzó a recoger todas sus pertenencias con rapidez.

Tenía prisa por salir de allí e ir a un sitio donde la ayudarían a dar con el culpable de la muerte de la víctima.

A pesar de que acababan de suspenderla, ella no se iba a amedrentar y resolvería el caso de Tamara Aragón de todas formas.

Cuando hubo terminado, observó cómo Silvia salía del despacho del comisario. De nuevo una ira ciega se apoderó de ella, pero se dijo que debía dejarlo estar. Había cosas más importantes que darle una lección a esa mocosa que se abría fácilmente de piernas para lograr sus objetivos en vez de trabajar duro.

Caminó hacia la salida de la comisaria y de allí fue hacia su coche.

Se montó en él y puso rumbo a su destino.

Una hora después estaba frente a Delirium. Se bajó del coche y, al ir a

entrar, la puerta se abrió. Mateo salía con un hombre que tenía toda la pinta de ser un repartidor de bebidas.

—Buenos días —la saludó al verla—; Gabriel está en el despacho. Entra —dijo sosteniéndole la puerta para que ella pasara al interior de la discoteca.

Aroa así lo hizo. Caminó hasta el despacho de Gabriel con el corazón latiendo a mil por hora. Necesitaba una explicación y la necesitaba ya.

Había estado pensando mucho en cómo habían llegado hasta las sábanas de la víctima los restos de semen de Gabriel y, por más que le daba vueltas, no conseguía encontrar la razón.

—Tenemos que hablar —dijo nada más abrir la puerta del despacho.

Gabriel estaba repasando las cuentas de su negocio en un archivo de Excel, en el ordenador de la mesa, según comprobó Aroa al internarse en el despacho.

—Hola, cariño. —Sonrió él al verla.

Se levantó para ir a su encuentro y darla un beso.

—¿De qué quieres que hablemos?

Cuando se acercó a ella, Aroa lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—Han encontrado semen tuyo en las sábanas de Tamara Aragón —soltó directa, mirándolo angustiada, intentando hallar en los ojos de su novio todas las respuestas que ansiaba.

—¿Qué? Eso es imposible.

Gabriel la miró incrédulo y sorprendido.

—No me acosté con ella. Además, las cámaras, tanto de un sitio como de otro, no me sitúan en su casa esa noche —se defendió.

—¡Ya lo sé! —gimió Aroa angustiada—. Pero de alguna forma, tu semen ha llegado hasta allí. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué soy sospechoso de su muerte?

Se miraron unos segundos a los ojos, con la respiración alterada por las revelaciones hechas.

—Yo no la maté. Tienes que creerme —suplicó, cogiéndole las manos a Aroa—. No soy capaz de ver, ni siquiera de oler una gota de sangre sin caerme redondo al suelo. Lo sabes. Si hubiera sido yo, me habríais encontrado allí mismo cuando llegasteis. Por favor, Aroa, yo no fui. Créeme.

La inspectora se soltó de sus manos, pero solo para acercarse más a él y rodearle con sus brazos.

—Te creo, Gabriel. Sé que tú no has sido. No es posible —susurró, intentando tranquilizar a su hombre—. Creo que alguien puso allí tu semen para incriminarte. Por eso, me tienes que decir con quién estuviste esa noche. Con qué mujer mantuviste relaciones sexuales.

—¡No me acosté con nadie! ¡Te lo juro! —gritó él desesperado separándose de ella.

Se llevó las manos a la cabeza casi rapada. Si hubiera tenido mechones largos, se habría tirado de ellos frustrado e impotente.

—¿Por qué accediste a darle a Boix muestras para analizar tu ADN? —preguntó Aroa.

Gabriel la miró con la incomprensión bailando en sus pupilas.

—Yo no le he dado muestras de saliva ni de nada a tu compañera.

—¿No? Pues en el laboratorio me han dicho que...

Se interrumpió al darse cuenta de algo.

—¿Te has acostado con Silvia? —quiso saber furiosa.

—No. Nunca me he acostado con ella. Aunque sí es cierto que desde que me conoció ha intentado tener algo conmigo —reconoció Gabriel.

Aroa lo observó. El empresario estaba nervioso. No sabía si era por el hecho de que había algo que lo incriminaba en la muerte de Tamara Aragón o porque estaba ocultándole información a la inspectora.

—Hay algo que no me estás contando. ¿Qué es? —demandó Aroa.

—Te vas a enfadar cuando lo sepas. Además, ya sabes que en este mundillo la discreción lo es todo. Por eso hice como que no conocía a Silvia cuando os vi por primera vez aquí, y todas las veces que me la he encontrado en comisaría.

—Gabriel no vengas ahora con tus gilipolleces sobre la discreción. ¡Tengo que resolver un crimen, joder! —le gritó.

Él inspiró profundamente y le hizo un gesto con la mano para que lo acompañara al sofá y se sentasen juntos.

—Hace varios días estuvo en una fiesta que dimos aquí —comenzó a relatar—. Silvia vino, pero no como *escort*. Ella hace meses que lo dejó. Creo que desde que entró en el Cuerpo de Policía. El caso es que en cuanto me vio

comenzó a acosarme. Se puso muy pesada y al final terminé llevándola a uno de los reservados que estaba vacío para que no montase un espectáculo en mitad de la fiesta. Le dije una y otra vez que no iba a tener nada con ella, pero insistió. Incluso sacó unos cuantos billetes para pagarme.

Aroa lo escuchaba con los puños apretados fuertemente sobre su regazo. Si tuviera a su compañera delante, la estrangularía hasta la muerte.

—Le dije que no necesitaba su dinero. Tengo demasiado... Tanto que no me lo gastaré en esta vida. —Gabriel sacudió la cabeza—. El caso es que comenzó a implorarme, a sollozar; se puso de rodillas frente a mí pidiéndome una vez, solo una. Yo me negué e intenté que se levantara del suelo, pero entonces Silvia me dijo que ya que no iba a acostarme con ella, la dejase probarme. Quería sentir mi sabor en su boca. Me bajó la cremallera y...

—¿Y tú la dejaste? —preguntó Aroa furiosa.

—La dije que solo sería esa vez y que después de esa noche no quería volver a verla más. Ni en Delirium ni en ningún otro sitio de la ciudad.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Una mamada —declaró Gabriel.

—¿Y después?

—¡Después nada! —exclamó él— Cuando consiguió que me corriera en su boca, se levantó y se marchó del reservado con rapidez, sin tan siquiera despedirse.

Aroa dio un bote del sofá, poniéndose de pie, atando cabos enseguida.

—¡Claro que no se despidió! ¡Porque no podía! ¿Cómo iba a hacerlo si tenía la boca llena?

Gabriel se quedó estupefacto al oírla.

Capítulo 41

—¿Cómo dices? —preguntó atónito a Aroa.

—Que así es como ha llegado tu semen hasta las sábanas de Tamara Aragón. Lo que no entiendo es por qué.

La inspectora caminó hacia el armario blanco donde sabía que tenían las cámaras de seguridad y todas las grabaciones.

—Necesito ver las de esa noche que me has contado.

Gabriel se levantó con rapidez del sofá y fue tras ella.

—Pero ¿por qué haría Silvia algo así?

—Empiezo a tener una teoría, pero debo comprobarlo todo antes — confesó Aroa.

Buscaron frenéticos las grabaciones de aquella fiesta y, efectivamente, en ellas se visualizaba a Gabriel hablando con Silvia. Se notaban los intentos de la joven por ligar con él, el empresario rechazándola con educación y cómo, pasados unos minutos, se internaban en el pasillo oculto en Delirium.

Al cabo de un tiempo, ella abandonaba el reservado donde habían permanecido.

Los dos vieron cómo se llevaba a la boca un pequeño recipiente transparente que tenía escondido en su mano y abría los labios para dejar salir el esperma de Gabriel.

—¡Hija de puta! —gritó el empresario.

—Joder con la mística. Nos ha engañado a todos la muy zorra — masculló entre dientes la inspectora—. Pero ¿por qué asesinó a Tamara y te incriminó a ti?

—Que yo sepa no tiene nada contra mí. Las veces que estuvo aquí siempre fui considerado con ella, aunque como no pertenecía a la agencia de Mireia nunca la probé ni nada de eso. Solo tuve relación con Silvia porque venía acompañando a otros clientes.

—¿Estaba enamorada de ti?

—No. No lo creo. Aunque... ya no sé qué pensar...

—Hay que averiguarlo todo bien antes de lanzar una acusación contra

ella para detenerla.

Gabriel la miró con la duda en sus ojos.

—Entonces ¿es ella la asesina de Tamara? —preguntó.

—Algo me dice que sí, pero necesito pruebas.

Fue hasta el sofá, donde había dejado su bolso cuando se sentaron Gabriel y ella, y sacó las grabaciones de la cámara de seguridad del banco. Al recoger su mesa en comisaría, las había sustraído para continuar con la investigación.

—¿Qué es eso? —quiso saber Gabriel.

Ella le explicó todo lo sucedido esa mañana.

—¿Estás suspendida y aun así continúas adelante con el caso? —inquirió el empresario.

—Sí. Ya sabes que soy muy cabezota.

Aroa hizo un gesto con la mano como restándole importancia al asunto y comenzó el visionado de esas grabaciones en el equipo que tenía para ello Gabriel en el despacho.

—Te vas a meter en un buen lío, lo sabes, ¿no? —comentó él preocupado.

—Habló el que se relaciona con la prostitución de lujo y se aprovecha del limbo legal que hay en torno a este tema —soltó ella con sarcasmo.

Gabriel no añadió nada más y, juntos, vieron lo grabado en las cámaras del banco que había frente a la casa de la víctima. Buscaban algo, sin saber muy bien el qué.

La asesina de la *escort* debía de haber accedido a la vivienda disfrazada de algún modo para no ser reconocida por las cámaras, pues al pertenecer al Cuerpo de Policía conocía el procedimiento y sabía que visionarían esas grabaciones, como así le había comentado Aroa al comisario.

Repartidores de paquetería, de comida rápida, de cartas postales, vecinos del inmueble, los empleados de la limpieza del portal y algunas personas más entraron y salieron del edificio, pero ni Aroa ni Gabriel observaron a nadie sospechoso.

Llevaban algo más de dos horas viendo las grabaciones y el cansancio empezaba a hacer mella en ellos.

—Espera un momento —pidió el empresario de pronto—. Mira ese

policía entrando en el portal. ¿Pasó algo antes de lo de Tamara para que fuese un agente a ese edificio? Aquí pone que son las seis de la tarde —dijo, señalando la hora en la grabación.

La inspectora no contestó. Sacó su teléfono e hizo una llamada.

—Doménech necesito que compruebes algo. —Escuchó lo que le decía su compañero y añadió—. Vaya, las noticias vuelan, pero voy a seguir adelante con todo. La muerte de esa chica tiene que aclararse. —El otro agente de la Ley comentó algo y Aroa respondió—. Tranquilo, no rebelaré mi fuente de información. A ver, te cuento...

Ella le relató todo lo que había descubierto hasta entonces y lo que necesitaba que hiciera él. Mientras esperaba con el móvil puesto en la oreja observó a Gabriel. Estaba preocupado y no era para menos. Le habían incriminado en un asesinato y eso era algo muy grave. Gracias a Dios que Aroa estaba dispuesta a resolverlo y a quitarle al hombre esa espada de Damocles que pendía sobre su cabeza.

—Gracias, Doménech. Por cierto, ¿la persecución que he sufrido esta mañana...?

Su compañero la interrumpió para explicarle qué sucedió al final.

—Me lo imaginaba. Gracias otra vez —se despidió Aroa.

La inspectora cortó la llamada y se quedó un momento pensativa. Gabriel la observaba expectante mientras ella ordenaba las ideas en su cabeza.

—¿Te han perseguido esta mañana? —quiso saber él.

—Sí, con un coche, pero he salido airosa, como puedes comprobar.

—¿Tú compañero ha identificado al conductor? Y ¿qué te ha dicho sobre lo otro? ¿Enviaron a algún agente al edificio de Tamara aquel día? —preguntó, dándole pie a que le relatarla la conversación con el agente.

Aroa expulsó el aire de sus pulmones despacio.

—No tuvimos ningún aviso aquella tarde en el edificio donde vivía Tamara. Hasta la una de la madrugada que nos avisaron de su muerte, nadie llamó a la policía ni había ningún motivo para que un agente se personase en el lugar. Lo que quiere decir que nuestra asesina entró de esa forma en el bloque de viviendas. Vamos a ver a qué hora salió. Pon otra vez la grabación, por favor —le pidió al empresario.

—¿Y qué hay del vehículo que te perseguía? —quiso saber Gabriel mientras visionaban las imágenes.

—El coche se ha dado a la fuga y no han podido coger al conductor. Sin embargo, el comisario me confirmó cuando se lo comenté que le había vendido ese coche a Silvia Boix porque él se ha comprado uno nuevo.

—¿Tú compañera te acosaba? ¿Por qué?

—No sé si conducía Silvia, aunque intuyo que sí. Pero cuando he llegado a comisaría ella ya estaba allí y en una actitud de intimidación con Alonso.

—Entonces no ha sido ella.

—Yo no he dicho eso. Antes de acudir al departamento, me dirigí hacia el anatómico forense para que los de Genética me dieran los resultados de las muestras de ADN. Silvia ha tenido tiempo de sobra para llegar a comisaría antes que yo.

—Pero, si ha ido con su coche a trabajar, ¿cómo es posible que al llegar tú no lo hayas visto? ¿Y tus compañeros? ¿Tampoco se han fijado?

Aroa lo pensó unos segundos y, de pronto, recordó algo.

—Silvia siempre llega a trabajar andando. Vive cerca de comisaría. Supongo que el coche lo tendrá guardado en el garaje de la finca donde vive.

—Mira. —Gabriel señaló la pantalla—. Aquí vuelve a salir la asesina. Son las doce y cuarenta y cinco. Sí Alonso abandonó el edificio a las once y media y el forense ha concluido que la muerte se produjo a las doce de la noche, tuvo tiempo de sobra para matar a Tamara y limpiar huellas, etcétera, ¿no?

—Efectivamente. Muy lista nuestra asesina. ¿Quién va a señalar a un agente de la Ley que se supone que está velando por la seguridad de los ciudadanos? Pudo entrar y salir del edificio sin problemas. Cometer el asesinato y quedar impune porque conoce el procedimiento y sabe cómo eliminar huellas e incriminar a otras personas. Solo me queda una cosa para estar segura de que Silvia es la asesina de Tamara Aragón.

—¿El qué?

—El resultado de la prueba de ADN de los mechones de pelo que le arranqué esta mañana cuando me peleé con ella en el departamento y que he llevado para que analicen antes de venir aquí —dijo Aroa sonriendo por ese

as en la manga que se había guardado.

Capítulo 42

A las tres de la tarde Aroa y Gabriel se fueron a comer a un restaurante cercano. Estaban esperando que el camarero les sirviese la comanda mientras mantenían una conversación.

—Por cierto, volviendo al tema de la discreción y todo eso —comenzó a decir Aroa mirando enfurruñada a Gabriel—. Entiendo que tuvieras que hacer como que no conocías a Silvia, pero ¿era necesario dejarte sobar por ella cuando os descubrí en el pasillo de comisaría? ¿Era necesario que dejases que ella te metiera una tarjeta con su teléfono en el bolsillo? ¿No le habías dicho que después de que te hiciera aquella... aquella... mamada —soltó con los dientes apretados por la irritación que le producía— ya no tendríais más contacto? ¿Qué debía olvidarse de ti?

—Sí, pero estaba actuando frente a todos. Compréndelo —reconoció Gabriel—. Y al parecer ella también actuaba, dada la información que ahora poseemos sobre Silvia.

En ese momento, el móvil de la inspectora sonó.

—Dime, Doménech. —Escuchó lo que su compañero le decía—. Gracias por avisarme.

Cortó la llamada y miró a Gabriel.

—Han encontrado el coche de Silvia ardiendo en un descampado a las afueras de la ciudad hace menos de media hora. Y dice mi compañero que ella había denunciado su robo esta mañana, nada más llegar a comisaría. Doménech afirma que él la vio bajarse de un taxi cuando empezaba su turno.

—Entonces ¿no ha sido ella quien te persiguió?

—Yo creo que sí. Y que lo que ha hecho ha sido borrar su rastro. Seguramente, le habrá prendido fuego al coche y luego habrá ido en taxi al departamento para poner la denuncia. Está intentado dejarlo todo atado para no levantar sospechas contra ella. Pero llega tarde porque yo ya desconfío.

—Joder, parece que esté viendo un capítulo de una serie policial —murmuró Gabriel asombrado.

—Di más bien que lo estás viviendo. Lamento que te hayas visto

envuelto en todo este asunto.

Aroa posó su mano sobre la de él y le dio un apretón.

Él se acercó para unir los labios con los de ella.

—No te preocupes. Tengo a la heroína enamorada de mí y seguro que no dejará que me pase nada malo.

La besó despacio, demorándose como si el mundo fuera a acabarse ese día y necesitara recordarla para siempre. Con una mano la cogió de la nuca, apretando su boca más contra la de él, profundizando el beso. La otra se la puso en la mejilla para acariciar la piel del pómulo y sentir su calor.

El camarero llegó con la comida y ellos tuvieron que separarse.

Una hora y media después, cuando ya habían terminado, se dirigieron de nuevo a Delirium para que Gabriel acabase de revisar la contabilidad de su negocio.

—Mientras tú estás trabajando, iré al gimnasio. Necesito entretenerme con algo y correr en la cinta me irá bien. Después iré a mi casa para coger algunas cosas y luego te espero en la tuya, ¿de acuerdo? Me tienes que dar una llave de tu piso —comentó ella.

Gabriel la agarró por la cintura y se pegó a su cuerpo.

—Yo sé con qué puedes entretenerme —ronroneó restregando su pelvis contra la femenina.

—Pero entonces no podrías revisar las cuentas de Delirium.

Ella le echó los brazos al cuello.

—No importa. Puedo trabajar en ellas otro día —susurró buscando la boca de Aroa.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —comentó la inspectora, separándose del cuerpo masculino despacio—; Gabriel, sé bueno y ponte a trabajar. Cuando acabes, podrás divertirme —dijo sonriéndole.

—Espero poder divertirme toda la noche. No creo que durmamos mucho y recuerda: tu mejor pijama es tu piel desnuda, así que no cojas ninguno cuando vayas a tu casa.

Sacó las llaves de su piso del bolsillo y se las dio.

—De momento, quédatelas. Ya haremos una copia para ti.

Se besaron unos segundos más antes de despedirse.

—Llegaré a casa sobre las ocho —la informó Gabriel—. En cuanto

entre, te quiero ver en el sofá, desnuda y abierta de piernas, esperando recibirme —murmuró en su oído y Aroa se excitó con la visión que él había proyectado en su mente.

—Como el señor ordene —respondió muerta de deseo.

Gabriel le dio otro beso y cada uno tomó su camino. Aroa se metió en su coche, arrancó y se alejó de Delirium con el corazón bombeando frenético por saber que esa noche su hombre iba a cumplir algunos de sus sueños más eróticos.

No miró por el espejo retrovisor para verlo.

Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que Silvia salía de un Mini rojo y se dirigía directamente a Gabriel.

Capítulo 43

—Hola Gabriel.

Él se volvió al oír la voz de la inspectora Boix.

—Hola Silvia. —Sonrió y, nervioso, oteó por encima del hombro de la mujer para ver si Aroa los había visto y había detenido el coche.

Pero no fue así. Contempló con inquietud cómo su amada doblaba una esquina y desaparecía.

Estaba solo ante el peligro, así que mejor obrar con cautela.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el empresario.

—Tú. Quería agradecerte tu discreción.

—No hay de qué.

Silvia se acercó más a él, hasta casi rozar su pecho con el masculino. Alzó una mano y recorrió con ella todo el brazo del hombre mientras lo miraba con lascivia.

—Quizá podría agradecértelo de una manera más... íntima.

—Ya te dije que aquella vez sería la primera y la última —respondió Gabriel, retrocediendo un par de pasos para alejarse de ella—. Además, tengo una relación seria con la inspectora Martínez.

—Podrías tenernos a las dos —ronroneó insinuante. Se acercó de nuevo y prosiguió—. Pero este no es el lugar adecuado para hablar. Mejor vamos dentro.

Él se mantuvo inmóvil, haciéndola frente.

—Lo siento, Silvia. Tendrás que buscarte a otro.

—Vamos a discutir eso dentro.

—No.

—¿Por qué? Los empleados de la limpieza y los camareros no están. Llevo más de una hora esperándote y los he visto salir a todos. Sé que esta tarde no vendrá nadie por aquí. Y también sé... que te la vas a pasar solo ahí dentro trabajando. ¿No quieres que te haga más llevaderas las horas que vas a estar aquí? Vamos, Gabriel, te hice disfrutar mucho con mi boca aquella vez. Ahora quiero hacerte disfrutar con mi cuerpo y, además, Aroa no va a

enterarse. He visto cómo se marchaba.

—¿Me has estado controlando? —quiso saber el empresario.

—Te he estado vigilando desde hace varios meses.

—¿Por qué?

—Vamos dentro y te lo explico.

Gabriel pensó que era arriesgado meterse en la discoteca con ella a solas. Como bien había indicado Silvia, sus empleados no trabajaban esa tarde porque entre semana la discoteca estaba cerrada. Esa mañana habían ido las chicas de la limpieza y dos camareros para ayudar a Mateo con los repartidores de bebidas que acudían ese día para entregar los pedidos solicitados.

Si la inspectora Boix llevaba meses controlándolo, conocía de sobra sus horarios y los del resto de la plantilla.

Sabía que ese día él iba a estar allí solo.

Por eso insistía tanto en entrar al local.

De repente, pensó que aprovecharía la situación para sacarle información a Silvia que pudiese ayudar a que Aroa la atrapara, si realmente era la asesina de Tamara Aragón.

—Muy bien. Pero que Aroa no se entere, por favor. No quiero tener problemas con ella —accedió a la petición de la mujer.

Abrió la puerta y la hizo pasar primero a ella en un gesto de caballerosidad muy propio de él.

Mientras, sacó su teléfono móvil y marcó el número de Aroa. Si ella escuchaba la conversación con la inspectora Boix...

—¿Qué haces? —preguntó Silvia, que se había vuelto hacia él antes de lo esperado.

—Estoy poniéndolo el silencio. Así nadie nos molestará.

Le sonrió y se guardó de nuevo el aparato en el bolsillo.

—Así que llevas varios meses espiándome, Silvia. ¿Por qué? ¿Soy sospechoso de algo?

—¿Qué te parecería si te dijera que estoy encaprichada contigo?

Gabriel le dirigió una mirada que fingió ser de alegría ante el halago de saber que esa mujer atractiva le deseaba.

—¿De verdad? Yo pensaba que tenías algo con el comisario Alonso.

Subieron al despacho y al llegar a la mesa, Gabriel sacó el teléfono del bolsillo para dejarlo sobre la superficie.

Después, él se sentó en una esquina del escritorio y Silvia se colocó entre sus piernas.

—Estoy enamorada de Alonso, pero a ti te deseo también. Sueño con hacer un trío algún día con vosotros dos.

La inspectora se colgó de su cuello e intentó besarlo.

Pero Gabriel echó la cabeza hacia atrás, alejándose de sus labios.

—No creo que Alonso acepte formar parte de eso. No le caigo muy bien que digamos.

—Eso déjalo de mi parte. Si conseguí mi puesto de inspectora acostándome con él, seguro que lograré también esto. Además, a Alonso le va la marcha y ya hemos hecho tríos otras veces. Siempre con mujeres. Pero esta vez quiero cambiar y quiero que dos hombres me den placer a mí.

—Así que conseguiste tu trabajo en el departamento mediante el sexo — confirmó Gabriel.

—Sí, soy muy buena. Déjame que te lo demuestre.

Sin darle tiempo a reaccionar, Silvia se apoderó de sus labios. Gabriel tuvo que hacer un esfuerzo por disimular las arcadas que le produjeron al sentir el contacto con los suyos.

Cuando ella abandonó su boca para bajar por la garganta masculina, él aprovechó para seguir hablando.

—¿Sabes quién se acostaba también con Alonso para lograr un puesto en el departamento? —Y sin dejarla responder, añadió—: Tamara Aragón.

—Bueno, pues no podrá conseguirlo. Está muerta. —Se rio Silvia comenzando a desabrocharle los botones de la camisa, sin parar de repartir besos por toda la garganta del hombre y parte del pecho que iba dejando al descubierto.

—Pobre chica.

—¿Pobre chica? —Silvia dejó lo que estaba haciendo y lo miró a los ojos—. A mí no me da ninguna pena. Desde que Alonso la conoció ya no me hacía caso a mí, y eso que me tenía bien cerca para follar en cualquier momento que le apeteciese. Pero no. Estaba encoñado con Tamara y a mí me dejó de lado.

«Y por eso te la cargaste», pensó Gabriel.

—Debió dolerte mucho su traición si tan enamorada estás de él — comentó el empresario.

Silvia le quitó la camisa.

—Pues sí. Pero ahora que Tamara ha desaparecido del mapa, vuelvo a tenerlo todo para mí.

—¿Por eso la mataste? ¿Para tener al comisario para ti sola?

La voz de Aroa retumbó en todo el despacho.

Gabriel suspiró aliviado al ver que su truco había salido bien y Aroa estaba allí con ellos, en la puerta que no había cerrado al entrar, apuntando con un arma a Silvia.

Pero la respiración se le cortó cuando la inspectora Boix en un rápido movimiento, lo alzó de la mesa agarrándolo de un brazo y lo puso delante de ella, sirviéndole de escudo humano. Sacó su pistola y le apuntó en medio de la espalda.

—¡No! —gritó Aroa.

—Baja el arma o me lo cargo —amenazó Silvia.

—No te servirá de nada. Doménech y Capdevila vienen hacia aquí con más unidades. No tardarán en llegar —respondió la inspectora Martínez con valentía, pero inquieta por lo que le pudiera suceder a Gabriel—. Suéltalo, por favor.

—A ti sí que no te servirá de nada este —dijo refiriéndose a Gabriel— si muere.

El empresario observaba la escena con el pulso acelerado y sin moverse un milímetro. Con las manos levantadas hacia el techo en cuanto la mujer lo apuntó con su arma, rezando para que no disparase.

—Silvia no añadas otra muerte a tu lista. Sabes que no es lo mismo una condena por un asesinato, que por dos.

—No pienso ir a la cárcel —masculló.

—¿Por qué mataste a Tamara Aragón? ¿Por celos? —quiso saber Aroa, apuntando todavía en la dirección que estaban Gabriel y su compañera. Con el corazón latiendo locamente y los nervios a flor de piel, deseando que su amado no estuviera en esa situación y rogando por una oportunidad para salvarlo.

—Yo no la maté —negó la inspectora.

—¿Seguro? Tengo pruebas que apuntan hacia ti. Solo me falta el ADN de los mechones de cabello que te arranqué esta mañana al pelearnos. Te he pillado, Mística. Además, ya sé que quien me perseguía con el coche en la Ronda eras tú. ¿Qué pretendías? ¿Asustarme? Pues ya ves que no me asusto fácilmente.

Silvia pensó unos instantes lo que Aroa le decía. Sí, había tratado de meterle miedo acosándola con el coche, pero no lo había conseguido.

Y respecto a todo lo demás, sabía que su compañera tenía razón. No había sido suficiente conocer el procedimiento que se usaba para resolver un crimen. Había subestimado la intuición policial de la inspectora Martínez y su experiencia en todos los años que llevaba ejerciendo la profesión.

—Además —prosiguió Aroa—, ya sabes que también había vello púbico femenino en los genitales de la víctima y que lo van a contrastar con los mechones de pelo que te quité. ¿Qué crees que pasará cuando las muestras coincidan con tu ADN?

—Me quitó a mi hombre con engaños y mentiras. La muy zorra lo tenía todo planeado y cuando Alonso descubriera la verdad le iba a hacer un daño terrible —declaró Silvia con la mandíbula apretada por la rabia mientras continuaba encañonando a Gabriel por la espalda.

Este sentía el duro y frío metal contra su piel desnuda, rezando a Dios para que todo acabase de la mejor manera posible.

—Pero eso es lo mismo que hiciste tú para entrar en el cuerpo, ¿no? Utilizaste el sexo para conseguir tu objetivo —afirmó Aroa.

—¡Pero yo amo a Alonso! ¡Tamara no lo quería! —gritó enfurecida Silvia—. ¡Estaba engañándolo! ¡Por eso fui a su casa aquella noche!

—Lo tenías todo planeado.

—Intentó engatusarme con sexo. ¿Te lo puedes creer? La muy zorra...

—Tú sabías que Alonso había estado con ella un rato antes.

Silvia asintió con la cabeza.

En la parte baja de la discoteca se oyeron voces. Los compañeros de la inspectora Martínez acababan de llegar y algunos ya subían por las escaleras en dirección al despacho.

—Llegaste al edificio a las seis de la tarde vestida con el uniforme.

¿Dónde estuviste esperando todo el tiempo? —preguntó Aroa.

—Hay un piso desocupado. Fue fácil entrar y esperar hasta que sus compañeras salieran, dejándola sola. Ya conocía sus planes de cenar esa noche con sus amigos. Conozco a uno de ellos y me lo comentó por casualidad. Sabía que ella se quedaría estudiando y no iría con ellos. Pero me sorprendió cuando al rato se marchó también. Supuse que tendría algún servicio y no tardaría en volver —contó Silvia—. Cuando regresó, bajé a su casa. Sin embargo en ese momento el timbre del portal sonó y la escuché hablar con Alonso por el telefonillo. Él venía a verla. Como casi todas las noches —soltó entre dientes con rencor—. En lugar de ir a verme a mí, iba a verla a ella.

Se quedó en silencio rumiando su dolor por la traición de su amado.

—¿Y qué pasó, Silvia? —Aroa la alentó a continuar.

En el bolsillo del pantalón llevaba encendido el móvil y estaba grabando toda la confesión de la inspectora.

—Tuve que esperar hasta que Alonso se marchó. Entonces bajé a su piso y toqué a la puerta. Cuando ella me abrió, sonrió y me dijo que Alonso acababa de irse, pero que si quería pasar un buen rato con ella, tenía que darme prisa. Sus compañeras llegarían en un par de horas como mucho y no deseaba que nos descubrieran follando. Ya habíamos tenido sexo lésbico anteriormente y a las dos nos gustó, así que de vez en cuando, repetíamos. Hacía unos meses Tamara y yo hicimos un trío con Alonso. Así fue como se conocieron ellos. Desde entonces, él empezó a hacerme menos caso a mí y más a ella.

—Y tú no pudiste soportarlo —añadió Aroa.

—La seguí hasta su habitación —continuó ignorando el comentario de la inspectora—. Ella estaba desnuda bajo la bata de satén que llevaba sobre los hombros cuando fue a abrirme. Se la quitó y se tumbó en la cama. Pero cometió un error. Me pidió que jugara con ella, que la atara para excitarla más. Y lo hice. Me vino de perlas su petición. La muy tonta me lo puso en bandeja.

Silvia se rio al recordar aquellos momentos, sin apartar la mirada de Aroa ni el arma de la espalda de Gabriel.

—Pero antes de terminar con todo, pensé que bien podría disfrutar de su

cuerpo por última vez. Así que me desnudé e hicimos la tijera. Froté mi coño contra el suyo hasta que las dos nos corrimos. El sexo es adictivo, ¿sabes, Aroa? Es una lástima que folles tan poco —se burló de ella.

—¿Y qué más, inspectora Boix? —preguntó Aroa haciendo caso omiso de su comentario.

—Después, la metí un pañuelo bastante grande en la boca para que no gritara. Ella me miró con los ojos desorbitados, sin entender por qué hacía eso. Yo me fui a la cocina a buscar un cuchillo. El más grande que tenían. El resto ya lo sabes.

—No había huellas en el arma homicida.

—Todo el tiempo llevé guantes de cuero. Sabía que a Tamara la excitaba su tacto —declaró.

—¿Y el señor Serna? ¿Qué pintaba en todo eso? ¿Por qué intentaste incriminarlo vertiendo su semen en las sábanas de Tamara?

—Él tenía que parecer el asesino. Debía poner alguna prueba que lo señalase. Un daño colateral. —Se encogió de hombros.

—Hija de puta —masculló el empresario al oírla.

Silvia apretó aún más el arma contra la espalda del empresario.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó a la inspectora Martínez.

—Las cámaras de Delirium te grabaron hace unos días con el señor Serna. Vimos cómo al salir del reservado, soltabas por la boca todo lo que llevabas dentro y eso, junto con su declaración de lo que pasó en aquella habitación, me llevó a sospechar que lo habías planeado todo para que él pareciese el culpable.

—Muy lista.

—Silvia baja el arma. Todo se ha acabado —ordenó Aroa.

Gabriel rezó para que la otra policía obedeciera a Aroa y dejase de apuntarlo.

—No iré a la cárcel —dijo Silvia entre dientes otra vez.

—Lo tengo todo grabado en mi móvil. Es inútil. Ni tu papá con todo su dinero podrá sacarte de esta.

Doménech, Capdevila y varios agentes más llegaron al despacho, entrando en tromba. Apuntaron con sus armas a la inspectora Boix intentando reducirla.

—Suelta al señor Serna y baja el arma. Somos mayoría —ordenó uno de ellos—. No saldrás viva de aquí si disparas.

Silvia se supo perdida. Empujó a Gabriel contra Aroa y se llevó la pistola a la sien.

—Decidle a Alonso que lo quiero.

—¡No! —gritó Aroa corriendo hacia su compañera.

El sonido del disparo retumbó en todo el despacho.

La inspectora Martínez no llegó a tiempo de detenerla.

Doménech, Capdevilla y los demás contemplaron con horror lo sucedido.

Pero se recuperaron rápido y comenzaron con las diligencias que había que hacer en este caso.

Llamaron a una ambulancia y al juzgado para que enviasen al juez que diera testimonio de lo ocurrido.

Aroa se quedó a medio camino del lugar donde estaba el cuerpo inerte de Silvia. De rodillas en el suelo, la inspectora Martínez gimió de impotencia y frustración.

Pero también de alivio, pues todo había acabado y Gabriel estaba vivo y a salvo.

Se giró, buscando con la mirada a su amado.

Lo descubrió mareado en el suelo a causa de ver y oler la sangre que manaba de la herida en la sien de Silvia.

Agarró la camisa de Gabriel, que había quedado encima de la mesa junto con el teléfono. Al ver el móvil, recordó que el suyo aún seguía grabando. Lo sacó y lo apagó.

Se acercó a Gabriel y le cogió la cabeza entre las manos.

—Ya se ha acabado todo, amor —susurró.

—Aire... Nece... sito... aire... Sáca... me... de... aquí... —rogó a duras penas el empresario, con los ojos todavía cerrados, intentando no respirar mucho el olor de la sangre.

—Voy a sacarte fuera. ¿Puedes levantarte y andar?

—Creo... que... sí...

Aroa le pasó un brazo por debajo de los hombros para que él se apoyara en su cuerpo y poder así abandonar aquella estancia.

—Has hecho muy bien en llamarme para alertarme de que Silvia estaba aquí contigo —dijo la inspectora mientras bajaban las escaleras poco a poco.

—Me alegro de que... haya funcionado. Vi ese truco... en una película y... se me ocurrió hacerlo.

—Por suerte no estaba lejos cuando descolgué el teléfono y te oí hablar con ella. Enseguida avisé a mis compañeros con el móvil del trabajo para que vinieran hacia aquí.

—Gracias por rescatarme.

Llegaron al final de las escaleras y Aroa lo ayudó a ponerse la camisa. También le devolvió el móvil. Después continuaron hacia la salida.

—Luego decís que nosotras somos el sexo débil. ¡Mírate ahora! No vales para nada —se mofó de él, aunque la situación no era graciosa.

—Eres mala... —consiguió decir Gabriel.

—Ya, pero a ti te gusta que lo sea.

—Por eso me enamoré de ti —confesó él—. Porque sabía que eras una heroína y que me salvarías de cualquier peligro. Hasta en el juego del ajedrez, la dama es quien protege al Rey.

Aroa, ya en el exterior de Delirium, apoyó a Gabriel contra su Maserati rojo. Después se colocó frente a él, que la miraba divertido.

—Cómo se nota que te encuentras mejor —sonrió ella—. Vuelves a ser el mismo adulator de siempre.

—Sí. Pero te gusta que lo sea. —La copió.

La inspectora se abrazó a la cintura masculina y hundió la nariz en su garganta, aspirando intensamente.

—No entiendo cómo he podido respirar todos estos años en los que me ha faltado tu piel.

Lo besó con delicadeza en el lugar donde latía esa vena tan importante para el ser humano, sintiendo en los labios el pulso del hombre.

—Yo he estado ahogándome hasta que volviste a aparecer —susurró Gabriel contra el cabello de Aroa.

Con los dedos, le alzó la barbilla a ella para mirarla a los ojos.

—Te amé cuando eras Kenia y te seguiré amando como Aroa.

—Déjate de cháchara, Breixo, y bésame de una puñetera vez.

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y soltó una ronca carcajada.

—¡Pero qué romántica eres, Dios mío!

Ella lo agarró de la mandíbula y buscó su boca para reclamarla con fervor.

Capítulo 44

—¿Te ocurre algo? —quiso saber Gabriel observándola con detenimiento. Era una pregunta retórica, pues él sabía que Aroa estaba nerviosa por reencontrarse con sus amigas del pasado.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Te noto... inquieta.

—Pues no. Estoy bien —mintió ella.

Gabriel sonrió de esa manera suya tan canalla y no añadió nada más.

Habían pasado varios días desde que se esclareció el caso de Tamara Aragón y ahora que las aguas volvían a estar tranquilas, el empresario había concertado una cita con Mireia, Dunia y Chloé en un lujoso restaurante donde iban a ir a cenar. Mateo también las acompañaría.

La inspectora Martínez había recuperado su puesto. El comisario Alonso estaba siendo investigado por sus tratos con las prostitutas y por haber favorecido a una de ellas con un cargo, además de beneficiarse con sus servicios sexuales.

Salieron del ático de Gabriel, donde Aroa se había mudado un par de días antes, y bajaron en el ascensor hasta el garaje para coger el auto del hombre y acudir a la cita.

Mientras recorrían la ciudad hasta llegar a su destino escuchaban la música que a los dos les gustaba. Las canciones de Green Day, Collective Soul, Soundgarden, Muse y otros grupos de *rock* alternativo se sucedían unas tras otras, llenando el habitáculo con sus acordes y sus letras.

Cuando entraron en el restaurante, las chicas y Mateo ya los esperaban. Se alzaron de sus asientos para saludar a los recién llegados con las sonrisas extendiéndose por sus caras.

Tras los besos de rigor en las mejillas, un incómodo silencio se cernió sobre ellos.

Gabriel fue el primero en romperlo.

—Bueno, pues ya estamos todos aquí, como la primera vez que nos reunimos para cenar después de habernos encontrado en aquella tienda. ¿Os

acordáis, chicas?

—Sí. Fue una suerte conocerte, Breixo —contestó Mireia sonriéndole con afecto.

Las otras dos mujeres la imitaron.

El camarero llegó para tomarles nota y, tras hacerlo, se marchó para realizar las comandas.

Entonces todas las miradas recayeron en Aroa.

—Bien, ¿y qué ha sido de tu vida todos estos años, Kenia? —quiso saber Chloé.

La aludida carraspeó antes de hablar para aclararse el nudo que sentía en la garganta.

—Pues... yo... soy inspectora de homicidios de la Policía Nacional.

—Cuando viniste a la agencia hace unas semanas pidiéndome un listado de clientes, no podía creerme que te tuviese delante después de tantos años y que actuases como si no me hubieras conocido nunca —la recriminó Mireia—. Me dolió mucho.

—Lo siento —se disculpó Aroa.

—A decir verdad, me dolieron muchas cosas... —continuó Mireia, pero Gabriel la cortó.

—No estamos aquí para solventar viejas rencillas —dijo mirando fijamente a su amiga—. Hemos venido para retomar los lazos que teníamos antes, sin reproches y sin rencores.

Aroa, sentada al lado de Gabriel, posó su mano en el antebrazo del hombre. Este desvió su vista desde Mireia hasta la inspectora.

—No pasa nada. Tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo y echarme en cara cómo me porté. Mi actitud entonces no fue demasiado buena, después de lo bien que ellas —dijo mirándolas a todas— me trataron, acogiéndome en su círculo como si me conocieran de toda la vida; enseñándome los trucos de todo aquello y dándome cariño y amistad. Sobre todo en los últimos días, cuando todo se fue al traste y yo me equivoqué al tomar las decisiones que tomé. Ellas nunca me abandonaron. Siempre estuvieron ahí, a mi lado, apoyándome a pesar de no compartir conmigo la resolución que estaba tomando en esos momentos. Sin embargo, yo sí las abandoné, rechazando su amistad y su cariño; condenándolas a no saber de

mí, excluyéndolas de mi vida. Lo siento mucho, chicas. Lamento si os hice daño y entiendo que ahora estéis resentidas conmigo.

Aroa bajó la mirada mortificada. No soportaba ver los ojos de sus amigas clavados en ella, evaluándola. Decidiendo si daban por buenas sus excusas o no.

—Bueno, Kenia —comenzó a hablar Chloé, rompiendo el hielo—. Te gustará saber que me recuperé de mi adicción al sexo y que ahora solo me acuesto con mi marido. Eso sí, mínimo dos veces a la semana. —Se rio.

Aroa alzó la vista para centrarla en su antigua amiga y atender a lo que ella le contaba mientras una tímida sonrisa nacía en su rostro al verse respaldada por una de ellas.

—Al final terminé yendo a un psicólogo —continuó contando Chloé— que me recomendó una terapia muy buena. Lo malo es que me lo follé y tuve que cambiar de psicólogo, ya sabes, por aquello de la profesionalidad, mala praxis y la violación de los límites de la relación terapéutica. Así que para que no lo inhabilitaran, tuve que ir a otro especialista. Lo bueno es que pude seguir viéndolo, pero de un modo personal e íntimo. Iniciamos una relación y entre unas cosas y otras, acabé casándome con él. Ahora tenemos tres hermosos niños que cualquier día tiraré por la ventana porque me tienen hasta los huevos con sus peleas, lloros y demás. —Se rio— Es broma. Adoro a mis hijos —le aclaró—. En fin... Terminé la carrera y ahora soy ejecutiva en un banco importante.

—Me alegro mucho por ti, de verdad —Aroa le sonrió con cariño.

El camarero llegó con los platos que habían pedido y después de servírselos, se retiró.

—Yo terminé también la carrera y monté mi propia empresa —intervino entonces Dunia—. Soy organizadora de eventos y me va muy bien. Me sirvieron de mucho todos los contactos que hice en la agencia, con sinceridad. Pero al contrario que Chloé no estoy casada ni mantengo relación con ningún hombre en la actualidad. Ha habido varios, pero cuando han descubierto mi pasado como *escort*, han huido despavoridos. De todas formas, me da igual. No necesito un hombre a mi lado para lograr todo lo que me proponga. Y además, quien me quiera tiene que aceptarme tal y como soy, y eso incluye mi pasado de prostituta de lujo. Mis luces y mis sombras.

Sin embargo, sí tengo un hijo. Es un niño vietnamita que adopté hace cinco años y que me tiene loca. Él sí es el hombre de mi vida, el que me llena de alegría cuando regreso a casa después del trabajo.

Al igual que con Chloé, Aroa le transmitió su alegría porque todo la fuera bien.

La inspectora esperaba que Mireia dijese algo, pues era su turno para hablar, pero al parecer la mujer no tenía ganas de hacerlo. Degustaba su comida, escuchando a sus amigas relatarle a Aroa su vida en aquellos años, ignorándola a propósito.

—Me contó Gabriel que Luca se marchó a otra agencia y que Lali falleció —dijo entonces Aroa para continuar con la conversación.

—Sí, así es —respondió Dunia.

—¿Y no habéis vuelto a saber de Luca?

—Yo lo vi hace un par de semanas. Me lo encontré comprando en una tienda. Estaba tan guapo como siempre y seguía siendo un seductor —le contó Chloé—. Charlamos unos minutos y nos despedimos porque los dos teníamos prisa. Me dio recuerdos para todas, en especial para Mireia.

Al mencionar su nombre junto con el de Luca, Mireia apretó los dientes.

Mateo enseguida colocó su mano encima de la suya y se la acarició. Se miraron unos instantes y Mireia pareció relajarse. Le sonrió, aunque ese gesto no llegó a sus ojos. Después, sacó la mano de debajo de la de él y carraspeó antes de hablar.

—¿Y tú qué le contestaste, Chloé?

—Que os los daría, obviamente, pero que no creía que a ti te hiciera mucha gracia. Seguramente te acordarías de todos sus muertos.

Aroa se preguntó qué habría sucedido en esos años entre Mireia y Luca para que ahora ella estuviera resentida con el italiano cuando, en el tiempo que estuvo en la agencia, se llevaban muy bien.

Estuvo a punto de preguntarlo, pero con el resquemor que parecía tener Mireia hacia ella la pregunta no sería bien recibida. Mejor le consultaría a Gabriel cuando estuvieran a solas por si él sabía algo.

—Bien hecho. —Y para cambiar el tema de conversación, Mireia por fin se dirigió a Aroa—. ¿Te quedarás mucho tiempo en Barcelona, Kenia? Por los policías que conozco sé que os destinan a otros lugares de vez en cuando.

—Sí, es cierto. Yo voy a intentar quedarme en la ciudad y, si no es en Barcelona, en otra comisaría de alguna población cercana —respondió contenta porque su antigua amiga hubiese rebajado la frialdad con ella.

—¿No temes que te perjudique tu relación con nosotros? Profesionalmente, quiero decir. Ya sabes a lo que nos dedicamos —continuó Mireia.

—Bueno... —Dudó sobre qué decir y al final prosiguió—. Dunia y Chloé ya no se dedican a eso y Gabriel me contó hace días que tú quieres dejar la agencia y que él ya no seguirá con ese negocio. Los reservados de Delirium continuará alquilándolos para fiestas privadas, pero sin acompañantes de lujo.

Miró a su hombre para que confirmara sus palabras y vio cómo el empresario asentía a todo lo que ella había dicho.

Devolvió sus ojos hacia Mireia cuando la escuchó hablar.

—Sí —suspiró—. Las cosas han cambiado mucho desde que nosotras teníamos esa vida. Ya nada es igual. Es mejor abandonar.

—¿Has pensando en lo que te comenté? —intervino Mateo por primera vez.

—Aún estoy dándole vueltas al asunto.

—La oferta seguirá en pie indefinidamente —dijo el hombre—. No quiero que otra ocupe ese lugar.

—Primero tengo que cancelar todo. Hablar con las chicas para que busquen otra agencia, si es que quieren continuar metidas en el mundo de las *escorts*, claro; cerrar la página web, dar de baja el número de teléfono, vender el piso...

—Eso lo puedes ir haciendo poco a poco, incluso habiendo aceptado mi proposición —insistió Mateo.

—No me presiones, por favor —le pidió ella.

El resto de comensales asistían mudos al intercambio de palabras entre uno y otro.

Mireia desvió la vista hasta Aroa y le sonrió.

—Me alegra que estés de nuevo aquí con nosotros. Perdona si he sido un poco dura contigo antes. A veces es difícil olvidar el pasado.

—Tranquila. Lo entiendo. Para mí tampoco es fácil olvidar los errores

que cometí —respondió la inspectora.

—Bueno pues cuanto antes dejemos atrás el pasado, mejor. Hay que soltar el lastre que nos ancla a aquellos tiempos y mirar hacia delante. Pasar página y continuar —intervino Gabriel.

—Aunque hay cosas que no me gustaría dejar atrás —dijo Aroa—. Me gusta que me sigáis llamando Kenia después de tantos años y que a él —señaló a Gabriel— continuéis diciéndole Breixo.

—Es la costumbre —Mireia se encogió de hombros.

—Pues como a mí me llaméis por mi nombre real, os corto el cuello a todos. No me gusta nada. Así que para vosotros soy y siempre seré Chloé.

—A mí me da igual si me llamáis Dunia o María. Tanto mi seudónimo como mi nombre real me gustan.

—Pues a mí vais a tener que seguir llamándome Mireia porque es el mismo nombre en mis dos vidas.

Continuaron cenando en el ambiente relajado que se había creado hasta que la noche dio paso a la madrugada y cada cual se marchó a su casa.

Cuando Gabriel y Aroa se montaron en el Maserati del empresario, la inspectora le preguntó acerca de la relación de Mateo y Mireia.

—Ya te comenté que él está enamorado de ella desde que la conoció hace unos años. Pero ella se había casado con Luca hacía poco...

—¿Luca y Mireia se casaron? —preguntó sorprendida Aroa interrumpiéndolo.

—Sí. Al parecer comenzaron su relación después de que tú dejases la agencia. Tiempo después se casaron, pero las cosas no fueron bien y acabaron divorciándose.

—Ah.

—Mateo aprovechó entonces para seducirla, pero Mireia estaba muy decepcionada con los hombres y mi amigo no tuvo suerte.

—¿Y qué proposición es esa de la que han hablado?

—Mateo quiere que Mireia se case con él —confesó Gabriel.

Aroa abrió los ojos como platos al escucharle.

—¿Le ha pedido matrimonio?

—Sí, pero ella le ha dicho que se lo tiene que pensar. Lo de Luca la dejó bastante jodida.

Permanecieron en silencio unos instantes más hasta que Aroa habló de nuevo.

—Mateo parece un buen tipo.

—Lo es —confirmó el empresario.

—Espero que Mireia le diga que sí.

—Yo también lo espero, aunque la última palabra la tiene ella.

—Me alegro de que todos os alejéis del mundo de la prostitución — comentó Aroa cambiando de tema—. Solo puede traeros problemas.

—Sí, yo también estoy de acuerdo. Sin embargo, si no hubiera estado metido en este mundo, tú y yo nunca nos habríamos conocido y tampoco hubiéramos coincidido otra vez ahora, así que por ese lado me alegro de haber pertenecido a este mundillo.

—Tienes razón. Yo también lo he pensado.

Epílogo

Ocho meses después...

Gabriel estaba entusiasmado. Esa mañana, Aroa le había despertado con una gran noticia.

—¿Qué es eso? —preguntó, aunque sabía de sobra lo que contenía la caja.

—Son los patucos de bebé que compraste hace más de veinte años para nuestro primer hijo.

—¿Y por qué los has sacado precisamente ahora?

—Bueno, el otro día los encontré por ahí y decidí tenerlos más a mano. Sabía que este día llegaría.

Hizo una pausa en la que su marido la miró con expectación. Se habían casado hacía cuatro meses en una ceremonia civil en el Torreón del Monje, en Mar de Plata, tal y como soñaron una vez. La luna de miel la pasaron recorriendo Estados Unidos, como le prometió Gabriel a Aroa al poco de reencontrarse y retomar su relación.

—¿Estás...? —quiso saber él, sin acabar la pregunta.

Una alegre sonrisa se extendió por la cara de ella.

—Sí, lo estoy.

Gabriel la abrazó con toda la felicidad del mundo inundando su cuerpo. Dio un grito de alegría mientras la alzaba del suelo agarrándola por la cintura para dar una vuelta sobre sí mismo con ella bien pegada a su torso, riendo a carcajadas.

Pero de pronto se detuvo y poniéndose muy serio, añadió:

—No podré acompañarte en el paritorio. Seré un estorbo inútil y no quiero que me tengan que atender a mí en lugar de al bebé y a ti.

—No te preocupes. Tienes nueve meses para superar tu hematofobia. Mejor dicho, tienes siete meses y medio porque estoy de algo más de un mes.

—¿Crees que lo conseguiré? Si no lo he logrado en tantos años... —dudó Gabriel.

—Con lo cabezota que eres, estoy segura de que así será. Además, el premio es el mejor del mundo. Verás nacer a nuestro hijo.

—Bien. Lo intentaré, al menos.

Aroa buscó su boca para reclamarla con un beso lento y sensual. Gabriel se entregó a sus labios como si no hubiera en el mundo cosa más deliciosa que ellos.

Horas después, ambos estaban terminando de arreglarse para salir a cenar y celebrar la noticia del embarazo.

Gabriel llevaba un pantalón chino oscuro y una camisa rosa.

—¿Te falta mucho? Tengo la mesa reservada a las diez —la apremió él.

—¿No preferirías cenar en casa? —preguntó ella.

—No, cielo. Quiero salir para celebrar la gran noticia que me has dado hoy.

—¿Seguro que quieres cenar fuera? —insistió.

Para convencerlo, Aroa se sentó encima del tocador de la habitación que le quedaba justo a la altura del trasero. Colocó los pies sobre la madera de nogal y al inclinarse hacia atrás para pegar su espalda al espejo del mismo, la falda de vuelo que llevaba resbaló por sus muslos. Se abrió de piernas para enseñarle a Gabriel las braguitas y comprobó cómo a él se le encendía la mirada con deseo.

La lencería que llevaba era una prenda de cuero negro con una abertura en la entrepierna que dejaba al descubierto los labios íntimos de la mujer.

Su esposo se relamió al verla y sonrió con malicia.

—Tienes razón, cariño. Mejor cenamos en casa —confirmó al tiempo que se bajaba los pantalones.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a Dunia, Chloé y Mireia (seudónimos) toda la información que me facilitaron sobre su trabajo como *escorts*. Esta novela es también vuestra. Espero haber sabido transmitir correctamente vuestras experiencias y comentarios sobre este tema. Gracias por ser mis musas de carne y hueso.

En segundo lugar, agradecer a R. F., inspector de la Policía Nacional, por ayudarme a entender el Código Penal y poder aplicarlo en la novela. También por explicarme las pautas que se siguen en una investigación criminal como se narra en la historia, aunque me he permitido alguna licencia por el bien de la obra.

Quiero aclarar también que, aunque la circulación del euro en España no se produjo hasta el 1 de enero de 2002 (aunque ya en 1999 comenzaron a acuñarse algunas monedas y billetes), yo la he adelantado un poco para que todo cuadrara mejor en la historia y no levantar sospechas antes de tiempo. Si hubiese hablado de pesetas, las lectoras se habrían dado cuenta enseguida de quienes eran realmente Kenia y Breixo.

A mi familia, que siempre está a mi lado apoyándome y animándome a seguir. Que me dejan sola y tranquila para que pueda escribir otro capítulo más. Que entienden que no les coja el teléfono porque se me va la inspiración. Y muchas cosas más...

A mis lectoras cero, Vanessa y Mónica, por sus críticas negativas y positivas al borrador de esta novela. Gracias por ayudarme a mejorar la historia y por levantarme en los momentos de bajón.

A todas las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años y que me han mostrado su apoyo de una manera u otra. Son muchas y temo dejarme a alguien, así que prefiero no dar nombres. Ellas saben quiénes son.

A las lectoras y lectores de romántica y erótica porque sin estas personas las escritoras no tendríamos razón de ser.

Muy especialmente a todas las organizadoras de eventos literarios

románticos por su esfuerzo para conseguir que las escritoras y las lectoras tengamos un sitio en el que reunirnos para hablar de lo que más nos gusta. Gracias por contribuir a que la Romántica se haga cada vez más grande.

Y por último a mi editora, Teresa, por seguir confiando en mi trabajo y darme la oportunidad otra vez de publicar con Ediciones Kiwi.